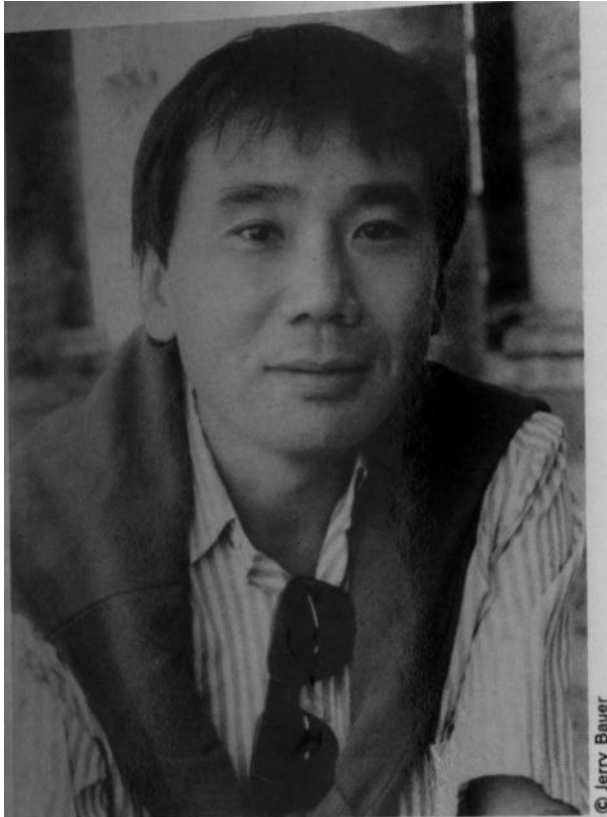


HARUKI MURAKAMI



*La caza del carnero
salvaje*



Haruki Murakami (Kobe, 1949) estudió teatro clásico griego en la universidad de Waseda; después dirigió un club de jazz hasta 1981, fecha en la que publicó su tercera novela, *La caza del carnero salvaje*, que obtuvo el premio Noma para nuevos narradores y le lanzó internacionalmente. Desde entonces se dedica exclusivamente a escribir; ha publicado tres novelas más, de las que se han vendido millones de ejemplares, y ha recibido, el premio Tanizaki, convirtiéndose en el escritor más prestigioso de su generación. Paralelamente ha traducido al japonés obras de Scott Fitzgerald, Raymond Carver y John Irving, entre otros.

1. LA EXCURSIÓN DEL MIÉRCOLES POR LA TARDE

Lo supe gracias a la llamada -de un amigo, que casualmente se enteró por el periódico de que ella había muerto. Me leyó despacio el artículo —un simple párrafo en un diario matutino— por teléfono. Un articulillo de nada. Y con toda la pinta de ser un ejercicio de práctica encargado a un periodista novato, recién salido de la universidad.

En el día tal del mes tal, en cierto barrio de la ciudad, un camión, conducido por fulanito de tal, había atropellado a una mujer. El chófer, en fin, quedó a disposición judicial para aclarar sus posibles responsabilidades.

Aquello sonaba como esos resúmenes informativos tipo telegrama que aparecen en la primera plana de algunos periódicos.

—¿Y dónde será el entierro? —le pregunté a mi amigo.

—¡Qué sé yo! —me contestó—. ¿Tú crees que esa chica tenía casa y familia?

Naturalmente, las tenía.

Ese mismo día llamé a la policía para informarme del domicilio familiar de la joven y su teléfono. Acto seguido, telefoneé para preguntar a sus familiares la fecha del entierro. Como dice el refrán, el que la sigue la consigue.

Su casa estaba en uno de los arrabales de Tokio. Desplegué el plano —distribuido por distritos— de la ciudad, y con un bolígrafo rojo marqué la situación del edificio. Ciertamente, se trataba de uno de los suburbios más degradados de Tokio. Las líneas de metro, de ferrocarril y de autobús se entramaban y se superponían como una desquiciada tela de araña, e incontables albañales fluían entre un laberinto de callejas, dejando el terreno tan arrugado como la corteza de un melón

El día del entierro tomé un tranvía en la parada de la Universidad Waseda. Me apeé poco antes del final de la línea, y allí eché mano de mi plano por distritos de Tokio. Pero el tal plano me fue tan útil como un globo terráqueo. Así que para llegar a la casa opté por pararme a cada momento a comprar tabaco y preguntar de paso por el camino.

La casa era una vieja construcción de madera rodeada por una cerca de color ocre. Pasada la cancela, a mano izquierda se extendía un jardincito tan estrecho que no pude menos que preguntarme para qué diablos serviría. Allí, en un rincón, yacía abandonado un viejo e inútil brasero de arcilla, en el interior del cual había casi un palmo de agua de lluvia. La tierra del jardín era oscura y estaba sumamente húmeda.

Quizá porque ella se había marchado de casa a los dieciséis años, el entierro se celebró en la más estricta intimidad. Los allí presentes eran en su casi totalidad parientes ya mayores; el hombre que se ocupaba del ceremonial, de poco más de treinta años, debía de ser hermano o cuñado de la difunta.

Su padre era un hombre achaparrado, cincuentón, que vestía traje negro y llevaba un brazalete blanco de duelo. Permanecía de pie junto a la puerta, prácticamente inmóvil. Su figura me recordó el lustroso asfalto de una carretera tras el paso de una riada.

Al marcharme, me incliné ante él en silencio. Y él me respondió con una muda inclinación.

* * *

La conocí en el otoño de 1969. Entonces yo tenía veinte años y ella diecisiete. Cerca de la universidad había una pequeña cafetería donde solía citarme con mis amigos. No era nada del otro mundo, pero los asiduos sabíamos que allí escucharíamos rock duro mientras bebíamos un café indescriptiblemente malo.

Ella se sentaba siempre en el mismo sitio, hincaba los codos en la mesa y se quedaba absorta en la lectura de un libro. Sus gafas de montura metálica, semejantes a un aparato de ortodoncia, y sus huesudas manos le daban un indefinible atractivo que invitaba a acercársele. Su café estaba siempre frío, mientras que su cenicero se hallaba indefectiblemente rebosante de colillas. Lo único que variaba era el título del libro. Tanto leía a Mickey Spillane como a Kenzaburo Oé o al poeta Allen Ginsberg. En resumidas cuentas, parecía que

con tener un libro delante se daba por satisfecha. Los estudiantes que rondaban por la cafetería siempre estaban dispuestos a prestarle libros. Ella los engullía en serie, enfrascada en su lectura igual que si comiera a dentelladas mazorcas de maíz. Y como entonces la gente disfrutaba prestando libros, creo que jamás le faltó algo que leer.

Era también la época de grupos tales como los Doors, los Rolling Stones, los Byrds, los Deep Purple y los Moody Blues. La atmósfera daba la impresión de estar insidiosamente electrizada, hasta el punto de que hubiera bastado con dar un enérgico puntapié para que todo se viniera abajo en un santiamén.

Por aquel entonces nuestra existencia transcurría bebiendo whisky barato, fornicando sin demasiado entusiasmo, charlando de temas que no nos llevaban a ninguna parte, prestándonos mutuamente libros... Entre unas cosas y otras, también sobre aquella calamitosa década de los sesenta estaba a punto de caer el telón entre crujidos ominosos.

Su nombre se ha borrado de mi memoria.

Desde luego, podría buscar su esquelita, que recorté y guardé, para recordarlo, pero a estas alturas da igual cómo se llamaba. Es un nombre que se ha borrado para mí. Así de sencillo.

A veces me encuentro con amigos a quienes no he visto desde hace años y si por casualidad en nuestra conversación hablamos de ella, tampoco recuerdan su nombre. «¡Ah, entonces...! ¿Te acuerdas de aquella chica que se acostaba con todos...? ¿Cómo se llamaba...? Ni idea, oye... y eso que también yo me la follé un montón de veces... ¿Qué habrá sido de su vida? ¡Estaría bueno tropezársela por ahí...!»

«Érase una vez, en algún lugar, una-chica-que-se-acostabacon-todos.» Así se llamaba para nosotros. Ése era su nombre.

* * *

Se cae de su peso que, si se precisan más los términos, no se puede decir alegremente que se acostaba con todos. Como es natural, debía atenerse a cierto sistema de valores, muy personal.

Con todo, enfocando el asunto en términos prácticos, se puede decir que

se iba a la cama con casi todos los hombres.

En cierta ocasión, concomido por la curiosidad, no pude contenerme y le pregunté por ese sistema de valores suyo, tan personal.

—Pues bueno... —estuvo pensándoselo casi medio minuto—: tampoco me va eso de hacerlo con cualquier tío. A veces me da por cerrarme en banda. Lo que me pasa, creo, es que, a fin de cuentas, me gusta conocer a la gente. O a lo mejor es que así se va aclarando mi concepción del mundo. ¿No?

—¿Llevándotelos a la cama?

—Sí.

Esta vez fui yo quien se quedó pensativo.

—Y... ¿ya ves las cosas más claras?

—Sí, un poquito —me respondió.

* * *

Desde el invierno del 69 hasta el verano del 70 apenas nos vimos. La universidad fue clausurada repetidas veces, y yo, por mi parte, me encontraba asediado por problemas personales que poco tenían que ver con los de mi entorno.

Cuando, en el otoño del 70, me di una vuelta por aquella cafetería, sólo vi caras nuevas; la única conocida era la suya. Todavía sonaba por los altavoces el rock duro, pero el ambiente electrizante de antaño se había esfumado. Lo que no había cambiado desde el año anterior eran el pésimo café y la presencia de la chica. Me senté frente a ella y, entre sorbos de café, hablamos de nuestras antiguas amistades.

La mayoría habían dejado la universidad. Uno de los habituales se suicidó, y otro puso tierra por medio y desapareció sin dejar rastro. Charlamos de cosas así.

—¿Qué has hecho durante este año? —me preguntó. —De todo un poco —le respondí.

—Y... ¿qué? ¿Te has espabilado?

—Sí, un poquito.

Aquella noche, por primera vez me acosté con ella.

* * *

No sé gran cosa de sus años de infancia. Unas veces tengo la sensación de que alguien me lo contó, y otras veces pienso que fue ella misma quien lo hizo cuando compartíamos la cama. Cosas como que en su primer año de bachillerato, y a raíz de una bronca colosal con su padre, se marchó de casa y —consecuentemente— del colegio. Algo así. Pero de otros temas —dónde diablos vivía, cómo se las arreglaba para salir adelante— nadie sabía ni palabra.

Se pasaba el día sentada ante un velador de aquella cafetería donde ponían música de rock; allí se bebía un café tras otro, fumaba sin parar e iba pasando páginas de un libro; de ese modo aguardaba la llegada de alguien que se prestara a pagarle los cafés y el tabaco (gastos que, para nuestros bolsillos de entonces, representaban una suma nada despreciable). A continuación, por regla general, se acostaba con él.

He aquí todo lo que sabía de ella.

Desde el otoño de aquel año hasta bien entrada la primavera del siguiente, adquirió la costumbre de dejarse caer por mi apartamento, situado en uno de los arrabales extremos de Mitaka, una vez por semana, el martes por la noche. Comía la sencilla cena preparada por mí, me llenaba los ceniceros y se entregaba al juego del amor mientras oíamos por la radio, a toda potencia, un programa de rock duro que transmitía la emisora de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Al despertarnos, el miércoles por la mañana, solíamos ir andando, dando un paseo a través de pintorescos bosquecillos, hasta el campus de la Universidad Cristiana Internacional. En el comedor del campus tomábamos un ligero almuerzo, y por la tarde bebíamos café poco cargado en la sala de descanso de los estudiantes. Y, si el tiempo era bueno, nos tumbábamos en el césped del campus a mirar el cielo. Según ella, aquello era nuestra «excursión del miércoles».

—Cada vez que venimos aquí, tengo la impresión de ir de excursión.

—¿De ir de excursión?

—¡Claro! En este espacio abierto, abierto..., con césped por todas partes, contemplando ese aire de felicidad en las caras de la gente...

Sentada en el césped, consiguió encender un cigarrillo tras apagarle unas cuantas cerillas.

—El sol se remonta, para hundirse después. La gente viene y va. El tiempo corre como el aire. ¿No es una verdadera excursión?

Por entonces yo contaba veintiún años, y dentro de pocas semanas iba a cumplir veintidós. No veía perspectivas inmediatas de llegar a graduarme en la

universidad, aunque, por otra parte, tampoco tenía razones de peso para abandonar los estudios. Prisionero de una serie de desesperantes y enrevesadas circunstancias, durante muchos meses me sentí incapaz de avanzar ni un paso.

Llegué a tener la sensación de que mientras el mundo continuaba su marcha, yo permanecía atascado en el mismo lugar. En el otoño de 1970 cuanto entraba por mis ojos era una invitación a la nostalgia; todo se traducía para mí en un vertiginoso marchitarse de los colores. La luz solar y el aroma de la hierba, y hasta el tenue son de la llovizna, me llenaban de fastidio.

Muchísimas veces soñé con aquel tren nocturno. Siempre el mismo sueño: un expreso cargado de humanidad, en el que reina un ambiente infecto de humo de tabaco y hedor a orines. Tan atestado de gente va, que ni siquiera queda sitio para viajar de pie. Los asientos están cubiertos de vómitos secos. Incapaz de aguantar aquello, me levanto y me apeo en la próxima estación. Pero resulta ser un paraje desolado, donde no brilla ni una sola luz que delate la existencia de una habitación humana. No hay ni empleado del ferrocarril, ni un reloj, ni un tablón de horarios. Nada, absolutamente nada. Éste era mi sueño.

Tengo la impresión de que, durante aquellos meses, más de una vez tuve peleas desabridas con ella. ¿Qué provocaba nuestras discusiones? No lo recuerdo con claridad. ¡Quién sabe si, en realidad, lo que buscaba yo entonces no era enfrentarme conmigo mismo! Sea como fuere, ella no parecía sentirse afectada en lo más mínimo. Puede que incluso —por decirlo acentuando las tintas— llegara a pasárselo en grande con todo aquello. No entiendo por qué. Quizá lo que esperaba de mí, al fin y al cabo, no fuera precisamente amabilidad. Cuando lo pienso, aún me siento sorprendido. Es algo así como la triste sensación que invade a quien ha tocado con la mano una extraña pared, invisible para sus ojos, suspendida en el aire.

* * *

Aún recuerdo con suma claridad aquella tarde fatídica del 25 de noviembre de 1970, el día en que Yukio Mishima se suicidó. Hojas de ginkgo, abatidas por las fuertes lluvias, alfombraban con su tinte amarillento las sendas interiores de los bosquesillos, que parecían el lecho seco de un río. Por esas sendas serpenteábamos los dos dando un paseo, las manos hundidas en los bolsillos de nuestros gabanes. No se oía ningún ruido, aparte del que hacían

nuestros zapatos al pisar las hojas caídas y del agudo trinar de los pájaros.

—Oye, ¿qué es lo que te preocupa tanto de un tiempo a esta parte? — me espetó ella, inquisitiva.

—Nada de particular —le respondí.

Tras avanzar unos pasos, se sentó al borde del sendero y dio una buena calada a su cigarrillo. Entonces me senté a mi vez a su lado.

—¿Tus sueños son siempre pesadillas?

—Tengo bastantes pesadillas. Por lo general, sueño que una máquina expendedora de algo se va tragando todas las monedas que llevo encima, cosas así.

Se echó a reír y posó la palma de su mano sobre mis rodillas, aunque acto seguido la retiró.

—No tienes ganas de hablar sobre eso, ¿no?

—Es que no sé si sabría expresarme.

Tiró al suelo su cigarrillo a medio consumir y lo aplastó a conciencia con su calzado deportivo.

—O sea, que te gustaría hablar de ello pero no puedes explicarlo como es debido. ¿No es eso lo que te pasa?

—¡Y yo qué sé! —le respondí.

Con un batir acompasado de alas, se alzaron del suelo dos pájaros que desaparecieron volando, como absorbidos por aquel cielo sin nubes. Durante un rato nos quedamos silenciosos, contemplando el lugar por donde habían desaparecido los pájaros. A continuación, ella se puso a dibujar sobre el terreno algunas figuras indescifrables, valiéndose de una ramita seca.

—Cuando duermo contigo, a veces me siento muy triste.

—Discúlpame. Lo siento de veras —le respondí.

—No es tuya la culpa. Ni tampoco se trata de que, cuando me tienes en tus brazos, estés pensando en otra chica. Eso, al fin y al cabo, da igual. Yo... — enmudeció de pronto, mientras trazaba en la tierra tres líneas paralelas—, la verdad, no lo entiendo.

Permanecí silencioso un buen rato antes de responderle:

—Nunca he tenido, desde luego, la intención de dejarte al margen. Simplemente, ni yo mismo sé qué me pasa. De veras, me gustaría comprender mi propia situación con absoluta imparcialidad, dentro de lo posible. No pretendo exagerar las cosas ni hacerlas más complicadas de lo que son. Pero eso me llevará tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Sacudí la cabeza y contesté:

—Ni idea. Tal vez resuelva el asunto en un año, tal vez me cueste diez

años resolverlo.

Ella tiró al suelo la ramita y, levantándose, se sacudió del abrigo la hojarasca seca que se le había adherido.

—¡Buenoooo! ¿No te parece que diez años son una eternidad?

—¡Pues claro! —respondí.

A través del bosque, nos dirigimos caminando hacia el campus de la universidad. Una vez allí, tomamos asiento, como de costumbre, en la sala de descanso estudiantil, donde engullimos unos bocadillos. A partir de las dos de la tarde, en el televisor aparecieron sin cesar imágenes de Yukio Mishima. El mando del volumen estaba estropeado, y la voz resultaba casi inaudible, pero eso, al fin y al cabo, nos traía sin cuidado. Tras dar cuenta de nuestros bocadillos, nos tomamos un segundo café. Uno de los estudiantes se subió a una silla y se puso a manipular el botón del volumen, pero se hartó al poco rato, bajó de la silla y se fue.

—Te deseo, nena —le dije.

—¡Estupendo! —replicó con una sonrisa.

Con las manos fundidas en los bolsillos de nuestros gabanes, nos fuimos andando despacio hacia el apartamento.

Me desperté de repente. Ella sollozaba calladamente. Bajo la ropa de la cama sus hombros menudos se agitaban temblorosos. Encendí la estufa de gas y miré el reloj. Eran las dos de la madrugada. En mitad del cielo flotaba una luna blanquísima.

Tras darle un respiro para que se desahogase llorando, puse a hervir agua e hice té echando una bolsita de papel. Compartimos aquel té. Sin azúcar, ni limón, ni leche. Un té caliente, y se acabó. Acto seguido encendí dos cigarrillos y le pasé uno. Ella inhalaba ansiosa el humo para expulsarlo enseguida; lo hizo tres veces consecutivas, hasta que se atragantó y rompió a toser.

—Oye, ¿has sentido alguna vez ganas de matarme? —me preguntó.

—¿A ti?

—Ajaja.

—¿Por qué me lo preguntas?

Se restregó los ojos, con el cigarrillo todavía colgando de sus labios.

—No es por nada. Curiosidad.

—Nunca en la vida —le respondí.

—¿De veras?

—De veras.

Y, tras una pausa, añadió:

—Y ¿por qué tendría que matarte?

—Sí, claro —asintió ella, con desgana—. Bueno, es que se me ocurrió que no estaría tan mal que alguien se me cargara. Por ejemplo, cuando estuviera como un tronco.

—No soy de los que se cargan a la gente.

—¿No?

—¡Quién sabe! ¿Eh?

Ella se rió y aplastó la colilla contra el cenicero. Se bebió de un trago el té que le quedaba, y encendió a continuación un nuevo cigarrillo.,

—Voy a vivir hasta los veinticinco años —dijo—. Luego, me moriré.

* * *

Murió en julio de 1978, a los veintiséis años.

1. LA IMPORTANCIA DE CAMINAR DIECISÉIS PASOS

El silbido de los compresores que movían la puerta del ascensor me aseguró que ésta se había cerrado. Esperé hasta oír ese ruido a mi espalda y cerré calmamente los ojos. Luego, tras reunir los fragmentos dispersos de mi conciencia, eché a andar a lo largo del corredor el trayecto —dieciséis pasos— que llevaba a la puerta de mi apartamento. Con los ojos cerrados, eran exactamente eso: dieciséis pasos, ni uno más ni uno menos. Sentía que mi cabeza giraba sin parar como un tornillo pasado de rosca, y mi boca parecía embreada a causa de lo mucho que había fumado.

Con todo, por muy borracho que esté, con los ojos cerrados soy capaz de caminar los dieciséis pasos en una línea tan recta como si hubiera sido trazada con regla. Es el fruto de una autodisciplina absurda mantenida durante años y años. Todo estriba en empinar de un respingo la columna vertebral, alzar la cabeza y llenar resueltamente los pulmones aspirando el aire de la mañana y los olores del corredor de cemento. Y luego, tras cerrar los ojos, recorrer en línea recta los dieciséis pasos en medio de la nebulosa del whisky.

Dentro de ese pequeño universo de los dieciséis pasos, me tengo ganado el título de «el borracho más educado». Se trata de algo bien simple. Basta con aceptar la borrachera como un hecho consumado.

No valen «peros», «sin-embargos», «aunques», «aun-asíes»... Es que me he emborrachado, y se acabó.

De ese modo me convierto en «el borracho más educado». O en «el estornino más madrugador». O en «el último vagón de mercancías que cruza el puente».

Cinco, seis, siete...

Al octavo paso me detuve; abrí los ojos y respiré hondo. Me zumbaban

los oídos ligeramente. Era un zumbido como el del viento marino atravesando una tela metálica espesa y oxidada. Y al pensar en el mar me invadieron los recuerdos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que fui a la playa?

Día 24 de julio, a las seis y media de la mañana. Es la estación ideal para ver el mar, la hora ideal. La playa aún no ha sido mancillada por nadie. Orilla adelante se encuentran desparramadas huellas de aves marinas, como agujas de pino abatidas por el viento.

Conque el mar, ¿eh?

Eché a andar de nuevo. Mejor sería olvidarse del mar. Todo aquello se acabó, hace muchísimo tiempo.

Al contar dieciséis pasos, me detuve en seco y abrí los ojos. Como es habitual, me encontraba justo enfrente de mi puerta, que me ofrecía su pomo. Recogí del buzón los periódicos de los dos últimos días y un par de cartas, y me lo metí todo bajo el brazo. Acto seguido, de los recovecos de un bolsillo logré pescar el llavero y lo sostuve con la mano mientras apoyaba mi frente durante unos instantes contra la fría puerta de hierro. Tuve la impresión de haber oído un leve clic detrás de mis orejas. Mi cuerpo parecía un algodón empapado en alcohol. Lo único de él que funcionaba —más o menos— era la conciencia.

Algo es algo.

Con la puerta abierta a un tercio de su recorrido, dejé deslizar mi cuerpo en el interior y cerré. El recibidor estaba sumido en el silencio. Un silencio excesivo, de tan intenso.

Entonces advertí que en el suelo, a mis pies, había un par de zapatillas rojas. La verdad es que las tenía muy vistas. Allí estaban, entre mis enlodadas zapatillas de tenis y unas sandalias de playa baratas, dando la impresión de ser un regalo navideño equivocado de fecha. Lo envolvía todo un silencio que era como una capa de fino polvo.

Ella estaba de bruces sobre la mesa de la cocina. La frente apoyada sobre sus brazos, la negra cabellera lisa le ocultaba el perfil de la cara. Por entre las guedejas se mostraba su blanco cuello, apenas tostado por el sol. El hueco de la axila de su vestido estampado —vestido que, por cierto, no recordaba haber visto antes— dejaba entrever el delicado tirante del sostén.

Mientras me despojaba de la chaqueta, me desembarazaba de la corbata y me quitaba el reloj de pulsera, ella no se movió. Mirando su espalda, recordé cosas del pasado. Cosas ocurridas cuando aún no me había encontrado con ella.

—Oye, ¡jem...! —le dije tímidamente para entablar conversación. Francamente, me parecía que no era yo quien hablaba; tenía la impresión de que aquellas palabras venían de muy lejos, de algún lugar remoto.

Como era de esperar, no hubo respuesta.

Ella parecía dormir, aunque también podía estar a punto de echarse a llorar, o incluso muerta.

Tras sentarme a la mesa frente a ella, me restregué los ojos con la punta de los dedos. Unos vívidos rayos de sol dividían la mesa en dos zonas; yo estaba en la mitad iluminada, y a ella la envolvía una suave penumbra, donde los colores brillaban por su ausencia. Sobre la mesa había un tiesto con geranios marchitos. Más allá de las ventanas, alguien se puso a regar la calle. Se oía caer el agua sobre el suelo, y hasta se oía a asfalto mojado.

—¿No quieres un café, eh?

Ni una palabra de respuesta.

Convencido de que no me respondería, me levanté y fui a la cocina, donde molí café para dos tazas; de paso puse en marcha el transistor. Terminada la molienda, me di cuenta de que lo que en realidad me apetecía beber era un té con hielo. Siempre me pasa lo mismo.

El transistor iba desgranando inocuas canciones pop una tras otra, muy apropiadas, por cierto, a la temprana hora del día. Oír aquellas canciones me hizo pensar que en los últimos diez años el mundo no había cambiado mucho, sólo cambiaba que los cantantes y los títulos de las canciones eran distintos, y que yo, por mi parte, era diez años más viejo; eso era todo.

Tras comprobar que la tetera hervía, cerré la llave del gas, y durante medio minuto dejé que el agua se enfriara un poco, para proceder luego a verterla sobre la manga. El polvo de café fue empapándose del agua caliente a medida que la iba absorbiendo, y cuando por fin empezó a fluir lentamente el café, su cálido aroma se esparció por la habitación.

Fuera, un coro de cigarras se puso a cantar.

—¿Estás aquí desde anoche? —le pregunté, vacilante, sosteniendo aún la tetera.

Sobre la mesa, las finas hebras de su pelo parecieron manifestar un levísimo asentimiento.

—¿Así que has estado esperándome todo ese tiempo? Esta vez no hubo contestación por su parte.

El vapor que emanaba de la tetera y el intenso sol hicieron que el ambiente de la habitación empezara a caldearse. Cerré la ventana que había sobre el fregadero, puse en marcha el aire acondicionado y coloqué un par de tazas de café sobre la mesa.

—Anda, bebe —le dije. Mi voz iba recobrando poco a poco su tono habitual.

Ni palabra.

—Te conviene tomar algo.

Tras una larga pausa, como de medio minuto, ella levantó la cabeza de la mesa con un movimiento calmo y equilibrado. Un movimiento que la condujo a fijar sus ojos ausentes en el tiesto de geranios. Una porción de sus delicados cabellos se le había adherido desordenadamente a las húmedas mejillas. Era como si un tenue halo de humedad envolviera su figura.

—No te preocupes por mí —exclamó—. Sin querer, me he echado a llorar.

Le ofrecí una cajita de pañuelos de papel. Se sonó la nariz silenciosamente, y luego, con cara de disgusto, apartó los mechones de cabello pegados a sus mejillas.

—La verdad es que pensaba irme antes de que estuvieras de vuelta. No tenía ganas de verte.

—Pero cambiaste de idea.

—No, no es eso. Es que malditas las ganas que tenía de marcharme a ninguna parte... Pero me iré enseguida, así que no te preocupes.

—De todos modos, tómate el café.

Yo, mientras oía por la radio noticias de las incidencias del tráfico, me bebí a sorbos el café, y luego, con unas tijeras, abrí los dos sobres de mi correspondencia. El primero era un anuncio de una tienda de muebles, según el cual los clientes que se aprovecharan de un determinado período de ofertas podían adquirir cualquier mueble con un veinte por ciento de descuento. El otro sobre traía una carta que no me apetecía leer, pues provenía de cierta persona a quien no deseaba recordar. Cogí ambos sobres con sus correspondientes misivas, hice de ellos una bola, y la encesté en el cubo de la basura. Acto seguido me puse a mordisquear unas crujientes galletas de queso que encontré en un rincón. Ella rodeó con las palmas de sus manos la taza de café, como para defenderse del frío, y al tiempo que apoyaba suavemente los labios en el borde de la taza, se me quedó mirando fijamente.

—Hay ensalada en la nevera —me dijo.

—¿Ensalada? —repetí mientras levantaba la cabeza para mirarla.

—De tomate y habichuelas, no había otra cosa. La calabaza estaba pasada, así que la tiré.

—Ya.

Saqué de la nevera la honda ensaladera de cristal azul de Okinawa, y esparcí sobre su contenido lo poco que quedaba —apenas un poso en el fondo

de la botella— de condimento. El tomate y las habichuelas tenían la frialdad de la tumba. Y, encima, no sabían a nada. Las galletas y el café tampoco sabían a nada. Sin duda, la causa era la luz matinal. Esa luz que disecciona en sus componentes cuanto se pone a su alcance. Dejé el café, aunque sólo me había bebido la mitad, y saqué de mi bolsillo un cigarrillo arrugado. Con cerillas de papel parafinado, de una carpetita que no recordaba haber visto antes, le prendí fuego. La punta del cigarrillo crepitaba con un ruido seco, y un humo violáceo empezó a dibujar figuras geométricas sobre el trasfondo de la luz matinal.

—Es que fui a un entierro. Y cuando se terminó me pasé por el barrio de Shinjuku para tomar unas copas.

El gato surgió como por ensalmo y, tras lanzar un prolongado bostezo, se plantó de un salto sobre sus rodillas. Ella se puso a hacerle cosquillas detrás de las orejas.

—No tienes que explicarme nada —me dijo—. Todo eso ya ni me va ni me viene.

—No es que trate de darte explicaciones. Intento sostener una conversación, nada más.

Ella se encogió levemente de hombros y se metió el tirante del sostén dentro del vestido. En su cara no había expresión alguna; tanta inmovilidad me trajo a la memoria la fotografía de una ciudad sumergida en el fondo del mar, que había visto hacía tiempo.

—Era una persona a quien traté un poco, hace años. Alguien a quien no conocías.

—¿De veras?

El gato se desperezó en su regazo y estiró las patas. Luego exhaló un prolongado suspiro.

Me quedé mirando el extremo incandescente de mi cigarrillo, aún sujeto entre mis labios cerrados.

—Y ¿cómo murió?

—Un accidente de tráfico. Se rompió trece huesos.

—¿Era una chica?

—Ajá —asentí.

Las noticias de las siete se terminaron, y con ellas el reportaje sobre el tráfico. La radio volvió a lanzar al aire una ligera música de rock. Ella devolvió su taza de café al plato, y me miró a la cara.

—Oye, cuando yo me muera, ¿también te emborracharás así?

—El entierro no tiene nada que ver con que haya bebido. A lo sumo, pudo tener relación con las primeras copas.

Fuera, el nuevo día estaba por declararse abiertamente. Un caluroso

nuevo día. Por la ventana del fregadero se divisaba una mole de altos edificios. Sus reflejos resultaban hoy más cegadores que nunca.

—¿Qué tal un vaso de algo fresco?

Ella agitó la cabeza, negando.

Saqué de la nevera una lata de Coca-Cola bien fría y, sin verterla en un vaso, la engullí de un trago.

—Era la típica chica que se acuesta con todos —le dije. Vaya epitafio: la difunta era «de esas chicas que se acuestan con todos».

—¿Por qué me lo cuentas? —me preguntó.

Ni yo mismo entendía el porqué.

—Así que era de esas chicas que se acuestan con todos, ¿no?

—Desde luego.

—Pero contigo fue diferente, ¿no?

Al decirme esto, su voz tenía un tono especial, indefinible. Yo levanté la vista, oculta tras la ensaladera, y, a través de los geranios secos del tiesto, atisé su cara.

—¿Es eso lo que piensas?

—No sé por qué —me respondió en voz baja—, pero me parece que das el tipo.

—¿De qué tipo hablas?

—Tienes... algo que... no sé..., encaja en el cuadro. Es como si hubiera un reloj de arena, ¿sabes? En cuanto cae el último grano, por fuerza ha de aparecer alguien como tú que le dé la vuelta al reloj.

—¿Crees que soy así?

Sus labios esbozaron una sonrisa, pero recobraron enseguida la seriedad.

—He venido a recoger lo que quedaba de mi ropa —dijo—. El gabán de invierno, sombreros y cosas así. Lo he dejado todo metido en cajas de cartón. Cuando tengas un ratito, ¿me haces el favor de llevarlas al transportista?

—Te las llevaré a tu casa.

Ella denegó suavemente con la cabeza:

—Mira, déjate de tonterías. No te quiero ver por allí. Lo entiendes, ¿no?

Claro que lo entendía. Lo que pasa es que siempre hablo de más y digo despropósitos.

—Sabes la dirección, supongo.

—La sé.

—Eso es todo, y punto. Perdóname por alargar mi estancia aquí.

—La cuestión del papeleo, ¿ya está arreglada?

—Ajá. Todo está listo.

—La cosa es más fácil de lo que parece. Pensaba que habría un montón

de requisitos que cumplir.

—Mucha gente tiene esa idea. Pero en realidad es fácil. Una vez que ha terminado, desde luego.

Mientras hablaba, volvió a hacerle cosquillas al gato en la cabeza.

—Con un par de divorcios a cuestas, ya se es veterano —añadió.

El gato estiró el lomo, cerró los ojos y reclinó mimosamente la cabeza en sus brazos. Yo puse la taza de café y la ensaladera en el fregadero y, usando como escobilla un papel, barrí las migas de las galletas y las reuní para tirarlas. La luz del sol me producía un intenso escozor en los ojos, que llegaron a dolerme.

—En tu escritorio he dejado una nota con todas las cosas que me han parecido importantes: dónde están guardados los papeles, cuáles son los días de recogida de basuras, cosas así. Si hay algo que no entiendas, telefonéame.

—Gracias.

—¿Te hubiera gustado tener hijos?

—No, en absoluto —le respondí—. Los niños no me tiran.

—Yo lo he pensado muchas veces. Claro que, para acabar así, las cosas ya estaban bien como estaban. Oye, de haber tenido hijos, ¿crees que habríamos terminado mal?

—Hay montones de matrimonios que se divorcian aun teniendo hijos.

Sí, es cierto —dijo ella, mientras se entretenía manoseando mi encendedor—. Aún te quiero. Con todo, no es ése el problema, ¿verdad? Yo lo tengo bien claro.

2. TRIPLE DESAPARICIÓN: ELLA, LAS FOTOS Y LA COMBINACIÓN

Una vez se hubo marchado, me tomé otra Coca-Cola, me duché con agua caliente y me afeité. El jabón, el champú, la crema de afeitar, todo lo habido y por haber... estaban a punto de acabarse.

Al salir de la ducha me peiné, me friccioné con loción y me limpié las orejas. Luego me dirigí a la cocina, donde recalenté el café que había quedado. En el lado opuesto de la mesa ya no había nadie sentado. Al mirar aquella silla vacía, me sentí como un niño pequeño que se hubiera quedado solo y abandonado en una de esas maravillosas e ignotas ciudades que aparecen en los cuadros de De Chirico. Claro que yo, evidentemente, no soy un niño. Con la mente en blanco, me bebí sin prisa alguna el café a lentos sorbos. Y tras quedarme indeciso por unos momentos, encendí un cigarrillo.

Parece que tras veinticuatro horas sin pegar ojo, debería sentirme cansado, pero, cosa extraña, no me encontraba nada soñoliento. A pesar de lo embotado que tenía el cuerpo, mi mente parecía incansable y merodeaba indiferente por los intrincados canales de mi conciencia, como si fuera un ágil pececillo.

Cuando miraba distraídamente aquella silla sin ocupante, recordé una novela americana que había leído hacía tiempo: narraba la historia de un matrimonio en el que la mujer se va de casa, y entonces el marido cuelga del respaldo de la silla que tiene frente a la suya, en el comedor, una de sus combinaciones, que permanece allí durante meses. Dándole vueltas al asunto en mi cabeza, llegué a la conclusión de que era una idea razonable. No es que considerara aquello de mucha utilidad, pero siempre sería mejor que conservar aquel tiesto de geranios secos encima de la mesa. Hasta el gato, pensé, se sentiría más a gusto si tuviera cerca una cosa que ha sido de ella.

Rebusqué en el dormitorio, abriendo uno tras otro sus cajones, pero todos estaban vacíos. Una vieja bufanda apolillada, tres perchas, un paquete de bolas de naftalina... fue cuanto encontré. Al marcharse, había cargado con todo: su reducido equipo de cosméticos, habitualmente disperso por los rincones del lavabo; sus colorettes, su cepillo de dientes, su secador de pelo, aquellas medicinas que ya ni recordaba para qué servían, sus útiles de baño, todo tipo de calzado —desde botas hasta zapatillas, pasando por sandalias—, sombrereras, accesorios de tocador, la bolsa de viaje, la mochila, maletas, bolsos; sus objetos más íntimos —siempre tan cuidadosamente ordenados—:

ropa interior, medias, cartas... Todo cuanto delatará una presencia femenina, en suma, había desaparecido sin dejar rastro. No me habría extrañado que antes de largarse hubiese borrado incluso sus huellas dactilares. Hasta un tercio de nuestra pequeña biblioteca y de nuestra colección de discos se había esfumado. Eran los libros, discos y demás que ella había comprado, así como los que le regalé.

Al echar un vistazo a los álbumes de fotos, comprobé que todas las fotografías en que aparecía sola habían sido arrancadas de sus páginas. De las fotos en que salíamos los dos juntos, únicamente su imagen había sido recortada, mientras que la mía permanecía como recuerdo. Aquellas fotos en que yo estaba solo, o en las que aparecían paisajes, animales, etcétera, seguían intactas. Todo el pasado común que atesoraban los tres álbumes había sido objeto de estricta revisión. Yo siempre aparecía más solo que la una, con fotos intercaladas de montañas, ríos, ciervos, gatos...; daba la impresión de haber sido un ser solitario desde la cuna, y de no tener más perspectivas para el futuro que la soledad. Cerré el álbum, y me fumé un par de cigarrillos.

¡Hubiera sido todo un detalle por su parte dejarse olvidada una simple combinación!, pensé. Pero eso, naturalmente, era asunto suyo, y yo no tenía derecho a opinar. Su decisión estaba clara: no dejar ni un alfiler como recuerdo. No me quedaba otra opción que aceptar las cosas como eran. O bien, siguiéndole el juego, llegar a persuadirme de que ella no había existido nunca. Obviamente, de su inexistencia se infería que tampoco podía existir la combinación.

Así que lavé el cenicero, cerré los interruptores del aire acondicionado y de la radio, volví a considerar el asunto de la combinación y por fin, hastiado, me metí en la cama.

Un mes había pasado ya desde que acepté el divorcio y ella abandonó el apartamento. Todo un mes, perdido prácticamente de un modo absurdo. Como una tibia masa gelatinosa, informe e insustancial: así fue aquel mes. No podía hacerme a la idea de que algo había cambiado; y es que, en realidad, nada había cambiado.

Me levantaba cada mañana a las siete, preparaba el café, tostaba el pan, iba a trabajar, cenaba fuera, tomaba unas copas y, ya de vuelta en casa, me pasaba una hora leyendo en la cama antes de apagar la luz para dormir. Los sábados y los domingos, en vez de ir a trabajar, recorría desde la mañana unos cuantos cines, y así mataba el tiempo; y, para no variar, también cenaba solo, bebía unas copas y me dormía tras mi consabida lectura. De este modo,

siguiendo hasta cierto punto el proceder de esas personas que van tachando uno tras otro los días del calendario, logré sobrevivir durante aquel mes.

El hecho de que ella desapareciera de mi vista lo aceptaba a regañadientes como algo irreparable: lo pasado, pasado estaba; no tenía remedio. Vistas así las cosas, perdía relevancia la cuestión de si cada uno de los dos había hecho lo más conveniente durante los últimos cuatro años. Pasaba lo mismo que en el asunto de las fotos arrancadas: tampoco tenía remedio.

Del mismo modo, era irrelevante preguntarse por qué, durante bastante tiempo y de un modo habitual, estuvo acostándose con uno de mis amigos, hasta que al final decidió mudarse a su domicilio para vivir con él. Tal cosa cabía dentro de lo posible; es más, siendo un hecho tan frecuente en la actualidad, no tenía nada de particular —por más vueltas que yo le diera al asunto— que ella también acabara haciéndolo. A fin de cuentas, era asunto suyo y de nadie más.

—Al fin y al cabo, eso es asunto tuyo —le dije.

Fue un domingo de junio por la tarde cuando ella se decidió a decirme que quería el divorcio. En aquel momento yo jugueteaba con la anilla abrelatas de una cerveza, donde tenía metido el dedo.

—¿Quieres decir que te da igual? —me preguntó, pronunciando muy despacio cada palabra.

—No es que me dé igual —le respondí—. Lo que quiero decir es que tú debes decidir.

—Si quieres que te diga la verdad, no deseo divorciarme de ti —dijo tras una pausa.

—Pues con no divorciarte, asunto arreglado —le contesté.

—Es que, aunque siga contigo, las cosas no cambiarán.

No dijo nada más, pero creí comprender lo que pensaba. Dentro de unos meses, yo cumpliría treinta años. Ella iba ya por los veintiséis. Comparando nuestras edades con lo largo que podía ser el porvenir que teníamos ante nosotros, cuanto habíamos construido en común resultaba francamente insignificante. A decir verdad, no habíamos construido nada. Nos pasamos aquellos cuatro años viviendo de nuestras reservas de amor, consumiendo nuestro capital.

Y la mayor parte de la culpa fue mía. Es posible que yo no debiera haberme casado, ni con ella con nadie. Pero ella hubiera debido comprender que no era la persona adecuada para casarse conmigo.

Para empezar, ella se consideró siempre inadaptada a la vida social, en cambio pensaba que yo era todo lo contrario. Así pues, mientras representamos nuestros respectivos papeles, la cosa funcionó relativamente

bien. Pero un buen día, a pesar de lo convencidos que estábamos de que manteniendo aquel estado de cosas todo iría sobre ruedas, algo se vino abajo. Algo de pequeñísimas proporciones, pero que era irreversible. Estábamos los dos metidos en un largo callejón sin salida. Era el final.

Para ella, yo era un caso perdido. Y aunque todavía me quisiera, eso no tenía nada que ver. Nos habíamos acostumbrado demasiado a nuestros respectivos papeles. Ya no me quedaba nada que darle. Ella lo comprendió instintivamente; yo, gracias a la experiencia. En todo caso, no había esperanzas.

Así fue como ella, junto con sus combinaciones, desapareció para siempre de mi vista. Hay cosas que se olvidan, hay cosas que desaparecen, hay cosas que mueren. Y no por eso hay que hacer un drama.

24 de julio. 8.25 de la mañana.

Tras asegurarme de la hora por las cuatro cifras de mi reloj digital, cerré los ojos y me dormí.

III. SEPTIEMBRE DE 1978

1. EL PENE DE BALLENA Y LA MUJER CON TRES OFICIOS

El hecho de dormir con una chica puede considerarse una cuestión de la mayor importancia o bien, por el contrario, como algo intrascendente. Es decir, el sexo puede ser practicado como terapia personal o como pasatiempo.

Existe, pues, una práctica del sexo orientada de principio a fin hacia la promoción de la persona y otra, también orientada de principio a fin, dedicada a matar el rato. Se dan casos de prácticas de ese tipo que empiezan siendo terapéuticas y acaban en pasatiempo, y viceversa. Nuestra vida sexual, la humana... —¿cómo decirlo?— difiere esencialmente de la de las ballenas.

Los hombres no somos ballenas. Esto, para mi vida sexual, constituye un punto importante de referencia.

* * *

Cuando yo era niño, a media hora en bicicleta de mi casa había un gran acuario. En él reinaba siempre un silencio frío, sólo interrumpido de vez en cuando por algún borboteo del agua que no parecía venir de ninguna parte. Daba la sensación de que una sirena trataba de disimular sus jadeos en algún rincón de aquellos corredores en penumbra.

Un banco de atunes daba vueltas por una enorme piscina. Los esturiones remontaban contra corriente un estrecho canal. Las pirañas dirigían sus agudos dientes hacia trozos de carne. Y de vez en cuando las anguilas eléctricas hacían relucir sus tenues lamparillas.

En las dependencias del acuario había un sinfín de peces. Tenían nombres diferentes según las especies, y escamas diferentes, y aletas diferentes. Yo no acababa de comprender por qué en el mundo tenía que haber tanta

variedad de peces.

Naturalmente, no había ballenas. La ballena es un animal demasiado grande, y aunque hubieran derribado todas las instalaciones del acuario para hacer de él un enorme tanque de agua, habría sido imposible cuidar allí a una ballena. Como compensación, en el acuario se exhibía un pene de ballena. Estaba allí, como si dijéramos, en calidad de detalle representativo. Así que a lo largo de aquellos años, tan impresionables, de mi adolescencia, en vez de contemplar a las ballenas, contemplé el pene de una de ellas. Cuando me cansaba de pasear por los fríos corredores del acuario, me dirigía furtivamente a la tranquila sala de exposiciones de alta techumbre y me sentaba en un sofá ante el pene de ballena; allí me pasaba horas y horas.

Aquel objeto unas veces me parecía una palmerita disecada, mientras que otras lo veía como una gigantesca mazorca de maíz. Sin duda, de no encontrarse allí una placa con la indicación de «órgano genital de la ballena macho», nadie repararía en que aquello era un pene de ballena. La gente se inclinaría más bien a catalogarlo como una reliquia, hallada en alguna excavación en los desiertos de Asia Central, antes que como órgano genital procedente del Océano Glacial Antártico. Era diferente no sólo de mi propio pene, sino de cualquier otro pene que hubiera visto hasta entonces. Sobre él se cernía un aura de tristeza indescriptible, propiciada sin duda por el hecho de que le había sido cortado a su propietario.

Cuando tuve mi primera experiencia sexual con una chica, lo primero que me vino a la cabeza fue aquel gigantesco pene de ballena. Sentí gran desazón en mi pecho al pensar en el destino que le había tocado en suerte, en las vicisitudes que habría tenido que padecer hasta acabar en aquella desnuda sala de exposiciones del acuario. Al pensarlo, me invadía una paralizadora sensación de impotencia. Con todo, yo tenía apenas diecisiete años; era, por tanto, demasiado joven para que la desesperación se apoderara de mí. A partir de entonces fue tomando cuerpo en mi mente esta idea: los hombres no somos ballenas.

Mientras las yemas de mis dedos jugueteaban en la cama con la cabellera de mi más reciente conquista, no dejaba de cavilar sobre las ballenas.

Mi recuerdo del acuario se sitúa invariablemente en las postrimerías del otoño. El cristal de los estanques tenía la frialdad del hielo, y yo iba embutido en un grueso jersey. A través del gran ventanal de la sala de exposiciones se veía un mar de un denso color plomizo, cuyas innumerables olas blanquecinas semejabán esos cuellos de encaje con que las chicas adornan sus vestidos.

—¿En qué piensas? —me preguntó.
—Recuerdos... —le respondí.

* * *

Ella tenía veintiún años, un bonito cuerpo, esbeltísimo, y un par de orejas tan admirablemente formadas que resultaban encantadoras. Trabajaba a ratos como correctora de pruebas de imprenta, al servicio de una pequeña editorial; también como modelo de publicidad, especializada *en* anuncios en que intervinieran orejas, y, por último, como «acompañante» al servicio de una agencia muy discreta que proporcionaba compañía, previo encargo por teléfono, a caballeros distinguidos. Cuál de esos tres oficios constituía su ocupación principal, era un problema para mí irresoluble. Tampoco ella lo tenía claro.

Sin embargo, considerando el asunto desde el punto de vista de cuál de aquellos oficios reflejaba mejor su personalidad, todo apuntaba a su trabajo como modelo publicitaria especializada en orejas. Ésa era mi impresión, y, lo que es más importante, también ella lo creía así. Sin embargo, el abanico de posibilidades que se ofrece a una modelo publicitaria de orejas es muy reducido, y tanto su posición en el escalafón de las modelos como sus emolumentos eran terriblemente bajos. En general, los agentes de publicidad, fotógrafos, maquilladores, periodistas, etcétera, la trataban como una simple poseedora de orejas. En consecuencia, el resto de su cuerpo, así como su espíritu, eran olímpicamente ignorados; se diría que era víctima de una conspiración de silencio.

—No importa, porque todo eso nada tiene que ver con mi verdadera personalidad —decía ella—. Mis orejas son mi yo, y yo soy mis orejas.

En sus facetas de correctora de pruebas de imprenta y de chica acompañante de caballeros opulentos nunca consentía, aunque fuese por un instante, en enseñar sus orejas a nadie.

—¡Ni pensarlo!: es que entonces yo no soy yo —afirmaba a modo de explicación.

La oficina de aquella agencia de chicas de compañía para la que trabajaba (que, por cierto, oficialmente era un «centro de promoción de artistas noveles», por si las moscas) estaba situada en el barrio de Akasaka, y su directora era una inglesa de cabello cano a quien todo el mundo llamaba señora X. Llevaba ya su buena treintena de años en Japón, hablaba bien el japonés y sabía leer casi

todos los ideogramas básicos de la escritura japonesa.

La señora X regentaba también una escuela femenina de conversación inglesa, que había instalado en un local situado a menos de medio kilómetro de la agencia. Allí solía reclutar a muchachas que mostraban buena disposición para dedicarse al «acompañamiento», las cuales eran puestas en contacto con la agencia. También había chicas que hacían el trayecto inverso, pues algunas de las empleadas de la agencia asistían a las clases de conversación inglesa; como es natural, las clases les salían muy bien de precio.

La señora X solía llamar «querida» (*dear*, sin traducirlo al japonés) a sus empleadas. Pronunciada por ella, esa expresión tan inglesa poseía la melosa suavidad de una tarde primaveral.

—Nada de leotardos ni pantys, querida —decía, por ejemplo—; debes usar lencería fina.

Y también:

—Tomas el té con leche, ¿verdad, querida?

Y cosas por el estilo. En cuanto a la clientela, la señora X conocía bien a su parroquia, compuesta en su casi totalidad de ricos negociantes, cuarentones y cincuentones: dos tercios de ellos eran extranjeros, y el resto japoneses. La señora X no podía ver a los políticos, los viejos, los pervertidos y los pobretones.

Entre la docena de guapas chicas que componían la plantilla de la agencia, mi nueva amiga era la menos atractiva; francamente, era del montón, sin más, en su aspecto externo. Lo cierto es que, cuando ocultaba sus orejas, los hombres la veían más bien vulgar. Yo no tenía claro por qué la había reclutado la señora X para trabajar en su agencia. A lo mejor intuyó que la chica podía ser brillante a su modo, o, simplemente, pensó que necesitaba disponer de los servicios de una muchacha corriente y moliente. Sea lo que fuere, lo cierto es que el ojo clínico de la señora X acertó de lleno, pues mi amiga pronto tuvo una clientela fija nada desdeñable. Vistiendo lencería y ropa de lo más vulgar, arreglada con un maquillaje vulgar y despidiendo un aroma a jabón vulgar, recorría una o dos veces por semana el camino hacia el Hotel Okura, el Hilton o el Príncipe, donde se iba a la cama con generosos caballeros que le pagaban lo suficiente para vivir holgadamente.

La mitad de las noches restantes se acostaba conmigo, sin cobrarme nada. No tengo idea de cómo pasaba las noches que le quedaban libres.

Por lo que respecta a su vida como correctora de pruebas de imprenta a horas, discurría por cauces más corrientes. Tres días a la semana se desplazaba hasta el barrio de Kanda para trabajar en una oficina situada en el tercer piso de un pequeño edificio. Allí se dedicaba a la corrección de galeradas y a otros

menesteres, como preparar té e ir a comprar gomas de borrar, por ejemplo. Dado que el edificio no tenía ascensor, se hartaba de subir y bajar escaleras. Aunque era la única soltera joven, nadie le iba detrás ni le complicaba la vida. Como un perfecto camaleón, mi amiga, según los lugares y las circunstancias, adoptaba hábilmente el colorido más adecuado.

* * *

La conocí —o conocí a sus orejas, mejor dicho— a poco de romper con mi esposa, en los primeros días de agosto. Yo estaba realizando un trabajo para una agencia de publicidad: una campaña de anuncios encargada por una empresa de ordenadores. Así fue como entré en contacto con sus orejas.

El director de la agencia de publicidad puso sobre mi mesa de trabajo el guión de un proyecto y unas cuantas fotografías grandes en blanco y negro, y me encargó que le preparara tres textos distintos como posible acompañamiento de aquellas fotos; me dio de plazo una semana. Las tres fotografías eran grandes reproducciones de una oreja.

¡Vaya, una oreja!, pensé.

—¿Por qué se ha escogido como tema una oreja? —pregunté.

—¿Y yo qué sé? Quieren que salga una oreja, y punto. Te pasas una semanita dándole al magín en torno a esa oreja, y asunto concluido.

Así que, durante una semana, mi vida se centró en la contemplación de aquellas fotos de una oreja. Con cinta adhesiva transparente las fijé a la pared ante mi mesa de trabajo, y mientras fumaba, o bebía café, o me zampaba un bocadillo, o me cortaba las uñas, no les quitaba el ojo.

Logré despachar el encargo con más o menos fortuna en el plazo fijado, pero las fotos de la oreja siguieron pegadas a la pared. En parte por el latazo que era despegarlas, y en parte porque su contemplación se había convertido para mí en un hábito cotidiano. Sin embargo, la razón más importante por la que no despegué de la pared las fotos para sepultarlas en un cajón, era el hecho de que aquella oreja, desde cualquier ángulo que la contemplara, ejercía sobre mí una tremenda fascinación. Era una oreja revestida de una forma enteramente onírica, sin dejar de ser al mismo tiempo un apéndice auricular al ciento por ciento. Ante ella experimentaba la mayor atracción jamás sentida en toda mi vida hacia una parte cualquiera del cuerpo humano, incluidos, naturalmente, los órganos genitales. Tenía la sensación de encontrarme en el

centro de un gran torbellino.

Una de sus curvas cortaba decididamente la foto de arriba abajo, con una audacia que superaba todo lo imaginable; otras creaban pequeños islotes de sombra misteriosamente delicados y llenos de secretos; de otras parecían emanar innumerables leyendas, como si de antiguas pinturas murales se tratara. La suavidad del lóbulo de aquella oreja, en especial, no tenía parangón sobre la faz de la tierra, y el esponjoso espesor de su carne resultaba más deseable que la propia vida.

Al cabo de algunos días, me resolví a telefonear al fotógrafo autor de aquellas tomas, para que me comunicara el nombre de la persona dueña de la oreja, así como su número de teléfono.

—¿A qué viene eso? —me preguntó.

—Pura curiosidad. Es que se trata de una oreja espléndida,

—Bueno, vale, en lo que se refiere a la oreja —me dijo sin convicción el fotógrafo—. Pero, en cuanto a la modelo, la chica no es nada del otro mundo. Si lo que quieres es ligar con un bombón, puedo presentarte a una chavala que hace poco fotografié en traje de baño...

—Muchas gracias —le respondí, y colgué.

* * *

A las dos, a las seis, a las diez... traté de comunicarme con ella, pero nadie cogía el teléfono. Aquella chica parecía estar siempre muy ocupada.

Cuando por fin logré pescarla, eran las diez de la mañana siguiente. Tras hacer una sencilla presentación de mí mismo, le expliqué que deseaba hablarle de un trabajo publicitario que había realizado días atrás. ¿Qué tal si cenábamos juntos?

—Pero tengo entendido que ese trabajo ya se terminó —me respondió.

—Sí, sí, ya está terminado —reconocí.

Parecía un tanto perpleja, pero no puso ninguna objeción. Nos pusimos de acuerdo para vernos al día siguiente, ya avanzada la tarde, en un salón de té de la avenida Aoyama.

Reservé por teléfono una mesa en un restaurante francés, el de más calidad entre los visitados por mí hasta entonces. Eché mano de una camisa nueva que tenía, elegí sin prisas una corbata, y me puse una chaqueta que sólo había llevado dos veces.

Tal como me había advertido el fotógrafo, no era una mujer despampanante. Tanto su vestido como su cara eran de lo más corriente, de modo que habría podido pasar por un miembro del coro de alguna universidad femenina de segundo orden. Sin embargo, como es natural, eso me traía sin cuidado. Lo que sí me decepcionó fue comprobar que su largo pelo lacio ocultaba por completo aquellas orejas...

—Escondes tus orejas —le comenté.

—¡Hombre, claro! —me contestó, como si fuera lo más natural.

Habíamos llegado un poco antes de lo previsto, y éramos los primeros clientes que se disponían a cenar. La iluminación del local era muy tenue. Un camarero que se paseaba entre las mesas encendió —con una larga cerilla— la roja vela que había en la nuestra. El maitre, un individuo con ojos de arenque, controlaba al detalle la disposición de servilletas, platos, tazas y demás. El parquet, que era del tipo espinapez, había sido cuidadosamente pulido, y al andar sobre él, las suelas de los zapatos del camarero emitían un sonido crujiente, muy agradable. Aquellos zapatos parecían, por cierto, bastante más caros que los míos. Las flores que adornaban el local eran todas frescas, y sobre las blancas paredes destacaban cuadros de estilo moderno, que a primera vista cabía calificar de originales.

Tras echar una ojeada a la carta de vinos, elegí un blanco refrescante y, como entremeses, paté de oca, terrina de besugo e hígado de rape a la crema. Ella, tras un detenido examen de la carta, pidió sopa de tortuga marina, ensalada y mousse de lenguado. Yo opté por una sopa de erizos de mar, ternera asada al perejil y ensalada con tomate. Mi presupuesto de medio mes estaba a punto de volatilizarse.

—¡Qué sitio tan estupendo para comer! —exclamó—. ¿Vienes a menudo?

—Sólo de vez en cuando, por asuntos de negocios. La verdad es que, cuando voy solo, en vez de comer en un restaurante me apetece más entrar en un bar a tomar cualquier cosa, acompañándola de un trago. Es más fácil así. No hay que escoger entre tantos platos.

—Y ¿qué sueles tomar en los bares?

—De todo; en especial, tortillas y bocadillos.

—Tortillas y bocadillos —repitió— ¿Así que te alimentas de tortillas y bocadillos?

—No siempre. Un día de cada tres me hago la comida en casa.

—De todos modos, dos días de cada tres comes tortillas y bocadillos en

algún bar.

—Sí, claro —le contesté.

—Y ¿por qué tortillas y bocadillos?

—Es que en cualquier bar normal puedes comer una rica tortilla y un buen bocadillo.

—Ya —murmuró—. ¡Qué raro eres!

—No veo qué tengo de raro —dije, mohíno.

No sabía cómo arreglármelas para encarrilar la conversación, de modo que me quedé un ratito callado, contemplando una colilla en el cenicero que había encima de la mesa.

Ella me dijo, para romper el hielo:

—Querías hablarme de un trabajo, ¿no?

—Como te dije ayer, ese trabajo está terminado. Y no hubo ningún problema. No es de eso de lo que quería hablarte.

Sacó un fino cigarrillo mentolado de un bolsillo exterior de su bolso, lo encendió con una de las cerillas del restaurante y me miró como diciéndome: «¿De qué se trata, pues?»

Cuando yo iba a romper a hablar, el maitre se aproximó a nuestra mesa con paso decidido, haciendo resonar el parquet con sus zapatos. Sonriendo, y con el ademán de quien enseñara la fotografía de su único hijo, orientó hacia mí la etiqueta del vino. Asentí, y la descorchó, operación que produjo un agradable ruidito. Luego nos sirvió una generosa ración en cada vaso. Cada gota de aquel vino era una verdadera sangría en mi presupuesto mensual.

Cuando se retiraba el maitre, se cruzaron con él dos camareros, que nos traían la cena: tres fuentes con los entremeses y dos platos individuales. Al irse los camareros, volvimos a encontrarnos los dos solos.

—Quería ver tus orejas a toda costa —le dije sin rodeos.

Ella, sin decir ni media palabra, se sirvió un poco de paté y otro poco de hígado de rape. Se bebió un buen sorbo de vino.

—¿Te he sorprendido? —le pregunté, receloso.

Ella esbozó una sonrisa:

—Con esta rica comida francesa delante, nadie puede ser sorprendido.

—¿Te molesta que te hablen de tus orejas?

—Nada de eso. Bueno..., depende de cómo se mire el asunto.

—Pues lo miraré como tú quieras.

Mientras se llevaba el tenedor a la boca, meneó la cabeza.

—Háblame con toda franqueza. Es lo que más me gusta.

Por unos instantes bebimos y comimos en silencio.

—Mira, supongamos que vuelvo la esquina —le expliqué— y, en ese

momento, alguien que caminaba delante de mí está doblando la próxima esquina. No alcanzo a distinguir a esa persona. Sólo entreveo la blancura de su vestido. No obstante, esa blancura queda grabada a fuego en el fondo de mis ojos, y no hay manera de borrarla. ¿Puedes entender que alguien tenga tales emociones?

—Me imagino que sí.

—Pues tus orejas me hacen sentir algo así.

De nuevo nos dedicamos a comer en silencio. Le serví vino, y a continuación llené mi copa.

—No es que hayas vivido esa escena, sino que la has visto mentalmente, ¿no? —me preguntó.

—Exacto.

—Y ¿habías tenido esas emociones antes?

Tras un momento de cavilación, sacudí la cabeza:

—Pues... no, creo.

—Así que la causa de tu desazón son mis orejas, ¿no?

—No estoy seguro de que sea así, sin más. ¿Quién puede estar seguro de algo, y en especial de un sentimiento? Nunca he oído contar de nadie que la contemplación de una oreja le provocara esta clase de sensaciones.

—Yo sé de alguien que estornudaba cada vez que veía la nariz de Farrah Fawcett Majors. Hay mucho de psicológico en un estornudo, ¿no? Una vez que la causa y el efecto se unen, no hay fuerza alguna que los separe.

—No tengo ni idea de lo que pasa con la nariz de Farrah Fawcett Majors —dije, y me bebí un trago de vino. Entonces se me fue el santo al cielo, y no supe qué decirle.

—Quieres decir que lo tuyo es algo distinto, ¿eh? —insistió.

—Sí; algo distinto, en efecto —respondí—. La sensación que me invade es tremendamente vaga. Pero a la vez muy tangible.

Hice el gesto de separar ampliamente las manos, para después aproximarlas hasta casi tocarse.

—No acierto a explicarlo como es debido —concluí.

—Un fenómeno concentrado, a partir de un motivo borroso. —Exactamente eso —le dije—. Tu cabeza funciona mucho mejor que la mía.

—He estudiado por correspondencia.

—¿Has estudiado por correspondencia?

—Sí, lecciones de psicología por correspondencia.

Nos repartimos el paté que quedaba. De nuevo se me fue el santo al cielo.

—Si no me equivoco, se te escapa la relación entre mis orejas y tus

emociones.

—¡Exacto! —exclamé—. No logro ver claro si tus orejas me atraen directamente, o si son una especie de llamada de atención para que me fije en otras cosas.

Apoyó sus manos sobre la mesa y se encogió de hombros levemente:

—Esas emociones que sientes, ¿son positivas o negativas? —preguntó.

—Ni una cosa ni la otra. Y al mismo tiempo, las dos. ¡Qué sé yo!

Ella rodeó con las palmas de sus manos la copa de vino, y por un momento se quedó mirándome.

—No te vendría nada mal acostumbrarte a expresar mejor tus emociones, ¿sabes?

—Desde luego, no se me dan nada bien las descripciones de esa clase —reconocí.

Sonrió:

—Bueno, ¿qué más da? Más o menos, he entendido lo que has dicho.

—Entonces, ¿qué crees que debería hacer?

Se quedó un rato callada. Daba la impresión de estar pensando en otra cosa. Sobre la mesa se alineaban cinco platos vacíos. Semejaban otros tantos planetas arrasados, formando constelación.

—¡Oye! —exclamó ella tras un largo silencio—, creo que lo mejor es que seamos amigos; siempre, naturalmente, que te parezca bien.

—Claro que me parece bien —le respondí.

—Pero tenemos que ser amigos de verdad, grandes amigos —recalcó.

No pude menos que asentir.

De este modo, nos hicimos grandes amigos. No había pasado ni media hora desde que nos conocimos.

* * *

—Ahora que somos amigos, quisiera hacerte algunas preguntas —le dije.

—Pues adelante.

—En primer lugar, ¿por qué no enseñas las orejas? Y también quisiera saber si, aparte de mí, tus orejas han ejercido alguna influencia especial sobre alguna otra persona.

Ella, sin decir palabra, contempló fijamente sus manos, posadas sobre la mesa.

—Les ha pasado a varias personas —dijo con toda calma.

—¿A varias?

—Como lo oyes. Aunque, con franqueza, considero que mi verdadera personalidad es la que adopto cuando no muestro mis orejas.

—¿Quieres decirme que tu personalidad que enseña las orejas es distinta de la que no las enseña?

—Así es.

Los dos camareros retiraron los platos vacíos y nos trajeron la sopa.

—¿Querrías hablarme, por favor, de esa personalidad tuya que enseña las orejas?

—Pertenece a un pasado muy remoto, y casi no sé qué decir de ella. Piensa que desde los doce años no he enseñado ni una sola vez mis orejas.

—Bueno, pero al trabajar como modelo las enseñas, ¿no?

—Sí y no —respondió—. Resulta que éstas no son mis verdaderas orejas.

—¿No son las verdaderas?

—Ésas son orejas bloqueadas.

Tras engullir un par de cucharadas de sopa, levanté la cabeza para mirarla a la cara.

—¿Por qué no me explicas con más detalle eso de las orejas bloqueadas?

—Las orejas bloqueadas son orejas neutralizadas. Yo misma las neutralizo. Es decir, conscientemente, las dejo incomunicadas. Supongo que me entiendes, ¿no?

Pues no la entendía.

—Hazme más preguntas, hombre —me animó.

—Lo de neutralizar a las orejas, ¿significa ensordecirlas del todo?

—No, las orejas siguen oyendo como siempre. Sin embargo, están bloqueadas. Es algo que tú también, seguramente, puedes lograr.

Dejó sobre la mesa la cuchara, enderezó la espina dorsal, alzó los hombros unos cinco centímetros, proyectó su mentón decididamente hacia adelante, y durante diez segundos, más o menos, se mantuvo en esa postura. Acto seguido, bajó los hombros.

—Con esto mis orejas quedan neutralizadas. Prueba a hacerlo.

Tres veces repetí sus gestos, pero no tuve la impresión de haber neutralizado nada. Lo único singular era que ahora el vino parecía correr algo más deprisa por mi organismo.

—Nada. Parece que mis orejas no se neutralizan como está mandado —le dije con desánimo.

Ella negó con la cabeza.

—Déjalo estar. Si no hay necesidad de neutralizarlas, no pasará nada

porque no lo hagas.

—¿Puedo preguntarte algo más?

—¿Por qué no?

—Recapitulando lo que me has dicho, creo que se resume así: Hasta los doce años, enseñabas las orejas. Un buen día, te las tapaste. Desde entonces no las has enseñado ni una sola vez. Cuando no tienes más remedio que hacerlo, bloqueas el pasadizo que las comunica con tu conciencia. Es eso, ¿no?

Sonrió complacida.

—Así es.

—¿Qué les pasó a tus orejas cuando tenías doce años?

—Sin prisas, ¿eh? —me contestó, y alargó su mano derecha por encima de la mesa hasta tocar suavemente los dedos de mi mano izquierda—. Por favor...

Repartí el vino que quedaba en nuestras copas, y luego, sin prisas, di cuenta de la mía.

—Ante todo —dijo—, quiero saber cosas de ti.

—¿De mí? ¿Qué cosas?

—Todas. Dónde naciste, qué estudiaste, cómo eran tus padres, cuántos años tienes, qué haces... Cosas así.

—Todo eso es un rollazo tan grande, que a buen seguro te duermes a la mitad.

—Me encantan los rollos.

—Pues el mío es de tal calibre, que no creo que haya quien lo soporte.

—Resistiré. Háblame durante diez minutos.

—Nací en Nochebuena, el 24 de diciembre de 1948. No es precisamente la fecha ideal para un cumpleaños, porque los regalos del aniversario y la Navidad se funden en uno solo, y todo el mundo sale del compromiso por cuatro cuartos. Mi signo es Capricornio, y mi grupo sanguíneo, el A. Dado este conjunto de circunstancias, mi destino hubiera debido ser el de empleado de banca, o funcionario del Estado en algún lugar tranquilo. Tengo una manifiesta incompatibilidad de caracteres con los Sagitario, los Libra, y los Acuario. ¿No crees que la mía es una vida de lo más aburrido?

—¡Qué va! Parece interesante.

—Me crié en una ciudad vulgar, y fui a una escuela igual de vulgar. De pequeño era un crío reservado, y al crecer me convertí en un niño aburrido. Conocí a una chica vulgar y tuve con ella un vulgar primer amor. A los dieciocho años me vine a Tokio para cursar estudios universitarios. Al salir de la universidad monté con un amigo una pequeña agencia de traducciones que nos ha dado para ir tirando. Desde hace tres años extendimos nuestra actividad

a revistas de empresa, publicidad, cosas así y la verdad es que nos ha ido a pedir de boca. Conocí a una chica, empleada en la compañía, y me puse en relaciones con ella; hace cuatro años nos casamos, y hace dos meses nos divorciamos. Las razones de nuestra separación no se pueden explicar con brevedad. Tengo en casa un gato viejo. Me fumo cuarenta cigarrillos al día. No consigo dejar el tabaco, por mucho que me esfuerce. Tengo tres trajes, seis corbatas y quinientos discos, todos pasados de moda, por cierto. Recuerdo los nombres de todos los asesinos que aparecen en las novelas de Ellery Queen. Tengo también la edición completa de *À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust, pero no he leído más que la mitad. En verano bebo cerveza, y en invierno, whisky.

—Y, además, dos días de cada tres comes tortillas y bocadillos en algún bar, ¿no?

Asentí.

—Una vida que parece interesante.

—Hasta ahora ha sido de lo más aburrida, y no creo que cambie. De todos modos, no puedo decir que me disguste. En resumidas cuentas, no hay más cera que la que quema.

Miré el reloj. Habían pasado nueve minutos y veinte segundos.

—Aun así, seguro que lo que me has explicado no es todo. Algo te quedará por contar.

Me quedé mirando por un momento mis manos, apoyadas sobre la mesa.

—Naturalmente. No puede ser todo. Aunque se trate de la vida humana más aburrida del mundo, en diez minutos no se puede contar de cabo a rabo.

—¿Puedo decirte lo que pienso?

—Adelante.

—Cuando conozco a alguien, tengo por norma dejarle que me hable durante diez minutos; después suelo situarme en una perspectiva diametralmente opuesta a la que se desprende del contenido de su charla, a ver si se contradice. ¿Crees que estoy en un error?

—No veo por qué —le dije, sacudiendo la cabeza—. Puede que tu manera de actuar sea la correcta.

Llegó un camarero, que colocó unos platos en la mesa. Tras él vino otro, que nos sirvió unas suculentas viandas, y después un tercero, encargado de rociarlas con salsa. Daba la impresión de un juego de béisbol en que la pelota fuera pasando en cadena de un jugador a otro.

—De la aplicación de ese método —dijo al tiempo que metía su cuchillo en la mousse de lenguado—, se deduce, en resumen, que tu vida no es nada aburrida; según mi parecer, eres tú quien desea que su vida sea un latazo. ¿Me

equivoco?

—Puede que sea así, tal como dices. Quizá mi vida no sea aburrida, y tal vez sea yo quien la vea así. De todos modos, el resultado no cambia. Por cualquiera de los dos caminos, me tengo ganado lo que me ha tocado en suerte. Todo el mundo trata de evadirse del aburrimiento, en tanto que yo trato de zambullirme en él. Es como si intentara entrar por una puerta de salida en una hora punta. Así que no me voy a lamentar por lo aburrida que es mi vida. ¡Si hasta mi mujer salió de estampida, ya ves!

—¿Fue el aburrimiento la causa de que te separaras de tu esposa?

—Como ya te he dicho antes, eso no se puede explicar brevemente. Sin embargo, como dijo Nietzsche, «ante el aburrimiento, aun los dioses repliegan las banderas». Si no dijo eso exactamente, fue algo por el estilo.

Lentamente, nos dedicamos a la cena. Ella repitió el plato aquel de la salsa, y yo pedí más pan. Hasta dar cuenta de nuestro plato fuerte, tuvimos la mente ocupada estudiándonos mutuamente. Retiraron los platos y pasamos al postre, consistente en sorbetes de arándanos. Al traernos el café exprés, encendí un cigarrillo. El humo del tabaco, tras vagar un poco por el aire, desapareció, absorbido por el silencioso aspirador del sistema de ventilación. Algunas de las otras mesas habían sido ocupadas por clientes. Un concierto de Mozart fluía por los altavoces del techo.

—Me gustaría preguntarte más cosas sobre tus orejas —le dije.

—Lo que quieres saber es si tienen o no poderes especiales. No pude menos que asentir.

—Eso es algo que me gustaría que comprobaras por ti mismo —prosiguió—. Por mucho que te dijera, siempre tendría que hacerlo dentro de ciertas limitaciones, y, a fin de cuentas, tampoco creo que entendieras nada.

Una vez más, asentí.

—Porque eres tú, te enseñaré mis orejas para que estés contento —me dijo, una vez terminado el café—. Con todo, no tengo idea de si hacerlo será provechoso para ti o no. Puedes acabar arrepintiéndote.

—¿Por qué?

—Porque tu aburrimiento tal vez no sea tan plúmbeo como crees.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —le respondí, decidido.

Ella alargó una mano por encima de la mesa y la posó sobre la mía.

—Y una cosa más: durante una temporada, digamos los próximos meses, no te apartarás de mi lado. ¿Vale?

—Vale.

Sacó de su bolso una cinta negra para el pelo; la sujetó con la boca; se alzó la cabellera con ambas manos y se la echó para atrás. Luego la rodeó con

la cinta, que anudó diestramente.

—¿Qué tal?

Conteniendo el aliento, me quedé mirándola asombrado. Tenía la boca reseca y no era capaz de articular sonido alguno. La blanca pared estucada pareció ondularse por un instante. El bullicio de las conversaciones y el roce de cubiertos y platos se debilitaron hasta reducirse a un leve susurro para volver luego a su volumen previo. Se oía un batir de olas, y me llegaba el aroma de tardes añoradas. No obstante, todas y cada una de estas sensaciones no pasaron de ser una pequeñísima parte de cuanto me conmovió en una simple centésima de segundo.

—¡Magnífico! —musité al fin—. Das la impresión de no ser la misma persona.

—Exacto —dijo.

2. DE LA LIBERACIÓN DE LAS OREJAS BLOQUEADAS

—Exacto —dijo.

Estaba preciosa, hasta el límite mismo de la irrealidad. Su belleza era superior a cuanto me había sido dado contemplar anteriormente ni había alcanzado jamás a imaginar. Era tan expansiva como la energía del cosmos, pero al mismo tiempo estaba tan contraída como si habitara en un glaciar. Resultaba excesiva, hasta rozar el umbral del orgullo, aunque al mismo tiempo sus proporciones eran armoniosas. Desbordaba, en fin, cuanto mi mente me ofreciera como concebible. Ella y sus orejas eran un todo, eran como un inefable rayo de luz que se deslizara cadencioso por la pendiente del tiempo.

—Eres única —musité cuando pude recobrar el aliento.

—Lo sé —me respondió—. Es lo que ocurre cuando mis orejas están liberadas.

Varios de los clientes del restaurante se volvieron hacia nosotros, y fijaron sus ojos en ella, sin ningún recato. Un camarero, que había acudido para servir más café, no acertaba a verterlo en las tazas. Todo el mundo se quedó con la boca abierta. Únicamente los carretes del magnetófono seguían girando sin prisas desde la consola del equipo estereofónico.

Ella sacó de su bolso un cigarrillo mentolado. Yo, la mar de atolondrado, le ofrecí fuego con mi encendedor.

—Me gustaría acostarme contigo —dijo.

Así fue como empezamos a dormir juntos.

3. DONDE PROSIGUE LA LIBERACIÓN DE LAS OREJAS

No obstante, el momento en que ella se mostraría en todo su esplendor aún no había llegado. Durante los dos o tres días siguientes, se limitó a mostrarme sus orejas de forma intermitente, y acto seguido volvía a sepultar bajo su cabellera aquel rutilante prodigio sensorial, lo que le devolvía su aspecto de chica del montón. Era, ni más ni menos, la actitud de quien a principios de marzo de vez en cuando sale a la calle sin abrigo, a ver qué pasa.

—Creo que aún no ha llegado la hora de que me deje las orejas al aire —me dijo—. No estoy segura de poder dominar la situación.

—¿Qué más da? —comenté.

Y es que, aun con las orejas tapadas, no estaba nada mal.

Ella me enseñaba sus orejas de vez en cuando, sobre todo cuando estábamos en la cama. Tenía un extraño atractivo hacer el amor con ella cuando llevaba las orejas al aire. Si entonces estaba lloviendo, el aroma a lluvia nos envolvía. Si los pájaros trinaban, sus trinos nos arrullaban. No encuentro las palabras adecuadas, pero, en resumen, eso era lo que ocurría.

—Cuando te acuestas con otros hombres, ¿lo haces sin enseñar las orejas? —me atreví por fin a preguntarle.

—¡Pues claro! —me respondió—. Es más: no sé si se imaginarán que las tengo.

—¿A qué sabe el amor cuando se hace sin mostrar las orejas?

—A pura obligación. No siento nada, es como si estuviera mascando papel de periódico. Pero hay que pasar por ello. No hay nada de malo en cumplir con las obligaciones.

—Así que es mucho más agradable hacerlo con las orejas descubiertas, ¿no?

—Por supuesto.

—Pues con llevarlas al aire, asunto arreglado —le dije—. No conduce a nada el pasar un mal trago porque sí, digo yo.

Me miró a la cara sin pestañear y dejó escapar un suspiro:

—¡Señor, Señor, no entiendes nada de nada!

Ciertamente, también yo opino que se me escapaban muchas cosas.

Ante todo, no acababa de entender las razones de su diferencia hacia mi

persona. No veía claro que hubiera en mí nada que me hiciera superior al resto de los mortales.

Al comentárselo, se echó a reír.

—Es algo sencillísimo —me dijo—. Todo estriba en que me has buscado. Eso es lo que importa.

—¿Y si te busca alguien más?

—De momento, quien me ha buscado eres tú. Y, por otra parte, vales mucho más de lo que piensas.

—¿Por qué crees que me subestimo? —le pregunté.

—Pues porque sólo vives la mitad de tu vida —me respondió llanamente—. La otra mitad permanece inactiva, quién sabe dónde.

—Ya —respondí.

—En ese sentido, nos parecemos bastante. Yo bloqueo mis orejas, y tú vives solamente la mitad de tu vida. ¿No crees que es así?

—Pero bueno, aun suponiendo que estés en lo cierto, esa otra mitad restante de mi vida no es, ni mucho menos, tan esplendorosa como tus orejas.

—Tal vez —respondió, con una sonrisa—. Sigues sin entender nada de nada, como siempre.

Con la sonrisa a flor de labios, se alzó la cabellera y empezó a desabrocharse los botones de la blusa.

* * *

Aquella tarde de septiembre, en las postrimerías del verano, decidí no ir a trabajar y, metido con ella en la cama, acariciaba sus cabellos; no se me iba de la cabeza el recuerdo del pene de ballena. El mar era de un denso color plomizo, y un viento tempestuoso azotaba el ventanal acristalado. El techo era alto, y en la sala de exposiciones no había nadie, aparte de mí. El pene de ballena macho, separado de su dueño para siempre jamás, había perdido por completo su significado como pene de ballena.

Tras ello, mis pensamientos se concentraron en las combinaciones de mi mujer. Sin embargo, ya casi ni lograba recordar cómo eran, si es que de verdad tenía alguna.

Sólo la vaga y borrosa imagen de una combinación colgada de la silla de la cocina se aferraba a un rincón de mi mente. No lograba comprender qué diablos podía significar aquello. Tenía la sensación de haber estado viviendo

durante mucho tiempo una vida que no era la mía.

—Oye, no llevas nunca combinación, ¿verdad? —le pregunté a mi amiga, aunque la pregunta era realmente ociosa.

Ella alzó la cara, que tenía apoyada sobre mi hombro, y me miró con ojos ausentes.

—No tengo ninguna.

—Ya —respondí.

—Con todo, si crees que, llevando combinación, la cosa iría mejor...

—No, nada de eso —me apresuré a contestar—. No te lo he preguntado con esa intención.

—De verdad, no te avergüences ni te prives por mí. Yo estoy acostumbrada a todo por razones profesionales, y no me importa en absoluto.

—No echo de menos nada —le respondí—. Contigo y con tus orejas ya tengo bastante, de verdad. No necesito nada más.

Con ademán de aburrimiento, meneó la cabeza y abatió su rostro contra mi hombro. Sin embargo, al cabo de unos pocos segundos levantó de nuevo la cara.

—¿Sabes una cosa? Dentro de diez minutos sonará el teléfono; es algo importante.

—¿El teléfono? —pregunté, y lancé una mirada al negro aparato, que estaba al lado de la cama.

—Sí, hombre. El timbre del teléfono va a sonar.

—¿Estás segura?

—Sí.

Con la cabeza reclinada sobre mi pecho desnudo, fumaba un cigarrillo mentolado. Instantes después, la ceniza cayó al lado de mi ombligo y ella, abocinando los labios, sopló para dispersarla fuera de la cama. Cogí entre mis dedos una de sus orejas. Una sensación maravillosa me invadió. Mi cabeza vagaba por el vacío, un vacío en el que flotaban suspendidas imágenes inefables que se borraban inmediatamente.

—Es un asunto de carneros —explicó mi amiga—. De muchos carneros, y de uno en particular.

—¿Carneros, dices?

—Ajajá —asintió, y me pasó el cigarrillo a medio fumar. Yo, tras darle una calada, lo apagué aplastándolo contra el cenicero—. Así que la aventura está en marcha —añadió.

Poco después, sonó el teléfono juntó a la cabecera de la cama. La miré, pero se había quedado dormida sobre mi pecho. Tras dejar que el teléfono sonara cuatro veces, descolgué el auricular.

—¿Podrías venir enseguida? —me dijo mi socio desde el otro lado del hilo. Su voz era apremiante—. Se trata de algo muy importante.

—¿Qué es eso tan importante?

—Si vienes, lo sabrás —me respondió.

—¿Se trata de algo relacionado con carneros? —le pregunté, para ver cómo reaccionaba.

No tenía que haberlo dicho. El auricular pareció enfriarse como un glaciar.

—¿Cómo es que lo sabes? —me preguntó mi socio.

De este modo tan sencillo comenzó la aventura de dar caza al carnero.

IV. LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE (I)

1. AQUEL EXTRAÑO INDIVIDUO. INTRODUCCIÓN

Hay montones de razones para que un ser humano se entregue a la bebida. Las razones forman legión, pero el resultado siempre acaba siendo el mismo.

En 1973 mi socio era un borrachín feliz. En 1976 era un borrachín huraño. Y por fin, en el verano de 1978, andaba tanteando torpemente el pomo de la puerta que conduce al alcoholismo. Cuando estaba sobrio, no es que destacara por su agudeza, pero sí por su rectitud humana y su sensibilidad. Y todo el mundo lo conceptuaba como una persona recta y sensible, aunque no especialmente aguda. También él se tenía en este concepto. Y por ello seguía bebiendo. Porque le parecía que, mientras el alcohol entrase en su cuerpo, podría encarnar a las mil maravillas el ideal de persona recta y sensible.

La verdad es que, al principio, la cosa marchaba bien. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y la cantidad de alcohol que ingería se incrementaba, empezó a cometer sutiles errores que lo condujeron a hundirse en un profundo abismo de la noche a la mañana. Su consabida rectitud y su sensibilidad le tomaron de tal modo la delantera, que ya no podía darles alcance. Es una situación muy corriente. Sin embargo, la mayoría de las personas tienden a considerar que ellas no pueden verse afectadas por esa situación tan corriente. Y a las personas que no destacan por su agudeza les ocurre con más frecuencia. Con el fin de reencontrar todo cuanto había perdido de vista, mi socio se lanzó a deambular por esa niebla, cada vez más densa, del alcohol. Y, como no podía menos que ocurrir, su estado empeoró gravemente.

Sin embargo, en la época en que ocurrieron los hechos que relato, aún solía conservar su rectitud y su sensibilidad proverbiales hasta la puesta del sol. Como yo había adquirido —conscientemente— desde hacía varios años la costumbre de no encontrarme con él tras el ocaso, puedo decir que, por lo que a mí respecta, se comportaba correctamente. Con todo, yo sabía muy bien hasta dónde llegaba su falta de rectitud y de sensibilidad a partir de la puesta

del sol, y él también lo sabía. Y aunque cuando estábamos juntos evitábamos hablar de ese tema, los dos sabíamos que el otro estaba al tanto de la situación. En apariencia, nuestras relaciones no habían cambiado, pero lo cierto es que habíamos dejado de ser el amigo que fuimos el uno para el otro, tiempo atrás.

Si bien no se podía decir que entonces nos entendíamos al ciento por ciento —y probablemente ni siquiera al setenta por ciento—, lo cierto es que en nuestra época universitaria él había sido mi único amigo; y el observar de cerca cómo una persona así iba perdiendo su personalidad me resultaba una experiencia penosa. Aunque, si bien se mira, eso es lo que suele llevar aparejado el envejecer.

Cuando yo llegaba a la oficina, él ya se había tomado un buen vaso de whisky. Mientras no pasara de ese vaso, seguiría siendo una persona recta y sensible; pero aun así, no cabe duda de que aquello era un mal presagio. En cualquier momento podía dar el paso hacia el segundo vaso. Y hacia el tercero. En el caso de que esto ocurriera, no iba a tener más remedio que romper nuestra sociedad y buscarme otro trabajo.

Yo estaba de pie ante la rejilla del aire acondicionado, tratando de secarme el sudor, y bebía un té frío que me había traído una de nuestras empleadas. Él no abría la boca, y yo tampoco decía nada. El sol de la tarde vertía sus firmes rayos sobre el suelo de linóleo, como una lluvia fantasmal. Ante nuestra vista se extendía a lo lejos el verde panorama del parque, sobre cuyo césped se divisaban las minúsculas formas de las personas tendidas despreocupadamente para tostarse al sol. Mi socio se surcaba la palma de la mano izquierda con la punta de un bolígrafo.

—Según me han dicho, te has divorciado —dijo, rompiendo el silencio.

—Eso ocurrió hace ya dos meses —le respondí, sin dejar de mirar por la ventana. Al quitarme las gafas de sol, los ojos me dolieron.

—¿Por qué te divorciaste?

—Es un asunto personal.

—Y bien que lo sé —dijo con aire paternal—. Nunca he oído hablar de ningún divorcio que no sea un asunto personal.

Permanecí callado. Durante años habíamos mantenido de un modo tácito la convención de respetar mutuamente nuestra intimidad, de no comentar asuntos de la vida privada.

—No es que quiera meter las narices en tu vida —se excusó—. Pero como también soy amigo de tu mujer, la cosa me ha sorprendido. Y además, parecía que os llevabais bien, sin problemas.

—Nos llevábamos bien, sin problemas, es verdad. Y no tuvimos ninguna pelea.

Mi socio puso cara de preocupación y se quedó en silencio. Seguía recorriéndose la palma de la mano con la punta del bolígrafo. Llevaba una corbata negra sobre su nueva camisa azul marino, y su cabello estaba cuidadosamente peinado. El aroma de su colonia hacía juego con el de su loción facial. Yo, por mi parte, vestía una camiseta que llevaba estampada la figura de Snoopy acarreando una tabla de surfing; mis pantalones eran unos viejos Levi's, con tantos lavados encima que estaban blanquecinos, y calzaba unas enlodadas zapatillas de tenis. Para cualquiera que nos viese, él sería el más respetable de los dos.

—¿Recuerdas —me preguntó— aquella época en que los tres trabajábamos juntos?

—Claro que la recuerdo —respondí.

—Entonces nos lo pasábamos bien —añadió.

Me alejé del aire acondicionado y dejé caer mis posaderas sobre un mullido sofá sueco de color celeste, situado hacia el centro de la habitación. De una tabaquera que teníamos como atención hacia los visitantes, saqué un Pall Mall emboquillado y usando el pesado encendedor de sobremesa, lo encendí. —¿Y...? —le insinué.

—Que, a fin de cuentas, me pregunto si no habremos ido demasiado lejos.

—¿Te refieres a la publicidad, las revistas y todo lo demás? —pregunté.

Mi socio asintió. Al percatarme de lo mal que —seguramente— lo habría pasado para llegar a expresarse así, sentí cierta compasión por él. Sopesé en mi mano el encendedor y giré el tornillo graduable para ajustar la longitud de su llama.

—Me hago cargo de lo que quieres decir —dije mientras devolvía a la mesa el encendedor—. Pero deberías recordar que cargarse de trabajo no fue idea mía, para empezar, ni fui yo quien dijo: «¡Manos a la obra!» Fuiste tú quien lo dijo y quien propuso ampliar el negocio. ¿O no?

—Por un lado, las circunstancias eran muy favorables, y, además, entonces no nos sobraba el trabajo...

—Y ganamos mucho dinero.

—Mucho dinero —asintió—. Gracias al cual pudimos mudarnos a una oficina más amplia y ampliar la plantilla. Yo cambié de coche, me compré una buena vivienda y llevo a mis dos hijos a un costoso colegio privado. No todo el mundo tiene tanto dinero a los treinta años.

—Te lo ganaste. No hay nada de qué avergonzarse.

—No me avergüenzo, ni mucho menos —dijo mi socio. Acto seguido, recogió el bolígrafo, que había dejado caer sobre su mesa de trabajo, y volvió a

rascarse la palma de la mano, por el centro—. Sin embargo, ¿sabes?, cuando pienso en el pasado, no sé cómo decirlo, me da la impresión de que todo es cuento. Recuerdo cuando andábamos por ahí cargados de deudas y tratando de hacernos con alguna traducción, o bien repartiendo octavillas delante de la estación...

—Si lo que quieres es repartir octavillas, por mí encantado. Mi socio alzó la cabeza para mirarme.

—¡Oye, que no es ninguna broma lo que te digo! —exclamó.

—Yo tampoco bromeo —le respondí.

Durante un rato nos quedamos mudos los dos.

—Muchas cosas han cambiado por completo —dijo al reanudar la charla—. Cosas como el ritmo de vida, la manera de pensar... Para empezar, ni nosotros mismos tenemos una idea clara de lo que ganamos. Cuando viene el asesor fiscal, nos da la lata con el rollo de las deducciones, las amortizaciones, las medidas fiscales... todo para rellenar papelotes que no entiende ni él.

—Pero es que así son las leyes.

—De sobra lo sé. Ya sé que es así como hay que hacerlo, y así lo hacemos. Pero en aquellos tiempos todo era más agradable. Mi respuesta sonó así:

*He aquí que las sombras de la prisión en torno
a nuestro día crecen desbordando el azar...*

Versos de un antiguo poema, que recité casi para mí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada en particular —le respondí—. Y tú, ¿qué ibas a decir?

—Pues que me da la impresión de que nos están explotando. —¡Que nos explotan! —exclamé mientras levantaba la cabeza, sorprendido.

Entre nosotros mediaba una distancia de unos dos metros y, dada la altura de la silla que él ocupaba, su cabeza se erguía sobre la mía unos veinte centímetros. Por detrás de su cabeza, una litografía colgaba de la pared. Era una litografía nueva, al menos yo no la había visto antes; representaba a un pez al que le habían crecido alas. No parecía muy feliz aquel pez ante el apéndice que había brotado en su dorso. Tal vez no supiera aún cómo usarlo.

—¡Que nos explotan! —volví a exclamar, esta vez en voz baja, como si me dirigiera a mí mismo.

—Sí, puedes estar seguro.

—¿Y quién demonios nos explota?

—Nos explotan de muchas maneras y poco a poco.

Yo descansaba con las piernas cruzadas en el sofá celeste, y me quedé mirando fijamente sus manos, que estaban precisamente a la altura de mi mirada, así como el movimiento del bolígrafo que sostenían.

—De todos modos, ¿no piensas que hemos cambiado? —preguntó mi socio.

—Somos los mismos. No hemos cambiado. Nada ha cambiado.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Eso de la explotación y demás zarandajas no tiene ninguna base. Son cuentos de hadas. No creerás que las trompetas del Ejército de Salvación van a salvar al mundo de verdad, ¿eh? Es que cavilas demasiado.

—Bueno, dejémoslo estar. Seguramente, cavilo demasiado —dijo mi socio—. La semana pasada tú..., es decir, nosotros, elaboramos aquella campaña publicitaria de la margarina. La verdad es que fue un buen trabajo. Tuvo, además, excelente acogida. Sin embargo, ¿cuántos años hace que no has comido margarina?

—Muchísimos. No puedo ni verla —le dije.

—Tampoco yo. Y ahí es adonde quería ir a parar. En otros tiempos, tú y yo sólo aceptábamos trabajos que nos convencían al ciento por ciento, y en ellos poníamos nuestro orgullo. Eso es lo que nos falta ahora. Estamos, sencillamente, sembrando al aire farfolla sin sentido.

—La margarina —dije— es buena para la salud. Es grasa vegetal, baja en colesterol. No causa ningún perjuicio a las personas mayores, e incluso su sabor ha mejorado últimamente. La margarina es barata, y se conserva mucho tiempo.

—Pues toda para ti. ¡Come margarina!

Me repantigué en el sofá desmereciendo calmamente brazos y piernas. Le respondí:

—Bueno, pero ¿qué más da? Comamos margarina o no, al fin y a la postre viene a ser igual. En el fondo, es lo mismo un prosaico trabajo de traducción que una hábil campaña publicitaria ensalzando la margarina. Sin duda, estamos sembrando al aire farfolla sin sentido. Ahora bien, ¿adónde hay que ir para encontrar algo que tenga sentido? ¿Adónde? No queda nadie que trabaje con honestidad, no nos hagamos ilusiones, del mismo modo que ya nadie respira ni mea con honestidad. Son actitudes que se extinguieron.

—Antes no eras tan cínico —me espetó.

—Es muy posible —dije, y aplasté mi cigarrillo contra el cenicero para apagarlo—. En algún sitio ha de haber por fuerza una ciudad que desconozca el cinismo, donde un carnicero honesto esté cortando un solomillo sin trampa ni cartón. Si crees que beber whisky desde que sale el sol es el colmo de la

honestidad, bebe alegremente cuanto gustes.

El ruidito acompasado del bolígrafo golpeando en la mesa resonó durante un buen rato en solitario a lo largo y lo ancho de la habitación.

—Perdóname —me disculpé—. No debí hablarte así.

—Nada, hombre, no te preocupes —dijo él—. Tal vez sea eso la causa de mis cavilaciones.

El termostato del aire acondicionado lanzó un pitido. Era una tarde terriblemente bochornosa.

—Ten más confianza en ti mismo —le aconsejé—. ¿No hemos salido adelante hasta ahora por nuestro propio esfuerzo? Sin pedirle nada prestado a nadie y sin prestar nada. Y sin tener nada que ver con toda esa gente que te mira por encima del hombro y sólo sabe vanagloriarse de sus títulos y sus estudios.

—¡Antes éramos tan buenos amigos...! —suspiró mi socio. —Y seguimos siéndolo —le aseguré—. Sumando nuestros esfuerzos, mira hasta dónde hemos llegado.

—Sentí que te divorciarías.

—Lo sé —respondí—. Pero ¿no me ibas a hablar de carneros?

Asintió. Devolvió el bolígrafo a la bandejita portaplumas y se restregó los ojos con las yemas de los dedos.

—Esta mañana, a eso de las once, vino a verme un hombre.

2. AQUEL EXTRAÑO INDIVIDUO

Eran las once de la mañana cuando llegó aquel hombre. En una empresa de pequeña envergadura, como la nuestra, las once de la mañana es una hora en la que pueden darse dos situaciones: o estamos agobiados de trabajo, o no tenemos nada que hacer. Son las dos únicas posibilidades, no hay términos medios. Por tanto, a las once de la mañana, o bien nos encontramos trabajando a todo tren, sin pensar en otra cosa, o bien contemplamos las musarañas medio adormilados y, evidentemente, sin pensar en otra cosa. En cuanto a los trabajos que no exigen poner la carne en el asador —en el caso hipotético de que los haya—, es mejor dejarlos para la tarde.

Cuando aquel hombre nos visitó, estábamos metidos de lleno en la segunda variedad —la ociosa— de las once de la mañana. Y, además, era una de esas once de la mañana tan ociosas que se merecerían un monumento a la ociosidad.

Durante la primera quincena de septiembre hubo jornadas de locura, en que estábamos de trabajo hasta las orejas; cuando lo terminamos, nuestra actividad quedó bruscamente reducida al mínimo. Tres de los empleados, incluido yo, lo aprovechamos para tomarnos las vacaciones veraniegas, con un mes de retraso; aun así, al resto del equipo no le quedó otra tarea que ocuparse en sacar punta a los lápices. Mi socio había ido al banco, donde tenía que hacer algunas gestiones; uno de nuestros empleados se hallaba en una de las cabinas de audición de una tienda de discos que había cerca de la oficina, donde mataba el tiempo escuchando las últimas novedades musicales, y, en fin, la única persona que quedaba en la empresa, una chica, hacía guardia junto el teléfono mientras hojeaba una revista femenina para enterarse de las últimas tendencias en los peinados para el otoño.

El hombre abrió sin hacer el menor ruido la puerta de la oficina, y con el mismo sigilo la cerró. Con todo, no pretendía conscientemente pasar inadvertido. Todo era en él natural y espontáneo. Tales eran su finura y su elegancia, que la chica ni siquiera se dio cuenta de que aquel individuo había entrado. Cuando lo advirtió, el visitante estaba plantado ante su mesa y la dominaba con la mirada.

—Desearía ver al director —le dijo. Su voz era suave, y le recordó a la chica una mano enguantada que fuera quitando el polvo de la mesa.

¿Cómo había llegado hasta allí? La chica no se lo podía imaginar. Levantó la cabeza y lo miró. La mirada del visitante era demasiado inquisitiva para ser la de un posible cliente, su indumentaria era muy elegante, lo que

descartaba que fuera un inspector de Hacienda, y tenía un aire tan intelectual, que no podía ser de la policía. Fueron las tres posibilidades que se le ocurrieron a la chica. Aquel individuo había aparecido frente a ella como cerrándole el paso, y su presencia tenía un no sé qué de ominoso, de fatídico.

—Ha salido —respondió la chica al tiempo que cerraba atolondradamente la revista—. Dijo que volvería dentro de media hora.

—Esperaré —dijo el hombre, sin el menor tono de vacilación, como si lo hubiera decidido de antemano.

La chica estuvo a punto de preguntarle su nombre, pero desistió de hacerlo, y le invitó a sentarse en el sofá azul celeste. El visitante se arrellanó, cruzó las piernas y se quedó inmóvil contemplando el reloj eléctrico que colgaba de la pared de enfrente. No hizo ni un solo gesto superfluo. Cuando, poco después, la chica le ofreció un té, continuaba en la posición inicial, sin moverse ni un milímetro.

—Precisamente en el sitio donde tú estás sentado —me dijo mi socio—. Ahí permaneció, inmóvil, durante media hora, sin cambiar de postura, contemplando el reloj.

Miré hacia el hueco en el asiento del sofá donde estaba arrellanado, y luego levanté la vista hacia el reloj eléctrico de la pared. A continuación volví a mirar a mi socio.

A pesar de la ola de calor que padecíamos en aquella segunda quincena de septiembre, aquel hombre vestía de un modo serio y elegantísimo. Los puños de su blanca camisa asomaban exactamente un centímetro y medio por la bocamanga de su traje gris, hecho a medida; su corbata listada, de suaves tonalidades, tenía un nudo perfecto, con una ligera inclinación lateral para deshacer la simetría; sus zapatos negros de cordobán brillaban esplendorosos.

En cuanto a su edad, había pasado de sobra la mitad de la treintena e iba camino de los cuarenta. Su estatura superaba el metro setenta y cinco, y en su cuerpo no parecía haber un solo gramo de carne superflua. Sus finas manos no tenían ni una arruga, y aquellos diez dedos largos y suaves hacían pensar en alguna raza de animales gregarios que, por muchos años que hubieran pasado de domesticación y vida sedentaria, en lo más hondo de su ser albergaban todavía la memoria de sus orígenes salvajes. Las uñas mostraban una manicura perfecta, que debía de haber costado tiempo y dedicación, y formaban, en la punta de cada dedo, un elegante óvalo. Unas manos, en suma, ciertamente

bellas, aunque un tanto extravagantes. Manos que transmitían la sensación de pertenecer a una persona muy especializada en un campo bien definido; ahora bien, no era fácil adivinar cuál podía ser ese campo.

La cara de aquel hombre no era, en cambio, tan elocuente como sus manos. Un rostro impecable, desde luego, pero sin expresión, sin relieve. Los rasgos de su nariz y sus ojos eran angulosos y rectilíneos, como si hubieran sido cortados con una cuchilla; sus labios eran delgados y secos. La piel de aquel hombre estaba ligeramente bronceada por el sol, pero al primer golpe de vista se advertía que aquella tonalidad bronceada no era consecuencia de la exposición a los rayos del sol, por mero entretenimiento, en una playa o una pista de tenis. Un bronceado de aquella calidad sólo podía producirlo un sol desconocido que brillara en un espacio etéreo ignorado por el común de los mortales.

El tiempo pasaba con asombrosa lentitud. Fueron treinta minutos densos, compactos, como el parsimonioso avance de un tornillo sin fin que se alzara desafiando a las alturas. Cuando mi socio regresó del banco, el aire de la oficina le pareció terriblemente cargado. Exagerando un poco, se le ocurrió que todo cuanto había allí estaba materialmente clavado al suelo. Ésa fue la impresión que tuvo.

—Naturalmente, todo era pura impresión —me explicó mi socio.

—Claro, claro —asentí.

La chica que se había quedado a cargo del teléfono estaba exhausta, a causa de la tensión que llenaba el ambiente. Mi socio, sin idea cabal de lo que pasaba, fue al encuentro del extraño visitante y se autopresentó como el gerente. Entonces aquel hombre salió por fin de su inmovilidad, extrajo un fino cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta, lo encendió y exhaló unas bocanadas de humo con gesto de estar hastiado. La tensión ambiental disminuyó.

—Como dispongo de poco tiempo, será mejor que vaya al grano —dijo el hombre sin alzar la voz.

Dicho esto, sacó de su cartera una tarjeta de visita, de cartulina tan fina que parecía capaz de cortar la piel de quien la cogiera, y la puso sobre la mesa. Aquella cartulina era semejante al plástico y, además, blanquísima, de una blancura realmente insólita. Llevaba impreso un nombre en diminutos caracteres, muy negros, y, por lo demás, no constaba título alguno, ni dirección, ni teléfono: sólo un nombre en cuatro ideogramas. Aquella tarjeta

era tan blanca, que podía provocar dolor en los ojos sólo con mirarla. Mi socio le dio la vuelta, y al comprobar que el reverso estaba en blanco, le echó otra mirada el anverso antes de dirigir sus ojos al visitante.

—Le suena ese nombre, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —contestó mi socio.

Un leve movimiento de la barbilla de su misterioso interlocutor pareció indicar a mi socio que aquélla era la respuesta esperada. Pero la mirada del hombre no se desplazó ni un ápice.

—Quémela, por favor —dijo.

—¿Quemarla?

Y mi socio miró asombrado a su interlocutor.

—Hágame el favor de quemar enseguida esa tarjeta —dijo el hombre con aire imperioso.

Mi socio echó mano precipitadamente del encendedor de sobremesa, y encendió la blanca tarjeta por un extremo. La sostuvo por el otro hasta que el fuego llegó a la mitad, y entonces la depositó en un gran cenicero de cristal. Los dos hombres, uno frente a otro, contemplaron la quema de la tarjeta hasta que se redujo a una ceniza blancuzca. Al acabar de consumirse la tarjeta, la habitación quedó sumida en un pesado silencio, como si allí hubiera tenido lugar una terrible matanza.

Tras una larga pausa, el hombre rompió el silencio:

—He venido aquí de parte de ese señor, provisto de plenos poderes —dijo—. Eso significa que todo cuanto le diga a partir de ahora, es lo que ese señor quiere y lo que él espera de usted. Entiéndalo así.

—Lo que él espera... —repetió mi socio.

—«Lo que él espera» es una expresión, con muy bellas palabras, de una situación anímica fundamental orientada a un objetivo específico, naturalmente —dijo el hombre—. Hay otros modos de expresarse que conducen al mismo fin. ¿Me entiende?

Mi socio trató de traducir mentalmente aquella parrafada a un lenguaje más vulgar.

—Entendido —replicó.

—A pesar de los pesares, no se ventila aquí un tema conceptual, ni un asunto político, sino que de principio a fin nos hallamos en una conversación de negocios, de *business*.

Pronunció esta última palabra a la americana. Tal vez aquel hombre fuera un estadounidense descendiente de japoneses.

—También usted es hombre de negocios, como yo. Hablando con realismo, no hay entre nosotros tema alguno de conversación que no sea los

negocios, *business*. Cuanto sea irreal, dejémoslo, pues, para otros. ¿No es así?

—Así es, en efecto —respondió mi socio.

—Ante tales factores irreales, corresponde a nuestro ingenio el transformarlos en una compleja configuración, para irlos insertando en el magno terreno de la realidad. Las personas tienden a precipitarse en la irrealidad. ¿A causa de qué? —Y en medio de esta pregunta retórica, el hombre acarició con su mano derecha la verde gema del anillo que llevaba en el dedo medio de su mano izquierda—. Pues a causa de que ese modo de proceder parece más fácil. A mayor abundamiento, suelen menudear las circunstancias tendentes a proporcionar la impresión de que en ocasiones la irrealidad predomina sobre la realidad. No obstante lo cual, en el mundo de lo irreal el negocio no tiene ningún sentido. En suma, a nosotros nos cabe la misión, en tanto que seres humanos, de señalar las dificultades. De donde se desprende que... —mientras decía estas frases, el hombre recalcaba las palabras; una vez más, manoseó su anillo— lo que estoy pretendiendo transmitirle es que por muy dificultosa que sea la acción o bien la decisión que se requiera de su persona, tenga a bien descargar de toda culpabilidad a quien lo solicita. Es todo.

Mi socio había quedado atónito ante tal parrafada, y optó por asentir en silencio.

—En consecuencia, procederé a manifestarle los requerimientos que he de hacerle de parte de la persona que me envía. En primero y principal lugar, que suspenda al punto la publicación del boletín informativo de la compañía de seguros X, que se confecciona aquí.

—Pero es que...

—En segundo lugar —prosiguió el hombre, sin hacer caso de las palabras de mi socio—, exijo que se me concierte inmediatamente una entrevista con el responsable de esta página, con el que he de hablar de un asunto.

Al decir esto, el hombre iba sacando del bolsillo interior de su chaqueta un sobre blanco, del que extrajo un trozo de papel doblado en cuatro que fue entregado acto seguido a mi socio. Éste tomó en sus manos el papel, lo desplegó, y lo miró. Sin ningún género de dudas, se trataba de una página de una revista, en la que aparecía un anuncio confeccionado por nuestra empresa, para una compañía de seguros. Era una foto vulgar, un paisaje de la isla de Hokkaido: nubes, montañas, carneros y una pradera, con la adición de un poemita bucólico, más bien ramplón, fusilado para el caso de alguna antología. Eso era todo.

—Los dos puntos mencionados sumarizan nuestros requerimientos. Por

cuanto hace referencia al primero de ellos, más bien que llamarlo requerimiento, diremos que se trata de una realidad incommovible. Por darle una expresión correcta, he de manifestarle que la decisión concomitante a tal requerimiento ya ha sido tomada. Ante cualquier eventual dubitación que pudiera surgirle, llame sin dilación al jefe del departamento de publicidad de la mencionada aseguradora con el objeto de cerciorarse.

—Entiendo —dijo mi socio.

—A pesar de ello, no es en absoluto inimaginable considerar que, para una compañía del rango de la de ustedes, el daño infligido por un trastorno de tal monto pueda elevarse en definitiva a una altura inconmensurable. Por un azar venturoso, poseemos en el medio financiero, como a usted mismo no se le ocultará, un poder nada despreciable. En consecuencia, y en previsión de que nuestro segundo requerimiento halle una cumplida respuesta, supuesto sea que el antedicho responsable nos proporcione una información a la altura de nuestras expectativas, nos encontramos dispuestos a verter en sus manos una copiosa compensación por cuantos daños infligiéramos a ustedes todos. Un montante que, presumiblemente, sobreabunde al concepto mismo de compensación.

El silencio se apoderó de la habitación.

—En la hipótesis de que nuestro requerimiento no sea cumplido —añadió el hombre—, ustedes verán cerrárseles todos los caminos. A partir de ahora, e indefinidamente, no han de encontrar en este mundo dónde meter la cabeza.

De nuevo reinó el silencio.

—¿Tiene alguna pregunta que hacer?

—Es decir, que... todo el problema ha venido por esa foto... ¿verdad? —preguntó mi socio, que apenas se atrevía a respirar.

—En efecto —confirmó el hombre: y, seleccionando las palabras meticulosamente, como si las llevara escritas en la palma de la mano, añadió—: Efectivamente, tal es el caso. Ello no obstante, no me encuentro facultado para comunicarle más información. Es una competencia que excede mis atribuciones.

—Voy a llamar por teléfono al encargado de esa página. A las tres debería estar aquí —dijo mi socio.

—Está bien —aprobó el hombre, echando una mirada a su reloj de pulsera—. Eso supuesto, haré venir un vehículo a las cuatro. Y todavía una cosa, que es de suma importancia: por cuanto respecta a nuestra conversación, está absolutamente de más cualquier filtración a terceros. ¿Nos hallamos de acuerdo?

Y en ese punto los dos interlocutores se despidieron cortésmente con el mejor estilo de los hombres de negocios.

3. EL JEFE SUPREMO

—Y eso es lo que hay —resumió mi socio.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —exclamé, con un cigarrillo sin encender colgándome del labio—. Para empezar, no tengo idea de quién pueda ser el tipo de la tarjeta. Luego, por qué le molesta tanto la foto de unos carneros. Y, como remate, a qué viene eso de que decida cerrar una publicación nuestra. ¿Tú lo entiendes?

—El tipo de la tarjeta es un pez gordo de la extrema derecha. Como ha procurado que su nombre, y más aún su fotografía, permanecieran en la sombra, es casi un desconocido para la mayoría de la gente, aunque no lo es en nuestro ambiente, tú debes de ser uno de los poquísimos que no lo conocen.

—Soy un topo que evita la luz del día —me excusé.

—Y por más que se diga que es de extrema derecha, no pertenece a la extrema derecha tradicional; yo incluso diría que ni siquiera es de derechas.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Hablando en plata, nadie sabe cuáles son sus ideas, pues no ha publicado nada con su firma, ni habla en público. Tampoco permite que se le entreviste o se le fotografíe. Hasta tal punto, que incluso cabe dudar de que esté vivo. Hace cinco años, un reportero que trabajaba para cierta revista mensual realizó un reportaje sensacionalista que implicaba a nuestro hombre en un asunto de malversación de fondos; pero ese reportaje no se publicó.

—Estás bien enterado, ¿eh?

—Conozco por referencias al reportero.

Eché mano al encendedor para dar fuego a mi cigarrillo.

—Y ese reportero, ¿a qué se dedica ahora?

—Lo trasladaron al departamento de administración, donde ordena facturas de la mañana a la noche. El mundo de los medios de comunicación es mucho más reducido de lo que pueda pensarse; y este ejemplo es un buen botón de muestra: como esos esqueletos que te encuentras a modo de advertencia a la entrada de algunas aldeas africanas.

—Ya —asentí.

—Sin embargo, se saben algunos datos de la biografía de nuestro personaje, al menos del período anterior a la guerra. Nació en Hokkaido en 1913, y al terminar la escuela primaria marchó a Tokio, donde tuvo diversos empleos y se afilió a la extrema derecha. Creo que estuvo en prisión, al menos una vez. Al salir de la cárcel se fue a Manchuria, y allí trabó buenas relaciones con oficiales del ejército destacado en Kwantung, con los que colaboró para

tramar una conspiración. Los detalles de esa conjura no se han divulgado, pero lo cierto es que por esas fechas se convirtió de pronto en una figura enigmática. Hubo rumores, desmentidos, que lo relacionaban con el tráfico de drogas; pero también podrían ser ciertos. Siguió al ejército por el territorio continental de China saqueando cuanto encontraba a su paso, y justo un par de semanas antes de que las tropas soviéticas iniciaran la ofensiva final se embarcó en un destructor de vuelta al Japón. No olvidó traer consigo, por cierto, una inmensa fortuna en metales nobles.

—Un prodigio de oportunidad, por decirlo de algún modo —intervine.

—Verdaderamente, es un tipo excepcional para coger las oportunidades por los pelos. Tiene un instinto especial para decidir cuándo hay que atacar o retirarse. Y, además, sabe dónde fijar el punto de mira. Aun cuando las tropas de ocupación lo arrestaron como criminal de guerra de la peor calaña, el juicio fue suspendido y ya no se reanudó. Se dio como razón una grave enfermedad, pero sobre este extremo se alzó una cortina de humo muy espesa. Me huelo que mediarían negociaciones con el ejército americano; no hay que olvidar que la atención de MacArthur ya apuntaba hacia la China continental.

Mi socio volvió a sacar el bolígrafo de la bandeja portaplumas de su escritorio y se puso a jugar con él.

—A todo esto, cuando salió libre de la prisión de Sugamo, dividió en dos partes el tesoro que tenía escondido; con una mitad se hizo dueño de toda una facción del partido conservador, y con la otra se convirtió en el árbitro en la sombra del mundo de la publicidad. Te estoy hablando de cuando la «industria publicitaria» se reducía prácticamente a repartir octavillas.

—El don de la previsión, se llama eso. Pero ¿no hubo ninguna demanda contra él por ocultación de capital?

—¿Estás de broma? ¿No te dije que se había hecho con una facción del partido conservador?

—¡Ah! Es cierto —asentí.

—En todo caso, gracias a su dinero tenía en un puño al partido conservador, y en el otro al mundo de la publicidad, y esa situación se mantiene hasta hoy. Si no sale a la luz pública, es porque maldita la falta que le hace. Mientras tenga en sus manos los puntos clave del mundo publicitario y del poder político, no hay obstáculo alguno que se le resista. ¿Te haces cargo de lo que representa controlar la publicidad?

—Creo que no.

—Pues representa, nada más y nada menos, controlar casi todo lo que se imprime o se transmite por las ondas. No hay actividad editorial ni audiovisual que funcione sin publicidad. Sería como un acuario sin agua. El noventa y

cinco por ciento de la información que te entra por los ojos ha sido previamente comprado y cuidadosamente seleccionado.

—Aún no lo veo claro —insistí—. Comprendo que nuestro hombre se haya convertido en el dueño de la industria publicitaria; sin embargo, ¿por qué le interesa controlar hasta el boletín informativo de una empresa de seguros? ¿No firmamos un contrato directo con ella, sin que interviniera ningún intermediario?

Mi socio tosió, y se bebió el resto, ahora ya tibio, del té.

—Es por la bolsa —dijo—. La bolsa es su fuente de riqueza. La especulación bursátil, el copar las compras más interesantes, los monopolios subrepticios... cosas así. La información necesaria la recogen sus amigos de la prensa, entre otros agentes, y gracias a ella selecciona, toma o deja. Así, lo que trasciende a los medios de comunicación es una parte mínima, en tanto que el resto de la información se lo reserva el jefe supremo para sí. En el fondo, ya que no en la forma, se trata de una organización mafiosa. Y cuando la coacción no surte efecto, hace que sus amigos políticos metan en cintura a los díscolos.

—Muchas empresas tienen su punto flaco, claro.

—Todas las empresas tienen algo que no quieren ver destapado ante la asamblea general de accionistas. Por eso casi todas suelen prestar oído a lo que se les dice. En resumen, el jefe supremo asienta su poder en el trípode formado por políticos, medios de comunicación y bolsa. Hasta aquí, todo está claro; y a partir de aquí, si le interesa suprimir un boletín informativo, y encima dejarnos en la calle, lo tiene más fácil que pelar un huevo duro.

—Ajá —asentí—. Con todo, ¿por qué un personaje tan importante se interesa por la foto de un paisaje de Hokkaido?

—Buena pregunta, desde luego —dijo mi socio, sin mostrar demasiado entusiasmo—. Justamente pensaba hacértela.

Nos quedamos callados.

—Pero, a todo esto —me dijo—, ¿cómo sabías lo de los carneros? ¿Quién te lo dijo? ¿Qué ha sucedido a mis espaldas?

—Por azar del destino, unos duendes anónimos me han dejado mirar la bola mágica.

—¿No podrías hablarme más claro? —insistió.

—Es cuestión de sexto sentido.

—Buena cosa —dijo mi socio, y con un suspiro, continuó—: De todos modos, tengo para ti dos informaciones de última hora. He llamado por teléfono al reportero de esa revista mensual de que hablábamos antes, para preguntarle detalles. Lo primero que me ha dicho es que el jefe supremo ha sufrido una especie de hemorragia cerebral que lo ha dejado postrado, sin

posibilidad de recuperarse. Pero eso no ha sido confirmado oficialmente. La segunda información se refiere al hombre que vino a verme. Se trata del secretario personal del jefe, es decir, su brazo derecho, en quien delega toda la gestión operativa de la organización. Es un japonés de ascendencia americana, graduado por Stanford, que desde hace doce años trabaja al lado del jefe. Es un personaje enigmático, desde luego, aunque de cabeza asombrosamente clara, por lo visto. Esto es, más o menos, lo que he podido averiguar.

—Gracias —le dije, como expresión de lo que sentía.

—No hay de qué —respondió mi socio, sin mirarme a los ojos. Mientras no llevara encima unas copas de más, como persona era más de fiar que yo, desde todos los puntos de vista. E igualmente me aventajaba con mucho en cortesía, sinceridad y coherencia de ideas. Pero, más pronto o más tarde, acabaría por emborracharse. Era descorazonador pensar que la mayoría de las personas mejores que yo a quienes había conocido acabaron mal sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Cuando mi socio salió de la habitación, busqué por los cajones su botella de whisky y, cuando la encontré, me serví un buen trago.

4. CONTANDO CARNEROS

Podemos, si así lo deseamos, vagar sin rumbo por el inmenso océano del azar, justamente como las semillas aladas de ciertas plantas revolotean al impulso de la veleidosa brisa primaveral.

No obstante, no faltará quien afirme que hay que negar de entrada la existencia de lo que se suele llamar «azar». Punto de vista basado en que lo ya sucedido, obviamente, se ha de dar por ya sucedido, sin más; y, claro está, lo aún no ocurrido, obviamente, se ha de dar por no ocurrido. En resumidas cuentas, nuestra existencia es una sucesión de instantes aprisionados entre el «todo» que queda a nuestra espalda y la «nada» que tenemos delante. Y ahí no hay lugar para el azar, ni tampoco para lo posible.

Aunque, verdaderamente, entre ambos puntos de vista no existe una diferencia esencial. Lo que ocurre aquí —como suele pasar en cualquier confrontación de opiniones— es lo mismo que sucede con cienos platos: reciben nombres distintos según los países, pero el resultado no varía.

Todo esto es pura alegoría.

El hecho de que yo utilizara la foto de los carneros en un anuncio para aquella revista, si se mira desde el punto de vista *a)*, es fruto del azar, pero si se mira desde el punto de vista *b)*, no lo es.

- a) Yo andaba buscando una fotografía adecuada para aquel anuncio. En el cajón de mi mesa de trabajo, por azar, había una foto de carneros. Así que la usé. Una armoniosa obra del azar en un mundo lleno de armonía.
- b) La fotografía de los carneros estaba esperándome desde hacía tiempo dentro del cajón de mi mesa de trabajo. Aunque no la hubiese usado para aquel anuncio en aquella revista, un día u otro la habría aprovechado para algún trabajo.

Si bien se piensa, resulta que esta fórmula es, sin duda, aplicable a todas las fases de la vida por las que he pasado. Con un poco de entrenamiento, sólo con mover mi mano derecha lograría, seguramente, poner en marcha un programa personal de vida al estilo *a)*, y moviendo la izquierda podría hacerlo

igualmente, pero al estilo *b*). Aunque esto, al fin y al cabo, da lo mismo. Es como el problema del agujero del donut. Preguntarse si ese agujero debe aprehenderse como un espacio o como un ente es algo que concierne a la metafísica, aunque, por más vueltas que se le dé, el gusto del donut no se verá alterado en lo más mínimo.

Al marcharse mi socio, requerido por sus ocupaciones, la habitación pareció vaciarse de pronto. Sólo las agujas del reloj eléctrico giraban silenciosas. Aún quedaba tiempo hasta las cuatro, hora en que vendría un coche a recogerme, y no tenía entre manos ningún trabajo urgente. Las mesas de trabajo del resto del personal también permanecían en reposo.

Sentado en el sofá celeste, bebía whisky, contemplaba las agujas del reloj eléctrico y dejaba que la refrescante brisa del aire acondicionado me acariciara como si fuera una volandera semilla de diente de león llevada por el viento. Mientras contemplara el reloj eléctrico, tendría la certeza de que el mundo seguía moviéndose. Y aunque ese mundo no tiene nada de particular, de todos modos seguía ciertamente moviéndose. Y más aún: mientras comprobaba la certeza del movimiento del mundo, yo también existía. Aunque esa existencia no tiene tampoco nada de particular, yo existía. Realmente, resultaba bastante excéntrico el hecho de que fuera incapaz de comprobar mi propia existencia a menos que me asistieran las agujas de un reloj eléctrico. Parece que tendría que haber medios más adecuados para alcanzar la certeza. Pero, por más que me calentaba la cabeza, no daba con ninguno.

Hastiado, me bebí otro trago de whisky. Una sensación de calor recorrió mi garganta, descendió por mi esófago y se precipitó hasta el fondo de mi estómago. Más allá de la ventana se extendía un cielo azul, surcado por nubes blancas. Un bonito cielo, desde luego, aunque tuviera ese calor desvaído de la ropa que ha sido lavada muchas veces. Un cielo de segunda mano al que, antes de venderlo de saldo, hubieran brillantado con alcohol. En honor de ese cielo, de ese cielo veraniego otrora nuevo y límpido, brindé con un trago más de whisky. Era un whisky escocés que no tenía nada de malo, por cierto. Y aquel cielo, ciertamente, tampoco tenía nada de malo, una vez que te habías acostumbrado a él. Un gran avión de reacción cruzó lentamente la ventana de izquierda a derecha. Parecía un reluciente insecto protegido por su dura coraza.

Tras apurar mi segundo vaso de whisky, me sorprendí preguntándome: «¿Por qué diablos estoy aquí?»

Recordé que tenía que pensar en una cosa importante.

En carneros.

Me levanté del sofá, cogí la página del anuncio de encima de la mesa de mi socio, y volví a sentarme. Mientras lameteaba el hielo empapado en sabor a whisky, fijé la vista durante unos veinte segundos en aquella foto. ¿Qué significado tendría? Me devané los sesos intentando averiguarlo.

En la foto aparecía un rebaño de carneros en medio de una pradera. En el límite de la pradera se alzaba un bosque de abedules blancos. Eran gigantescos abedules de Hokkaido, no esos raquíticos abedules que cualquiera podía encontrar aquí en su barrio, plantados como un parche a los lados de la puerta del dentista. Eran abedules corpulentos, en los que cuatro osos a la vez hubieran podido afilar sus garras. Dada la profusión de follaje, se diría que la foto había sido tomada en primavera. En la cima de las montañas del horizonte aún quedaba nieve, así como parcialmente en sus laderas. El mes sería abril o mayo. Tal vez la época del deshielo, cuando el terreno es propenso a enfangarse. El cielo era azul, o más bien sería probablemente azul, pues en una foto en blanco y negro no se podía discernir con seguridad ese particular; también hubiera podido ser rosáceo. Blancas nubes se cernían vaporosas sobre las montañas. Mirando las cosas fríamente, por mucho que me devanara los sesos, no podía encontrar ningún significado especial en aquella fotografía: el rebaño de carneros no era más que un rebaño de carneros; y el bosque de abedules un bosque de abedules normal y corriente; las nubes blancas eran simples nubes blancas. Eso era todo. Y punto.

Eché la foto encima de la mesa, bostecé y me fumé un cigarrillo. Acto seguido, la cogí otra vez y me puse a contar los carneros. Pero la pradera era muy extensa, y los carneros se encontraban dispersos por ella, como si fueran grupos de excursionistas a la hora de almorzar. Por eso, cuanto más lejana era la perspectiva, tanto más incierto resultaba, si lo que veía era un carnero o un simple punto blanco; y a esa incertidumbre se añadía otra: la de si el supuesto punto blanco lo sería realmente o se trataría más bien de una alucinación visual; por fin, acabé preguntándome si aquello eran alucinaciones o, simplemente, nada. Como no me quedaba otra salida, probé a contar, ayudándome con la punta del bolígrafo, solamente aquellos carneros que pudiera identificar con seguridad. En total, había treinta y dos. Treinta y dos carneros. Aquella fotografía era realmente insulsa: una composición estereotipada y carente de gusto, sin ningún atractivo especial.

Sin embargo, allí tenía que haber algo. Aquello olía a chamusquina. Lo había sentido cuando vi la foto por primera vez, y durante los últimos tres meses aquel presentimiento no me había abandonado.

Me eché en el sofá cuan largo era y, manteniendo la foto alzada sobre mi cabeza, reconté cuidadosamente el número de carneros.

Treinta y tres.

¿Treinta y tres?

Entorné los ojos y sacudí la cabeza, a ver si aclaraba mis ideas. «Bueno, y ¿qué más da?», me dije tras quedarme amodorrado un instante. «Suponiendo que vaya a ocurrir algo, aún no ha ocurrido. Y en el supuesto de que ya haya ocurrido, pues ya ha ocurrido, y punto.»

Acostado en el sofá, me enfrenté una vez más al reto de contar los carneros. Mientras lo hacía fui hundiéndome en las profundidades de ese sueño que suelen provocar un par de vasos de whisky cuando la tarde empieza a declinar. Antes de dormirme del todo, dediqué un fugaz pensamiento a las orejas de mi nueva amiga.

5. EL COCHE Y SU CONDUCTOR. PRIMERA PARTE

El coche que venía a recogerme se presentó a las cuatro, según lo convenido. Tan exacto como un reloj de cuco. Nuestra empleada tuvo que sacudirme para que me despertara. Me dirigí a los aseos, donde me lavé la cara a todo correr, aunque no me despejé. Me metí en el ascensor y, antes de llegar abajo, bostecé tres veces. Bostezaba como quien echa en cara algo a alguien; pero, en este caso, tanto el acusador como el acusado era yo mismo.

En la calle, a la entrada del edificio, había una limusina grande como un submarino. Aquel vehículo era de tal envergadura, que una familia entera hubiera podido vivir —un poco estrecha, eso sí— bajo su capó. Sus cristales eran oscuros, para evitar que se pudiera fisgonear su interior. La carrocería, de un deslumbrante color negro, era impecable, así como los parachoques y los tapacubos.

Junto al coche esperaba en posición de firmes su conductor, un hombre de mediana edad que vestía una immaculada camisa blanca, con corbata color naranja. Era un chófer con todas las de la ley. Al acercarme, abrió la portezuela sin decir palabra y, tras comprobar que tomaba asiento, la cerró. Acto seguido, se sentó al volante y cerró su portezuela. En el transcurso de estas operaciones no hizo más ruido que el que haría un jugador de naipes descubriendo las cartas una por una. En comparación con mi Volkswagen Escarabajo de quince años, comprado de segunda mano a un amigo, reinaba allí una quietud similar a la que envolvería a un buceador que se sentara en el fondo de un lago con tapones en los oídos.

El interior del coche era también impresionante. Como suele ocurrir en todo automóvil de lujo, los accesorios no eran del mejor gusto; aun así, no dejaban de causar impresión. En medio del amplio asiento trasero había un teléfono digital empotrado y, junto a él, un encendedor de plata, con el cenicero y la tabaquera haciendo juego. El respaldo del asiento del conductor llevaba empotrada una mesita plegable, para que los pasajeros pudieran escribir o tomar algún refrigerio. El aire acondicionado fluía suavemente y con naturalidad, y las alfombrillas eran muy mullidas.

Sin que me diera cuenta, el coche se había puesto en movimiento. Me invadió la sensación de estar navegando en una bañera metálica por un lago de mercurio. Traté de calcular cuánto podía haber costado aquel coche, pero desistí. Todo aquello desbordaba los límites de mi imaginación.

—¿Desea que ponga un poco de música? —me preguntó el chófer.

—Algo que invite al sueño, si es posible —le respondí.

—Como guste, señor.

El chófer seleccionó al tacto una casete por debajo de su asiento, la colocó en la pletina y pulsó el botón correspondiente. Desde unos altavoces hábilmente escondidos se oyó fluir la suave música de una sonata para violonchelo. Tanto la ejecución como la acústica eran irreprochables.

Aventuré una pregunta:

—¿Siempre viene a recoger a las personas en este coche?

—Así es —me respondió atentamente el chófer—. Últimamente, éste es mi trabajo.

—Ya —le contesté.

—Este coche empezó siendo de uso exclusivo del jefe —me dijo el chófer tras una pausa. Aquel hombre estaba resultando más afable de lo que en principio me había parecido—. Pero como está bastante delicado desde la pasada primavera, ya no suele salir. Y sería absurdo dejar que el coche permanezca inactivo. Pues, como el señor sabrá sin duda, si un vehículo no funciona regularmente su rendimiento disminuye.

—Por supuesto —le dije.

Así que la mala salud del jefe no era ningún secreto.

Extraje un cigarro de la tabaquera y lo contemplé detenidamente. Era un auténtico cigarro puro, sin marca ni vitola. Lo olfateé un poco, y su aroma me pareció afín al del tabaco ruso. Me quedé perplejo por unos momentos, dudando entre fumármelo o guardármelo en el bolsillo; pero lo pensé mejor, y devolví el cigarro a su lugar de procedencia. Tanto el encendedor como la tabaquera llevaban grabado en su parte central un emblema de complicado diseño. El emblema representaba un carnero.

¿Un carnero?

Convencido de que por muchas vueltas que le diera a aquel asunto no sacaría nada en claro, sacudí la cabeza y cerré los ojos. Evidentemente, desde aquella tarde en que vi por primera vez la foto de la oreja, habían ocurrido muchas cosas que no me era posible comprender.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunté.

—Entre treinta y cuarenta minutos. Depende de la congestión que esté la circulación.

—Bien, pues... ¿podría bajar un poco el aire acondicionado? Me gustaría echar una siesta.

—Entendido, señor.

El chófer ajustó el aire acondicionado y pulsó un botón. Un grueso cristal se deslizó suavemente hacia arriba para aislar los asientos delanteros de los traseros. De no ser por la música de Bach, en mi compartimiento habría

reinado un silencio casi total. Pero para entonces no me asombraba de casi nada. Hundí la cabeza en el respaldo del asiento y me quedé dormido.

Soñé con una vaca lechera. Era un animal realmente notable entre los de su especie, y por ello había tenido que trabajar mucho durante toda su vida. Me crucé con ella cuando atravesaba un largo puente. Empezaba a caer la tarde sobre un grato día primaveral. La vaca llevaba un viejo ventilador en una de sus patas delanteras, y me preguntó si me interesaba comprárselo. «No tengo dinero», le respondí. Verdaderamente, así era. «Si quieres, podría cambiarte el ventilador por unas pinzas», me propuso. No era un mal trato. Me dirigí a casa en compañía de la vaca, y busqué las pinzas con gran ahínco. Pero no hubo manera de dar con ellas. «¡Qué cosa más rara!», exclamé. «¡Si ayer mismo estaban aquí!» Cuando iba a subirme a una silla para mirar dentro de un altillo, el chófer me despertó con unos golpecitos en el hombro.

—Ya hemos llegado —me dijo escuetamente.

La portezuela del coche se abrió, y un sol brillante próximo al crepúsculo iluminó mi rostro. Miles de cigarras cantaban ansiosamente, como si estuvieran dando cuerda a otros tantos relojes. Se olía a tierra.

Bajé del coche y, enderezando la espalda, respiré hondo. A continuación, formulé la plegaria de que el sueño no encerrara algún simbolismo.

6. EL UNIVERSO DE LAS LOMBRICES

Hay sueños simbólicos, y hay una realidad simbolizada por tales sueños. O bien, hay una realidad simbólica, y hay sueños simbolizados por tal realidad. El símbolo es lo que podría denominarse el alcalde honorario del universo de las lombrices. En el seno de este universo, no resulta asombroso el hecho de que una vaca ande buscando unas pinzas. Y es probable que, si las busca sin desfallecer, llegue a encontrarlas, más pronto o más tarde. Aunque éste es un problema que no me concierne.

Sin embargo, en el supuesto de que la vaca pretenda hacerse con las pinzas valiéndose de mí, la situación cambia radicalmente. Sucede entonces que me veo forzado a penetrar en un universo regido por una lógica que no tiene nada que ver con la que rige en el mío. Y una vez dentro de este universo de lógica tan diferente, lo más angustioso es que las conversaciones son diálogos inacabables e incongruentes. Le pregunto a la vaca: «¿Para qué quieres unas pinzas?» Y ella responde: «Porque no tengo nada que llevarme al estómago.» Le pregunto: «Si lo que tienes es hambre, ¿para qué necesitas unas pinzas?» Ella responde: «Para sujetar la rama de un melocotonero.» Le pregunto: «¿Por qué de un melocotonero?» Ella responde: «Oye, ¿acaso no te he dado mi ventilador?» Y así podríamos seguir por los siglos de los siglos. De modo que, mientras se desarrolla esta conversación insoportablemente absurda, la vaca empieza a parecerme odiosa, y yo le resulto cada vez más antipático. Así es el universo de las lombrices. Para escapar de él, no hay más camino que tener otro sueño simbólico.

El sitio adonde me transportó aquel enorme vehículo de cuatro ruedas una tarde de septiembre de 1978, era precisamente el propio centro del universo de las lombrices. Es decir, mi plegaria no había sido escuchada.

Tras echar una ojeada a mi alrededor, suspiré profundamente. La cosa se lo merecía.

El coche estaba parado en lo alto de una loma no excesivamente pronunciada. A nuestra espalda se extendía un camino de grava, por el que sin duda habíamos subido hasta allí; un camino con muchas curvas, sin duda trazado así a propósito, y que se iniciaba en una verja visible en la lejanía. A ambos lados del camino se alineaban cipreses y lámparas de vapor de mercurio, distribuidos a intervalos irregulares, como lapiceros sostenidos por otros tanto portalápices. Caminando sin prisa, habría un paseo de unos quince minutos hasta la verja. A los troncos de los cipreses se aferraban miríadas de cigarras, que lanzaban su gemido al viento como si el fin del mundo hubiera empezado

ya.

A ambos lados del camino se extendía un césped cuidadosamente cortado, que bajaba siguiendo el declive del terreno. Por él se esparcían al azar hortensias, azaleas y muchas otras plantas para mí desconocidas. Una bandada de estorninos se desplazaba ondulante de derecha a izquierda sobre el césped, como una duna movida caprichosamente por el viento.

Por ambas laderas de la loma descendían escaleras de piedra, más bien estrechas. La de la derecha conducía a un jardín japonés, con su estanque y sus linternas de piedra; la de la izquierda desembocaba en un pequeño campo de golf. Al lado del terreno de golf había un cenador circular de color pardo rojizo, enfrente del cual se alzaba una estatua de piedra que representaba a uno de los dioses de la mitología griega. Más allá de la estatua pude ver un enorme garaje, donde un empleado lavaba otro coche con una manguera. No pude distinguir la marca, pero, indudablemente, no se trataba de un Volkswagen de segunda mano.

Con los brazos cruzados, eché otra ojeada al jardín, a mi alrededor. Era un jardín al que no se podía hacer ni un reproche, aunque empezaba a darme dolor de cabeza.

—¿Y dónde está el buzón de la correspondencia? —pregunté, pues me picó la curiosidad de saber adónde tenían que desplazarse cada mañana y cada tarde para recogerla.

—El buzón está en el portón de atrás.

Era una respuesta obvia. Naturalmente, había un portón trasero.

Una vez inspeccionada la panorámica del jardín, me volví y dirigí la mirada al frente; tuve que alzar la vista para contemplar el soberbio edificio que allí se erguía.

Tenía aires —¿cómo decirlo?— de inmenso caserón tristemente solitario. Imaginemos una idea cualquiera. Muy pronto crece a su lado la excepción que se aparta levemente de la idea primigenia. Con el paso del tiempo, dicha excepción se expande como una mancha de aceite, y acaba cristalizando en una idea diferente. A continuación, y a partir de ahí, brota una nueva excepción ligeramente divergente... En resumen, aquel edificio venía a ser el paradigma de este proceso. Se asemejaba a una especie arcaica de vida que hubiese evolucionado siguiendo los caprichos de un azar inexplicable.

Por lo visto, al principio debió de haber sido una construcción de estilo occidental, siguiendo la moda imperante en el período Meiji. Un vestíbulo clásico, de techo alto, daba paso a una edificación de dos plantas pintada de color crema. Las ventanas, altas y de guillotina, de un estilo muy clásico, habían sido repintadas innumerables veces. El tejado era, por supuesto, de plantas de

cobre, y sus canalones parecían tan sólidos como un acueducto romano. Un edificio que no estaba nada mal, eso es indudable. Ciertamente, tenía el encanto de transportar a quien lo contemplara a una época pretérita y en la que reinaba un gusto refinado.

Pero un arquitecto que pretendía ser gracioso, salido de quién sabe dónde, añadió al cuerpo principal del edificio, por su costado derecho, una nueva ala de idénticos estilo y colorido, con la intención de que hiciera juego con la construcción original. La intención era buena, sin duda, pero las dos construcciones no armonizaban entre sí. Era como si en una bandeja de plata se sirvieran a la vez un sorbete y unos brécoles. Así modificado, el edificio vivió unas insulsas décadas, hasta que a alguien se le ocurrió añadirle una especie de torre de piedra sobre cuyo pináculo se instaló un decorativo pararrayos. Craso error. Hubiera sido mejor que un rayo abrasara el edificio.

De la torre partía un corredor porticado, de majestuosa techumbre, que comunicaba directamente con una nueva ala, más moderna, que poseía una extraña personalidad; era evidente en ella el deseo de armonizar diversas tendencias, lo que había conducido a un resultado que podría definirse como «oposición múltiple de ideologías». La envolvía una aura patética, afín a la historia de aquel burro que, puesto entre dos pesebres igualmente llenos de heno, no sabía por cuál decidirse para comer, y acabó muriéndose de hambre.

A mano izquierda del edificio principal, y en manifiesto contraste con él, se extendía a lo largo una típica casa japonesa de un solo piso. Sus elegantes pasadizos con suelo de madera, bordeados por setos y bien podados pinos, eran rectos como las calles de una bolera.

La vista de esta serie de edificios, plantados en lo alto de la loma de un modo que recordaba aquellos programas de tres películas más anuncios que ofrecían los cines de barrio, era algo que valía la pena. Suponiendo que aquello fuera consecuencia de un plan desarrollado adrede durante años y años para despejar a los borrachos y volver insomnes a los afectados por la enfermedad del sueño, cabe decir que tal objetivo había alcanzado un éxito asombroso. Sin embargo, ese supuesto era falso, claro. Varios ingenios de segunda fila, engendrados por diversas épocas con el apoyo de personas que disponían de una fortuna colosal, fueron pergeñando el engendro que tenía ante mis ojos.

Seguramente estuve un buen rato contemplando el jardín y las edificaciones. De pronto, advertí que tenía junto a mí al chófer, que miraba su reloj. Un gesto que parecía ser connatural en él. Se diría que todo visitante al que conducía hasta allí se quedaba estático ante el paisaje en el mismo sitio donde yo estaba, y con idéntico asombro contemplaba el panorama a su alrededor.

—Si le agrada mirar, señor, tómese el tiempo que necesite —me dijo—. Todavía disponemos de ocho minutos, aproximadamente.

—¡Cuánto terreno! —comenté. No se me ocurrió nada más brillante que decir.

—Una hectárea y siete áreas y media —me informó el chófer.

—Si me dijera que dentro hay incluso un volcán en erupción, no lo dudaría —bromeé, para tantear el terreno. Pero mi broma no tuvo éxito, naturalmente. «Aquí, por lo visto, no están para bromas», pensé.

Mientras tanto, fueron pasando inadvertidamente los ocho minutos.

* * *

Al entrar en la casa, me condujeron a una espaciosa sala de estilo occidental, que se hallaba a mano derecha del vestíbulo. El techo era tremendamente alto, y en su línea de unión con la pared lo adornaba una moldura, decorada con relieves. Había un antiguo sofá, del que emanaba una agradable sensación de paz, así como una mesa; de la pared colgaba un bodegón enmarcado, obra eminentemente realista: manzanas, un florero y un cortaplumas. Parecía una invitación a reventar las manzanas a golpes de florero y luego mondarlas con el cortaplumas, o algo así. Las semillas y el corazón podían tirarse al florero. De las ventanas pendían gruesas cortinas dobles, de tela y de encaje, recogidas a los lados con cordones a juego. Por entre las cortinas se divisaba una de las mejores vistas del jardín. El suelo, revestido de roble japonés, brillaba con todo su espléndido color. La alfombra que cubría la mitad de suelo, a pesar de estar algo descolorida, conservaba todo su pelo.

Una habitación que no estaba nada mal. Nada mal ciertamente.

Una sirvienta ya madura, vestida con quimono, entró en la habitación, dejó sobre la mesa un vaso de zumo de uva y se retiró sin pronunciar palabra. Al salir, cerró la puerta con un chasquido. Luego, todo quedó en silencio.

Encima de la mesa había un encendedor, una tabaquera y un cenicero: eran de plata, como el juego que había visto en el coche. Y también llevaban grabado el mismo emblema del carnero. Saqué del bolsillo uno de mis cigarrillos emboquillados, y lo encendí con el encendedor de plata. Apuntando al elevado techo, eché una bocanada de humo. Luego, me bebí el zumo de uva.

Diez minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse, y entró un hombre alto vestido con un traje negro. No me saludó, ni me pidió disculpas por hacerme esperar. En silencio, tomó asiento frente a mí. Ladeando levemente el cuello, se quedó mirándome como si quisiera hacerse una idea de mi personalidad. Tal como me había dicho mi socio, aquel hombre carecía de expresión.

El tiempo pareció detenerse.

V. LAS CARTAS DEL RATÓN Y SU SECUELA DE RECUERDOS

1. PRIMERA CARTA DEL RATÓN (21 DE DICIEMBRE DE 1977, EN EL MATASELLOS)

«¿Te encuentras bien?»

»Siento como si lleváramos siglos sin vernos. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Por cierto, ¿en qué año nos vimos por última vez?

»Cada vez más tarde para calcular el tiempo. Es como si un pajarraco negro y de anchas alas revolotease sin cesar sobre mi cabeza y me impidiese contar más allá del número tres. Dispénsame, pero preferiría que fueras tú quien lo calculara.

»Sin decírselo a nadie, me largué de la ciudad, lo que seguramente te causaría alguna preocupación. O tal vez te hayas sentido asqueado porque no te avisé. Un montón de veces pensé sincerarme contigo, aunque la cosa no me resultaba fácil. Te escribí muchas cartas, pero así como las acababa las rompía. Esto quizá podría considerarse normal, lo admito. Pero debes comprender que las cosas que no soy capaz de explicarme ni a mí mismo, difícilmente se las podré explicar a los demás.

»Así lo creo, al menos.

»Nunca se me ha dado bien el escribir cartas. Se me trabucan las ideas, confundo el significado de las palabras y siempre meto la pata. Y lo que es más, eso de escribir cartas acaba sumiéndome en la confusión mental más espantosa. Como, encima, carezco de sentido del humor, resulta que mientras voy escribiendo frases me siento cada vez más asqueado de mí mismo.

»Por lo general, las personas a quienes se les da bien escribir cartas no tienen necesidad de hacerlo. La razón está en que esas personas pueden vivir una vida plena sin salir de su propio marco de referencias. Esto, sin embargo, no pasa de ser una opinión mía. A lo mejor resulta imposible eso de vivir dentro de un marco de referencias.

»Hace un frío terrible, y tengo las manos embotadas. Es como si no

fueran más. De igual modo, la sustancia gris de mi cerebro no parece ser mía. Nieva. Es igual que si nevara la sustancia gris del cerebro de alguien y se fuera apilando cada vez más alta. (¡Qué frase tan insulsa!)

»Dejando aparte el frío, me encuentro perfectamente de salud. ¿Qué tal tú? No te voy a dar mi dirección, pero tampoco me lo tomes a mal. No es que quiera ocultarte nada. Ojalá me entiendas, aunque no sea más que en este punto. Es que se trata de una cuestión sumamente delicada para mí. Si te diera mi dirección, creo que en ese preciso momento algo cambiaría irreversiblemente dentro de mí. No sé expresarlo bien, pero espero que lo comprendas.

»Tengo la corazonada de que las cosas que no soy capaz de expresar debidamente, tú las entiendes la mar de bien. Aunque parece que cuanto más me comprendes, menos capaz soy de expresarme. Seguramente, es una tara que llevo conmigo desde que nací.

»Claro que cada cual tiene sus defectos.

»El peor de mis defectos, no obstante, es que, a medida que voy envejeciendo, mis imperfecciones aumentan. En resumidas cuentas, es como si dentro de mi cuerpo hubiera criado una gallina. La gallina puso huevos, los cuales, a su vez, se convirtieron en gallinas, y éstas, a su debido tiempo, también pusieron huevos. Así las cosas, con ese equipaje de defectos a cuestas, ¿es posible que un hombre viva? Por desgracia, sí. Ahí está el problema, precisamente.

»De todos modos, sigue en pie aquello que no te voy a dar mi dirección. Sin duda, es mejor así, tanto para mí como para ti.

»Más nos hubiera valido, ciertamente, a nosotros dos, haber nacido en la Rusia del siglo XIX. Yo habría sido el príncipe fulanito, y tú el conde menganito. Juntos iríamos de cacería, nos batiríamos en duelo, seríamos rivales en el amor, expresaríamos nuestras quejas metafísicas, contemplaríamos el crepúsculo vespertino desde la ribera del mar Negro mientras brindábamos con cerveza, y todo eso. Luego, en el ocaso de nuestras vidas, nos veríamos implicados en alguna conspiración y se nos exiliaría a Siberia, donde terminarían nuestros días. ¿No te parece fabuloso, un plan así? En mi caso, de haber nacido en el siglo XIX, creo que sería capaz de escribir novelas mucho mejores. Y aunque no hubiera llegado a ser un Dostoievski, seguro que le habría ido a la zaga. Y tú, ¿qué habrías sido? A lo mejor te hubieras pasado toda la vida siendo simplemente el conde menganito. Aunque no tiene nada de malo ser simplemente el conde menganito. Es algo decimonónico a más no poder.

»Bueno, ya está bien de soñar con el pasado. Regresemos al siglo XX.

»Hablemos de la ciudad.

»No de la ciudad en que nacimos, sino de otras ciudades, de diferentes ciudades.

»En el mundo hay, verdaderamente, muy variadas ciudades. En cada una de ellas se encuentran numerosísimas facetas absurdas o chocantes, que son precisamente las que me atraen. De modo que desde que me marché, he conocido todas las ciudades que he podido.

»Bajo del tren donde me parece y salgo de la estación; suele haber una plaza con un quiosco de información que proporciona planos de la ciudad, y un barrio comercial. Ocurre así en todas partes. Hasta la expresión de los perros parece la misma. Lo primero que hago es darme una vuelta por la ciudad, y luego me dirijo a una agencia de la propiedad inmobiliaria, en busca de alojamiento económico. Naturalmente, como soy forastero, y en las ciudades pequeñas tienden a ser recelosos, tengo que ganarme la confianza de la gente. Pero, bien lo sabes, si me lo propongo, soy una persona muy sociable, y me basta con un cuarto de hora para meterme en el bolsillo a cualquiera. Así que bien pronto encuentro cobijo, y dispongo de diversos datos útiles sobre la ciudad.

»A continuación hay que buscar trabajo. Esto también parte de la base de meterse en el bolsillo a la gente. Una persona como tú supongo que lo tendría difícil (y te advierto que a mí también me ha ocurrido muchas veces), ya que no estará allí más de cuatro meses. Pero nada impide llevarse bien con todo el mundo; es algo que nunca está de más. Ante todo, hay que dar con el bar o cafetería donde se reúne la juventud (cosa que existe en todas las ciudades; es como su "ombbligo") y hacerte asiduo del establecimiento. Allí harás amistades que te pueden abrir las puertas de un empleo. Ni que decir tiene que el nombre y la biografía te los inventas para el caso. No te puedes hacer una idea de la de nombres y biografías que he llegado a tener, hasta el extremo de que con frecuencia estoy a punto de olvidar quién soy de verdad.

»Hablando de empleos, lo cierto es que he hecho de todo. Por lo general, he realizado tareas aburridas; pero aun así, me resulta agradable trabajar. Mi empleo más frecuente ha sido el de mozo de gasolinera, creo. Le sigue en frecuencia el de camarero. También he sido dependiente de librería, e incluso he trabajado en una emisora. Me he empleado, asimismo, como jornalero. He sido vendedor de cosméticos, y en este oficio llegué a ser la mar de conocido. Además, me he acostado con infinidad de chicas. Resulta divertido eso de acostarse con una chica mintiéndole acerca de tu nombre y tu pasado.

»Todo esto, con más o menos variaciones, se repite una y otra vez.

»Ya paso de los veintinueve años. Nueve meses más, y me pongo en los treinta.

»Aún no tengo claro si esta clase de vida es la que me conviene para el futuro. Tampoco sé si existe universalmente un supuesto "temperamento de vagabundo" o no. Como alguien dejó escrito, para una larga vida de vagabundaje se requiere tener uno de estos tres temperamentos: religioso, artístico o espiritual. Es decir, la persona que no tenga uno de esos tres temperamentos, no llegará a ser un vagabundo de verdad; y yo, francamente, no me veo encarnado en ninguno de ellos. (En todo caso, de tener que elegir alguno... ¡Bah!, más vale dejarlo.)

»También puede ocurrir que haya abierto una puerta que no debía, y me encuentre abocado a un camino sin retorno. En este caso, una vez abierta la puerta, no hay otra solución que seguir adelante como se pueda. No voy a pasarme toda la vida lamentando mis errores.

»Eso es lo que hay.

»Como ya te dije al principio (ate lo dije?), cuando pienso en ti me siento un poco avergonzado. Tal vez sea porque tú probablemente guardas un buen recuerdo de mí, de cuando yo era una persona más o menos seria.

»Postdata: Acompaña a esta carta una novela que he escrito. Como para mí ha perdido todo sentido, puedes disponer de ella según tu criterio. Te envió esta carta por correo urgente para que te llegue el 24 de diciembre. Espero que la recibas a tiempo.

»De todos modos, ¡feliz cumpleaños!

»Y, ¿cómo no?, ¡felices pascuas!»

* * *

Encontré la carta del Ratón embutida de mala manera en mi buzón, la mar de arrugada, el día 29 de diciembre, cuando el año iba tocando su fin. Llevaba adheridas nada menos que dos etiquetas de reenvío, pues había sido dirigida a mi antiguo domicilio. Como no tenía medio alguno de darle a conocer mi nueva dirección, ¡qué le iba a hacer!

Por tres veces leí aquellas cuatro páginas de papel ligeramente verduzco, atiborradas de escritura. Luego cogí el sobre para averiguar lo que ponía su borroso matasellos. Procedía de una ciudad cuyo nombre no había oído en mi

vida. Saqué un atlas de la estantería y busqué dónde se encontraba. Por lo que decía la carta del Ratón, deduje que me había escrito desde el extremo norte de la isla de Honshu. Tal como me imaginaba, la ciudad correspondía a la prefectura de Aomori. Era una pequeña población, a una hora más o menos de tren desde la estación de Aomori. Según la guía de ferrocarriles, allí paraban cinco trenes cada día. Dos por la mañana, uno al mediodía, dos por la tarde. Volviendo al tema de Aomori en diciembre, he estado allí varias veces durante dicho mes. Hace un frío que pela. Hasta los semáforos se congelan.

Luego le enseñé la carta a mi mujer. «¡Pobre hombre!», dijo secamente, pero tal vez lo que quería decir era «¡Pobres chicas!». Naturalmente, eso poco importa ya.

En cuanto a la novela, unos doscientos folios cuadriculados, la metí en un cajón de mi escritorio sin mirar siquiera el título. No sé por qué lo hice, pero lo cierto es que no tenía la intención de leerla. Por lo que a mí tocaba, con la carta tenía ya bastante.

Me senté en el sillón, ante la estufa, y me fumé tres cigarrillos.

* * *

La segunda carta del Ratón me llegó en mayo del año siguiente.

2. SEGUNDA CARTA DEL RATÓN (EN EL MATASELLOS, DÍA ILEGIBLE DE MAYO DE 1978)

«Creo que en mi carta anterior desbarré un poco y me fui por las nubes. Sin embargo, se me ha borrado de la memoria cuanto decía en ella.

»De nuevo he cambiado de dirección. El lugar donde vivo ahora es totalmente diferente del anterior. Se trata de un sitio tranquilísimo. Puede que hasta sea demasiado tranquilo para mí.

»Sin embargo, este lugar es también, en cierto sentido, un puerto de arribada. Me da la impresión de haber ido a parar a un destino al que tenía que llegar, e incluso creo que lo he alcanzado bogando contra viento y marea. Aunque sobre eso me siento incapaz de emitir un juicio razonado.

»Lo que te escribo es una pura calamidad. Todo es tan vago, que tal vez no te enteres de qué va la cosa. O quizá pienses que yo, enfrentado a mi destino, estoy cargando las tintas. Como es natural, toda la culpa de que tal vez pienses así recae sobre mí.

»Lo que me gustaría que comprendieras es el hecho de que cuanto más me esfuerzo por describirte claramente mi situación presente, tanto más enrevesadas me resultan las frases que te escribo. Sin embargo, mi actitud es sincera. Tal vez más que nunca.

»Pasemos a hablar de cosas concretas.

»Por aquí, como ya te he dicho antes, reina una calma absoluta. Como no tengo otra cosa que hacer, me paso los días leyendo libros (tengo tantos, que, aunque estuviese aquí diez años, no los leería todos), escuchando la radio o poniendo discos (también tengo una buena cantidad). No había escuchado tanta música desde hacía diez años. No puedo menos que sorprenderme al enterarme, por ejemplo, de que grupos como los Rolling Stones o los Beach Boys siguen entusiasmando a las multitudes. Eso que llamamos tiempo es como una cadena sin fin en imparable sucesión, ¿no? Como solemos dejarnos llevar por la costumbre de medir el tiempo a escala humana, somos proclives a la alucinación de considerarlo fragmentado; pero, en realidad, el tiempo fluye continuo e imparable.

»Aquí no es posible medir las cosas a escala humana. Sencillamente, porque no hay gente para establecer una comparación. El tiempo fluye a su aire, como si de un río transparente se tratara. Desde que estoy aquí, experimento a menudo la sensación de que mi ser se ha ido liberando hasta alcanzar su forma más primitiva. Por ejemplo, si veo de repente un coche,

tardo unos cuantos segundos en reconocer qué es. Naturalmente, tengo una especie de conocimiento esencial de las cosas, pero su relación con el reconocimiento empírico no acaba de funcionar. Esto me ocurre cada vez con más frecuencia últimamente. Quizá sea porque desde hace bastante tiempo he vivido en total soledad.

»La ciudad más cercana dista de aquí su buena hora y media en coche. Y ni siquiera merece el nombre de ciudad. Es como el esqueleto de una ciudad. Seguro que no te la puedes ni imaginar. Sin embargo, llamémosla ciudad, ¡al fin y al cabo...! Allí se puede comprar ropa, comida, gasolina... Y si te entran ganas de mezclarte con la gente, allí tendrás la oportunidad. Durante el invierno, la carretera se hiela, y los coches muchos días no pueden circular por ella. Como los terrenos que bordean la carretera son pantanosos, su superficie se hiela igual que la de un sorbete. Y si además nieva, es imposible distinguir por dónde va el camino. Ante ese paisaje te sientes en el último rincón de la tierra.

»Llegué aquí a primeros de marzo. Puse cadenas a las ruedas del jeep y me metí por estos parajes como si me hubieran exiliado a Siberia. Ahora ya estamos en mayo, y la nieve se ha fundido del todo. Pero durante el mes de abril me llegaba desde la montaña el estruendo inconfundible de los aludes. ¿Has oído alguna vez el rugido de un alud? Después de un alud reina un silencio verdaderamente perfecto. Un silencio sin fisuras, capaz de hacerte dudar de dónde te encuentras. Una quietud total.

»Como estoy recluido entre montañas, hace ya unos tres meses que no me he ido a la cama con ninguna chica. Eso, ciertamente, no es nada malo en sí, pero, de prolongarse mucho tiempo esta situación, voy camino de perder todo interés por el género humano, y eso sí que no me gustaría, por supuesto. Estoy, pues, pensando que apenas se suavice un poco más el tiempo, voy a hacer una escapada en busca de alguna chica. No es que sea presuntuoso, pero ligar no es problema para mí. Basta con que me lo proponga —y debo decir que no me cuesta nada proponérmelo—, para desplegar todo mi atractivo sexual. Así que me resulta relativamente fácil ligar. El único problema consiste en que no he llegado a familiarizarme del todo con esa facultad que poseo. Es decir, que una vez he avanzado hasta cierto estadio, no sé a ciencia cierta si he llegado hasta allí por mí mismo o gracias a mi atractivo sexual. Claro que tampoco hay quien entienda, en otro orden de cosas, dónde termina de actuar Laurence Olivier para "meterse" dentro de Otelo. Así que, cuando me encuentro a medio camino, cuando ya no existe la posibilidad de volver atrás, casi siempre lo echo todo a rodar. Y, en consecuencia, fastidio a los demás de mala manera. Mi vida, hasta el momento actual, no ha sido más que una continua repetición de esta clase de situaciones.

»Doy gracias a mi buena estrella (¡y se las doy de verdad!) por el hecho de que ahora mismo no tengo nada que echar a rodar. Es fenomenal sentirse así. De tener algo que echar a rodar, sería, ni más ni menos, que yo mismo. Lo de echarme a rodar es mala idea, por cierto. Por más que..., no, escribir tal cosa resultaría demasiado patético. No es que la idea sea patética en sí, sino que se vuelve patética al ponerla por escrito.

»¡Maldita sea!

»¿De qué demonios te estaba hablando?

»De chicas, ¿no?

»Cada chica atesora un precioso cofre, cuyo interior se encuentra atestado de fruslerías sin sentido. Es algo que me encanta. Voy sacando esas fruslerías una por una, les quito el polvo y les busco un sentido. Creo que en eso consiste lo que se podría llamar la esencia del atractivo sexual. Con todo, si se piensa adónde me lleva todo esto, lo cierto es que a ninguna parte. Pero ocurre que, si no lo hiciera, dejaría de ser quien soy.

»Por eso ahora sólo pienso en el sexo, puramente hablando. Si concentro mi interés en el sexo, maldita la falta que hace preocuparse por si es un asunto patético o no.

»Es como beber cerveza a orillas del mar Negro.

»He releído lo que he escrito en esta carta hasta aquí. Aunque hay trozos incoherentes, creo que, para ser obra mía, rezuma sinceridad. Y, por otra parte, ¿importa mucho que haya algún párrafo incoherente?

»Además, mirándolo bien, lo cierto es que esta carta ni siquiera va dirigida a ti. Se trata más bien de una carta destinada al buzón de correos. Sin embargo, no me vayas a censurar por eso: aquí se tarda hasta hora y media en jeep para llegar al buzón más próximo.

»A partir de este punto, la carta va verdaderamente dirigida a ti.

»Tengo dos cosas que pedirte. Como ninguna de las dos corre prisa, puedes hacerlas cuando te vaya bien. Si me haces esos favores, me ayudarás mucho. Tres meses atrás, seguramente no habría sido capaz de pedirte nada. Ahora, sin embargo, me atrevo a hacerlo. Eso ya es un progreso.

»El primer favor es más bien de carácter sentimental, ya que se refiere al pasado. Al marcharme de nuestra ciudad, hace cinco años, tenía tal barullo mental y tanta prisa, que se me olvidó despedirme de algunas personas. Concretamente, de ti, de Yei y de una chica a quien no conoces. Por lo que a ti respecta, me parece que podré verte de nuevo para decirte "adiós" como es debido. En cuanto a las otras dos personas, tal vez ya no se presente la ocasión. De modo que, si algún día vas por nuestro barrio, te agradeceré que me despidas de los dos.

»Naturalmente, me doy cuenta de que te pido demasiado. Debería ser yo quien les escribiera. Pero, francamente, te agradeceré que seas tú quien hable con ellos. Tengo la impresión de que así se transmitirá mejor lo que siento que si les escribiera. Te he anotado en una hoja aparte el número de teléfono de la chica y su dirección. En el caso de que se haya marchado o esté casada, déjalo correr y no trates de verla. Pero si aún vive en el mismo domicilio, te ruego que vayas a verla y la saludes de mi parte.

»Y un saludo también para Yei. Y bébete con él la cerveza que yo me habría bebido.

»Pasemos al segundo favor.

»Se trata de una petición que te extrañará.

»Te envió una foto. La foto de un rebaño de carneros. Ponla en algún sitio donde la gente pueda verla. No importa dónde. Esto también es pedirte demasiado, sin duda, pero es que no tengo a nadie más a quien recurrir. Si me haces este favor, te cederé con gusto todo mi atractivo sexual. Se trata de algo muy importante para mí, pero no puedo decirte por qué. Sin embargo, ¡hazme ese favor!

»Esa foto tiene gran importancia. Creo que más adelante tendré ocasión de explicártelo.

»Te envió también un cheque. Úsalo para cubrir los gastos que se presenten. No te preocupes para nada del dinero. Piensa que, donde estoy, difícilmente lo podría gastar, y, por otro lado, es lo único que puedo hacer en estos momentos.

»No te olvides por nada del mundo de beberte a mi salud esa cerveza que me hubiera bebido yo.»

* * *

Una vez despegada la etiqueta de reenvío, pude ver un matasellos ilegible. Dentro del sobre venían un cheque por valor de cien mil yenes, un papel con el nombre de la mujer y su dirección, y la fotografía en blanco y negro de un rebaño de carneros.

Recogí la carta de mi buzón al salir de casa, y la leí en la oficina. Era el mismo papel, ligeramente verduzco, de ocasiones anteriores. El cheque procedía de un banco de Sapporo. De modo que el Ratón había pasado a la isla de Hokkaido.

La descripción que hacía de los aludes no me ayudaba, por cierto, a imaginarlos; pero, como el mismo Ratón decía en su carta, la había escrito con absoluta sinceridad. Y, además, nadie envía cheques de cien mil yenes por pura broma.

Abrí el cajón de mi mesa y metí dentro el sobre con todo su contenido.

Tal vez en parte porque las relaciones con mi mujer iban de mal en peor, aquella primavera no me resultaba alegre. Hacía ya cuatro días que mi mujer no aparecía por casa. La leche que había en el frigorífico despedía mal olor, y el gato andaba siempre hambriento. El cepillo de dientes de mi mujer se había secado en el lavabo y parecía un fósil apergaminado. Un vago sol primaveral iluminaba tenuemente la escena. Los rayos del sol, al menos, son gratis.

Un prolongado callejón sin salida... Tal vez mi mujer tuviera razón.

3. EL FINAL DE LA CANCIÓN

Volví a nuestra ciudad en junio.

Inventándome un pretexto plausible, me tomé tres días seguidos de vacaciones, y un martes por la mañana emprendí el viaje yo solo en el tren de alta velocidad. Vestía una deportiva camiseta blanca de manga corta, pantalones verdes de algodón, desgastados por las rodillas, y zapatillas de tenis blancas. No llevaba equipaje. Y además, no me había afeitado. Los tacones de aquellas zapatillas de tenis, que no me ponía desde hacía mucho tiempo, estaban desgastados de un modo increíble. No tenía idea de lo patosos que llegaban a ser mis andares.

Lo de subirme a un tren de largo recorrido sin equipaje alguno resultaba algo sensacional para mí. Era como si, mientras daba un despreocupado paseo, hubiera sido transportado a un avión lanzatorpedos perdido en los recovecos del espacio-tiempo, donde no hay nada, absolutamente nada. Ni citas para ir al dentista, ni trabajos pendientes dentro de un cajón de despacho. Ni esas relaciones humanas tan enrevesadas que no parecen ofrecerte ninguna salida, ni esos lazos benevolentes con que la mutua confianza impone sus obligaciones. Todas esas pejiuerras las había sepultado en las fauces de un abismo provisional. Mis pertenencias se reducían a aquellas viejas zapatillas de tenis, con sus suelas de goma prodigiosamente deformadas. Unas zapatillas que se adherían a mí como para traerme el asombrado recuerdo de otro ámbito espacio-temporal; pero esto carecía de importancia. No podía enfrentarme al poder de unas latas de cerveza y un macizo bocadillo de jamón.

No había visitado mi ciudad natal desde hacía unos cuatro años. Aquella visita a mi patria chica obedeció a la necesidad de realizar los trámites burocráticos relativos a mi matrimonio. Sin embargo, cuando me acuerdo de aquel viaje, sólo puedo pensar en lo inútil que resultó a la postre. Mero papeleo, no obstante lo que pudiera pensar en aquellos momentos. Todo es según el color del cristal con que se mira. Lo que para una persona es el final de todo, para otra no representa el fin de nada. Así de sencillo. Aunque, claro está, a partir de aquí el sendero se bifurca en dos caminos que se alejan cada vez más el uno del otro.

Desde entonces, ya no hay ciudad que pueda considerar mía. No tengo lugar al que dirigirme. Cuando lo pienso, experimento cierto alivio en el fondo de mi corazón. Ya no hay nadie que ansíe verme. Ni nadie que me busque. Ni nadie que espere sacar algo de mí.

Tras beberme un par de latas de cerveza, dormité durante media hora. Al

despertarme, aquel ingrátido sentimiento de liberación experimentado antes ya se había desvanecido. A medida que el tren avanzaba, el cielo se iba cubriendo vagamente de un gris propio de la estación lluviosa. Bajo él se desplegaba el mismo paisaje monótono de siempre. Por más que acelerara el tren su marcha, resultaba imposible escapar del aburrimiento. Más bien sucedía lo contrario: cuanto más corría el tren, tanto más nos adentrábamos en la médula de la monotonía. El tedio es así.

Junto a mí iba sentado un ejecutivo de unos veinticinco años, absorto en la lectura de una revista de economía. Llevaba un traje de verano azul marino, sin una arruga, y zapatos negros. Su camisa era blanca, recién salida de la lavandería. Me quedé mirando el techo del vagón, mientras fumaba un cigarrillo. Para matar el tiempo, fui recordando, uno por uno, los títulos de las diversas grabaciones realizadas por los Beatles. Tras llegar al que hacía setenta y tres, me paré, incapaz de proseguir. ¿Cuántas grabaciones de Paul McCartney podía recordar?

Después de mirar un rato por la ventanilla, de nuevo dirigí los ojos al techo del vagón.

Tenía veintinueve años, y dentro de seis meses caería el telón sobre la década de mis veinte años. Y sólo había vacío en aquella década que estaba a punto de terminar. Sólo vacío. No había conseguido nada de valor, y no había alcanzado ninguna de mis metas. Mis logros se reducían al aburrimiento, nada más.

¿Qué había sentido en otros tiempos? Ya se me había olvidado. Sin embargo, algo sentí, seguramente. Algo capaz de mover mi corazón, y de mover otros corazones al unísono con el mío. A fin de cuentas, todo aquello se había perdido. Perdido, porque estaba predestinado a perderse. ¿Qué alternativa me quedaba, sino la de aceptar que todo se me escapara de las manos?

Al menos, había sobrevivido. Por más que se diga que el indio bueno es el indio muerto, mi destino era seguir viviendo, aunque fuera a rastras.

Y ¿con qué fin?

¿Con el de contarles mi leyenda a las paredes?

¡Qué disparate!

* * *

—¿A qué viene eso de hospedarte en un hotel? —me dijo Yei, con cara

de asombro, al entregarle un estuche de cerillas en cuyo dorso había escrito el teléfono del hotel en que me hospedaba—. Tienes tu casa —insistió— y podrías vivir en ella.

—Ya no es mi casa —le respondí.

Yei no dijo nada.

Tenía ante mí tres platitos de aperitivos para acompañar la cerveza, de la que me bebí la mitad. Luego saqué las cartas del Ratón y se las pasé a Yei, que se secó las manos con una toalla, echó una rápida ojeada sobre las dos cartas y acto seguido se puso a leerlas de nuevo con más calma, siguiendo los caracteres uno por uno.

—¡Vaya! —murmuró, como mostrando admiración—: ¡Conque anda por ahí vivito y coleando!

—Y bien vivo —dije, y bebí otro trago de cerveza—. Bueno, me gustaría afeitarme, si me haces el favor de prestarme una maquinilla y jabón.

—Claro —contestó Yei, y sacó de debajo del mostrador un estuche con los utensilios—. Puedes usar el lavabo, aunque no hay agua caliente.

—Me basta con el agua fría. Y espero no encontrarme con ninguna chica borracha tendida en el suelo; ¡entonces sí que me costaría afeitarme!

El bar de Yei había cambiado por completo.

El antiguo bar de Yei era un pequeño establecimiento lleno de humedad, situado en el sótano de un viejo edificio que daba a la carretera nacional. En las noches de verano, la corriente del aire acondicionado llegaba a trocarse en neblina. Si estabas mucho rato allí, salías con la camisa empapada.

Yei era chino, y su verdadero nombre consistía en una retahíla casi impronunciable de sílabas. Empezaron a llamarle Yei después de la guerra, cuando trabajaba en una base americana; los soldados le pusieron ese apodo, inspirado en la pronunciación de la letra jota en inglés. A raíz de entonces, su verdadero nombre fue cayendo insensiblemente en el olvido.

Según lo que le había oído contar a Yei, dejó de trabajar en la base en 1954 y abrió un pequeño bar muy cerca de allí. Ése fue el primer bar de Yei, el cual conoció una época de prosperidad. La mayoría de su clientela provenía de la escuela de oficiales de aviación, y había mucho ambiente. Cuando el establecimiento iba viento en popa, Yei se casó; pero cinco años más tarde falleció su mujer. Yei nunca comentó nada sobre la causa de su muerte.

En 1963, cuando se recrudeció la guerra de Vietnam, Yei vendió el bar y se vino a mi ciudad, que estaba a gran distancia de aquella en que vivía antes. Y allí abrió su segundo bar.

Eso es todo cuanto sé de Yei. Tiene un gato, fuma una cajetilla de tabaco al día, y no bebe ni gota de alcohol.

Antes de conocer al Ratón, siempre iba solo al bar de Yei. Allí bebía mi cerveza a pequeños sorbos, fumaba, echaba monedas en una gramola para escuchar mis discos favoritos... Como a aquellas horas el bar de Yei solía estar vacío, los dos, con el mostrador por medio, hablábamos incansablemente. No me acuerdo ya de los temas de nuestras conversaciones. ¿Cuáles podían ser los que interesaran por igual a un taciturno estudiante de bachillerato, de diecisiete años, y a un chino viudo?

Cuando, a los dieciocho años, me fui de la ciudad, el Ratón continuó la tradición de ir allí a beber cerveza. Al marcharse él también de la ciudad, en 1973, no había nadie que continuara la tradición. Y medio año más tarde, debido a las obras de ensanche de la carretera, el establecimiento tuvo que trasladarse de nuevo. Así es como la historia del segundo bar de Yei llegó a su punto final.

El tercer local estaba situado a orillas del río, a medio kilómetro de distancia del emplazamiento precedente. No era muy espacioso, pero ocupaba la tercera planta de un moderno edificio de cuatro pisos, y tenía ascensor. Lo de subir en ascensor al bar de Yei me resultaba extraño. Y también me causaba extrañeza contemplar la vista nocturna de la ciudad desde lo alto de mi taburete, junto al mostrador.

En el nuevo bar de Yei había grandes ventanales orientados al norte y al sur, desde los cuales podía verse el panorama de las montañas, así como los terrenos que habían sido ganados al mar. Donde antes había agua, ahora se alineaban altos y macizos edificios, como lápidas sepulcrales sobre los restos del pasado.

Me dirigí a uno de los ventanales, permanecí de pie durante unos instantes contemplando el paisaje nocturno, y volví luego al mostrador.

—Hace tiempo, desde aquí se habría visto el mar —observé. —Desde luego —confirmó Yei.

—¡Cuántas veces nadé por allí!

—Ya —dijo Yei. Y poniéndose un cigarrillo en los labios, lo encendió con un macizo encendedor—. Te comprendo muy bien. Allanan montañas para construir casas, y llevan la tierra hasta el mar para sepultarlo, a fin de edificar más y más casas. ¡Y encima hay gente a quien todo eso le parece estupendo!

Yo bebía silenciosamente mi cerveza. Por los altavoces del techo se oía la

última canción de los Boz Scaggs. La gramola había pasado a la historia. La clientela del bar estaba compuesta en su mayoría por parejas de universitarios, pulcramente vestidos, que bebían sorbo a sorbo sus cócteles o sus whiskys con soda, en un ambiente de notable corrección. No había clientes con aspecto de ir a desplomarse borrachos, ni reinaba ese agrio tumulto tan característico de los fines de semana. Seguramente, todos los presentes se irían a casa tan tranquilos, se pondrían el pijama, se limpiarían con cuidado los dientes y se irían a la cama. Nada que objetar, sin duda. La pulcritud es una virtud muy loable. En el mundo, al igual que en aquel bar, las cosas no son nunca como deberían ser.

Yei no me quitaba los ojos de encima.

—¿Qué te pasa? ¿Encuentras cambiado el bar, y te sientes extraño?

—Nada de eso —le respondí—. Lo que ocurre es que el caos ha cambiado de forma. La jirafa y el oso se han intercambiado los sombreros, y el oso, para acabarlo de arreglar, quiere cambiar su bufanda por la de cebra.

—¡Lo de siempre! —exclamó Yei, entre risotadas.

—Los tiempos han cambiado —le dije—. Y el cambio de los tiempos ha traído el de muchas otras cosas. Aunque eso, al fin y al cabo, me parece bien. Todo se renueva. Nada que objetar.

Yei permanecía callado.

Me bebí otra cerveza, mientras él se fumaba otro cigarrillo.

—¿Cómo te van las cosas? —me preguntó al fin.

—No me puedo quejar —le respondí, sin entrar en detalles.

—Y ¿qué tal va tu matrimonio?

—Así así. Cuando se han de poner de acuerdo dos personas, ya sabes... Unas veces parece que las cosas van a ir bien, y otras parece que no. Claro que el matrimonio... tal vez consista justamente en eso.

—¿Quién sabe? —dijo Yei, rascándose la nariz con el dedo meñique—. Se me ha olvidado cómo es la vida matrimonial. ¡Es algo tan lejano...!

—Y tu gato, ¿está bien?

—Se murió hace cuatro años. Creo que fue poco después de tu boda. Tuvo un dolor de tripas, y... Pero, al fin y al cabo, gozó de una larga vida: tenía doce años cumplidos, ni más ni menos. Más tiempo del que pasé con mi mujer. Doce años de vida no está mal para un gato, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Lo enterré en un cementerio para animales que hay en la ladera de una de las colinas. Desde allí se dominan incluso los edificios más altos. Por este barrio, vayas a donde vayas, sólo encuentras casas y más casas. Por supuesto, a un gato eso no creo que le importe, pero aun así...

—¿Te sientes triste?

—Un poco, sí. No tanto como si se me hubiera muerto un pariente, claro. Supongo que esto que digo te parecerá raro, ¿no?

Negué con la cabeza.

Yei se puso a preparar un cóctel y una ensalada de queso para otro cliente, y yo maté el rato tratando de resolver un rompecabezas escandinavo que había sobre el mostrador. Se trataba de montar un paisaje —un campo de tréboles sobre el cual revoloteaban tres mariposas— dentro de una caja de cristal. Tras unos diez minutos de tentativas, me harté y lo dejé.

—¿No pensáis tener hijos? —preguntó Yei, que se había acercado de nuevo a mí—. Ya tenéis edad.

—No queremos tener hijos.

—¿Por qué?

—Imagínate, por ejemplo, que tuviese un hijo igual que yo; la verdad es que no sabría qué hacer.

Yei emitió una extraña risita y llenó de cerveza mi vaso.

—Lo que te pasa es que te preocupas demasiado por lo que pueda ocurrir luego, y luego, y luego...

—¡Qué va! No se trata de eso. Lo que quiero decir, en resumidas cuentas, es que no sé si vale la pena engendrar una nueva vida. Los niños crecen, las generaciones se suceden. Y ¿adónde conduce todo eso? Se allanarán más montañas, y se ganará más terreno al mar. Se inventarán vehículos cada vez más veloces, y más gatos morirán atropellados. ¿No tengo razón?

—Eso no es más que el lado negro de la vida. También hay cosas buenas, y gente decente.

—Dame tres ejemplos, y te creeré —le dije.

Yei se quedó pensativo, pero enseguida se echó a reír y me dijo:

—Con todo, el tomar esas decisiones corresponderá a la generación de tus hijos, no a la tuya. En cuanto a tu generación...

—Ya está acabada, ¿no?

—Hasta cierto punto, sí —concedió Yei.

—Se acabó la canción. Sin embargo, la melodía todavía suena.

—Tú siempre haciendo frases bonitas.

—Para presumir de agudo, nada más.

Cuando el bar empezó a llenarse de gente, le di las buenas noches a Yei y me fui. Eran las nueve. Todavía sentía picor en la cara, tras aquel afeitado con agua fría. Entre otras cosas, porque, en lugar de loción para después del afeitado, me había dado una fricción con un cóctel de lima y vodka. Según Yei, venía a ser lo mismo, pero el caso es que la cara me olía a vodka.

La noche era extrañamente cálida, y el cielo, como ocurría a menudo, estaba cubierto de nubes. Soplaban una húmeda brisa del sur, algo que también era habitual. El olor del mar traía consigo un presagio de lluvia. El ambiente rezumaba una lánguida tristeza. Resonaban los cantos de los insectos entre los matorrales, a orillas del río. Empezó a llover; era una lluvia tan fina que a veces dudaba de que estuviera lloviendo, pero lo cierto es que mi ropa estaba cada vez más empapada.

Bajo las vagas luces blancas de vapor de mercurio se distinguía la corriente del río, una corriente tan somera que no cubriría más allá del tobillo. El agua seguía tan clara como antaño, pues al fluir directamente desde la montaña, no está polucionada. El lecho del río está constituido por guijarros y arena arrastrados por las aguas, y en algunos lugares lo interrumpen formaciones rocosas que originan pequeñas cascadas, donde se frena el flujo de la arena. A los pies de esas cascadas hay pozas relativamente profundas, en las que nadan innumerables pececillos.

En la época del estiaje la corriente es absorbida por el lecho poroso, y sólo queda un reguero de blanca arena, ligeramente húmedo. A veces, cuando tenía ganas de dar un paseo, remontaba el río en busca del lugar donde desaparecía, absorbido por su lecho. En ese punto los últimos hilillos de agua, como detenidos por una fuerza misteriosa, desaparecían engullidos por las oscuras entrañas de la tierra.

Seguir el camino que orilla un río ha sido siempre mi paseo preferido. Ir caminando a la par que su curso. Y sentir su aliento al caminar. Sus aguas están vivas. Son las que han dado vida a las ciudades. Durante cientos de miles de años los ríos han erosionado las montañas, acarreado tierra, rellenado el mar y dado vida a los árboles. Desde que existen las ciudades, éstas les pertenecen, y sin duda les seguirán perteneciendo en el futuro.

Como estábamos en la estación de las lluvias, la corriente fluía ininterrumpidamente hasta perderse en el mar. Los árboles plantados en sus márgenes impregnaban el aire con el aroma de sus hojas. Sobre el césped reposaban innumerables parejas, entre las cuales deambulaban numerosas personas mayores que habían sacado de paseo a sus perros. Algunos estudiantes de bachillerato, dando reposo a sus bicicletas, se fumaban un

cigarrillo. Era una de esas tibias noches de comienzos de verano.

En un puesto de bebidas que me venía de paso compré dos latas de cerveza, que me despacharon en una bolsa de papel. Fui caminando hasta el mar, con la bolsa colgada del brazo. El mar se convertía allí en una pequeña ensenada, o más bien en una especie de canal semienterrado, por donde desembocaba el río. A lo largo de unos cincuenta metros, la costa conservaba su aspecto primitivo, en medio de las grandes obras de ingeniería. Había una playita, que era aún la de antaño. Se alzaban pequeñas olas, sobre las cuales se movían leños sueltos pulidos por el agua. Olía a mar. Sobre el muro de contención de cemento se distinguían aún viejas pintadas. Sólo quedaban cincuenta metros de la entrañable playa antigua, cincuenta metros de playa firmemente encajonados entre elevados muros de cemento de hasta diez metros de altura. Muros que ceñían por ambos lados aquella lengua de mar y se prolongaban sin solución de continuidad durante kilómetros, hasta perderse de vista. Más allá del muro se erguían, compactos y dominantes, los altos edificios. El mar, salvo en aquella extensión de cincuenta metros, había sido literalmente borrado del mapa.

Dejé atrás el río y caminé hacia el este por la antigua carretera costera. Cosa sorprendente, allí estaba todavía el viejo malecón. Un malecón que se ha quedado sin mar se convierte en algo indeciblemente extraño. Me detuve más o menos donde en otro tiempo solía parar mi coche para contemplar el mar; y allí, sentado en el malecón, me bebí las cervezas. En lugar del océano, se extendía ante mi vista un panorama de terrenos ganados al mar y de altos bloques de apartamentos. Aquel enjambre insulso de edificaciones cambiaba de significado para mí a medida que lo contemplaba; a veces me parecía el esqueleto de una ciudad aérea abandonada a medio construir, pero en otras ocasiones me recordaba a una caterva de niños pequeños que esperaran llorosos el regreso de su padre, que se retrasaba. Entre las viviendas serpenteaba, como respunteado, un dédalo de carreteras asfaltadas, que conducía bien a un colosal aparcamiento, bien a una terminal de autobuses; aquí a un supermercado, allí a una gasolinera; más allá a un extenso parque, o a un espléndido auditorio. Todo era nuevo allí, pero también artificial a más no poder. La tierra acarreada desde la montaña tenía una tonalidad fría, típica de los terrenos ganados al mar; no obstante, los sectores que permanecían sin edificar estaban cubiertos de densa maleza, nacida de las semillas traídas por el viento. Los hierbajos habían arraigado en el nuevo suelo con un vigor impresionante. Proliferaban a sus anchas por todas partes, como queriendo ridiculizar a los árboles, los setos y el césped plantados artificialmente en los márgenes de las carreteras.

Un panorama desolador.

Sin embargo, ¿qué podía hacer para evitarlo? Se nos había impuesto un orden nuevo, con nuevas reglas. Nadie podía poner freno a tal engendro.

Tras acabarme las dos latas de cerveza, las tiré con todas mis fuerzas, una tras otra, hacia aquel terreno ganado al mar. Las latas vacías fueron a perderse en el océano de malezas agitado por el viento. A continuación, me fumé un cigarrillo.

Cuando mi cigarrillo tocaba a su fin, apareció por allí un hombre con una linterna, que se me acercó despacio. Rondaba los cuarenta años. Su camisa, sus pantalones y su gorra eran de color gris. Un guarda, sin duda, encargado de vigilar la zona.

—Hace un momento ha tirado algo, ¿no? —dijo el hombre al llegar a mi altura.

—Así es —le dije.

—¿Qué ha tirado?

—Objetos cilíndricos, metálicos, cerrados por los extremos —le respondí.

El guarda parecía mosqueado.

—¿Y por qué los ha tirado?

—No hay una razón especial. Desde hace unos doce años lo vengo haciendo. He llegado a tirar media docena de esos objetos a la vez, y nadie se ha quejado.

—Lo pasado, pasado está —dijo el guarda—. Pero estos terrenos son de propiedad municipal y está prohibido arrojar basura en ellos.

Me quedé un rato en silencio. Dentro de mí sentí un temblor repentino, que al poco se quietó.

—El problema —dije al fin— es que lo que me acaba de decir resulta bastante lógico.

—Es lo que mandan las leyes —contestó el hombre.

Lancé un hondo suspiro y me saqué del bolsillo una cajetilla de tabaco.

—¿Qué debo hacer pues?

—No puedo exigirle que vaya a recoger lo que ha tirado. Está oscuro, y no tardará en llover de verdad. Por eso sólo le pido que no vuelva a tirar cosas, por favor.

—No volveré a tirar nada —le aseguré—. Buenas noches.

—Buenas noches —me contestó el guarda. Y se marchó.

Me tendí sobre el malecón para mirar al cielo. Como había dicho el guarda, al poco comenzó a caer la lluvia. Mientras me fumaba otro cigarrillo, recordé el enfrentamiento verbal que acababa de tener con aquel hombre. Diez

años atrás, pensé, mi actitud hubiera sido bastante más violenta. Bueno, tal vez fuera sólo una apreciación mía. ¿Qué más daba, al fin y al cabo?

Volví a la carretera paralela al río, y cuando conseguí coger un taxi, se había desencadenado una lluvia que no dejaba ver nada.

—Al Hotel X —indiqué al taxista.

—¿Qué, haciendo turismo? —me preguntó el taxista, hombre de mediana edad.

—Ajá.

—¿Es la primera vez que visita esta ciudad?

—No, ya había estado antes —le respondí.

4. ELLA HABLA DEL MURMULLO DE LAS OLAS MIENTRAS SE BEBE UN SALTY DOG

—He venido a traerte una carta —le dije.

—¿Una carta para mí? —preguntó ella.

Su voz se oía endiabladamente lejana, y como además había interferencias, teníamos que hablar más alto de la cuenta, con lo que los matices se perdían. Nuestra situación era comparable a la de dos personas que estuvieran hablando en lo alto de un cerro azotado por el viento, y con los cuellos de los abrigos subidos.

—En realidad, la carta va dirigida a mí, pero parece destinada más bien a ti.

—Conque eso parece, ¿eh?

—Efectivamente —asentí. Tras decir esto, tuve la impresión de que no me expresaba con claridad.

Ella guardó silencio por un momento. Entretanto, las interferencias cesaron.

—No tengo ni idea de lo que pueda haber entre el Ratón y tú. Te he llamado porque él me pide que haga lo posible por verte. Y además, volviendo al tema de la carta, creo que lo mejor es que la leas.

—¿Y para eso has venido expresamente desde Tokio?

—Sí.

Ella tosió, y a continuación se disculpó.

—¿A causa de tu amistad con él?

—Supongo que sí.

—¿Y por qué no me escribió directamente?

Sin duda, en eso tenía razón.

—¡Yo qué sé! —no pude menos que exclamar.

—Pues yo, menos. Lo nuestro está más que acabado, ¿sabes? ¿O es que él no lo cree así?

—Ni idea —le dije. Yo tampoco lo entendía.

Estaba tumbado sobre la cama del hotel, con el auricular en la mano, mirando al techo. Experimentaba la sensación de haberme acostado en el lecho del mar para contar los peces que pasaran. No tenía idea de cuántos pasarían hasta llegar al final de mi cuenta.

—Cinco años hace ya que se fue sin dejar rastro. Yo entonces tenía veintisiete —dijo ella con voz tranquila que, sin embargo, resonaba distante, como surgida del fondo de un pozo—. Cinco años hacen que cambien muchas

cosas.

—Cierto —confirmé.

—Y la verdad es que, aun suponiendo que él considerara que nada ha cambiado, me sería imposible admitirlo. ¡Ni pensarlo! Si fuera capaz de aceptar una cosa así, se me caería la cara de vergüenza. Por eso he decidido que las cosas han cambiado por completo.

—Me parece que te entiendo —le dije.

Tras esto, nos quedamos un momento callados. Ella rompió el silencio:

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace cinco años, en primavera, poco antes de que pusiera tierra por medio.

—¿Y te dijo algo? Por ejemplo, ¿las razones que tenía para abonadonar la ciudad...?

—Nada —respondí.

—Así que se fue sin decir esta boca es mía, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y qué sentiste?

—¿Cuando supe que se había marchado sin decir ni pío?

—¡Sí, claro!

Me levanté de la cama, y me apoyé en la pared.

—Bueno, pensé que no tardaría más de medio año en cansarse y volver. No me parecía hombre capaz de perseverar en nada. —Pero no volvió.

—Así es.

Ella pareció quedarse un poco perpleja.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En el Hotel X —le respondí.

—Mañana a las cinco estaré en la cafetería del hotel: la del piso octavo. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —le contesté—. Visto camiseta deportiva blanca y pantalones verdes de algodón. Llevo el pelo corto y...

—Ya he captado la imagen —me dijo, sin hacer caso de mis explicaciones. Y colgó.

Tras devolver el auricular a su soporte, traté de hacerme una idea sobre qué podía significar lo de que había captado la imagen. No lo entendía. Pero hay montones de cosas que no entiendo. Desde luego no se puede decir de mí que los años hayan aumentado mi capacidad de comprensión. Cierta autor ruso escribió que aunque el carácter puede cambiar, la mediocridad no tiene remedio. Los rusos, de vez en cuando, se descuelgan con frases redondas. Tal vez las meditan durante el invierno.

Me metí en la ducha y me lavé la cabeza, mojada por la lluvia. Con una toalla liada a la cintura, me puse a ver la televisión; daban una película americana que trataba de un viejo submarino. El capitán y su segundo de a bordo andaban siempre a la greña, y encima el submarino de marras era una antigualla: para colmo de males, a uno de los tripulantes le daba un ataque de claustrofobia: no obstante tan calamitoso argumento, el filme culminaba con un feliz final. Era una de esas películas cuya moraleja es que si todo acaba teniendo un final feliz, la guerra no puede ser tan mala. No me extrañaría que pronto nos endilgaran una película con el mensaje de que en una guerra nuclear, la humanidad fue barrida de este mundo, pero, al final, todo acabó bien.

Apagué el televisor y me metí en la cama. A los diez segundos, dormía como un bendito.

* * *

La llovizna seguía cayendo sin interrupción al día siguiente, a las cinco de la tarde. Era esa típica lluvia de comienzos del verano que sigue a cuatro o cinco días de sol y nos recuerda que la estación lluviosa aún no ha acabado del todo. Desde las ventanas del octavo piso sólo se veían calles empapadas hasta el último rincón. Y la autopista, construida sobre pilastras, mostraba a lo largo de varios kilómetros un embotellamiento de coches que desde el oeste se dirigían hacia el este. Si mirabas aquel panorama fijamente, parecía que todo se fuera diluyendo poco a poco en medio de la lluvia. En realidad, todas y cada una de las cosas de la ciudad se estaban diluyendo. Se diluía el malecón del muelle, se diluían las grúas, se diluían las líneas de edificios y, bajo los negros paraguas, se diluían las personas. Incluso el verde de los montes se diluía y resbalaba silenciosamente hasta el pie de la montaña. No obstante, si durante unos segundos cerrabas los ojos, al volverlos a abrir la ciudad había recobrado su ser original. Seis grúas se erguían frente a un cielo oscuro de lluvia, la fila de coches avanzaba a trompicones hacia el deseado este, el tropel de paraguas atravesaba las calles, el verde de los montes absorbía a placer la copiosa lluvia de junio.

En el centro de la amplia cafetería, a un nivel algo inferior había un gran piano de color azul marino; la pianista, que lucía un vestido rosa, interpretaba con habilidad una de esas piezas que se espera escuchar en la cafetería de un

hotel, cargada de arpegios y síncopas. Su interpretación era irreprochable, desde luego, aunque las últimas notas de la melodía, al difuminarse en el aire, no dejaban el menor eco tras de sí.

La chica con quien me había citado no aparecía, y eso que ya pasaba de las cinco; como no tenía nada mejor que hacer, me tomé un café, y después otro, mientras miraba distraídamente a la pianista. Tendría unos veinte años, y su espeso cabello, que de llevarlo suelto le hubiera cubierto los hombros, estaba peinado formando un curioso copete tan bien trabajado como la nata batida que corona una tarta. Al compás del ritmo, el copete se balanceaba alegremente de un lado a otro, y cuando terminaba la melodía recobraba su posición central. Al empezar la siguiente pieza, volvían los balanceos.

La pianista me recordó a una chica que conocí hacía tiempo. Estudiaba yo entonces el tercer curso de piano. Como los dos teníamos una edad pareja y éramos alumnos de la misma clase de música, en más de una ocasión tocamos a dúo. Tanto su nombre como su cara se me habían borrado de la memoria. Sólo recordaba de ella sus dedos delgados y blancos, sus hermosos cabellos y su vaporoso vestido. El resto de su persona, sin saber cómo, se había esfumado de mi mente.

Sumido en tales pensamientos, me asaltó una idea absurda. Se me ocurrió que le había arrancado a aquella muchacha los dedos, el pelo y el vestido, que se quedaron dentro de mí mientras el resto de su cuerpo continuaba viviendo en algún sitio. Tal cosa, no se me ocultaba, era algo completamente imposible. El mundo, indiferente a mi persona, seguía su curso. La gente se cruzaba conmigo por las calles sin reparar en mí, afilaba lápices, se desplazaba de oeste a este a cincuenta metros por minuto y llenaba las cafeterías donde sonaba una música tan anodina que no sabía a nada.

El mundo... Esta palabra siempre me hace pensar en un gigantesco disco sostenido animosamente por un elefante que va montado sobre una tortuga. El elefante es incapaz de comprender la ayuda que le presta la tortuga, la cual, por su parte, no se hace cargo del esfuerzo que tiene que hacer el elefante. Así pues, ni el elefante ni la tortuga llegan a saber nunca cómo es el mundo.

—Perdona el retraso —dijo una voz femenina a mi espalda—. He tenido mucho trabajo y no pude venir antes.

—No importa. No tengo ninguna prisa.

Dejó sobre la mesa una funda de paraguas y pidió que le trajeran un zumo de naranja. A primera vista, era difícil calcular su edad. De no habérsela oído decir por teléfono, seguramente no la habría adivinado. Con todo, si había dicho que tenía alrededor de treinta y tres años, debía de ser verdad, y sin duda sería ésa la edad que representaría para quien lo supiera. Pero si, por ejemplo,

me hubiera hablado de veintisiete años, con toda seguridad habría representado esa edad para mí.

Su indumentaria era elegantemente sencilla. Llevaba unos holgados pantalones blancos de algodón y una blusa a cuadros naranjas y amarillos con las mangas remangadas hasta los codos; un bolso de cuero le colgaba del hombro. Nada de esto era nuevo, pero todos sus detalles mostraban limpieza y pulcritud. No lucía anillos, ni collares, brazaletes o pendientes. Llevaba el cabello peinado sencillamente hacia ambos lados.

Las patas de gallo que nacían de las comisuras de sus ojos daban la impresión de ser de nacimiento, más que consecuencia del paso de los años. En cambio, su blanco y fino cuello, que emergía entre un par de botones desabrochados de la blusa, y el dorso de sus manos, que descansaban sobre la mesa, insinuaban su edad. En verdad, la gente empieza a aparentar años a partir de detalles pequeños, realmente pequeñísimos. Detalles que, como una mancha imposible de limpiar, acaban recubriendo todo el cuerpo.

—Ese trabajo que te ha entretenido... ¿en qué consiste? —le pregunté, para romper el hielo.

—El estudio de un arquitecto. Llevo bastante tiempo allí.

Hubo un paréntesis en la conversación. Saqué calmadamente un cigarrillo y lo encendí sin prisas. La pianista echó la tapa sobre el teclado, se levantó y se marchó; seguramente era su hora de descanso. La envidiaba, aunque sólo hasta cierto punto.

—¿Desde cuándo sois amigos? —me preguntó.

—Ya hace once años. ¿Y tú?

—Dos meses y diez días —le faltó tiempo para responder—.

Desde que nos conocimos hasta que desapareció, dos meses y diez días. Lo recuerdo bien, porque lo anoté en mi diario. Trajeron su zumo de naranja y retiraron mi taza vacía de café. —Después que desapareció, le esperé tres meses: diciembre, enero, febrero. Estaba sobre ascuas, y eso que era la época más fría del año. Aquel invierno fue muy duro, ¿lo recuerdas? —No —le respondí. Me hablaba del frío invernal de cinco años atrás como si comentara el tiempo que hacía ayer. —¿Has ansiado alguna vez que volviera a ti una chica?

—No —le respondí.

—Cuando esperas con tanto anhelo el regreso de alguien durante un tiempo, lo que ocurre luego te da igual. Tanto si son cinco años como si son diez años o sólo un mes..., todo te da igual.

Asentí con la cabeza.

Se bebió medio vaso de su zumo de naranja.

—Cuando estaba recién casada, me ocurrió lo mismo. Siempre me tocaba esperar; hasta que un buen día me harté, y desde entonces todo me dio igual. Con veintiún años me casé, y con veintidós me divorcié; después me vine a esta ciudad.

—Lo mismo que le ocurrió a mi mujer.

—¿Qué fue?

—Con veintiún años se casó, y con veintidós se divorció.

Ella me miró de hito en hito durante un momento. A continuación, removió su zumo de naranja con la pajita de plástico. Tuve la impresión de haber dicho algo que no debía.

—Eso de casarse joven y divorciarse al poco tiempo resulta muy duro —dijo ella—. Hace que te refugies en un mundo de ensueños irreal. Pero es imposible vivir siempre fuera de la realidad, ¿no crees?

—Sin duda.

—En los cinco años transcurridos entre mi divorcio y el día que le conocí, viví sola en esta ciudad, y mi vida fue el colmo de la irrealidad. Carecía de amistades, no tenía ganas de salir de casa, nadie me quería. Me levantaba por la mañana, iba a la empresa a trabajar, dibujaba mis planos, a la vuelta hacía la compra en el supermercado, y cenaba sola en casa. Ponía la radio, leía algún libro, escribía mi diario, y me lavaba las medias en el cuarto de baño. Como mi apartamento da al mar, siempre escuchaba el rumor de las olas. Una vida de lo más monótona, ¿no?

Se bebió el resto de su zumo de naranja.

—Me parece que te estoy cansando, ¿no?

Negué con la cabeza, por toda respuesta.

A partir de las seis, empezaba la hora de los cócteles en la cafetería y la iluminación disminuyó de intensidad. El alumbrado de la ciudad empezaba a encenderse. En lo alto de las grúas brillaban también lucecitas rojas. Una fina lluvia derramaba sus agujas sobre la penumbra vespertina.

—¿Te apetece tomar una copa? —le pregunté.

—¿Cómo se llama ese combinado de vodka y zumo de toronja?

—Salty dog —le contesté.

Llamé al camarero y le pedí un salty dog y whisky con hielo.

—¿Qué te estaba diciendo?

—Me contabas lo monótona que era tu vida.

—Si te he de decir la verdad, no es que fuera monótona —continuó—. Ahora bien, el rumor de las olas sí que puede llegar a hacerse monótono. Cuando tomé el apartamento, el administrador me dijo que pronto me acostumbraría; pero no ha sido así.

—Allí ya no hay mar.

Ella sonrió con tristeza. Las arruguitas de sus ojos se movieron ligeramente.

—Sí. Como bien dices, ya no hay mar. Sin embargo, a veces aún me parece que oigo el rumor de las olas. Se me debe de haber quedado grabado como a fuego en el oído, quizá para siempre.

—Y entonces fue cuando conociste al Ratón, ¿no?

—Sí. Aunque no lo llamaba así.

—¿Cómo lo llamabas?

—Por su nombre. Como todo el mundo.

Pensándolo bien, tenía que darle la razón.

Decir «el Ratón», aun como mote, sonaba muy infantil.

—Por supuesto —le respondí.

Nos trajeron las bebidas. Bebió un trago de su salty dog y, acto seguido, se limpió con la servilleta una pizca de sal que se le había pegado al labio. En la servilleta de papel quedó impreso un toque de carmín. Tomó con dos dedos la manchada servilleta y la dobló con habilidad.

—Él era... Era la encarnación de la irrealidad. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, creo que

—Para salir de mi irrealidad, necesitaba de alguien aún más irreal que yo, y él lo era, o por lo menos eso fue lo que sentí al conocerle, ¿comprendes? Por eso me gustó. Aunque tal vez sentí aquello después que me gustara, no estoy segura. Pero las dos alternativas vienen a ser lo mismo.

La chica del piano volvió de su descanso, y se puso a tocar melodías de viejas películas. Sonaba como una música de fondo poco adecuada para la escena que estábamos interpretando, una escena que, por cierto, era bastante peregrina.

—A menudo pienso si no estuve usando a ese hombre en mi provecho, a fin de cuentas. Y que él lo supo desde el principio. ¿Qué opinas?

—¡Quién puede saberlo! —le respondí—. Sólo vosotros dos.

Ella no añadió nada.

Tras unos momentos de silencio, me percaté de que nuestra conversación había terminado. Me bebí el último trago de whisky, y a continuación saqué del bolsillo las cartas del Ratón, que dejé en medio de la mesa. Allí se quedaron, sin que ninguno de los dos las tocara.

—¿Tengo que leerlas aquí?

—No, puedes llevártelas a casa. Si no quieres leerlas, tíralas.

Ella asintió y metió las cartas en su bolso, que al cerrarse emitió un ruido metálico —¡clic!— la mar de agradable. Encendí mi segundo cigarrillo, y pedí

otro whisky. El segundo whisky es siempre el que prefiero. Si el primero supone empezar a sentirse aliviado, el segundo te pone la cabeza en su sitio. A partir del tercero, la bebida pierde sabor y sólo te llena el estómago, eso es

—¿Para esto viniste expresamente desde Tokio? —me preguntó.

—Pues sí.

—¡Cuánta amabilidad!

—Yo no lo considero así. Es cuestión de hábitos. En el caso de que los papeles se invirtieran, creo que él haría lo mismo por mí.

—¿Te ha hecho favores parecidos?

Negué con la cabeza, y añadí:

—No, pero durante mucho tiempo nos hemos causado mutuamente problemas irreales. Que después hayamos reaccionado frente a ellos como si fueran reales, es asunto nuestro.

—No creo que haya mucha gente que enfoque así las cosas.

—Tal vez no, en efecto.

Se levantó sonriendo y buscó su monedero.

—Déjame pagar la cuenta. Después de todo, llegué con cuarenta minutos de retraso.

—De acuerdo, si eso te hace feliz —le dije—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Naturalmente. Adelante.

—Por teléfono me dijiste que habías captado mi imagen, ¿no es así?

—Sí, al decirlo me refería al ambiente que rodea a la persona.

—Y ¿me has reconocido sin dificultades?

—Nada más verte —me aseguró.

Seguía lloviendo con la misma intensidad. Desde la ventana del hotel se veían los anuncios luminosos del edificio vecino. Envueltos en su artificial brillo verde, innumerables hilos de lluvia se precipitaban sobre la tierra. De pie ante la ventana, miré hacia abajo y me pareció que todos aquellos hilos convergían en un mismo punto en el suelo.

Echado en la cama, me fumé un par de cigarrillos. Luego llamé a recepción pidiendo que me hicieran una reserva para el tren de la mañana siguiente. Ya no me quedaba nada por hacer en aquella ciudad.

La lluvia, por su parte, continuó cayendo hasta medianoche.

VI. LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE (II)

1. EL INSÓLITO RELATO DE AQUEL INDIVIDUO (I)

El secretario vestido de negro tomó asiento en una silla y se quedó mirándome en silencio. No era la suya una mirada escrutadora, ni de perdonavidas, ni de esas tan agudas que te traspasan de parte a parte. No era ni fría ni cálida; es más, ni siquiera tenía una cualidad intermedia entre esas dos. Una mirada que no traslucía ninguna emoción que me resultara conocida. Aquel hombre, simplemente, estaba mirándome. Tal vez estuviera mirando a la pared situada detrás de mí, pero, como yo estaba delante, por fuerza tenía que mirarme.

El hombre tomó en sus manos la tabaquera que había sobre la mesa, la destapó, cogió un cigarrillo sin filtro, golpeó con la uña ambos extremos para que no se desmenuzara el tabaco y, tras encenderlo, lanzó una bocanada de humo en sentido oblicuo. Acto seguido, devolvió el encendedor a la mesa y cruzó las piernas. Entretanto, su mirada no se movió ni un milímetro.

El hombre era tal como mi socio me lo había descrito. Correctísimo en su indumentaria, hasta rozar la exageración; de cara demasiado proporcionada, y de dedos excesivamente suaves. De no ser por la aguda línea de sus párpados y por sus gélidas pupilas, que sugerían la frialdad del cristal, sin ninguna duda habría pasado por un perfecto homosexual. No obstante, gracias a aquellos ojos, el hombre no parecía homosexual. Bueno, real mente no parecía posible clasificarlo. No me fue posible asociarlo mentalmente con nada ni con nadie.

Sus pupilas, miradas con atención, revelaban un sorprendente color. Un color pardo negruzco, con leves matices azulados, cuya intensidad, sin embargo, no era igual en ambos ojos. Cada pupila, por cierto, parecía estar pensando en una cosa distinta.

Sus dedos se movían sutilmente sobre sus rodillas. Por unos momentos me dominó la alucinación de que aquellos diez dedos se separaban de las manos para dirigirse hacia mí. Extraños dedos, los suyos. Unos dedos que se alargaron sin prisas sobre la mesa y apagaron el cigarrillo, del que aún quedaban dos tercios, contra el cenicero. Dentro de mi vaso se iba deshaciendo el hielo y el agua transparente entraba en combinación con el mosto. Una

combinación desproporcionada.

En la habitación reinaba un enigmático silencio, ese silencio que se advierte cuando se entra en una gran mansión como aquella, y que brota del contraste entre la amplitud del lugar y el escaso número de personas que lo habitan. Sin embargo, la índole del silencio que se enseñoreaba de aquella habitación era diferente. Era un silencio preñado de amenazas, inefablemente opresivo. Me bailaba por la memoria que ya había pasado antes por una experiencia semejante. Sin embargo, me llevó un buen rato recordar con precisión dónde la había tenido. Como el que revisa las páginas de un viejo álbum, me puse a tirar del hilo de la memoria hasta que di con aquel recuerdo. Era el silencio que rodea a un enfermo desahuciado. Un silencio henchido del presentimiento ineluctable de la muerte. En el aire flotaba algo fatídico, ominoso.

—Todo el mundo muere —dijo el hombre pausadamente, mirándome a los ojos. Su modo de hablar sugería que había captado a la perfección cuanto se agitaba en mi interior—. Toda persona tiene que morir un día u otro —añadió.

Tras concluir esta breve frase, el hombre volvió a sumirse en un pesado silencio. Las cigarras continuaban cantando: como si quisieran infundir renovados bríos en la ya agonizante estación, frotaban sus cuerpos con el frenesí de la muerte.

—Me he propuesto hablarte con la mayor franqueza posible —me dijo. Su tono era el de quien traduce directamente un formulario. Su elección de vocablos y frases, así como su sintaxis, eran correctas, pero la expresividad brillaba por su ausencia—. No obstante —prosiguió—, hablar con franqueza y decir la verdad son cosas distintas. La relación que media entre franqueza y verdad se asemeja a la existente entre la proa y la popa de un barco. La franqueza asoma en primer lugar, para acabar mostrándose la verdad. Esa diferencia temporal está en proporción directa con la envergadura del barco. La verdad, cuando concierne a cosas grandes, es reacia a aparecer. Ocurre a veces que no hace acto de presencia hasta después de la muerte. Por lo tanto, si se da el caso de que no llegue a mostrarte la verdad, no será culpa mía, ni tampoco tuya.

Como no supe qué responder a aquel exordio, me quedé callado. El hombre, al ver que no hacía ningún comentario, siguió hablando.

—La razón por la que te he hecho venir expresamente, es mi deseo de que el barco avance. Hablaremos con toda franqueza, y así conseguiremos acercarnos a la verdad, por lo menos un paso.

Al llegar aquí, el hombre tosió y lanzó una mirada de refilón a mi mano,

que descansaba sobre el brazo del sofá.

—Sin embargo, esta manera de hablar es excesivamente abstracta. Por ello, para empezar trataremos asuntos reales. El primero será el boletín informativo del que eres responsable. Ya estás al corriente, ¿no?

—Así es.

El hombre asintió con la cabeza. Y tras hacer una pausa, reanudó su charla:

—Supongo que, al igual que tu socio, estarás sorprendido. A nadie le agrada que el fruto de sus esfuerzos se vaya a pique. Y menos aún si eso supone perder una fuente importante de ingresos. La pérdida es considerable, si no me equivoco.

—Así es.

—Me gustaría conocer tu punto de vista sobre las pérdidas que os puede ocasionar esta situación.

—En un trabajo como el nuestro, las pérdidas son algo con lo que hay que contar. Puede darse el caso de que un cliente nos rechace un trabajo ya realizado. Para una empresa como la nuestra, de pequeña escala, eso sería fatal. Por tanto, para evitar equívocos, seguimos los deseos del cliente al pie de la letra. En casos extremos, eso supone revisar con él la tarea encomendada, línea por línea. De este modo logramos sortear el peligro. No es, francamente, un trabajo grato, pero es que, dada nuestra penuria de medios, debemos obrar como lobos solitarios para sobrevivir.

—Todo el mundo tiene que abrirse camino partiendo de esa premisa —me consoló el hombre—. Pero bueno, sea como fuere, la cuestión es que, por lo que me acabas de decir, ¿debo suponer que, al haber suprimido la publicación de ese boletín, tu empresa ha sufrido un revés económico considerable?

—Bueno, pues... así es. Al estar ya impreso y encuadernado el boletín, hay que pagar dentro del mes los gastos del papel y de la impresión. También debemos satisfacer los honorarios de las personas a quienes encargamos artículos. En números redondos, eso equivale a cinco millones de yenes, y, para colmo de males, hay que añadir los intereses del crédito que deberemos solicitar para pagar esa cantidad. Y, encima, el año pasado invertimos una buena cantidad en modernizar nuestras oficinas.

—Lo sé —dijo el hombre.

—Y no hay que olvidar nuestro contrato con ese cliente, sobre todo pensando en el futuro. Nuestra posición es débil, y los clientes tienden a prescindir de las agencias de publicidad que causan problemas. Tenemos un contrato con la compañía de seguros de vida para publicar durante un año su

boletín informativo, y si se rescinde a causa de este problema, nos iremos materialmente a pique. Nuestra empresa es pequeña y tiene pocas relaciones; si goza de buena reputación en su trabajo, es por los comentarios transmitidos de boca en boca, de modo que una vez empiece a tener mala fama, estamos acabados.

Cuando terminé de hablar, el hombre se quedó mirándome, sin decir nada. Al cabo de unos momentos reanudó la conversación:

—Has hablado con toda franqueza. Y, además, lo que has dicho coincide con mis informes. Así que valoro positivamente tus palabras. ¿Qué tal si cubro la totalidad de los gastos que habéis tenido y de los perjuicios causados a la compañía de seguros por el incumplimiento del contrato de edición de su boletín, y además le indico que continúe dándoos trabajo?

—Entonces, no hay más que hablar. Todo quedaría en que continuaríamos nuestra actividad habitual, un poco confundidos por lo ocurrido.

—Y no estará de más añadir un premio de propina. Sólo con que yo escriba unas letras en el dorso de una tarjeta, tu empresa tendrá trabajo asegurado para diez años; y no esos miserables encargos de repartir octavillas, por cierto.

—En resumen: un trato.

—Un intercambio amigable, diría yo. He informado amigablemente a tu socio de que ese boletín informativo ha dejado de editarse. Si me das muestras de buena voluntad, te corresponderé con la misma moneda. ¿No podrías hacerme el favor de considerar así las cosas? Mi amistad puede serte útil. No vas a pasarte toda la vida colaborando con un borracho de espíritu obtuso, ¿verdad?

—Somos amigos —le dije.

Durante unos instantes nos envolvió el típico silencio que acompaña la caída de una piedra lanzada a un pozo insondable. La piedra tardó treinta segundos en tocar fondo.

—¡Bueno, dejémoslo estar! —exclamó el hombre—. Tú mismo. He investigado a fondo tu historial, y resulta la mar de interesante. Haciendo una clasificación a grandes rasgos de la gente, se dividiría en dos grupos: el de los mediocres realistas y el de los mediocres no realistas. Tú perteneces claramente al segundo. Deberías tenerlo presente. El destino que te aguarda es el propio de los mediocres no realistas.

—Lo tendré presente —le dije.

El hombre asintió. Me bebí la mitad del mosto, bastante aguado porque el hielo se había diluido del todo.

—Entonces, vamos a hablar de algo concreto —me dijo—: vamos a hablar del carnero.

* * *

El hombre hizo una serie de movimientos y sacó de un sobre una fotografía grande en blanco y negro. La puso sobre la mesa, orientándola hacia mí. Daba la impresión de que simultáneamente entraba en la habitación un sople de aire, impregnado de realidad.

—Ésta es la foto de un rebaño de carneros que salió en tu revista.

Para ser una ampliación sacada directamente de la página de una revista, era una fotografía muy clara. Era probable que hubieran empleado alguna técnica especial.

—Según mis datos, esa fotografía te fue proporcionada por alguna relación personal, y la usaste para esa revista. ¿Es cierto lo que digo?

—Efectivamente.

—De acuerdo con nuestras investigaciones, esa fotografía ha sido hecha dentro de los seis últimos meses, por un aficionado, en toda la extensión de esta palabra. Usó una máquina barata, de bolsillo. El fotógrafo no eres tú. Tienes una Nikon reflex y, por otra parte, eres más hábil. Además, en estos últimos cinco años no has ido a Hokkaido. ¿Es así, o no?

—¿Qué más puedo decirle? —respondí.

—¡Ejem! —susurró el hombre, y se quedó momentáneamente callado. Era un modo de callar que podía servir como medida ideal del silencio.

—Bueno está —prosiguió—. Lo que queremos, se concreta en información sobre tres cuestiones, a saber: dónde recibiste esa foto, quién te la mandó, y con qué intención usaste una fotografía tan mala para ilustrar la revista. Es todo.

—No puedo decirlo —respondí con audacia, con tanta audacia que yo mismo me sorprendí—. A los periodistas les asiste el derecho a guardar el secreto sobre sus fuentes de información.

El hombre se quedó mirándome fijamente, mientras se reseguía el labio con la yema del dedo medio de su mano derecha. Tras reiterar varias veces ese gesto, dejó reposar sus manos de nuevo sobre las rodillas.

También a esto siguió una pausa silenciosa. «¡Qué buena ocasión para que un cuco, por ejemplo, se pusiera a cantar en algún rincón!», pensé. Sin embargo, ni que decir tiene que ningún cuco se puso a cantar. Los cucos no

cantan en el crepúsculo vespertino.

—Eres, ciertamente, un hombre extraño —me dijo—. Con una palabra puedo hacer que os quedéis sin trabajo para siempre. Y ya ni siquiera podrías llamarte periodista. Eso suponiendo que redactar insignificantes folletos, octavillas y cosas así merezca el nombre de periodismo.

Volví a pensar en el cuco. ¿Por qué no cantarán los cucos entrada la tarde?

—Y hay más: sé cómo hacer hablar a la gente.

—No lo dudo —le respondí—. Sin embargo, necesitará tiempo, y hasta el final no hablaré. Y aunque hable, tal vez no lo diga todo. Usted no puede saber si me callo algo. ¿No es verdad?

Era un puro farol por mi parte, pero coherente con el curso de la conversación. Y, además, la incertidumbre que manifestaba el silencio que siguió a mis palabras era una prueba de que había dado en el blanco.

—Es interesante hablar contigo —dijo el hombre—. Tu falta de realismo resulta patética. Pero bueno, dejémoslo así. Hablemos de otra cosa.

Sacó una lupa del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Con esto puedes examinar la fotografía cuanto te plazca.

Sostuve la foto con la mano izquierda y, empuñando la lupa con la derecha, me puse a examinarla. Unos cuantos carneros estaban orientados en mi dirección, otros miraban hacia diferentes lugares y los restantes pastaban despreocupadamente. Recordaba una de esas instantáneas que reflejan el ambiente más bien aburrido de las típicas reuniones de antiguos alumnos. Fui localizando uno por uno a los carneros, observé el estado de la hierba, vi el bosque de abedules blancos del fondo, así como la cadena montañosa tras los árboles, y contemplé las nubes que flotaban a modo de mechones por el cielo. No había ni un solo detalle que se saliera de lo normal. Levantando mis ojos de la foto y de la lupa, miré al hombre.

—¿Has notado alguna cosa extraña? —me preguntó.

—Nada —le dije.

El hombre no dio muestras de desánimo.

—Creo que estudiaste biología en la universidad, ¿no es así? —inquirió el hombre—. ¿Qué es lo que sabes sobre carneros?

—Es como si no supiera nada. Aprendí cuatro conceptos tan especializados como inútiles.

—Dime lo que sepas.

—Son los machos de las ovejas, pertenecen al orden de los artiodáctilos, son herbívoros y gregarios. Seguramente, las ovejas fueron introducidas en Japón en los comienzos del período Meiji. Es apreciado por su lana y su carne.

Eso es todo.

—Exactamente —dijo el hombre—. Sólo que, para ser exactos, las ovejas no fueron introducidas en Japón a principios del período Meiji, sino durante el período Ansei, es decir, entre 1854 y 1860. Así pues, con anterioridad a esa fecha, tal como has dicho, los carneros eran desconocidos en Japón. Según una teoría, en la Edad Media, durante el período Heian, fueron traídas ovejas de China; pero, aun suponiendo que eso fuera cierto, posteriormente se extinguió la raza. Por lo tanto, hasta el período Meiji, la mayoría de los japoneses nunca habían visto un carnero, y ni siquiera podían comprender de qué se trataba. A pesar de la relativa popularidad que debía de tener este animal por ser uno de los doce signos zodiacales del antiguo calendario chino, aquí nadie sabía qué aspecto tenía. En resumidas cuentas, puede asegurarse que se le relegaba al mismo orden de animales imaginarios representado entonces por el dragón o el tapir, por ejemplo. En realidad, los dibujos de carneros realizados por japoneses antes del período Meiji representan a seres monstruosos. Podría incluso decirse que denotan tanto conocimiento del tema como el que H. G. Wells tenía de los marcianos.

»Incluso hoy día, el conocimiento que tienen los japoneses de los carneros resulta sorprendentemente vago. Considerando el tema desde el punto de vista histórico, este animal nunca ha tenido importancia para la vida económica del pueblo japonés. Por decisión gubernamental, fueron importados de Estados Unidos, se reprodujeron y al fin cayeron en el olvido. Ésa es su historia. Cuando, después de la guerra, se liberalizó el comercio de lana y carne de ovino con Australia y Nueva Zelanda, la cría de estos animales perdió todo interés en Japón. ¿No te parece un animal digno de compasión? Bien, pues hasta cierto punto es la personificación del Japón moderno.

»Sin embargo, ahora no voy a hacer una disertación sobre la vacuidad de la modernización del Japón. Sólo deseo que tengas claras dos cosas: en primer lugar, que antes del fin del período feudal, en Japón no existía, seguramente, ni un solo carnero; y, en segundo lugar, que los ejemplares de ganado ovino importados desde entonces lo fueron bajo la estricta supervisión del gobierno. ¿Qué quieren decir estas dos cosas?

Era una pregunta dirigida a mí.

—Que todas las razas de carneros existentes en Japón son bien conocidas y están censadas —respondí.

—Ni más ni menos. Puede añadirse que en el caso de los carneros, igual que en el de los caballos de carreras, el apareamiento es un punto esencial; por eso, los ejemplares que hay en Japón tienen bien documentada su ascendencia. En resumidas cuentas, se trata de un animal supervisado al máximo. En cuanto

al cruce entre diversas razas, también está sujeto a control. No existe importación clandestina, pues no es un buen negocio. Puestos a enumerar las razas, tenemos el Southdown, el merino español, el Cotswold, el carnero chino, el Shropshire, el Corriedale, el Cheviot, el Romanovsky, el Ostofresian, el Border Leicester, el Romney Marsh, el Lincoln, el Dorset Horn, el Suffolk..., y creo que no hay más. Ahora que sabes todo esto -dijo el hombre—, me gustaría que echases otra mirada a la fotografía.

Tomé de nuevo en mis manos la fotografía y la lupa.

—Y ahora, me gustaría que te fijaras en el tercer carnero por la derecha de la fila delantera.

Llevé la lupa al tercer carnero por la derecha de la fila delantera. Luego miré al que tenía a su lado, y volví de nuevo al tercero por la derecha.

—Esta vez habrás apreciado algo, ¿no?

—Es de una raza diferente, ¿verdad? —le respondí.

—Efectivamente. Exceptuando el tercer carnero por la derecha, todos son ejemplares corrientes de la raza Suffolk. Únicamente ése es distinto. Es bastante más rechoncho que los Suffolk, el color de su lana también es diferente, y no tiene la cara negra. Cómo te lo diría..., da impresión de fortaleza. He enseñado esta fotografía a varios especialistas en ganado ovino, y lo que he sacado en conclusión es que esta raza no existe en Japón. Ni tampoco, seguramente, en el resto del mundo. Así que tienes delante un carnero inexistente.

Lupa en mano, examiné una vez más el tercer carnero por la derecha. Al mirarlo con atención, descubrí en medio de su lomo una mancha tenue, como si le hubieran tirado café. Era una mancha tan vaga, que no podía definirla: unas veces se me antojaba una imperfección de la película, y otras una ligera alucinación de los ojos. Aunque tal vez alguien hubiera derramado una taza de café sobre el lomo del carnero. ¿Por qué no?

—En el lomo se ve una mancha tenue, ¿eh?

—No es una mancha —dijo el hombre—. Es un lunar en forma de estrella. Compáralo con esto.

Sacó una fotocopia de un sobre y la puso en mi mano. Reproducía el dibujo de un carnero, realizado, al parecer, con un lápiz grueso; en los espacios en blanco del papel se advertían huellas negruzcas de dedos. En conjunto, denotaba ingenuidad, y, sin embargo, era un dibujo que no dejaba indiferente. Todos los detalles habían sido trazados con una minuciosidad rayana en lo insólito. Traté de comparar con la mirada el carnero de la foto y el del dibujo, alternativamente. A ojos vistas, eran el mismo animal. El carnero dibujado tenía en el lomo un lunar en forma de estrella, el cual correspondía a la mancha

del carnero fotografiado.

—Y ahora, mira esto.

Acompañando las palabras con el gesto, el hombre sacó un encendedor del bolsillo de su pantalón y me lo entregó. Era un Dupont muy pesado, de plata, seguramente un modelo hecho por encargo. Llevaba grabado el mismo emblema del carnero que había visto en el interior del coche. Sobre el lomo del carnero se distinguía con claridad meridiana el lunar en forma de estrella.

Empezó a dolerme un poco la cabeza.

2. EL INSÓLITO RELATO DE AQUEL EXTRAÑO INDIVIDUO (II)

—Hace poco te hablaba de la mediocridad —dijo el hombre—. Pero no era con intención de censurar la tuya. Por decirlo en pocas palabras, es que el mundo es mediocre, y de ahí viene que tú también lo seas. ¿No lo crees así?

—¡Qué sé yo!

—El mundo es mediocre. Eso no admite duda. ¿Quiere decirse con ello que el mundo es mediocre desde su origen? De ningún modo. El origen del mundo es el caos, y el caos no es mediocridad. El proceso conducente a la mediocridad comenzó cuando los humanos separaron la vida cotidiana de los medios de producción. Posteriormente, cuando Karl Marx introdujo la noción de proletariado, sin saberlo estaba consolidando la mediocridad. He ahí la razón de que el estalinismo esté directamente vinculado al marxismo. Admiro a Marx. Es uno de los escasos genios que conservan el recuerdo del caos primitivo. En ese mismo sentido, también admiro a Dostoievski. Sin embargo, no me seduce el marxismo, porque es tremendamente mediocre.

El hombre dejó escapar un suspiro desde lo más hondo de su garganta.

—Te hablo con toda franqueza. Es una muestra de gratitud hacia ti, por mi parte, dada la sinceridad que antes mostraste hacia mí. Por lo demás, estoy dispuesto a contestar cualquier pregunta que me hagas. Sin embargo, cuando termine de hablarte, tus alternativas quedarán drásticamente limitadas. Quisiera que lo tuvieras bien claro desde un principio. Es decir, tú mismo has limitado tu margen de maniobra. ¿De acuerdo?

—¿Y qué puedo hacer? —respondí.

—Ahora mismo, dentro de esta mansión, una persona se encuentra en peligro de muerte —dijo el hombre—. La causa está clara. Tiene un gran tumor sanguíneo en el cerebro. El tumor es de tal magnitud, que ha deformado la estructura cerebral. ¿Qué conocimientos tienes de medicina cerebral?

—No sé casi nada.

—Dicho en pocas palabras, se trata de una bomba de sangre. Al dificultarse la circulación, la sangre se acumula en las arterias. Como si una serpiente se tragase una pelota de golf, ¿sabes? Si revienta se detendrá la función cerebral. Y además es imposible de operar, ya que al menor estímulo podría romperse. En suma, hablando con realismo, no queda más que aguardar la muerte. Tal vez se muera la semana próxima, o dentro de un mes. No hay

quien pueda saberlo.

El hombre apretó los labios, y acto seguido dejó escapar un nuevo suspiro.

—No tiene nada de extraño que muera. Es una persona mayor, y el diagnóstico de su enfermedad es claro. Lo que sí resulta extraño es que aún siga vivo.

No tenía ni idea de lo que el hombre estaba a punto de decir.

—De hecho, no habría sido nada extraño que hubiese muerto hace treinta y dos años —prosiguió el hombre—, o bien hace cuarenta y dos años, ¿sabes? Ese tumor sanguíneo le fue descubierto por un médico militar americano que hacía la revisión médica de los criminales de guerra más destacados; eso tuvo lugar en el otoño de 1946, poco antes de constituirse el tribunal de Tokio. El médico que descubrió el quiste sanguíneo se quedó de una pieza al ver la radiografía. Y es que la existencia de un ser humano que viviera, y con una actividad superior a la habitual, teniendo un tumor de tal magnitud en el cerebro, desbordaba con mucho todas las previsiones de la medicina. Enseguida fue transferido de Sugamo al hospital de San Lucas, entonces requisado como hospital militar, para ser sometido a un minucioso reconocimiento.

»Las pruebas médicas duraron un año, pero de ellas no se sacó nada en claro. Ninguna conclusión, aparte de que "no tendría nada de extraño que muriera en cualquier momento", y, por otro lado, que "el hecho de que esté vivo no es menos sorprendente". Sin embargo, como no padecía la menor dolencia, continuó trabajando con toda energía. Incluso su actividad cerebral era de lo más normal. Se desconoce el porqué. Un callejón sin salida. Un ser humano que teóricamente debería haber muerto, estaba en realidad la mar de sano.

»Las pruebas, no obstante, demostraron algunas alteraciones de su salud. Cada cuarenta días padecía tres días de fuertes jaquecas. Estas jaquecas le habían aquejado por primera vez, según testimonio del interesado, en 1936; y de aquí se infirió que entonces se formó el tumor. Sus jaquecas eran terribles, hasta el punto de que cuando le aquejaban había que administrarle calmantes: drogas, en una palabra. Las drogas le mitigaban el dolor, pero también le provocaban alucinaciones. Terribles alucinaciones. Sólo él puede saber cuán dolorosa ha sido esa experiencia, por descontado, pero todo induce a suponer que era algo muy desagradable. Aún existen, en poder del ejército americano, testimonios escritos que dan cuenta cumplidamente de tales alucinaciones. En verdad, los médicos dejaron todo anotado con el mayor detalle. Logré hacerme con esa documentación y la he leído varias veces; a pesar de estar escrita en

jerga profesional, describe una situación terrible. Creo que pocas personas ha habido en este mundo capaces de aguantar tales alucinaciones como experiencia periódica.

»Tampoco era comprensible la causa de esas alucinaciones. Llegó a suponerse que el tumor emitía a intervalos regulares algún tipo de energía, y que la jaqueca sería una reacción defensiva del cuerpo. Así pues, al ser eliminada la reacción defensiva con las drogas, dicha energía estimularía directamente alguna zona cerebral, y como resultado se originarían las alucinaciones. Esto, naturalmente, no pasa de ser una hipótesis, pero lo cierto es que llegó a interesar al ejército americano. A raíz de ello se inició una investigación a fondo. Una investigación de lo más discreta, llevada a cabo por el servicio secreto. No se comprende por qué para investigar un simple tumor sanguíneo, por grande que fuera, entró en escena el servicio secreto americano; pero se pueden hacer algunas suposiciones. La primera es que so capa de la investigación médica los americanos buscasen informaciones de otra clase: que quisieran hacerse, en suma, con el control de las redes del espionaje y del tráfico de opio en la China continental. Es bien sabido que los americanos, a medida que se hacía cada vez más inminente la derrota de Chiang Kai-shek, fueron quedando desconectados de los asuntos chinos. Los contactos de que disponía nuestro jefe eran codiciados con uñas y dientes por su servicio secreto. Y es obvio que ese tipo de interrogatorios no pueden hacerse de manera oficial. El hecho es que el jefe, tras esa serie de investigaciones, fue puesto en libertad y no tuvo que comparecer ante el tribunal. Existe la firme creencia de que hubo un arreglo entre bastidores. Un intercambio de libertad por información, digamos.

»La segunda posibilidad es que se hubiera querido demostrar una relación causa a efecto entre el tumor cerebral del jefe y su condición, que se quería subrayar, de líder bien conocido de la extrema derecha. Es una ocurrencia pintoresca, pero no descabellada; te lo explicaré más tarde. Sin embargo, a fin de cuentas, creo que en este punto los investigadores tampoco sacaron nada en dato. Si era inexplicable el hecho de que el jefe siguiera con vida, ¿cómo iban a encontrar la causa de un determinado liderazgo político? Hubiera sido necesario extirparle el cerebro para estudiarlo, y no era seguro que así obtuvieran resultados positivos. Así que llegamos a otro callejón sin salida.

»La tercera posibilidad es que quisieran practicarle lo que se denomina "lavado de cerebro". Consiste en la estimulación del cerebro mediante determinadas ondas, a fin de obtener la respuesta deseada. Por aquellos tiempos, esa teoría estaba de moda. De hecho, se sabe que en los Estados

Unidos se organizaron por aquel entonces grupos para el estudio del lavado de cerebro.

»No se sabe a ciencia cierta cuál era la finalidad de las investigaciones realizadas por el servicio secreto americano. Tampoco hay constancia de las conclusiones que se sacaron. Todo eso ya es pasado, historia. Quienes en realidad saben lo que ocurrió, son un puñado de altos mandos del ejército americano de entonces, y el propio jefe, claro. Pero el jefe no ha contado a nadie, ni siquiera a mí, esas cosas; y es dudoso que en el futuro pueda hacerlo. De modo que lo que te he dicho no pasa de ser una mera conjetura.

Al terminar esta parrafada, el hombre carraspeó quedamente. Me sentía incapaz de calcular el tiempo que había transcurrido desde que entré en la habitación.

—Sin embargo —añadió—, por lo que respecta a las circunstancias de 1936, año en que se supone que se le formó el tumor sanguíneo, se conocen con algún detalle. En el invierno de 1932 el jefe fue encarcelado por complicidad en una conjura para asesinar a una importante personalidad. Permaneció entre rejas hasta junio de 1936. Se conservan documentos, como el registro oficial de la prisión y el historial clínico, y aparte de ello, el propio jefe se ha referido a los sucesos de esa época en conversaciones con sus colaboradores. En resumen, se trata de lo siguiente: durante su estancia en la cárcel el jefe padeció de insomnio crónico. No se trataba de simples episodios de insomnio, sino de accesos prolongados y peligrosos. No pegaba ojo durante períodos de tres o cuatro días, e incluso de más de una semana en ocasiones. Por aquel entonces, la policía, para hacer confesar a los presos políticos, utilizaba la táctica de no dejarles dormir. Y en el caso del jefe, dada su intervención en actividades contra el partido pro imperialista que entonces estaba en el poder, los interrogatorios debieron ser especialmente duros. Cuando el preso va a dormirse, lo duchan, lo golpean con varas de bambú, lo deslumbran con focos..., utilizan todos los recursos, en fin, para que no duerma. Si este tratamiento se prolonga durante meses, la mayoría de la gente acaba por sufrir serias lesiones físicas y corporales. Los mecanismos nerviosos del sueño se alteran. Algunas personas se mueren, otras acaban locas, otras, en fin, se vuelven insomnes crónicos. Esto último es lo que le ocurrió al jefe, que no logró recuperarse por completo de sus insomnios hasta la primavera de 1936. Es decir: por la misma época en que se le formó el tumor sanguíneo. ¿Qué te parece?

—¿Sugiere que el prolongado insomnio dificultó la circulación sanguínea en el cerebro de su jefe, que a su vez provocó la formación del tumor?

—Eso es lo que dice el sentido común. Y ya que se le ocurre a quien,

como tú, es lego en la materia, no creo que se le pasara por alto al equipo médico del ejército americano. Sin embargo, eso no basta para explicarlo todo. Creo que tuvo que intervenir otro factor, un factor esencial, del que la formación del tumor sanguíneo no sería más que una secuela. Piensa que mucha gente padece tumores sanguíneos sin que tenga esos síntomas. Aparte de que el insomnio no explica por qué el jefe sigue con vida.

Las palabras de aquel hombre tenían su lógica.

—En relación con el tumor sanguíneo, hay algo más. Resulta que, a partir de la primavera de 1936, puede decirse que el jefe volvió a nacer, ya que su personalidad cambió por completo. Hasta entonces no era, por decirlo con franqueza, más que un mediocre activista de extrema derecha. Tercer hijo varón de una pobre familia campesina de Hokkaido, a los doce años se fue de casa y pasó a Corea; pero como allí tampoco le fueron bien las cosas, volvió a la metrópoli e ingresó en un grupo de extrema derecha. Era el típico agitador que tiene más coraje que cerebro y siempre está dispuesto a liarse a garrotazos. Y su nivel cultural no era de los más elevados. Sin embargo, en el verano de 1936, justo después de salir de la cárcel, el jefe se convirtió en uno de los líderes destacados de la extrema derecha, con todo lo que esto significa. Tenía carisma para ganarse las voluntades, una ideología rigurosa, un verbo incisivo capaz de suscitar reacciones apasionadas, visión política para prever el futuro, capacidad de decisión y, por encima de todo, una extrema habilidad para penetrar en el corazón de las masas y manipular la sociedad en provecho propio.

El hombre tomó aliento y carraspeó levemente.

—Como es natural —añadió—, sus teorías como pensador de extrema derecha, y su manera de ver el mundo, eran más bien pueriles. Eso, sin embargo, era lo de menos. La cuestión esencial era si le servirían para hacerse con el poder gracias a la organización que le permitieron crear. Más o menos de la misma manera como Hitler impuso a nivel estatal las vulgares teorías no menos pueriles del espacio vital y la superioridad de una raza. El jefe, sin embargo, no tomó esa dirección. Prefirió dar un rodeo y seguir un camino secreto, un camino de sombras. Sin dar la cara abiertamente, movía los hilos de la sociedad entre bastidores. Con ese propósito marchó, en 1937, a China. Con todo..., bueno; dejémoslo ahí. Volvamos al tema del tumor sanguíneo. Lo que quiero decir es que la formación del tumor y la extraordinaria transformación del jefe son hechos que ocurrieron a la vez.

—Según su hipótesis —dije—, entre el tumor sanguíneo y la insólita transformación que experimentó su jefe no media una relación de causa efecto, sino que ambas situaciones se dieron en paralelo, y detrás de ellas hay un

enigmático factor.

—Eres despierto para captar las cosas —me respondió—: claro y conciso.

—Y a todo esto, ¿dónde entra en juego el carnero?

El hombre sacó un segundo cigarrillo de la caja de tabaco, lo preparó golpeando con la punta de una uña uno de los extremos, y se lo puso entre los labios. Pero no lo encendió.

—Todo a su tiempo —dijo.

Durante unos instantes, hubo de nuevo un pesado silencio.

—Hemos edificado un reino —prosiguió—, un poderoso reino subterráneo. Controlamos todo lo que te puedas imaginar: el mundo de la política, el de las finanzas, los medios de comunicación de masas, la burocracia, la cultura... y muchas cosas más, de las que no puedes ni hacerte idea. Incluso ambientes que nos son hostiles. Desde el poder hasta la oposición. Esos colectivos, en su gran mayoría, ni siquiera se han dado cuenta de que trabajan para nosotros. Nuestra organización, en suma, es terriblemente compleja. Esta organización la creó el jefe después de la guerra, él solo. Como si dijéramos, él lleva el timón de la inmensa nave del Estado. Bastaría con que le quitara un tapón al casco para que el barco se fuera a pique. Antes de que los pasajeros se percataran de lo que había pasado, se verían con el agua al cuello, ¿comprendes?

Entonces, el hombre encendió su cigarrillo.

—Con todo, esta organización tiene un límite: la muerte del rey. Si el rey muere, el reino se derrumba. Porque el reino fue edificado gracias al temperamento genial del jefe, y así se ha venido manteniendo hasta hoy. De acuerdo con mi hipótesis, esto equivale a decir que se ha edificado y mantenido gracias a un misterioso factor. Cuando el jefe muera, todo morirá, todo se acabará. Y eso ocurrirá, porque nuestra organización no es burocrática, sino una máquina perfecta con un cerebro en su cumbre. Ahí está la razón de la fuerza de nuestra organización, y, al mismo tiempo, la causa de su debilidad... Estaba, diríamos mejor. Tras la muerte del jefe, la organización se desmembrará antes o después y, como el Valhalla al incendiarse, se hundirá cada vez más en el océano de la mediocridad. No hay nadie capacitado para coger el relevo del jefe, y la organización se desmembrará; será algo parecido a lo que ocurre cuando se derriba un gran palacio para que en su solar alguna cooperativa levante bloques de viviendas. Un mundo uniforme y estático, donde la voluntad no cuenta para nada. Aunque tal vez pienses que será positivo que desaparezca nuestra organización. En este caso, sólo te pido una cosa: trata de imaginarte que todo Japón hubiera sido allanado, un terreno liso,

sin montañas, sin playas, sin lagos..., donde se alzarán fila tras fila de uniformes bloques de viviendas. ¿Te gustaría eso?

—No lo sé —dije—. No estoy seguro de que ésta sea la manera adecuada de exponer el problema.

—Eres listo, desde luego —dijo el hombre, que cruzó las manos sobre las rodillas y se puso a tamborilear con la punta de los dedos a ritmo lento—. Lo que he dicho de las cooperativas de viviendas —prosiguió—, era sólo una metáfora, naturalmente. Hablando con más propiedad, nuestra organización se divide en dos partes: una que avanza y otra que proporciona a ésta los medios para cumplir su cometido. Hay diversas partes menores que realizan determinadas funciones, pero las primeras son las que cuentan de verdad. Las otras no son fundamentales. La parte que avanza es la «voluntad», y la que le proporciona los medios es la «tesorería», la que recibe las ganancias. Cuando la gente habla de lo que ocurrirá si muere el jefe, piensa en la «tesorería», exclusivamente. Y será esa «tesorería» la que provocará el desmembramiento de nuestra organización en cuanto se muera. La «voluntad» no tendrá aspirantes que la pretendan, pues no hay nadie que la entienda. Éste es el sentido que doy a la palabra desmembración. La «voluntad» no admite desmembración ni reparto. Ha de transmitirse al ciento por ciento, o bien extinguirse por completo.

Los dedos del hombre seguían tamborileando lentamente sobre sus rodillas. Por lo demás, su aspecto era el mismo que tenía al principio: una mirada evasiva, una pupila fría, un semblante correcto e inexpresivo. Aquella cara había estado vuelta hacia mí, sin cambiar de ángulo, durante toda la entrevista.

—¿Qué es para usted la «voluntad»? —pregunté intrigado.

—Es el concepto que gobierna tanto el espacio como el tiempo como lo posible.

—No lo entiendo.

—Naturalmente. Nadie es capaz de entenderlo. Sólo el jefe, que lo comprendía de un modo instintivo. Profundizando, diría que este concepto viene a ser una negación del conocimiento de sí mismo. Es la condición indispensable para que sea posible la más radical de las revoluciones. Una revolución..., ¿cómo podría explicártelo?, que haría del capital un elemento integrante del trabajo, y de éste un elemento integrante de aquél.

—Un poco fantástico, ¿no?

—Todo lo contrario. Precisamente lo fantástico es el conocimiento —me contestó con energía—. Como es natural, todo lo que te estoy diciendo son meras palabras. Por mucho que lo intentara, no alcanzaría a explicarte, por

ejemplo, cómo es la «voluntad» del jefe. Mi explicación no pasaría de ser una muestra de la interrelación que media entre esa «voluntad» y yo, expresada con otra interrelación distinta, de orden lingüístico. La negación del conocimiento lleva aparejada la negación de la palabra. Cuando pierden sentido el conocimiento de sí mismo y la continuidad evolutiva, los dos pilares del humanismo europeo occidental, la palabra pierde sentido a su vez. La existencia no depende del individuo, sino del caos. El ser que eres tú no es tal ser individual: es caos, y nada más. La existencia es comunicación; y la comunicación, existencia.

De repente, la habitación pareció helarse, y tuve la sensación de que a mi lado estaban preparando una cama calentita. Alguien me invitaba a meterme en ella. Sin embargo, aquello era una alucinación, claro. Estábamos en septiembre, y fuera las cigarras seguían cantando.

—La ampliación de la conciencia que vuestra generación llevó a cabo, o trató de llevar a cabo, a fines de los años sesenta, terminó en un rotundo fracaso, precisamente por estar basada en lo individual. Es decir, cuando se trata de ampliar la conciencia sin que se opere un cambio sustancial en los individuos, a fin de cuentas se cae en la desesperación. Y eso es, ni más ni menos, la mediocridad a la que me refería antes. No obstante, por mucho que te lo explique, no lo vas a comprender. Y no es que espere que lo entiendas. Sólo me esfuerzo por ser honesto contigo.

»Pasando al tema del dibujo que hace poco te entregué, es una copia del que se conserva archivado en el historial clínico del hospital militar americano. Está fechado el 27 de julio de 1946. Es un dibujo que hizo el jefe, a petición de los médicos, para plasmar sus alucinaciones. Según el testimonio de los archivos médicos, este carnero se le aparecía al jefe con muchísima frecuencia en sus alucinaciones. Para precisar, aproximadamente un ochenta por ciento de las veces. Es decir: hasta cuatro de cada cinco veces que sufría alucinaciones, el carnero formaba parte de ellas. Y no se trataba de un carnero vulgar y corriente, sino de este carnero de tono castaño que lleva una estrella en el lomo.

»Por otra parte, el emblema del carnero que va grabado en ese encendedor lo usó el jefe, como su sello personal, a partir de 1936. Me imagino que ya te habrás dado cuenta: el carnero de ese emblema coincide totalmente con el del dibujo que se conservó archivado en el historial clínico. Y, por si fuera poco, coincide también con el carnero de la foto que tienes ante ti. ¿No te parece muy curiosa tal circunstancia?

—Será por pura y simple casualidad —dije. Traté de dar a mis palabras un tono despreocupado, pero no tuve mucho éxito, formalmente.

—Aún hay más —continuó el hombre—. El jefe recopilaba con gran interés cualquier información que pudiera llegarle, tanto de nuestro país como del extranjero, relacionada con carneros. Una vez por semana, dedicaba unas horas a revisar personalmente las informaciones relativas a carneros aparecidas en los periódicos y revistas publicados aquella semana en Japón. Yo lo ayudaba siempre en esa tarea. El jefe se lo tomaba muy a pecho. Como si buscara algo concreto, ésa es la verdad. Y una vez que el jefe cayó enfermo, tomé personalmente a mi cargo ese quehacer. Resultaba intrigante. ¿Por qué tenía tanto interés el jefe? Y entonces apareciste tú. Tú y tu carnero. Se mire como se mire, no puede considerarse una mera casualidad.

Sopesé el encendedor. Tenía un peso en verdad agradable. Ni demasiado pesado, ni demasiado ligero. Parecía increíble que en este mundo existiera un objeto tan bien equilibrado.

—¿Tienes idea de por qué el jefe se tomó con tanto empeño la búsqueda del carnero?

—No —le respondí—. Sería más sencillo preguntárselo a él.

—Si se le pudiera preguntar, sí. Pero desde hace un par de semanas, está inconsciente. Es de temer que no recobre el sentido. y si el jefe muere, morirá con él el secreto de ese carnero que lleva la impronta de una estrella en el lomo, quedará para siempre enterrado en las tinieblas. Es algo a lo que no puedo resignarme. No por las pérdidas o ganancias que pueda reportarme a nivel personal, sino por razones mucho más trascendentales.

Levanté la tapa del encendedor; dándole a la ruedecilla, lo encendí. A continuación, cerré la tapa.

—Tal vez estés pensando que lo que te digo es una sarta de tonterías. Sin embargo, me gustaría que comprendieras que es todo lo que nos queda. El jefe muere. Y con él se muere esa «voluntad» única. En consecuencia, cuanto rodea a su «voluntad» se extinguirá con él. Después sólo quedará lo que se pueda contar en cifras. Nada más. Así que necesito dar con ese carnero.

Por primera vez, mi interlocutor cerró los ojos durante unos segundos, breve intervalo en el que se mantuvo silencioso.

—Se me ha ocurrido una hipótesis. No es más que eso, desde luego. Si no te gusta, olvídala. Creo que ese carnero es, ni más ni menos, la matriz de la «voluntad» del jefe.

—Eso suena a cuento de hadas —dije. Pero no me prestó atención.

—Sospecho que el carnero se metió dentro del jefe. Tal vez fue eso lo que ocurrió en 1936. A partir de entonces, y durante más de cuarenta años, el carnero ha vivido dentro del jefe. Es posible que allí haya una pradera y unos abedules blancos. Justamente como en esa fotografía. ¿Qué te parece?

—Me parece una hipótesis más bien pintoresca —le dije.

—Es que es un carnero especial. Muy especial. Me he propuesto dar con él, y para eso necesito tu ayuda.

—Y entonces ¿qué?

—Pues... no sé. Quizá ya no se pueda hacer nada, o tal vez las posibles soluciones desborden con mucho mi capacidad. En tal caso, se acabarían todas mis esperanzas. Pero si por casualidad ese carnero deseara algo para volver, haría todo cuanto estuviera en mi mano por conseguirlo. Si el jefe se muere, mi vida ya no tendrá sentido.

Tras decir esto, guardó silencio. También yo estaba callado. Tan sólo las cigarras seguían cantando. Murmuraba la arboleda del jardín al rozarse sus innumerables hojas, movidas por el viento del crepúsculo. El interior de la casa seguía sumido en el silencio. Era como si los gérmenes de la muerte pulularan por la mansión igual que una fatal epidemia. Trataba de imaginarme la pradera en el interior de la cabeza del jefe. Una inacabable pradera de hierba agostada, que el carnero había abandonado en busca de mejores pastos.

—Insisto una vez más: dime cómo te has hecho con esa fotografía.

—No puedo —le contesté.

El hombre lanzó un suspiro.

—Te he hablado con toda sinceridad —dijo—. Por eso exijo que me hables con franqueza.

—Creo que no debo decírselo. Si lo hiciera, tal vez acarrearía algún perjuicio a la persona que me proporcionó la fotografía.

—Así que —añadió él— tienes motivos para suponer que esa persona puede sufrir algún perjuicio a causa de la foto del carnero.

—No tengo ningún motivo, sólo es intuición. Aquí tiene que haber trampa. He estado pensándolo todo el rato mientras usted hablaba: aquí tiene que haber por fuerza alguna trampa. Me lo dice un sexto sentido.

—Y por eso no quieres hablar.

—Claro —le contesté, y me quedé pensativo un momento—. Sé que hay muchas maneras de fastidiar a la gente, y también sé los métodos que se emplean para ello, pueden ser extremadamente sutiles. Así pues, trato de evitar que la gente me cause perjuicios. Y por eso no me gusta causarlos. Sin embargo, comprendo que usted no se dará por satisfecho con mi silencio y, a la larga, tanto yo como mi informador podemos salir perjudicados. A pesar de todo, no quiero ser yo quien lleve las cosas por ese camino voluntariamente. Es una cuestión de principios.

—No acabo de entenderte —me contestó.

—Lo que intento decirle es que la mediocridad puede tener diversas

formas.

Me puse un cigarrillo entre los labios y lo encendí con el encendedor que tenía en la mano. Inhalé el humo. Así me sentí un poco aliviado.

—Si no quieres hablar, allá tú —dijo el hombre—. Pero tendrás que ir en busca del carnero. Éstas son nuestras condiciones: si en dos meses, a partir de hoy, logras dar con el carnero, te gratificaremos con la recompensa que pidas; pero si no logras dar con él, tanto tú como tu empresa estaréis acabados. ¿De acuerdo?

—Creo que no me queda otra opción —respondí—. Pero ¿y si resultara que no existe el tal carnero con la impronta de la estrella en su lomo, y todo se hubiera debido a un error?

—El resultado no cambia. Ni para ti ni para mí. No hay más alternativa que encontrar al carnero o no. Sin términos medios. Lo siento por ti, pero, como ya te dije antes, eres tú quien ha limitado su margen de maniobra. Una vez que te has hecho con el balón, no te queda más remedio que correr hacia la portería, incluso si no hay tal portería. ¿Lo entiendes?

—Ya —le contesté.

El hombre sacó un grueso sobre del bolsillo de su chaqueta y me lo puso delante.

—Puedes usarlo para los gastos —me dijo—. Si no te bastara, llama por teléfono. Al punto se te enviará más. ¿Alguna pregunta?

—Pregunta, no; pero sí tengo un comentario.

—¿De qué tipo?

—En su conjunto, este asunto es tan absurdo que resulta increíble; sin embargo, al oírse lo contar, parecía como si hubiese en él algo de verdad. Desde luego, aunque explicara por ahí todo lo que me ha dicho, nadie me creería.

El hombre torció levemente el labio. A su manera, sonreía.

—Mañana, sin más dilación, empiezas la búsqueda. Como te he dicho, tienes dos meses, *a partir de hoy*.

—La tarea es difícil. Puede que no baste con dos meses, tratándose, como se trata, se trata, de encontrar un carnero en un territorio inmenso.

El hombre me miró fijamente sin decir palabra. Tuve la sensación de que aquella mirada me convertía en algo así como una piscina vacía. Una piscina vacía, sucia, agrietada, que probablemente pronto será demolida. Estuvo treinta segundos largos mirandome a la cara sin pestañear. Luego, abrió parsimoniosamente los labios:

—Más valdría que te fueras —dijo.

—Lo mismo opinaba yo, por cierto.

3. EL COCHE Y SU CONDUCTOR (II)

—¿Vuelve a su oficina? ¿O desea que le lleve a algún otro lugar? —me preguntó el conductor.

Era el mismo conductor del viaje de ida, aunque ahora se mostraba más afable. Su carácter, por lo visto, era comunicativo.

Tumbado sobre el cómodo asiento del coche, me puse a pensar adónde me convendría ir. No tenía la menor intención de volver a la oficina. Sólo de pensar en dar explicaciones a mi socio me entraba dolor de cabeza —¿qué diablos podría explicarle?—, y, además, estaba de vacaciones. Tampoco me animaba a coger el camino de casa. Una voz interior me decía que antes de volver a casa necesitaba pasar un rato en un ambiente normal, donde gente normal caminara con toda normalidad sobre dos pies.

—A la salida oeste de la estación de Shinjuku —le dije al chófer.

Debido en parte a la hora vespertina, la autovía que llevaba a Shinjuku estaba terriblemente congestionada. Llegó un momento en que los automóviles, como si hubieran lanzado un ancla a tierra, se quedaron prácticamente inmovilizados. De vez en cuando, como mecidos por una ola, se desplazaban unos centímetros. Durante un rato estuve pensando en la velocidad de rotación de la Tierra. ¿A cuántos kilómetros por hora estaría girando, por cierto, la superficie de aquella autovía en el espacio cósmico? Traté de hacer un cálculo aproximado, en números redondos, y acabé preguntándome si aquella velocidad sería mayor o menor que la de esas tazas de café que giran sobre sí mismas en los parques, de atracciones. Hay muchísimas cosas que desconocemos, por más que presumamos de saber un poco de todo. Si unos extraterrestres se acercaran a preguntarme «Oye tú, ¿a cuántos kilómetros por hora gira el ecuador?», me pondrían en un aprieto. Quizá ni siquiera supiese darles razón de por qué el miércoles viene tras el martes. ¿Se reirían de mí? He leído tres veces *Los hermanos Karamazov* y *El Don apacible*. También he leído, una vez, *La ideología alemana*. Y puedo dar hasta la decimosexta cifra del número pi. Con todo, ¿se reirían de mí? Probablemente sí. Se morirían de risa.

—¿Desea escuchar un poco de música? —me preguntó el chófer.

—No estaría mal —le respondí.

Una balada de Chopin comenzó a inundar el interior del coche. Me sentí transportado a la sala de recepción de unos de esos pabellones que se alquilan para celebrar bodas.

—Oiga —le pregunté al chófer, por matar el rato—. ¿Conoce el número

pi?

—¿Esa cantilena de tres, catorce, etcétera?

—Eso. ¿Cuántas cifras puede darme a partir de la coma de los decimales?

—Sé hasta treinta y dos cifras —me respondió el conductor, como si tal cosa—. Pasando de ahí, ya...

—¿Treinta y dos?

—Sí. Conozco algunos truquillos de mnemotecnia. ¿Por qué?

—No, dejémoslo —le contesté con el alma en los pies—. Era una tontería.

Durante unos instantes escuchamos a Chopin, mientras el coche avanzaba unos diez metros. Los conductores de otros automóviles, así como los pasajeros de los autobuses, contemplaban fijamente aquel vehículo fantasmal en que viajábamos. Por más que supiéramos que, al estar equipado nuestro coche con lunas especiales, nadie podía vernos desde fuera, eso de que la gente fijara en nosotros su mirada no dejaba de ser desagradable.

—La cosa está bastante congestionada, ¿eh? —dije.

—Desde luego —respondió el chófer—. Sin embargo, al igual que no hay noche sin aurora, tampoco hay embotellamiento sin fin.

—Seguro —confirmé—. Pero ¿no se siente irritado al tener que ir tan despacio?

—Por descontado. Me irrita, me contraría... Especialmente, cuando tengo prisa. Sin embargo, me digo que es una más de las pruebas por las que tenemos que pasar, y que irritarse no arregla nada.

—Suena a una interpretación bastante religiosa de los embotellamientos.

—Soy cristiano. No frecuento la iglesia, pero soy cristiano.

—Ya... —rezongué—. Oiga, ¿no habrá cierta contradicción entre ser cristiano y ser chófer de una personalidad de extrema derecha?

—El jefe es una gran persona. De entre las que he tratado hasta ahora, es la mejor, después de Dios.

—¿Usted ha tenido trato con Dios?

—Naturalmente. Cada noche le llamo por teléfono.

—Sin embargo... —empecé a decir, pero me vi asaltado por la perplejidad. La cabeza empezaba a alborotárseme otra vez—. Si todo el mundo se pone a llamar a Dios, habrá una saturación de líneas, y siempre estará comunicando, como, por ejemplo, el servicio de información telefónica al mediodía.

—No hay que preocuparse por eso. Dios es, digamos, una presencia simultánea. Y así, aunque un millón de personas le llame a la vez, Dios habla a

la vez con un millón de personas.

—No entiendo mucho de esas cosas, pero ¿está esa interpretación dentro de la ortodoxia? Es decir, desde un punto de vista teológico.

—Soy de los radicales. Por eso no me llevo demasiado bien con la Iglesia.

—Ya —le dije.

El coche avanzó unos cincuenta metros. Cuando, tras llevarme un cigarrillo a los labios, fui a encenderlo, caí en la cuenta de que había mantenido agarrado el encendedor entre mis manos. Me había venido, sin advertirlo, con aquel Dupon del emblema del carnero grabado que el hombre me enseñó. Aquel encendedor de plata se me adaptaba a la mano como un guante, como si lo tuviera allí de nacimiento. Tanto su peso como su tacto eran irreprochables. Tras pensarlo un poco, decidí quedármelo. Porque desaparezca un encendedor, o incluso dos, nadie va a poner el grito en el cielo. Después de levantar y cerrar dos o tres veces la tapa, encendí el cigarrillo y me metí el encendedor en el bolsillo. Acto seguido, y a cambio de él, dejé caer mi Bic desechable en el compartimiento interior de la puerta.

—Me lo dio el jefe hace unos años —dijo de pronto el chófer.

—¿Qué le dio?

—El número de teléfono de Dios.

Lancé un suspiro imperceptible. ¿Me había vuelto loco? ¿O más bien los locos eran ellos?

—¿Se lo dio sólo a usted, y de modo reservado?

—Así es. Sólo me lo dio a mí, y reservadamente. Es una excelente persona. ¿Le gustaría tenerlo?

—Si es posible... —respondí.

—Bien, pues se lo daré. Es el número de Tokio 945...

—Espere un momento —le dije. Saqué mi agenda y mi bolígrafo, y apunté el número—. Oiga, ¿seguro que puede dármelo? —¡Claro! No es que se lo dé a todo el mundo, pero usted parece buena persona.

—Muchas gracias —le dije—. Pero ¿de qué se le puede hablar a Dios? Yo ni soy cristiano ni...

—No creo que eso sea mayor problema. Basta con que le diga abiertamente lo que piensa, lo que le preocupa. Por muy absurdo que sea lo que le diga, Dios nunca se aburrirá, ni se burlará de usted.

—Gracias. Le telefonaré un día de éstos.

—¡Estupendo! —exclamó el chófer.

Los coches empezaron a rodar con más fluidez, y los altos edificios de Shinjuku se fueron acercando. Hasta llegar a mi destino no volvimos a hablar.

4. FIN DEL VERANO, COMIENZO DEL OTOÑO

Cuando el coche llegó a mi destino, la ciudad ya estaba envuelta en la luz añil del crepúsculo. Una brisa que anunciaba el final del verano se deslizaba por entre los edificios y agitaba las faldas de las chicas que volvían del trabajo; el rítmico taconeo de sus sandalias resonaba sobre el pavimento de las aceras.

Subí al último piso de uno de los hoteles más altos, entré en el espacioso bar y pedí una cerveza. Pasaron diez minutos hasta que me la trajeron. Mientras esperaba, apoyé el codo sobre el brazo de mi butaca y dejé reposar la cabeza sobre la palma de mi mano; luego entorné los ojos. No pude concentrarme en mis pensamientos. Al cerrar los ojos, percibí el ruido que hacían centenares de duendes que barrían con sus escobas el interior de mi cerebro. Barrían y barrían sin que, al parecer, tuvieran intención de parar. A ninguno de ellos se le ocurrió usar un recogedor.

Cuando me trajeron por fin la cerveza, me la bebí de un par de tragos, y engullí en un santiamén los cacahuets que me habían servido como acompañamiento en un platito. Ya no oía el ruido de las escobas. Me metí en la cabina telefónica, situada junto a la recepción, y llamé a mi amiga, la de las maravillosas orejas. No estaba en su casa, ni en la mía. Quizá había salido a cenar. Nunca comía en casa.

A continuación marqué el número del nuevo apartamento de mi ex esposa. Pero tras un par de timbrazos, lo pensé mejor y colgué el auricular. La verdad, no tenía nada importante que decirle, y no quería que me tomara por tonto.

Aparte de eso, no tenía a quién llamar. En una ciudad donde pululan más de diez millones de seres humanos, sólo había dos personas a quienes pudiera llamar. Y, para colmo, estaba divorciado de una de ellas. Hastiado, volví a meterme en el bolsillo la moneda de diez yenes y salí de la cabina telefónica. A un camarero que pasaba le pedí dos cervezas más.

De este modo, el día se fue acercando a su fin. Tenía la impresión de que desde mi nacimiento no había pasado ni un solo día tan sin sentido como aquél. Para ser el último día del verano, podía haberse presentado con otro color. Sin embargo, no hice más que recibir sobresaltos e ir de un lado para otro, mientras el día se iba acercando a su fin. Más allá de la ventana se esparcían las tinieblas que preludiaban el otoño. Sobre la superficie de la ciudad se veían hileras de lucecitas amarillas, que se extendían hasta perderse de vista. Contempladas desde lo alto, parecían estar esperando que alguien les plantara el pie encima.

Por fin me trajeron las cervezas. Tras dar cuenta de una de ellas, me volqué sobre la palma de la mano los dos platitos de cacahuets, y me los fui comiendo ordenadamente. En la mesa vecina, cuatro mujeres de mediana edad, que acababan de salir de unas clases de natación en la piscina, charlotteaban de todo lo habido y por haber mientras 'se tomaban unos cócteles tropicales de variados colores. Un camarero aguardaba en actitud de firmes y de vez en cuando giraba el cuello para bostezar. Otro camarero explicaba el menú a un matrimonio americano. Me comí todos los cacahuets y me bebí mi tercera cerveza hasta la última gota. Tras engullir tres cervezas, ya no me quedaba nada que hacer.

Saqué el sobre que me había dado el hombre del bolsillo trasero de mis pantalones, lo abrí y conté los billetes de diez mil yenes que había dentro. Aquel fajo de billetes nuevos, envueltos en una banda de papel, más que dinero parecía una baraja. Cuando casi había contado la mitad de los billetes, sentí punzadas de dolor en las manos. Estaba en el número noventa y seis cuando vino un camarero de cierta edad, retiró las botellas vacías y preguntó si me traía otra. Asentí en silencio, mientras seguía contando billetes. El camarero parecía del todo indiferente al hecho de que yo tuviera en mis manos tanto dinero.

Terminé de contar los billetes: había ciento cincuenta, los introduje de nuevo en el sobre y me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón. En tanto, llegó la nueva cerveza. Una vez más, me comí el correspondiente platito de cacahuets. Tras dar cuenta de él, me pregunté por qué comía tantos cacahuets. No había más que una respuesta: tenía hambre, simplemente. Desde la mañana sólo había comido un trozo de tarta de frutas.

Llamé al camarero y le dije que me trajera el menú. No había tortilla, pero sí bocadillos. Le pedí uno de queso y pepinillos, y le pregunté qué tapas tenían. Me dijo que patatas fritas y variantes, y le encargué una ración doble de estos últimos. Y, a propósito, ¿no tendrían un cortaúñas? Naturalmente que sí. En los bares de los hoteles hay de todo. En cierta ocasión, en uno llegaron a prestarme un diccionario francés-japonés.

Me bebí la cerveza despacio; despacio contemplé la vista nocturna; despacio me corté las uñas sobre un cenicero. De nuevo contemplé el paisaje urbano, y apliqué la lima a mis uñas. De este modo la noche fue avanzando. En lo que respecta a matar el tiempo en la gran ciudad, soy un experto.

Unos altavoces empotrados en el techo empezaron a decir mi nombre. Así, de buenas a primeras, no sonaba como si fuera mío. Al cabo de unos segundos de terminarse la llamada, aquel nombre poco a poco fue asumiendo para mí las cualidades que lo caracterizaban como propio, y al fin, dentro de mi cabeza, aquel nombre se convirtió en mi nombre.

Levanté una mano como indicación al camarero. Éste me trajo hasta la mesa un auricular de teléfono inalámbrico.

—Hemos decidido una ligera modificación en los planes —me dijo una voz conocida—. La salud del jefe ha empeorado de pronto. No nos queda mucho tiempo. Así que se te va a adelantar la fecha tope.

—¿Cuánto, más o menos?

—Se reduce a un mes. No podemos esperar más tiempo. Si pasado un mes no aparece el carnero, todo se acabó para ti.

«Un mes»... pensé, dándole vueltas en mi cabeza. Sin embargo, había perdido por completo la noción del tiempo. Pensé que si era un mes, o si eran dos, daba exactamente lo mismo. Como, a fin de cuentas, no había nada establecido sobre el tiempo medio necesario para encontrar a un carnero, la cuestión no podía resolverse de un modo teórico.

—¡No debe haber sido fácil dar conmigo! —comenté, por decir algo.

—Aquí sabemos dar con casi todo —respondió el hombre.

—¡Menos con el paradero de un carnero! —exclamé.

—Ahí está el problema —dijo el hombre—. Así que espabílate, porque estás desperdiciando el tiempo. Más te vale considerar en qué situación te encuentras. Eres tú mismo quien se ha metido en este lío.

¡Cuánta razón tenía! Usé el primer billete del sobre para pagar la cuenta, tomé el ascensor y bajé a la calle. Allí, como siempre, había gente normal que caminaba con toda normalidad sobre los dos pies. Pero aquel espectáculo no me confortó gran cosa.

5. UNO ENTRE CINCO MIL

Al volver a mi apartamento, en el buzón tenía tres cartas, junto con el periódico vespertino. Una era del banco: un estado de cuentas. Otra era una invitación para una de esas reuniones sociales en que te mueres de aburrimiento. La tercera contenía propaganda de una tienda de coches usados; la había traído un mensajero, para darle carácter más personal. Llevaba escrita la frase: «Cómprase un coche de categoría, y toda su vida mejorará.» Mera propaganda para seducir al cliente. Junté las tres cartas, las rompí por la mitad y las tiré a la papelera.

Saqué un zumo del frigorífico y lo vertí en un vaso. Sentado a la mesa de la cocina, me lo fui bebiendo. Sobre la mesa encontré una nota que me había dejado mi amiga. «Salgo a comer. Volveré antes de las 9.30», decía. El reloj digital que tenía en la cocina señalaba las nueve y media. Mientras lo contemplaba, los números cambiaron al 31, y poco después al 32.

Cansado de mirar el reloj, me desnudé y me metí en la ducha, donde me lavé el pelo. En el cuarto de baño había cuatro clases de champú y tres clases de suavizante. Cada vez que ella iba al supermercado, traía toda suerte de productos nuevos, para probarlos. Así lo habitual al entrar en el baño era toparse con un producto nuevo. Había cuatro clases de crema de afeitar y cinco tubos de pasta dentífrica. Un buen surtido. Al salir al baño, me puse unos pantalones de deporte y una camiseta de manga corta; por fin se había esfumado aquella sensación de asco que me invadía, y me sentí limpio.

A las diez y veinte llegó mi amiga, cargada con una bolsa del supermercado. Siempre iba a comprar de noche. En la bolsa traía tres escobillas para retrete, una caja de clips sujetapapeles y un paquete de seis latas de cerveza bien frías. Se me brindaba la ocasión de beberme otra cerveza.

—Me he metido en un asunto de carneros —le dije.

—Ya te avisé —me contestó.

Sacamos unas salchichas enlatadas del frigorífico, las freímos en la sartén y nos las comimos. Me comí tres, y ella, dos. Por la ventana de la cocina entraba una fresca brisa nocturna. Le hablé de lo ocurrido en la empresa, y en el coche, y en la mansión..., del extraño secretario, del tumor sanguíneo y del rechoncho carnero con la marca de estrella en su lomo. Le hablé largo y tendido, y cuando terminé mi relato el reloj marcaba las once.

—Y eso es todo —concluí.

A decir verdad, no se mostró demasiado sorprendida. Mientras yo hablaba ella había aprovechado el tiempo para limpiarse las orejas, y también

bostezó unas cuantas veces.

—Así que... ¿cuándo es la marcha?

—¿La marcha?

—¿No vas a ir en busca del carnero?

Con el dedo metido en la anilla, dispuesto a abrir mi segunda cerveza, alcé la cara para mirarla.

—No pienso ir a ningún sitio.

—Pero, si no vas, ¿no tomarán represalias?

—No lo creo. De todos modos, me estaba planteando dejar la empresa. Por mucho que me incordien, siempre encontraré algún trabajo que me dé de comer. No van a matarme, digo yo.

Sacó un nuevo bastoncillo de algodón de la cajita, y lo estuvo toqueteando un rato.

—No te entiendo. Todo lo que tienes que hacer es encontrar a un carnero y se acabó el problema. A lo mejor, hasta resulta divertido.

—Para jugar al escondite que no cuenten conmigo. Hokkaido es mucho más extensa de lo que piensas, y, en cuanto a carneros, debe de haber cientos de miles. ¿Cómo me las voy a arreglar para encontrar a uno determinado? Imposible. Por más que el carnero de marras lleve el signo de la estrella estampado en el lomo.

—Hay cinco mil.

—¿Cinco mil qué?

—Ése es el número de carneros que hay en Hokkaido. En 1947 había doscientos setenta mil, pero ahora no quedan más de cinco mil.

—Oye, ¿cómo estás tan enterada?

—Cuando te fuiste, corrí a la biblioteca pública a averiguarlo. Dejé escapar un suspiro.

—¡De lo que no te enteres tú...!

—Nada de eso. Por desgracia, hay muchas cosas que no sé.

—¡Hum! —murmuré. Abrí la segunda cerveza, y la repartí entre su vaso y el mío.

—En todo caso, no quedan más de cinco mil carneros en Hokkaido; según las estadísticas gubernamentales. ¿Qué tal? Te sentirás aliviado, ¿no?

—Es lo mismo —dije—. Sean cinco mil o doscientos setenta mil, la cosa no cambia mucho, digo yo. El problema sigue siendo encontrar un carnero dentro de un inmenso territorio. Y para colmo, no tenemos ni una sola pista.

—No es verdad eso de que no tengamos ni una pista. Para empezar, tienes la foto, y puedes recurrir a ese amigo tuyo, ¿no? Por cualquiera de las dos vías, seguro que das con algo.

—Esas dos vías no son más que pistas muy vagas. El paraje donde se hizo la foto no tiene nada que lo distinga, y en cuanto al Ratón, hasta los matasellos de sus cartas son ilegibles.

Ella bebió un sorbo de su cerveza, y yo la imité.

—¿No te gustan los carneros? —me preguntó.

—¡Claro que me gustan! —le respondí. La cabeza empezó de nuevo a darme vueltas—. Así y todo, he decidido no ir —proseguí. En realidad, dije esto para tratar de convencerme a mí mismo, pero no lo conseguí.

—¿Quieres un poco de café?

—Buena idea —asentí.

Mi amiga retiró las latas vacías de cerveza y los vasos, y puso agua en la tetera. Mientras el agua se calentaba, se fue a escuchar unas casetes a la habitación de al lado. Era una serie de temas cantados por Johnny Rivers: «Midnight Special», seguido de «Roll over Beethoven» y «Secret Agent Man». Cuando el agua hirvió, echó el café, mientras cantaba a una con la cinta «Johnny B. Goode». Entretanto, yo leía el diario de la tarde. Era una escena de lo más familiar. De no ser por el dichoso carnero, me habría sentido la mar de feliz.

Hasta que se escuchó el característico chasquido del final de la cinta, permanecimos callados bebiendo café y masticando unas galletas. Yo seguía leyendo el diario vespertino. Cuando ya no me quedó ninguna columna por leer, volví a empezar. Entre otras cosas, en tal sitio habían dado —por lo visto— un golpe de Estado, en tal otro murió una estrella de cine, más allá se hablaba de un gato acróbata... Asuntos todos ellos que no me importaban un comino. Mientras tanto, Johnny Rivers seguía cantando. Terminada la cinta, doblé el periódico y la miré.

—Estoy confuso. Desde luego, tal vez sea mejor ir en busca del famoso carnero, aunque probablemente será una búsqueda inútil. Pero, por otro lado, no me gusta que me den órdenes y me amenacen; que me acosen, en fin.

—Pero ocurre que todo el mundo, unos más y otros menos, vive sujeto a órdenes, amenazas y acosos. Incluso puede resultar beneficioso para nosotros encontrar al carnero.

—Tal vez tengas razón —le dije, al cabo de un rato.

Seguía limpiándose metódicamente los oídos. De vez en cuando, entre sus cabellos asomaban los opulentos lóbulos de sus orejas.

—Hokkaido está preciosa en esta época del año. Los turistas son escasos, el clima es bueno, y, en cuanto a los carneros, pastan en campo abierto. Una espléndida estación...

—... me imagino —completé.

—En caso de que... —empezó a decir, entre bocado y bocado de galleta—, en caso de que me quieras llevar contigo, creo que te podré ayudar.

—¿Por qué estás tan interesada en la búsqueda del carnero? —Porque me gustaría verlo.

—Es posible que este asunto del carnero me cause innumerables sinsabores. No me gustaría que te vieras metida en algún lío.

—No me importa. Tus problemas son mis problemas. —Y esbozó una sonrisa para decir—: Me caes muy bien, ¿sabes?

—Gracias —le dije.

—¿Eso es todo?

Cerré el periódico y lo empujé hacia un extremo de la mesa. La leve brisa que se colaba por la ventana se llevó el humo de mi cigarrillo Dios sabe adónde.

—Hablando con franqueza, este asunto no me gusta. Me huelo que hay gato encerrado.

—¿Dónde?

—Desde el principio hasta el fin —respondí—; todo este asunto del carnero es absurdo, pero sus detalles parecen obedecer a algún designio y, para colmo, cada pieza encaja perfectamente. Me da mala espina.

Ella, sin responder palabra, cogió una goma para el cabello que estaba encima de la mesa y se entretuvo jugueteando con ella entre sus dedos.

—Y, por otra parte, ¿qué ocurrirá si lo encontramos? Si, como dijo aquel hombre, ese carnero es algo tan especial, tal vez entonces empiecen los verdaderos problemas.

—Los verdaderos problemas ya han empezado para tu amigo. Porque si no, no te habría mandado esa fotografía.

Tenía razón. Había puesto mis cartas sobre la mesa, y había perdido todas las jugadas. Me daba la impresión de que el mundo entero podía leerme a placer la palma de la mano.

—Parece que no queda más remedio que ir —exclamé, dándome por vencido.

Ella sonrió.

—Seguro que será lo mejor —me dijo—. En cuanto al carnero, creo que no habrá ninguna dificultad para encontrarlo.

Terminó el aseo de sus orejas. Envolvió los bastoncillos de algodón, hechos un haz, en un pañuelo de papel, y lo tiró todo. Tomó en sus manos la goma para el cabello y se lo recogió hacia atrás, dejando las orejas a la vista. El ambiente de la habitación cambió como por arte de magia.

—Vámonos a la cama —me dijo.

6. LA EXCURSIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

Al despertarme, eran las nueve de la mañana. Mi amiga se había marchado. Seguramente salió a almorzar y luego volvió a su apartamento. No había dejado ninguna nota. En el lavabo colgaban uno de sus pañuelos y su ropa interior, secándose.

Saqué del frigorífico un zumo de naranja y metí en el tostador pan de tres días atrás. El pan sabía a yeso. A través de la ventana de la cocina se veían las adelfas del jardín de la casa vecina. En la lejanía alguien hacía prácticas de piano. Debía de ser un principiante, porque su música me recordó el chirrido de una puerta metálica mal engrasada. Tres palomas regordetas, posadas en un poste de la luz, zureaban tontamente. Bueno, tal vez aquel canto tuviera sentido para ellas. Podía ser que se quejaran de ampollas en las patas, y a eso obedecieran sus clamores. Desde el punto de vista de las palomas, tal vez fuera yo el que hacía cosas sin sentido.

Cuando engullí las dos duras tostadas, ya no se veía ninguna paloma sobre el poste de la luz, que parecía desnudo por comparación con las adelfas. De todos modos, era domingo por la mañana. La edición dominical del periódico traía una foto en color de un caballo saltando sobre un seto. Montaba el caballo un jinete paliducho cubierto con gorra negra, el cual fijaba su mirada, llena de disgusto, en la página de al lado. En la página de al lado se explicaba por extenso todo lo referente al cultivo de las orquídeas. Las orquídeas cuentan con cientos de variedades, y cada una de ellas tiene su propia historia. Se dice que un príncipe dio su vida por las orquídeas. Hay en las orquídeas cierto matiz evocador del destino. El artículo estaba lleno de frases así. Todas las cosas tienen su filosofía y su sino ineluctable.

Debido a mi resolución de ir en busca del carnero, me sentía la mar de animado. Tenía la sensación de que la energía vital me circulaba hasta la punta misma de los dedos. Era la primera vez que me encontraba tan lleno de optimismo desde que pasé de los veinte años. Eché los platos en el fregadero, di al gato su desayuno y luego marqué el teléfono del hombre de negro. Al sexto timbrado, me contestó.

—Espero no haberlo despertado —le dije.

—No hay por qué preocuparse. Suelo levantarme temprano —dijo el hombre—. ¿Qué hay?

—¿Qué periódico lee usted?

—Todos los nacionales, y ocho de los locales. Pero éstos no llegan hasta la tarde.

—¿Y los lee todos?

—Forma parte de mi trabajo —dijo con cierta impaciencia en la voz—.

¿Y bien?

—¿También lee la edición dominical?

—También leo la edición dominical, naturalmente.

—¿Ha visto la foto del caballo en la de esta mañana?

—Sí, la he visto.

—¿No le parece que caballo y jinete piensan cosas diametralmente opuestas?

A través del auricular, un silencio como de luna nueva se coló en la habitación. No se oía ni su aliento. Era un silencio tan absoluto, que temí que me reventara el tímpano.

—¿Y para eso me llamas?

—No. Es un tema tan bueno como cualquier otro para iniciar una conversación.

—De otro tema más interesante podríamos hablar. Por ejemplo, de carneros —carraspeó—. Lo siento, pero no puedo permitirme, como al parecer tú, perder el tiempo. ¿No podrías ir al grano?

—Hay un problema —le contesté—. Resulta que mañana pienso salir en busca del carnero. Le ha dado muchas vueltas al asunto, pero, a fin de cuentas, me he decidido. Ahora bien, ya que lo voy a hacer, quiero hacerlo a mi aire. Cuando se trata de charlar, deseo hacerlo a mi modo. Aún tengo derecho a hablar por hablar, si me viene en gana. No tolero que vigilen todo lo que hago, ni verme acosado por personas cuyo nombre desconozco. Eso es lo que quería decirle.

—No entiendes cuál es tu posición.

—Tampoco usted lo entiende. ¿Está claro? He estado rumiando el tema toda la noche. Y me he dado cuenta de esto: casi no me queda nada que perder. Estoy separado de mi mujer; y en cuanto a mi trabajo, pienso dejarlo a partir de hoy. Mi apartamento es alquilado, y en su mobiliario no hay nada que valga la pena. Puestos a hablar de mis bienes, tengo unos dos millones de yenes en ahorros, un coche de segunda mano y un viejo gato. Mis trajes están pasados de moda, y los discos que tengo son puras antiguallas. Mi nombre no suena para nada, ni pinto nada en círculos sociales, ni tengo el menor atractivo sexual. Ni soy un genio, y ya ni siquiera puedo decir que soy joven. Siempre estoy explicando sandeces, de las que luego me suelo arrepentir. En suma, que, por una expresión suya, soy un mediocre. Esto supuesto, ¿qué me queda por perder? Si hay algo, le agradecería que me lo dijera.

Hubo un breve silencio. Entretanto, fui tirando de una hilacha liada a un

botón de mi camisa, y con mi bolígrafo dibujé trece estrellas en el bloc de notas.

—Todo el mundo tiene alguna cosa que no quiere perder. Y tú también, por descontado —respondió el hombre—. Somos profesionales en dar con ello. La gente debe tener algo a medio camino entre sus deseos y su orgullo, del mismo modo que todo objeto tiene su centro de gravedad, ¿no? Nosotros podemos dar con ese punto. Seguro que lo comprenderás. Sólo después de perder ese algo, caes en la cuenta de que existía —tras un corto silencio, prosiguió—: Con todo..., bien, ése es un problema que se resolverá a su tiempo. Por ahora, te diré que lo que has dicho no ha caído en saco roto, desde luego, y que tus deseos merecen mi atención. No me interpondré en tu camino más de la cuenta. Puedes actuar como gustes. Pero tienes un mes de plazo. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Pues de acuerdo —concluyó el hombre.

Y colgó. Lo hizo de un modo que me dejó mal sabor de boca. Para quitármelo, hice treinta flexiones de brazos y luego veinte flexiones abdominales. A continuación lavé los platos, así como la ropa sucia de tres días. Cuando acabé, casi me había puesto a tono otra vez. Estábamos en un agradable domingo de septiembre. La memoria del verano se me iba esfumando, como un viejo recuerdo cada vez más lejano.

Me cambié de camisa y me puse unos tejanos que no tuvieran manchas de tomate, así como unos calcetines del mismo color. Me peiné con un cepillo. A pesar de todo no logré recuperar el aire de las mañanas domingueras de cuando tenía diecisiete años. Lógico, ¿no? Si bien se miraba, nada me podía quitar de encima los años que tenía.

Luego saqué del aparcamiento mi decrepito Volkswagen, y emprendí la marcha hacia el supermercado. Allí compré una docena de latas de comida para gatos, arena para el orinal del gato, algunos útiles de aseo a propósito para los viajes, y ropa interior. En una granja me bebí un insípido café, sentado al mostrador, mientras masticaba un donut de canela. La pared que me quedaba enfrente estaba recubierta, por un espejo, y allí se reflejaba mi cara, mordisqueando el donut. Con el donut a medio comer aún en la mano, me quedé unos instantes contemplándome. Y entonces me puse a considerar cómo me veía la gente desde fuera. Me dije que, por suerte, nadie puede tener la menor idea de lo que piensan de él los demás. Me comí lo que quedaba del donut, me acabé el café y salí de la granja.

Cerca de la estación había una agencia de viajes, y allí reservé dos billetes de avión para volar a Sapporo al día siguiente. Luego me metí en el edificio de

la estación, a comprar una mochila de lona y un sombrero para protegerme de la lluvia. En cada una de estas ocasiones, saqué del sobre que llevaba en el bolsillo un flamante billete de diez mil yenes para pagar el importe. Pero, por muchos billetes que gastara, aquel fajo no parecía disminuir en lo más mínimo. Era yo quien se sentía disminuido cada vez que daba un billete. Así que en el mundo existía una clase de dinero que provocaba esa sensación. Tenerlo hace sentirse miserable, usarlo hace sentirse sucio, y cuando lo has gastado llegas a odiarte a ti mismo. Y al odiarte, te entran ganas de gastar más. Pero entonces ya no te queda un yen. La locura, vamos.

Me senté en un banco frente a la estación, me fumé un par de cigarrillos y dejé de pensar en el dinero. Los alrededores de la estación, como en cualquier mañana de domingo, desbordaban de familias y de parejas jóvenes. Mirando distraídamente ese panorama, se me vino a la memoria lo que había dicho mi mujer al separarnos: que debíamos haber tenido niños. A mi edad, desde luego, no habría sido nada raro que tuviera algún hijo; aunque sólo de imaginarme a mí mismo como padre, se me caía el alma a los pies. Me daba en la nariz que si yo fuera el hijo, no me gustaría tener por padre a alguien como yo.

Cargados mis brazos con las bolsas de papel, fui, fumándome otro cigarrillo, hacia el aparcamiento del supermercado, sorteando las oleadas de gente. Deposité mi carga en el asiento de atrás del coche. Luego, mientras repostaba y hacía cambiar el aceite en una estación de servicio, me metí en una librería cercana, donde compré tres libros de bolsillo. De este modo me desprendí de otros dos billetes de diez mil yenes; mis bolsillos amenazaban con reventarse por el peso de la calderilla de los cambios. Una vez de vuelta en mi apartamento, eché las monedas en un tazón de cristal que había en la cocina y me lavé la cara con agua fría. Me parecía que había transcurrido muchísimo tiempo desde que me levanté por la mañana; pero, visto el reloj, resultaba que aún no eran las doce.

A las tres de la tarde, regresó mi amiga. Llevaba una blusa a cuadros y unos pantalones de algodón color mostaza. Se había puesto unas gafas de sol muy oscuras, capaces de causar dolor de cabeza a quien las mirase desde fuera. De su hombro colgaba una mochila de lona, como la mía.

—Vengo equipada para la marcha —dijo, mientras palmeaba su oronda mochila—. Será un viaje largo, ¿no?

—Tal vez sí.

Se tendió en el viejo sofá colocado bajo la ventana, sin quitarse las gafas de sol, y mientras miraba al techo, se puso a fumar un cigarrillo mentolado. Cogí un cenicero y, después de sentarme a su lado, le acaricié los cabellos. Se acercó el gato y, tras encaramarse al sofá de un salto, acurrucó su hocico y sus

patas delanteras contra los tobillos de mi amiga. Y ella, cuando se cansó de fumar, me puso el resto de cigarrillo entre los labios y bostezó.

—¿Estás contenta de salir de viaje? —le pregunté, por decir algo.

—Claro, la mar de contenta. Sobre todo, por poder acompañarte.

—Con todo, si el carnero no aparece, no podremos volver. Tal vez emprendamos un infernal viaje sin fin que dure el resto de nuestras vidas.

—¿Como tu amigo?

—Eso es. En cierto sentido, estamos en la misma situación. Lo único que nos diferencia es que él se fue por su propia voluntad, mientras que yo hago lo que me mandan.

Apagué el cigarrillo estrujándolo contra el cenicero. El gato estiró el cuello para lanzar un bostezo, y acto seguido volvió a su postura anterior.

—¿Has terminado de arreglar tus cosas? —me preguntó.

—¡Qué va! Acabo de empezar. Pero no tengo mucho equipaje que llevar. Prácticamente, se reduce a los útiles de aseo y unas mudas. No tienes por qué cargar con una mochila tan grande. Si algo te hace falta, puedes comprarlo sobre la marcha. Nos sobra el dinero.

—Es que me gusta así —exclamó ella con una risita juguetona—. De no llevar un equipaje grande, no me parece que hago un viaje.

—¿Conque es eso...?

Por la ventana abierta de par en par se escuchaban los agudos trinos de los pájaros. Nunca había oído antes aquel trinar. Era de pájaros nuevos, dentro de una nueva estación. Recibí en las palmas de mis manos la luz del atardecer que entraba por la ventana, y la transmití quedamente a las mejillas de mi amiga. En esta posición estuvimos durante bastante tiempo. Me quedé contemplando distraídamente el paso de una nube de un extremo a otro de la ventana.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No sé si sabré explicártelo, pero te aseguro que no logro hacerme a la idea de que el momento presente sea realmente presente. Ni tampoco tengo nada claro que yo sea yo. Siempre es así. Me cuesta mucho adaptarme a la realidad. Hace unos diez años que me pasa.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Y no hay modo de que acabe con ello.

Ella acunó en sus brazos al gato, sonriendo, para acabar dejándolo suavemente en el suelo.

—Abrázame —me dijo.

Nos abrazamos sobre el sofá. Un sofá cargado de años, que había comprado de segunda mano; cuando acercabas la cara a su tapicería, olía a

viejos y buenos tiempos. El delicado cuerpo de mi amiga se fundía con aquel olor: era tierno y cálido como un nebuloso recuerdo. Aparté suavemente con mis dedos su cabello y apliqué mis labios a su oreja. La tierra se estremeció. La tierra era pequeña, verdaderamente pequeña. El tiempo pasaba calmosamente, como una suave brisa.

Le desabroché la blusa, y sostuve sus senos entre las palmas de mis manos mientras contemplaba su cuerpo.

—Esto es vivir, ¿te das cuenta? —musitó.

—¿Lo dices por tí?

—Claro: mi cuerpo, yo misma.

—Estoy de acuerdo —le dije—. ¡Esto es vivir, claro que sí!

«¡Qué quietud!», pensé por un momento. En torno a nosotros no se oía ni un ruido. Toda la gente, con exclusión de nosotros dos, se había ido a dar un paseo para celebrar el primer domingo de otoño.

—¿Sabes? Me encanta venir aquí —murmuró.

—Ya.

—Es algo así como ir de excursión. Me siento la mar de contenta.

—¿De excursión?

—Eso mismo.

Deslicé las manos hacia su espalda y la abracé firmemente. Con los labios le aparté el flequillo de la frente, y le di otro beso en la oreja.

—Esos diez años, ¿se te han hecho largos? —me preguntó suavemente, al oído.

—Sí, desde luego —respondí—. Enormemente largos. Y además de ser largos, no he hecho nada de provecho.

Alzó levemente la cabeza del apoyabrazos del sofá, donde la había reclinado, y me sonrió. Era una sonrisa que había visto antes, pero me resultaba imposible recordar el lugar y la persona. Las chicas, una vez se han desnudado, se parecen muchísimo, lo cual me suele precipitar en la confusión más espantosa.

—Vamos en busca del carnero —dijo ella con los ojos entornados—. En cuanto salgamos en su búsqueda, todo nos irá bien.

Por unos momentos me quedé mirando su rostro, y luego contemplé sus orejas. La suave luz del atardecer envolvía quedamente su cuerpo, como si estuviera pintado en un viejo bodegón.

7. SOBRE EL PENSAMIENTO TENAZ, PERO LIMITADO

Al dar las seis, mi amiga se puso su vestido, se cepilló el cabello ante el espejo del cuarto de baño, se roció de colonia y se lavó los dientes. Entretanto, yo estaba sentado en el sofá, leyendo *Las aventuras de Sherlock Holmes*. La historia comenzaba así: «Mi amigo Watson tiene una manera de pensar que se caracteriza por su estrechez de miras, pero que como contrapartida está dotada de considerable tenacidad.» Era un comienzo magnífico.

—Esta noche vendré tarde, así que no me esperes levantado —me dijo mi amiga.

—¿Tienes trabajo?

—¡Qué remedio! Me tocaba descansar, pero ¿qué se le va a hacer? Como he pedido las vacaciones a partir de mañana, tendré que hacer un servicio extra.

Un momento después de marcharse, la puerta volvió a abrirse.

—Oye, durante nuestro viaje, ¿qué vamos a hacer con el gato? —Ahora que me lo dices, no había pensado en ello. Pero bueno, ya lo arreglaremos.

Y la puerta se cerró.

Saqué del frigorífico leche y palitos de queso, y se los ofrecí al gato, que se comió trabajosamente el queso. Tenía unos dientes muy débiles.

Como en el frigorífico no había un mal bocado que llevarme a la boca, a falta de otra cosa me bebí una cerveza, mientras miraba las noticias de la televisión. Era un domingo típico, sin noticias destacadas. En el noticiero vespertino de un día así no suelen faltar unas tomas del parque zoológico. Tras contemplar a jirafas, elefantes y pandas, apagué el televisor y marqué un número en el teléfono.

—Se trata del gato —le dije al hombre cuando descolgó el auricular.

—¿Del gato?

—Tengo un gato en casa.

—¿Y...?

—Si no lo dejo al cuidado de alguien, no puedo irme de viaje. —Si te interesa una residencia para animales domésticos, hay unas cuantas por tu barrio.

—Pero ocurre que es muy viejo y está lleno de achaques. Si pasa un mes enjaulado, se va a morir.

Se oyó un tableteo de uñas sobre una mesa.

—¿Y bien?

—Me gustaría dejarlo a su cuidado. En su casa hay un amplio jardín, y supongo que no le faltará sitio para un gato.

—Imposible. El jefe no puede ver a los gatos, y utiliza el jardín para cazar pájaros. En cuanto vean un gato, los pájaros no se acercarán.

—El jefe está inconsciente y, además, mi gato es demasiado viejo para cazar pájaros.

Aquellas uñas sonaron de nuevo reiteradamente sobre la mesa, y luego se acallaron.

—Bueno. Mañana, a las diez de la mañana, enviaré al chófer a recoger al gato.

—Le entregaré comida para gatos y arena para su orinal. Como el gato sólo quiere comida de esa marca, si se le acaba, le agradeceré que se la compre.

—Los detalles concretos, por favor, ¿por qué no se los transmite directamente al chófer? Creo que ya te lo dije antes, pero la verdad es que estoy muy ocupado.

—Es que quiero mantener un solo canal de comunicación. Para que quede claro dónde radica la responsabilidad.

—¿Responsabilidad?

—En suma, que si el gato desaparece o muere mientras estoy ausente, aunque encuentre al carnero, no espere noticias mías.

—¡Hum! —murmuró el hombre—. Bueno, vale. Andas un tanto despistado, pero, para ser un principiante, no lo haces nada mal. Voy a tomar nota, así que haz el favor de hablar despacio.

—No le dé carne muy grasienta, porque la vomita. Y como tiene los dientes débiles, nada de cosas duras. Por la mañana, dele una botella de leche y una lata de comida para gatos. Ya avanzada la tarde, un poco de sardinas secas, carne o palitos de queso. En cuanto al orinal, procure que lo limpien cada día. No le gusta verlo sucio. Como tiene frecuentes diarreas, si a los dos días no se pone bien, vaya al veterinario por una medicina, y hágasela beber.

Una vez que le dije todo esto, afiné el oído para captar el ruido del bolígrafo garabateando, al otro lado del hilo.

—¿Y qué más? —dijo el hombre.

—Está empezando a padecer de garrapatas en las orejas; por eso, límpieselas una vez al día con un bastoncillo de algodón untado con aceite de oliva. Lo suele llevar a mal y se alborota, pero cuidado, no le vaya a romper el tímpano. Aparte de eso, si le preocupa que pueda arañar la tapicería de las butacas, córtele las uñas una vez por semana. Puede hacerlo con un cortaúñas corriente. Pulgas, no creo que tenga, pero, por si acaso, no estará de más darle un lavado con champú antipulgas de vez en cuando. Ese champú lo puede encontrar en las tiendas de animales domésticos. Después de lavar al gato, séquelo bien con una toalla, y pásele luego el cepillo; y para terminar, aplíquele

el secador. De no hacerlo así, coge resfriados morrocotudos

—¿Qué más?

—Eso es todo.

El hombre me leyó todos los puntos anotados. Los apuntes habían sido tomados con exactitud.

—Eso es todo, ¿no?

—Sí.

—Bien, hasta la próxima —dijo el hombre, y colgó el auricular.

Había oscurecido. Me atiborré los bolsillos del pantalón de monedas, tabaco y un encendedor, me puse las zapatillas de tenis y salí a la calle. Entré en la tasca del barrio, donde pedí un muslo de pollo y un panecillo. Mientras se hacía el pollo, oí el último disco de los Johnson Brothers y me bebí otra cerveza. Después de los Johnson Brothers la música cambió a un disco de Bill Withers, y mientras lo oía di cuenta del muslo de pollo. A continuación, y acompañado por los sones del Star Wars de Maynard Ferguson, me bebí un café. Me sentía como si no hubiera cenado.

Cuando retiraron la taza de café, introduje tres monedas de diez yenes en un teléfono público de color rosa. Marqué el número de mi socio. Se puso su hijo mayor, alumno de primaria.

—Buenos días —dije.

—Buenas tardes —me corrigió.

Miré mi reloj de pulsera. Era él quien estaba en lo cierto. Al poco, se puso mi socio al teléfono.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó.

—¿Podemos hablar? ¿No te habré interrumpido en mitad de la cena, o algo así?

—Estaba cenando, pero eso es lo de menos. La cena no era nada del otro mundo, y lo que tú me cuentes será mucho más interesante.

Le referí sumariamente la conversación mantenida con el hombre del traje negro. Le hablé del gran turismo, de la enorme mansión, de aquel viejo agonizante... En cuanto al carnero, ni lo mencioné. No me creería, y, como tema de conversación, resultaría excesivamente largo. Total, que a pesar de procurar hablar con toda naturalidad organicé un lío espantoso.

—No entiendo ni jota —me dijo mi socio.

—Son cosas de las que no te puedo hablar. Si lo hiciera, te metería en un buen fregado. Quiero decir que tú tienes familiay...

Mientras hablaba, mi mente rememoró su lujosa casa de cuatro dormitorios —aún no acabada de pagar—, su mujer, hipotensa, y sus dos traviosos hijos.

—Bueno, eso es todo por ahora.

—Ya veo.

—De todos modos, mañana tengo que salir de viaje. Creo que será un viaje largo: un mes, dos, tres... No tengo una idea muy clara. Puede que ni siquiera vuelva a Tokio.

—¡Diantre!

—Así pues, dejo en tus manos los asuntos de la compañía. Me retiro. Entre otras cosas, porque no quiero causarte molestias. Por un lado, no creo que pudiera mejorar mi trabajo, y por otro, aunque teóricamente llevemos la administración a medias, la parte más importante la controlas tú, mientras que yo no paso de ser una especie de figura decorativa.

—Pero si faltas tú no podré hacer frente a todos los problemas.

—Reduce el campo de acción. Quiero decir que vuelvas a lo que hacíamos antes. Cancela, para empezar, los trabajos de publicidad y edición y dedícate a las traducciones. Tú mismo lo dijiste el otro día. Conserva a una de las chicas, y despide al resto. Ya no te hacen falta. Si les das como despido el salario de dos meses, no creo que nadie se queje. En cuanto a la oficina, convendría trasladarla a un local más pequeño. Las entradas disminuirán, pero también lo harán los gastos. Y como ya no tendrás que repartir conmigo las ganancias, para ti la situación no va a cambiar gran cosa. En lo tocante a impuestos, por ejemplo, a la «explotación», como tú la llamas, no vas a tener que preocuparte tanto. Todo te irá a pedir de boca.

Mi socio se quedó un momento silencioso, sumido en sus pensamientos.

—Nada de eso —me respondió—. No puede salir bien. Seguro.

Me puse un cigarrillo en la boca y busqué el encendedor. Mientras lo buscaba, una camarera encendió una cerilla y me dio fuego.

—No habrá ningún problema. Te lo digo yo, que he sido tu colaborador toda la vida, y no voy a equivocarme ahora.

—Precisamente por haber colaborado los dos, pudimos salir adelante —me dijo—. Hasta ahora, nada de lo que he intentado por mi cuenta ha salido bien.

—Oye, a ver si me entiendes. No te estoy diciendo que amplíes el negocio. Te aconsejo que lo reduzcas. Te estoy hablando de la labor casi manual de traducciones que llevábamos a cabo hace tiempo, como antes de la revolución industrial. Tú y una chica; cinco o seis colaboradores que trabajen en casa, y, sobre todo, un par de buenos correctores, ya sabes que son indispensables. No veo por qué no has de salir adelante.

—Parece como si no me conocieras.

Se oyó el «clic» de la moneda de diez yenes al caer. Puse en la ranura del

teléfono tres monedas más.

—No soy como tú —me dijo—. Puedes arreglártelas solo. Pero mi caso es diferente. No soy capaz de dar un paso si no tengo alguien a quien contarle mis penas o con quien comentar los problemas.

Tapé con la mano el auricular y dejé escapar un suspiro. Venga a dar vueltas a lo mismo: autocompasión y dependencia. Si no dejaba la bebida, era un hombre acabado.

—¿Me oyes? —insistí.

—Te oigo —me respondió.

Del otro lado del hilo me llegaban las voces de dos niños que discutían sobre qué canal de televisión poner.

—Piensa en tus hijos —le dije. No era jugar limpio por mi parte, lo reconozco, pero no me quedaba otra baza de que echar mano—. No vais a arrastraros lloriqueando por ahí. Si te rindes y tiras la toalla, ¿qué será de ellos? Te necesitan, tú les has traído al mundo. ¡A trabajar como es debido, oye, y déjate de empinar el codo!

Permaneció callado un buen rato. La camarera me trajo un cenicero. Le pedí, por gestos, una cerveza.

—Desde luego, tienes toda la razón —dijo al fin—. Ya me espabilaré. No las tengo todas conmigo, pero...

—Saldrá todo la mar de bien. Hace seis años, por ejemplo, con los bolsillos vacíos y sin una condenada puerta a la que llamar, se salió adelante, ¿no?

Con anterioridad a esta parrafada, había vertido la cerveza en mi vaso y había bebido un trago más que regular.

—Es que no te das cuenta de lo que me alivia compartir las cargas contigo —dijo mi socio.

—Te llamaré pronto.

—Hazlo.

—Gracias por todo. Lo hemos pasado muy bien juntos —le dije.

—Si terminas lo que tienes que hacer y regresas a Tokio, volveremos a trabajar juntos.

—¡Claro, cómo no! —le contesté.

Y colgué el teléfono.

Sin embargo, tanto él como yo sabíamos que no me reincorporaría al trabajo. Después de seis años trabajando los dos codo con codo, hay cosas que se sobreentienden.

Llevé el botellín de cerveza y el vaso a la mesa, y me bebí lo que quedaba.

Al haberme librado del trabajo, me encontré muy a gusto. Poco a poco me había ido desembarazando de muchas cosas. Atrás quedaron la ciudad donde nací y el tener menos de veinte años, atrás quedaron también mis amigos, mi mujer... y dentro de tres meses dejaría también atrás la década de los veinte. Cuando cumpliera los sesenta, ¿cómo demonios sería? Por un lado traté de pensarlo, pero cuanto más lo pensaba, más inútil me parecía el intento. ¡No se sabe ni lo que ocurrirá el mes que viene!

Volví a casa, me lavé los dientes, me puse el pijama y me metí en la cama para seguir leyendo *Las aventuras de Sherlock Holmes*. A las once apagué la luz, y me dormí como un tronco. No me desperté ni una sola vez hasta la mañana siguiente.

8. Y LE LLAMARON BOQUERÓN

A las diez de la mañana, aquel monstruoso coche con aspecto de submarino se detuvo ante la entrada de mi bloque. Desde la ventana de mi apartamento, en el tercer piso, el vehículo, más que un submarino parecía una tarta de metal que hubiese ido a estrellarse contra el suelo. Una gigantesca tarta que trescientos niños hambrientos tardarían unas dos semanas en comerse.

Mi amiga y yo nos apoyamos en el alféizar de la ventana y contemplamos el coche, allá abajo.

El cielo estaba tan claro, que hasta resultaba chocante: era un cielo de película expresionista de antes de la guerra. Un helicóptero que sobrevolaba la ciudad se veía pequeñísimo, hasta parecer irreal. El espacio celeste, limpio de nubes, semejava un ojo ciclópeo al que se le hubiera extirpado el párpado.

Cerré y aseguré todas las ventanas de mi apartamento. Dejé apagado el frigorífico y comprobé que la llave de paso del gas quedaba cerrada. La ropa tendida había sido recogida, las camas estaban hechas, los ceniceros relucían y la inacabable serie de productos de belleza estaba en perfecto orden. El alquiler del apartamento estaba pagado durante dos meses, y se había dado aviso para que no me trajeran el periódico. Mirando el interior deshabitado del apartamento desde la puerta, me impresionó por su raro silencio. Mientras lo contemplaba, pensé en mis cuatro años de vida matrimonial pasados allí, y en los niños que podía haber tenido. Se abrió la puerta del ascensor, y mi amiga me llamó. Cerré la puerta metálica.

Para hacer tiempo, el chófer estaba absorto en la limpieza del parabrisas, valiéndose de un paño seco. El coche relucía, como siempre, sin una mancha, y destellaba cegadoramente bajo el sol hasta el punto de provocar extrañeza. Daba la impresión de ir a causar quién sabe qué efecto en la mano que se atreviera a tocarlo.

—Buenos días —saludó el conductor. Era aquel mismo chófer tan religioso del otro día.

—Buenos días —le respondí.

—Buenos días —le respondió a su vez mi amiga.

Ella llevaba en brazos al gato, en tanto que yo acarreaba en una bolsa de papel la comida del gato y la arena para su orinal.

—Hace un día espléndido —dijo el chófer, mirando al cielo—. Es, ¿cómo diríamos...?, de una transparencia cristalina.

Nos mostramos de acuerdo.

—Estando el día tan claro, los mensajes de Dios llegarán mejor, ¿no? —le dije, a ver con qué me salía.

—Nada de eso —respondió con una sonrisa—. Los mensajes están ya de antemano en todas las cosas: en las flores, en las piedras, en las nubes...

—¿Y en los coches? —pregunté.

—También en los coches.

—Pero los coches se hacen en las fábricas —le dije, para comprobar su reacción.

—Con todo, los haga quien los haga, la voluntad de Dios está en el fondo de todas las cosas.

—¿Cómo el cerumen en las orejas? —le preguntó mi amiga, con aire retozón.

—O como el aire a nuestro alrededor —contestó el chófer, muy serio.

—Bueno, pero en los coches fabricados en Arabia Saudita estará Alá, ¿no?

—En Arabia Saudita no se fabrican coches.

—¿De verdad? —le dije, para seguir la broma.

—De verdad.

—Bien, pues en los coches americanos exportados a Arabia Saudita, ¿qué dios habrá? —preguntó mi amiga.

Difícil pregunta. Decidí tenderle un cable.

—Vamos al grano: tenemos que darle las instrucciones sobre el gato.

—¡Qué bonito gato! —exclamó el chófer, visiblemente aliviado

El gato no tenía ni pizca de bonito, la verdad. Estaba, por mejor decirlo, gravitando en el platillo opuesto a la balanza. Su pelaje era ralo, como de alfombra desgastada; la punta del rabo le caía en un ángulo de sesenta grados; tenía los dientes amarillos, y su ojo derecho tenía una infección crónica desde que se lo lesionó, tres años atrás, de modo que veía cada vez menos. ¡Quién sabía si aún podía distinguir unos zapatos deportivos de una patata! Las plantas de sus patas parecían de corcho a causa de los callos. Tenía las orejas infestadas de garrapatas; y, de puro viejo, no podía aguantarse los pedos: soltaba docenas de cuescos al día, realmente apestosos. Era un joven macho cuando mi mujer lo recogió de debajo de un banco del parque y se lo trajo a casa; pero últimamente su ruina se precipitaba, del mismo modo que una bola en una bolera, y el pobre animal rodaba cuesta abajo como cualquier anciano octogenario. Y, para colmo, no tenía ni nombre. No tengo idea de si esa falta de nombre contribuía a disminuir la tragedia del gato, o más bien la reforzaba.

—Minino, minino —le musitó el chófer al gato, si bien no adelantó sus

brazos en gesto acogedor—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre.

—Bien, y ¿cómo hacen para llamarlo?

—Nadie le llama —le contesté—. Va y viene, sin más.

—Pero no es un objeto, tiene voluntad para moverse. Y como la tiene, resulta raro que un ser que se mueve a su voluntad no tenga nombre propio.

—Los boquerones, por ejemplo, se mueven a su voluntad, pero nadie les pone nombre propio.

—Pero, para empezar, entre los boquerones y las personas no media la misma corriente de simpatía. Y, sobre todo, aunque los llamaran por su nombre, los boquerones no se enterarían. Así que ya puede ponerle a cada boquerón el nombre que se le antoje, que...

—Eso viene a decir que los animales que no sólo se mueven a su voluntad, sino que además comparten una corriente de simpatía con las personas y poseen el sentido del oído, merecen tener nombre propio, ¿verdad?

—Así es, ¿no es cierto? —exclamó el chófer, asintiendo reiteradamente, como autoconvencido—. ¿Qué tal si le pongo un nombre a mi antojo? ¿Vale?

—Me importa un bledo. Pero ¿qué nombre?

—¿Qué tal Boquerón? Ya que hasta ahora lo ha estado equiparando a los boquerones.

—No está mal —le dije.

—No está nada mal —recalcó el chófer, con cierto aire de suficiencia.

—¿Qué te parece? —le pregunté a mi amiga.

—No está mal —confirmó ella—. Parece que asistiéramos a la creación del universo.

—¡Hágase el Boquerón! —exclamé.

—Ven, Boquerón, ven —dijo el chófer, y tomó al gato en sus brazos.

El gato, asustado, mordió al chófer en el dedo pulgar y acto seguido se tiró un pedo.

El chófer nos llevó al aeropuerto. El gato se sentó tranquilamente a su lado. De vez en cuando soltaba un cuesco. Lo sabíamos por la actitud del chófer, que no paraba de abrir la ventanilla. Aproveché el viaje para darle instrucciones acerca del gato: cómo limpiarle las orejas, dónde podía comprar desodorante para su orinal, qué cantidad de comida debía darle, y cosas por el estilo.

—No se preocupe —me aseguró el chófer—. Le cuidaré bien. Ya que, en cierto modo, lo he prohijado, al darle nombre.

La carretera estaba poco concurrida, de suerte que el coche iba hacia el aeropuerto como un salmón que se remontara río arriba en la época del desove.

—¿Por qué será que, teniendo nombre los barcos, no lo tienen los aviones? —pregunté al conductor—. ¿Por qué a éstos se les llama ocasionalmente vuelo 971, o vuelo 326, en lugar de darles un nombre propio, como Lirio del Valle o Margarita?

—Sin duda porque, en comparación con los barcos, los aviones son mucho más numerosos. Es la producción en masa, y...

—¿Qué quiere decir? Los barcos también son producidos en masa, y en cuanto a su número supera al de los aviones.

—No obstante... —empezó el chófer, pero se quedó en silencio por unos segundos—. De hecho, ¿a quién se le ocurriría poner nombre a cada uno de los autobuses urbanos, por ejemplo?

—Pues sería maravilloso que los autobuses urbanos tuvieran cada uno su nombre, me parece a mí —dijo mi amiga.

—Sin embargo, de ser así, ¿no tendrían los viajeros el capricho de preferir éste o el otro? Para ir del barrio de Shinjuku al de Sendagaya, por ejemplo, dirían «yo me montaría en el Gacela, pero no en el Penco...» —añadió el chófer.

—¿Qué te parece? —le pregunté con un guiño a mi amiga.

—Seguramente, en el Penco no habría quien se montara —respondió.

—Y además, el conductor del Penco sería digno de lástima —manifestó el chófer, muy imbuido de su profesión—. Y no tendría ninguna culpa.

—Ciertamente —asentí.

—Desde luego —corroboró mi amiga—. Pero en el Gacela sí que me montaría.

—¡Pues ahí está! —exclamó el chófer—: ¡Precisamente ése es el punto! Lo de poner nombres a los barcos nos viene de estar familiarizados con tal costumbre desde antes de su producción en masa. Básicamente, es lo mismo que lo de poner nombres a los caballos. Por eso, a los aviones que se usan como si fuesen caballos, se les impone un nombre; así tenemos, por ejemplo, el Spirit of Saint Louis, o el Enola Gay. Todo depende de que exista esa corriente de conciencia compartida.

—Lo cual viene a decir que en esta cuestión la vida es un concepto fundamental.

—Así es.

—Y que la utilidad no pasa de ser un elemento de segunda categoría.

—Así es. A efectos de utilidad, con usar números está todo arreglado.

Como se hizo con los judíos en Auschwitz, ¿no?

—Eso no admite duda —le dije— en tanto que se mantenga el principio de que para dar un nombre se requiere el acto de compartir cierto interflujo de conciencia en torno a la vida. ¿A qué viene, entonces, que las estaciones del tren, los parques, los estadios de béisbol, etcétera, tengan todos un nombre? No son seres vivientes, desde luego.

—Pues porque de no tener nombre las estaciones, nos fastidiaríamos todos —dijo.

—Pero es que no se trata ahora de argumentar por la utilidad. Le agradecería que me lo explicara basándose en principios.

El chófer se sumió en graves pensamientos, de suerte que se saltó un semáforo rojo. Un cochazo que venía tras nosotros tirando de una caravana hizo sonar su discordante claxon parodiando la obertura de *Los siete magníficos*.

—¿No será porque no hay posibilidad alguna de intercambio? Estación de Shinjuku, por ejemplo, no hay más que una, y no hay modo de cambiarla por la estación de Shibuya. La falta de posible intercambio coincide con el hecho de no ser objetos de producción en masa. ¿Qué tal estos dos puntos básicos? —sugirió el chófer.

—Es que si la estación de Shinjuku estuviera en Ekoda, vaya cachondeo —dijo mi amiga.

—Si la estación de Shinjuku estuviera en Ekoda, sería la estación de Ekoda —rebatí el chófer.

—Pero seguiría estando en la línea de Odakyu —replicó ella.

—No nos salgamos del tema —propuse—. Si hubiera posibilidad de intercambiar las estaciones..., si la hubiera, digo, y las estaciones de la red nacional fueran todos módulos plegables producidos en masa, y la estación de Shinjuku y la de Tokio fueran enteramente reemplazables una por otra..., ¿qué pasaría?

—Facilísimo: si estaba en Shinjuku, sería la estación de Shinjuku; y si estaba en el centro de Tokio, sería la de Tokio.

—Bien, y eso no sería un nombre asignado a un objeto, sino un nombre asignado a una función. ¿No es eso utilidad?

El chófer se calló. Su silencio, sin embargo, no duró mucho.

—Se me ocurre ahora mismo —dijo— que no estaría mal que miráramos ese tipo de cuestiones con un poco más de afecto.

—¿A saber?

—Que, en resumidas cuentas, ya sea la ciudad, o el parque, o la calle, o la estación, o el estadio de béisbol, o el cine..., todas esas cosas tienen su nombre; y que por estar fijadas sobre la tierra, se les ha asignado ese nombre.

Era una buena teoría.

—Bien —dije—; si, por ejemplo, renuncio por completo a la vida humana y me quedo para siempre en algún sitio, ¿también me darían un nombre, como a las estaciones o los parques?

El conductor me miró por el rabillo del ojo, a través del espejo retrovisor. Su mirada reflejaba la sospecha de que le estuviera tendiendo una trampa.

—¿Qué quiere decir con eso de quedarse para siempre? —inquirió.

—En una palabra, que me petrifique, o algo así, al estilo de la Bella Durmiente del bosque.

—Pero es que usted ya tiene su nombre desde que nació.

—Tiene razón —le respondí—. Casi lo había olvidado.

Recogimos las tarjetas de embarque en el mostrador correspondiente del aeropuerto y nos despedimos del chófer, que nos acompañó. Parecía deseoso de permanecer junto a nosotros para decirnos adiós, pero, como aún quedaba nada menos que hora y media hasta nuestra partida, desistió de su propósito y se marchó.

—¡Qué tipo más extraño! —comentó mi amiga.

—Hay un país donde sólo vive gente así —le expliqué—. Un país donde las vacas lecheras van como locas buscando unas pinzas.

—Suenan a algo así como *La casa de la pradera*.

—Más o menos —asentí.

Nos metimos en el restaurante del aeropuerto para almorzar, aunque era un poco temprano. Pedí gambas gratinadas, y mi amiga comió espaguetis. A través de la ventana se veía evolucionar a los 747, así como a los Tristars y demás, hacia arriba y hacia abajo, con una solemnidad tal que hacía pensar en alguna suerte de destino fatal. Entretanto, ella inspeccionaba con aire suspicaz cada uno de los espaguetis de su plato, antes de comérselo.

—Supongo que en el avión nos servirán la comida —comentó, con aire de disgusto.

—Qué va —dije, dando vueltas dentro de la boca a una porción de mi gratinado con intención de enfriarlo, para engullirlo luego. Acto seguido, bebí agua fría. Aquello, de tan caliente, no sabía a nada—. Sólo dan comidas en los vuelos internacionales. En los nacionales, según la distancia, pueden servirte un ligero almuerzo. Pero no es nada del otro mundo, desde luego.

—¿Y películas?

—No hay cine en el avión. ¡Si en poco más de una hora nos plantaremos

en Sapporo!

—Así que no hay nada de nada, ¿eh?

—Nada de nada. Te sientas en tu butaca, te pones a leer un libro, y llegas a tu destino. Es como el autobús.

—Sólo que sin semáforos.

—Ajajá. Sin semáforos.

—Buena cosa —dijo ella con un suspiro. Soltó el tenedor, apartó el plato de espaguetis, que estaba a la mitad, y se limpió la comisura de los labios con una servilleta de papel—. Ni falta que hace ponerles nombre a los aviones, ¿verdad? —añadió.

—Efectivamente. ¡Qué cosa más aburrida! Sólo sirven para acortar vertiginosamente el tiempo. Porque si fuéramos en tren, nos llevaría doce horas el viaje.

—Oye, y el tiempo sobrante, ¿adónde se va? —preguntó mi amiga.

Yo también me cansé del gratinado antes de acabarlo, así que encargué un par de cafés.

—¿El tiempo sobrante? —le pregunté.

—Como gracias al avión resulta que nos ahorramos más de diez horas, me pregunto adónde irá a parar ese espacio de tiempo.

—El tiempo no va a parar a ningún sitio. Simplemente, se va sumando. Esas diez horas podemos emplearlas a nuestro antojo en Tokio o en Sapporo. En diez horas se pueden ver cuatro películas y hacer dos comidas. ¿No es así?

—¿Y si no quiero ver películas ni comer?

—Eso es cosa tuya, rica. No le echas la culpa al tiempo.

Mi amiga se mordió el labio y se quedó mirando los orondos fuselajes de los 747. Yo también los miraba, junto a ella. Los 747 siempre me traen a la memoria la imagen de una señora gorda y fea que hace tiempo vivía en mi barrio: senos flácidos y enormes, piernas hinchadas, cogote reseco. El aeropuerto parecía un centro de reunión destinado a tales señoras: venían por docenas, en grupos que entraban y salían, relevándose sin cesar. Los pilotos y azafatas que iban y venían por la gran sala de espera del aeropuerto con los cuellos erguidos, parecían haber sido despojados de sus sombras por dichas señoras, lo que les daba un raro aspecto de siluetas. Tuve la impresión de que aquello no ocurría en tiempos de los DC 7 y los Friendship, pero, en realidad, de verdad no tenía la menor idea de lo que sucedía por aquel entonces. Seguramente, a raíz de que un 747 me recordó a una señora gorda y fea, me vino a la cabeza aquella idea.

—Oye, ¿el tiempo se expande? —me preguntó mi amiga.

—¡Qué va! El tiempo no se expande —le respondí. Estas palabras las

dije yo, por descontado, pero no me sonaron como si fuera yo quien las dijera. Carraspeé, y bebí un sorbo de café—. El tiempo no se expande —insistí.

—Pero en realidad el tiempo aumenta, ¿no? Como tú mismo has dicho, se va sumando.

—Se trata sólo de que disminuye el tiempo requerido para desplazarse. El volumen total del tiempo no cambia. Quiere decir, en suma, que puedes ver un montón de películas.

—Con tal de tener ganas de verlas, ¿no? —dijo ella.

Verdaderamente, en cuanto llegamos a Sapporo, tuvimos programa doble.

VII. AVENTURAS EN EL HOTEL DEL DELFÍN

1. EN LA SALA DE CINE SE CONSUMA EL MOVIMIENTO DE TRASLACIÓN. HACIA EL HOTEL DEL DELFÍN

Durante el viaje en avión mi amiga permaneció junto a la ventanilla, contemplando el panorama. Yo, sentado a su lado, leía *Las aventuras de Sherlock Holmes*. No había una sola nube en el cielo, y en la tierra se reflejaba claramente la sombra del avión. Hablando con propiedad, ya que nosotros íbamos embarcados en él, dentro de aquella sombra que surcaba campos y montañas tenía que ir incluida la nuestra. Así que nuestras dos sombras también se proyectaban como una caricia sobre la tierra.

—Me ha gustado ese tipo —comentó mientras se bebía un zumo de naranja.

—¿Qué tipo...?

—El chófer.

—Ya —musité—. También a mí me ha caído bien.

—Y qué nombre más acertado, el de Boquerón.

—Desde luego. Ciertamente, es un buen nombre. El gato tal vez se encuentre más a gusto allí que conmigo.

—No es el gato. Es Boquerón.

—Eso, Boquerón.

—¿Por qué no le pusiste nombre al gato cuando vivía contigo?

—Pues no sé... —dije. Y con el encendedor del emblema del carnero encendí un cigarrillo—. Supongo que porque no me gustan los nombres. Yo soy yo; y tú eres tú; y nosotros, nosotros; y ellos, ellos. ¿Y para qué más, si con eso basta?, digo yo.

—Ya —dijo ella—. Me gusta la palabra «nosotros». ¿No te evoca un ambiente como de época glacial?

—¿De época glacial?

—Sí, como cuando se dice, por ejemplo: «Nosotros hemos de dirigir nuestros pasos hacia el mediodía.» O bien: «Nosotros hemos de poner todo nuestro ánimo en dar caza al mamut...»

—Ya veo —apostillé.

Cuando, tras llegar al aeropuerto de Chitose, recogimos nuestro equipaje y salimos al exterior, la temperatura resultó ser más fría de lo que esperábamos. Me encasqueté sobre la camiseta deportiva un jersey tipo chándal que llevaba enrollado al cuello, en tanto que ella cubría su blusa con una rebeca. El otoño había llegado allí con un mes justo de anticipación respecto a Tokio.

—¿No tendremos que internarnos, por casualidad, en la época glacial? —me dijo en el autobús que nos conducía a Sapporo—. Tú, a cazar; yo, a criar niños.

—Una perspectiva fantástica —le dije.

Luego, mi amiga se durmió y yo contemplé por las ventanillas del autobús la interminable sucesión de frondosos bosques a ambos lados de la carretera.

Al llegar a Sapporo, entramos en un bar a tomar un café.

—Ante todo, debemos fijarnos una estrategia de base —dije—. Nos dividiremos las tareas: yo me dedicaré a buscar el paisaje retratado en la foto, y tú podrías ir tras la pista del carnero. Así ahorraremos tiempo..

—Muy práctico.

—Sí, si tenemos suerte —puntalicé—. En todo caso, podrías ir indagando la situación de las principales fincas de Hokkaido donde se crían carneros, así como las razas de éstos. Creo que no tendrás dificultades para averiguarlo si vas a la biblioteca pública, o a las oficinas gubernamentales.

—Prefiero la biblioteca.

—Estupendo.

—¿Empiezo ya?

Miré el reloj. Eran las tres y media.

—No, es tarde. Lo dejaremos para mañana. Hoy descansaremos, buscaremos alojamiento, y, después de cenar, nos daremos un baño caliente y nos meteremos en la cama.

—Me gustaría ir al cine —dijo mi amiga.

—¿Al cine?

—¿Acaso no hemos ahorrado tiempo expresamente viniendo en avión?

—Es verdad —concedí. Y así fue como entramos en el primer cine que encontramos.

Vimos un programa doble: una película policiaca y otra de misterio. El local estaba casi vacío. Hacía muchos años que no había pisado un cine con tan poco público. Para pasar el rato, me puse a contar el número de espectadores. Ocho personas, incluyéndonos a nosotros. Los actores de la película nos superaban en número. Ambos filmes eran horribles bodrios, verdaderos engendros. Películas de esas que nada más aparecer el título en la pantalla, al extinguirse los rugidos del león de la Metro, te hacen entrar ganas de buscar la puerta de la sala para largarte corriendo. ¡Cómo pueden hacerse películas así!

De todos modos, mi amiga miraba la pantalla con ojos absortos, como si fuera a comérsela. No dejaba la menor oportunidad para que le hablase. Así que desistí de intentarlo y opté por ver la película.

La primera cinta era la de misterio. En la película, el Diablo quería enseñorearse de una ciudad. Para ello se instalaba en la húmeda cripta de una iglesia y se las arreglaba para utilizar al párroco, un hombre de poco carácter, como agente de sus designios. No llegué a entender por qué se empeñaba el Diablo en querer dominar aquella ciudad, pues no era más que una aldea miserable, entre campos de maíz.

Sin embargo, el Diablo no cejaba en su empeño y se sentía terriblemente encolerizado porque una muchacha se resistía a sometérsele. Cuando montaba en cólera, el cuerpo del Diablo, que era de una brillante gelatina verdosa, se estremecía furiosamente. Aquellos estremecimientos, no sé por qué, me parecieron conmovedores.

En uno de los asientos delanteros roncaba patéticamente un hombre de mediana edad; sus ronquidos recordaban el sonido de una bocina rasgando la niebla. En el rincón de la derecha había una parejita dándose un lote monumental. En las últimas filas, alguien se tiró un sonoro cuesco. Tan sonoro que detuvo por un instante los ronquidos del hombre de mediana edad. Un par de chicas, con aspecto de estudiantes de bachillerato, que iban juntas, se desternillaron de risa.

Por asociación de ideas, me acordé de Boquerón. Y al acordarme de él caí en la cuenta de que había dejado Tokio para ir a Sapporo, donde me encontraba. Dicho de otro modo, hasta que oí aquel cuesco tan sonoro, no tomé conciencia de lo lejos que estaba de Tokio.

¡Qué raro, ¿verdad?!

Mientras daba vueltas en mi cabeza a estos pensamientos, me quedé profundamente dormido. Soñé con el Diablo, pero en mi ensueño, aunque seguía siendo verde, no tenía nada de conmovedor. Me miraba, silencioso e impasible, en medio de la oscuridad.

Al terminar la película y encenderse las luces, me desperté. Los

espectadores emitían bostezos como si tuvieran turnos decididos de antemano. Me llegué al bar y compré un par de helados, que nos tomamos en los asientos. El helado estaba durísimo; probablemente, se trataba de restos del verano anterior.

—¿Has dormido toda la película?

—Sí —musité—. ¿Ha sido interesante?

—La mar de interesante. Al final la ciudad salta por los aires.

—¡Vaya!

La sala de cine estaba sumida en un silencio ominoso. Tan ominoso, que me dio muy mala espina.

—Oye —me dijo mi amiga—, ¿no te parece que en estos momentos tu cuerpo está, como si dijéramos, en movimiento?

Ahora que me lo decía, era cabalmente así, de verdad.

Mi amiga me asió la mano.

—Déjame que te coja la mano. Siento una sensación extraña.

—De acuerdo.

—Si no te cojo de la mano, me da la impresión de que voy a ser arrebatada de tu lado y transportada a algún lugar absurdo.

Cuando la sala se oscureció para dar paso a la continuación del programa, aparté sus cabellos y la besé en la oreja.

—No pasa nada. No tienes de qué preocuparte.

—Tenías razón —murmuró—. Deberíamos haber tomado un vehículo que tuviera nombre.

En la hora y media que duró la segunda película, los dos sentimos la sensación de estar siendo transportados al corazón de las tinieblas. Ella permaneció con la mejilla apoyada en mi hombro, en el que sentía el calor y la humedad de su aliento.

* * *

Cuando salimos del cine continué estrechándola contra mí, y de ese modo caminamos por la ciudad mientras caía la tarde. Creíamos sentir más intimidad entre nosotros que en cualquier ocasión anterior. El bullicio de los viandantes a nuestro alrededor nos reconfortaba. En el cielo brillaban tenues las estrellas.

—Oye, ¿estamos realmente en la ciudad adonde debíamos ir? —me

preguntó.

Miré al cielo. La estrella polar estaba en su sitio. Con todo, tenía cierto aire de estrella polar de pacotilla: demasiado grande, demasiado brillante.

—¿Quién sabe? —le contesté.

—Siento una extraña desazón.

—Una ciudad que se visita por primera vez provoca esa sensación. Aún no te has acostumbrado a ella.

—Y ¿tardaré mucho en acostumbrarme?

—Tal vez dos o tres días.

Cansados de andar, entramos en el primer restaurante que vimos; nos tomamos un par de cervezas de barril cada uno, y un plato de salmón con patatas. La cocina de aquel restaurante resultó ser mejor de lo que hubiéramos podido esperar de un establecimiento escogido al azar. La cerveza sabía muy bien, y la salsa blanca era exquisita y sustanciosa.

—Bueno —dije mientras nos bebíamos el café—, ya va siendo hora de que busquemos alojamiento.

—Respecto al alojamiento, ya lo estoy viendo mentalmente —dijo mi amiga.

—¿Y qué tal es?

—Eso es lo de menos. Ve leyendo los nombres de los hoteles por el orden en que aparezcan en la guía.

Le pedí a un apático camarero el volumen de la guía telefónica comercial. Lo abrí por la sección de hoteles y fondas y me puse a leerla. Cuando había leído unos cuarenta nombres, mi amiga me dijo que parara.

—Ése es el nuestro.

—¿Cuál?

—El último hotel que has nombrado.

—Dolphin Hotel —leí.

—¿Qué quiere decir?

—Está en inglés; traducido, es Hotel del Delfín.

—Ahí es donde vamos a alojarnos.

—No lo conocemos de nada.

—Pues presiento que es el lugar adonde debemos ir.

Devolví la guía al camarero, y le di las gracias. Acto seguido, llamé por teléfono al Hotel del Delfín. Me contestó un hombre de hablar indeciso, quien me dijo que sólo tenían libres habitaciones dobles o sencillas. Por simple prurito de aclarar las cosas le pregunté qué clase de habitaciones podía haber

además de las dobles y las sencillas. Obviamente, resultó que no había habitaciones de otras clases. Con la cabeza un poco trastornada, le pedí que nos reservara una doble, y le pregunté el precio. Costaba una tercera parte menos de lo que había calculado.

Para llegar al Hotel del Delfín desde el cine donde habíamos estado, teníamos que caminar tres manzanas hacia el oeste, y bajar luego una hacia el sur. El hotel era pequeño y vulgar. Tan vulgar, que sobrepasaba todos los niveles de vulgaridad que se puedan concebir. Su misma vulgaridad le confería cierto aire metafísico. No había allí luces de neón, ni grandes letreros, ni siquiera una entrada digna de ese nombre. Junto a una inexpresiva puerta de cristales, comparable a la entrada de servicio de un restaurante, se veía una sencilla placa de cobre en la que estaban grabadas las palabras Dolphin Hotel. Ni siquiera había dibujado un delfín.

El edificio, de cinco plantas, daba la impresión de ser una gran caja de cerillas puesta estúpidamente de pie. Al acercarse, no parecía antiguo, pero sí lo bastante viejo para llamar la atención. Seguramente, ya era viejo cuando lo edificaron.

Así era el Hotel del Delfín.

Con todo, a mi amiga le cayó bien aquel hotel desde el primer golpe de vista.

—¿No encuentras que tiene buena presencia?

—¿Buena presencia este hotel? —pregunté, como el que no ha oído bien.

—Cómodo, y sin lujos superfluos, al parecer.

—Eso de lujos superfluos... —le contesté—. Al decir «lujos superfluos», supongo que no te refieres a sábanas limpias, lavabos que funcionen, aire acondicionado con el regulador de volumen en perfecto estado, papel higiénico suave, o pastillas de jabón por estrenar o cortinas que no estén descoloridas por el sol...

—Siempre te pasas acentuando las tintas negras —dijo mi amiga con una sonrisa—. De todos modos, nosotros no hemos venido para hacer turismo.

Tras franquear la puerta, entramos en un salón más amplio de lo que nos imaginábamos. En medio había un tresillo y un televisor grande en color. Éste, por cierto, funcionaba; estaban dando un concurso. No se veía un alma.

A ambos lados de la puerta reposaban unas macetas con frondosas plantas. Sus hojas estaban amarillentas. Cerré la puerta y, de pie entre las dos macetas, me quedé contemplando un momento el salón. Al mirarlo con atención, resultaba no ser tan grande. El hecho de que nos hubiera parecido amplio se debía a su parco mobiliario: el tresillo, el televisor, un reloj de pared y

un espejo de cuerpo entero. No había nada más.

Me aproximé a la pared para contemplar el reloj y el espejo. Tanto el uno como el otro parecían donativos de huéspedes agradecidos. El reloj andaba siete minutos despistado. Y mi imagen reflejada en el espejo mostraba el cuello algo desviado de su entronque natural con el tronco.

El tresillo estaba aproximadamente tan envejecido como el hotel mismo. La tapicería era de un curioso tono naranja: el que se obtiene tras larga insolación, exposición a la lluvia durante semanas, y, como remate, una temporada de abandono en un sótano húmedo y lleno de moho. Es el tono que adquieren las fotografías antiguas en color con el paso del tiempo.

Al irnos acercando al tresillo, vimos que en el diván estaba tumbado un hombre de mediana edad y calvicie avanzada, con aspecto de pescado seco. Al verlo, nos pareció muerto, pero en realidad sólo estaba dormido. Un estremecimiento sacudía de vez en cuando su nariz, en la que estaban grabadas las huellas de unas gafas; gafas que, por cierto, no se veían por ninguna parte. Por lo tanto, daba la impresión de no haberse quedado dormido mientras miraba la televisión. Tal hipótesis parecía absurda.

Me dirigí al mostrador de recepción, y eché una mirada a su interior. No había nadie. Mi amiga pulsó un timbre. Sus ecos resonaron por todo aquel salón vacío.

Esperamos medio minuto, y no obtuvimos respuesta. El hombre del diván no se despertó.

Mi amiga volvió a pulsar el timbre.

El hombre refunfuñó. Refunfuñaba como echándose a sí mismo la culpa de algo. Abrió los ojos y nos miró con aire ausente.

Mi amiga dio un tercer timbrazo, a ver si lo despertaba de una vez.

El hombre de mediana edad dio un respingo y se incorporó en el diván. Atravesar el salón, pasar a mi lado rozándome y situarse tras el mostrador, fue todo uno. Era el recepcionista.

—No tengo disculpa —se excusó el hombre—. Verdaderamente, no tengo disculpa. Mientras esperaba a los señores, me he quedado dormido.

—Sentimos haberlo despertado —le dije.

—Nada de eso, por favor —exclamó, imbuido de su papel de recepcionista.

Acto seguido, me alargó una ficha de ingreso y un bolígrafo. En la mano izquierda le faltaban la falangeta del dedo medio y la del meñique. Una vez que vi escrito mi nombre en la ficha de mi puño y letra, lo pensé mejor y, tras arrugarla hasta convertirla en una bolita, me la metí en el bolsillo. Luego, en una nueva ficha, escribí un nombre supuesto y un domicilio no menos

supuesto. Era un nombre escogido al azar, e igualmente el domicilio, pero para ser fruto de la improvisación, no estaban tan mal el uno ni el otro. Como profesión, puse la de agente de la propiedad inmobiliaria.

El recepcionista se caló sus gruesas gafas con montura de plástico que había dejado junto al teléfono, y leyó atentamente mi ficha.

—Del distrito de Suginami, Tokio; veintinueve años de edad; agente inmobiliario.

Saqué del bolsillo un pañuelo de papel y me limpié la tinta de bolígrafo que se había adherido a mis dedos.

—¿Viene el señor en viaje de negocios? —me preguntó el recepcionista.

—Más o menos —le contesté.

—¿Cuántos días va a quedarse?

—Un mes —dije.

—¿Un mes? —Y me miró a la cara con la expresión de quien acaba de escuchar algo inaudito—. ¿Va a realizar una estancia de un mes entero?

—¿Hay algún inconveniente?

—No, ninguno. Pero he de advertirle que cada tres días liquidamos las cuentas.

Dejé en el suelo mi bolso de viaje, y saqué del bolsillo un sobre que contenía veinte billetes nuevos de diez mil yenes, según conté. Puse el sobre encima del mostrador.

—Cuando se acabe, avíseme, que le daré más.

El recepcionista cogió el dinero con los tres dedos de su mano izquierda, y lo contó por dos veces con la derecha. A continuación, escribió la cantidad en un recibo y me lo entregó.

—Si el señor tiene alguna preferencia en cuanto a la habitación, dígamelo, por favor.

—Si puede ser, desearía que estuviera en algún rincón alejado del ascensor.

El recepcionista, volviéndose de espaldas a mí, se quedó mirando el tablero de llaves; tras dudarle un buen rato, tomó la que tenía el número 406. Casi todas las llaves estaban ordenadamente colgadas en el tablero. Por lo visto, no se podía decir sin faltar a la verdad que el Hotel del Delfín fuera un negocio boyante.

Como no había botones ni otros empleados, nosotros mismos tuvimos que meter nuestro equipaje en el ascensor. Ya decía mi amiga que allí no había lujos superfluos. El ascensor se cimbreaba estrepitosamente, como un perrazo aquejado de pulmonía.

—Para una larga estancia, no hay nada como un hotelito cómodo, al

estilo de éste —comentó.

«Hotelito cómodo»: a fe que no estaba mal la frase, ni mucho menos. Es una de esas frases publicitarias fáciles de encontrar en la sección de viajes de cualquier revista de modas: «Para una larga estancia, nada como un hotelito cómodo, que le haga sentirse en casa.»

Sin embargo, lo primero que tuve que hacer al entrar en mi habitación de aquel «hotelito cómodo» fue aplastar con una zapatilla a una oronda cucaracha que se paseaba por el marco de la ventana. Luego recogí un manojito de pelos públicos esparcidos bajo la cama, y los eché a la papelera. ¡Era la primera cucaracha que veía en Hokkaido! Mi amiga, entretanto, regulaba la temperatura del agua caliente para prepararse un baño. Aquel grifo hacía un ruido realmente notable.

—No hubiéramos perdido nada —le grité abriendo la puerta del cuarto de baño— alojándonos en un hotel de más categoría. Por dinero, no será.

—No es cuestión de dinero —me contestó—. Nuestra búsqueda del carnero empieza aquí. Todo lo que puedo decirte es que tenemos que partir de este hotel.

Me eché en la cama y encendí un cigarrillo. Encendí el televisor, recorrí los diversos canales, y lo apagué. La recepción de las imágenes era lo único interesante. Cesó el ruido del agua caliente. Por la puerta del cuarto de baño fue saliendo despedida la ropa de mi amiga. Se oyó el ruido de la ducha.

Tras descorrer las cortinas de la ventana, pude ver que al otro lado de la calle se alineaba una serie de edificios de oficinas tan anodinos en cada detalle como el propio Hotel del Delfín. Todos y cada uno de ellos estaban sucios, como cubiertos de ceniza, y sólo con mirarlos se olía a orines. A pesar de que eran ya casi las nueve, no pocas ventanas estaban iluminadas, y era evidente que tras ellas aún había gente que trabajaba de un modo febril. Quién sabe a qué tareas se dedicarían, pero el caso es que no se les veía muy felices. Aunque, por supuesto, si ellos me miraran sería yo, probablemente, quien no parecería feliz.

Eché las cortinas, volví a la cama y me tendí sobre aquellas sábanas, tan endurecidas por el almidón como una carretera asfaltada. Allí me puse a pensar en la que había sido mi esposa y en el hombre que vivía con ella. En cuanto a este último lo conocía bastante bien. Teniendo en cuenta que éramos viejos amigos, lo raro sería que no lo conociera, claro. Era un guitarrista de jazz no muy famoso, de veintisiete años; para ser un guitarrista de jazz no muy famoso, era un tipo bastante normal. No era mala persona. Pero le faltaba originalidad. Un año, por ejemplo, su estilo era una mezcla de Kenny Burrell y B. B. King, y a lo mejor al año siguiente sus fuentes de inspiración eran Larry Coryell y Jim

Hall.

¿Por qué elegiría a ese hombre para sustituirme? Era algo que no lograba explicarme. Desde luego, de lo más íntimo de cada persona surgen eso que se llama «inclinaciones». Y no hay duda que él me superaba en todo lo que atañía a tocar la guitarra, pues por algo era músico; en cambio yo le pasaba la mano por la cara a la hora de lavar los platos. Los guitarristas no suelen lavar platos. Si se hicieran daño en las manos, no podrían tocar.

Acto seguido, me puse a repasar mis relaciones sexuales con mi ex esposa. Por matar el rato, traté de calcular el número de veces que habíamos hecho el amor en nuestros cuatro años de vida matrimonial. Pero, a fin de cuentas, no era más que un cálculo aproximado, y ¿qué valor podía tener un cálculo aproximado? Carecía de sentido. Seguramente, debería haber llevado un registro escrito. O al menos podía haber hecho marcas en mi agenda. De haberlo hecho así, ahora sabría el número exacto de veces que había hecho el amor durante aquellos cuatro años. Y es que necesito esas realidades tangibles que se pueden mostrar exactamente con cifras.

Mi ex mujer, sin embargo, poseía archivos exactos sobre el ejercicio del sexo. Y no es que llevara un diario. Desde que empezó a tener la regla, iba anotando con toda exactitud en cuadernos escolares el estado de sus menstruaciones, y a su debido tiempo, como material de referencia, fue incluyendo también sus experiencias sexuales. Esos cuadernos escolares llegaron a ser ocho, y los tenía guardados bajo llave en un cajón, junto con sus cartas y fotografías más queridas. Eran objetos que nunca enseñaba a nadie. No sé qué cosas escribía sobre el sexo. Y ahora que estamos divorciados, nunca podré saberlo.

—Si me muero —solía decirme—, quema esos cuadernos. Rocíalos bien de petróleo, quémalos y entierra las cenizas. Si miras una sola letra de lo escrito, no te lo perdonaré jamás.

—Soy tu marido, y conozco todos los rincones de tu cuerpo. ¿A qué vienen esos pudores?

—Las células se renuevan cada mes. Ahora mismo está ocurriendo —me respondía, poniendo ante mis ojos el delicado dorso de su mano—. Casi todo lo que crees saber de mí no pasa de ser pura rememoración de algo pasado.

Así era mi ex mujer, una persona que razonaba de una manera metódica, si se exceptúa el período, aproximadamente de un mes, que precedió a nuestro divorcio. Tenía un sentido exacto de lo que suele llamarse la realidad de la vida. Con ello quiero decir que, en principio, una vez había cerrado una puerta, ya no trataría de abrirla; y tampoco era partidaria de dejar puertas abiertas.

Cuanto sé de ella, no pasa de ser simples recuerdos de su pasado.

Recuerdos que, a modo de células que han sido reemplazadas, se van alejando poco a poco. Así que ni siquiera sé el número exacto de veces que hice el amor con ella.

2. DONDE ENTRA EN ESCENA EL PROFESOR OVINO

Al día siguiente nos despertamos a las ocho de la mañana, nos enfundamos en nuestra ropa, bajamos en el ascensor y nos metimos en una cafetería cercana para tomar el desayuno. En el Hotel del Delfín no había restaurante ni cafetería.

—Como te decía ayer, vamos a dividirnos para actuar mejor —le dije a mi amiga mientras le entregaba una fotocopia de la foto del carnero—. Yo tomaré como base las montañas que forman el paisaje de fondo en esta foto, para tratar de encontrar el lugar. En cuanto a ti, te agradeceré que organices la búsqueda centrándote en las fincas donde se críen carneros. ¿Está claro el método? Cualquier atisbo, por pequeño que sea, puede servirnos. Siempre será más ventajoso que lanzarnos a recorrer Hokkaido dando palos de ciego.

—Quédate tranquilo por lo que a mí toca. Déjalo de mi cuenta.

—Vale. Esta tarde nos reuniremos en el hotel.

—No te preocupes —me dijo, mientras se ponía las gafas de sol—. Seguro que será fácil encontrar esa pista.

—¡Ojalá! —exclamé.

No obstante, y como era de prever, la búsqueda no resultó tan sencilla. Me dirigí al Departamento de Turismo del gobierno regional de Hokkaido, pregunté en varios centros de información turística y agencias de viajes, hice pesquisas en la Asociación de Montañeros y puede decirse que no dejé por recorrer ningún lugar que tuviera el más mínimo asomo de relación con el turismo y la montaña. Sin embargo, no di con una sola persona que recordase el paisaje representado en la fotografía.

—Es un paisaje de lo más vulgar, ¿sabe? —solían decirme—. Y encima, lo que aparece en la foto es sólo un fragmento.

Ésa fue la conclusión que saqué tras un día entero de indagaciones: resultaba muy difícil identificar una montaña que no tenía ningún rasgo distintivo, y más aún si toda la orientación de que se disponía era una fotografía parcial.

Hice un alto en mis caminatas y entré en una librería para comprar un atlas de Hokkaido y un libro titulado *Las montañas de Hokkaido*. Luego me metí en una cafetería y, mientras me bebía un par de cervezas, hojeé los libros. En Hokkaido había, por lo visto, una increíble cantidad de montañas, y todas compartían una coloración y una forma semejantes. Traté de comparar una a

una las montañas fotografiadas en el libro con la que aparecía en la foto del Ratón, pero al cabo de diez minutos empezó a dolerme la cabeza. Y para colmo, había que partir de la base de que el número de montañas recogidas en el libro no era más que una parte muy pequeña de las que había en Hokkaido. Aparte de que, aunque diera con aquella montaña, bastaría —obviamente— con cambiar el ángulo de visión para que el panorama que ofrecía fuese del todo diferente. «La montaña es un ser vivo», decía el escritor en el prólogo de su libro; «la montaña cambia considerablemente de forma según el ángulo de visión adoptado, la estación del año, la hora del día e, incluso, según los sentimientos de quien la contempla. Hay que convenir, por tanto, que nunca podremos captar más que un fragmento, una ínfima parte, de la montaña.»

—¡Estupendo! —exclamé a media voz. Una vez más, me veía obligado a realizar una tarea que podía considerarse casi imposible. Cuando oí dar las cinco, me senté en un banco del parque y, a una con las palomas, me dediqué a masticar maíz.

En cuanto a las indagaciones efectuadas por mi amiga, habían discurrido por mejores cauces que las mías, pero, por lo que hacía a resultados prácticos fueron igual de inútiles. En un pequeño restaurante, situado a espaldas del Hotel del Delfín, tomamos una cena ligera mientras intercambiábamos comentarios sobre nuestras respectivas experiencias del día.

—En el Departamento de Ganadería del gobierno regional de Hokkaido no me aclararon gran cosa —me explicó mi amiga—. Me dijeron que los carneros ya no están controlados. No compensa criarlos al menos a gran escala, y en campo abierto.

—Se diría que eso puede facilitar un poquito la labor de búsqueda —comenté.

—Nada de eso, ¿sabes? Cuando la cría de carneros era próspera, se formaron asociaciones de ganaderos muy activas, de modo que la Administración podría haber llevado un registro riguroso, que hubiera permitido seguir nuestra pista. Pero en la situación actual de cría a pequeña y mediana escala, no hay manera de conocer el estado real de los rebaños. Según parece, los ganaderos tienen un número reducido de cabezas, como si criaran perros o gatos. Me he traído una treintena de direcciones de criadores de carneros, las de todos los que, en principio, se tiene constancia. Con todo, son datos de cuatro años atrás, y en cuatro años la situación puede haberse modificado mucho. La política agropecuaria del Japón cambia cada tres años, más o menos.

—¡Vaya! —dije para mí, suspirando, entre sorbo y sorbo de cerveza—. Un callejón sin salida: en Hokkaido hay cientos de montañas que se parecen, y

resulta que no hay quien conozca la situación actual de los criadores de carneros.

—Es el primer día de búsqueda, recuérdalo. No hemos hecho más que empezar.

—¿No han captado ningún mensaje tus oídos?

—No hay mensajes por ahora —dijo mi amiga al tiempo que cortaba un bocado de pescado hervido; luego se llevó a la boca su tazón de puré de alubias—. Y algo me dice que no los habrá en un futuro cercano. Resulta que sólo suelo recibir mensajes si estoy desconcertada por algo, o bien cuando mi espíritu se siente vacío. Y como ahora me ocurre todo lo contrario...

—¿De verdad que sólo te lanzan la cuerda salvadora cuando estás con el agua al cuello?

—Sí. Ahora rebose de satisfacción por estar aquí, contigo, y por eso no me llegan mensajes. Así que sólo debemos contar con nosotros mismos para emprender la búsqueda del carnero.

—¡No hay derecho! —exclamé—. Realmente, nos aprietan los tornillos sin piedad. Si no aparece el carnero, nos habremos caído con todo el equipo. No se me alcanza la magnitud de la tragedia, pero si esa gente nos hace la zancadilla, saldremos perjudicados de verdad. Son profesionales, no hay que olvidarlo. Aun en el caso de que el jefe muera, la organización seguirá en pie, y, al igual que una red de cloacas, se extiende por todo Japón, de modo que no estaremos seguros en ninguna parte. Parece inconcebible, pero así es.

—Eso me recuerda aquella serie de televisión que se llamaba *Los invasores*, ¿te acuerdas?

—En lo que tiene de absurdo, sí. Bien, lo único cierto es que los dos estamos atrapados en el ojo del huracán. Al principio era sólo yo, pero tú decidiste subirte al tren. Dadas las circunstancias, ¿no dirías que estamos con el agua al cuello?

—¡Qué va, si a mí lo que me gusta es esto! Es mucho mejor que tener que acostarme con desconocidos, mostrar mis orejas para que salgan en anuncios anónimos o corregir las pruebas de imprenta de un diccionario biográfico. ¡Esto es vida!

—O sea, que ni te sientes con el agua al cuello ni tienes la más remota esperanza de que te echen un cable.

—Justamente. Buscaremos al carnero con nuestros propios medios. Seguro que saldremos adelante.

¡Ojalá estuviera en lo cierto!

Volvimos al hotel, y nos dedicamos a copular. Me encanta el vocablo copular. Encarna una serie determinada y concreta de posibilidades, que

conducen directamente al fin deseado.

* * *

Sea como fuere, nuestro tercer día de estancia en Sapporo, así como el cuarto, pasaron sin pena ni gloria. Nos levantábamos a las ocho, desayunábamos, andábamos todo el día de un sitio a otro, cada uno por su lado, y a la tarde, mientras cenábamos, nos informábamos mutuamente; luego volvíamos al hotel, copulábamos, y a dormir.

Tiré mis viejas zapatillas de tenis, y me compré calzado más sólido para hacer mis rondas, en las que enseñé la foto a centenares de personas. Mi amiga, por su parte, basándose en datos sacados de oficinas estatales y de la biblioteca pública, confeccionó una larga lista de criadores de carneros, lista que tomó como base para ir llamándolos uno por uno. No obstante, no consiguió nada. Nadie recordaba haber visto tal montaña, y ninguno de los criadores tenía la menor idea acerca de aquel carnero que llevaba una estrella en su lomo. Un anciano dijo que recordaba haber visto aquella montaña en Sajalín meridional, antes de la guerra, pero no me parecía posible que el Ratón hubiera llegado hasta Sajalín en sus vagabundeos. Y no hay medio humano de enviar una carta urgente desde Sajalín hasta Tokio.

Así nos pasamos el quinto día, y el sexto. Octubre se asentó pesadamente sobre la ciudad. Los días eran aún algo calurosos, pero por la tarde el viento refrescaba sensiblemente, y a la hora del crepúsculo tenía que enfundarme en un grueso jersey. La ciudad de Sapporo resultó ser grande y fastidiosamente rectilínea. Nunca me había dado cuenta, hasta entonces, de lo agotador que resulta andar por una ciudad construida a base de rectas.

Cada vez estaba más cansado, ciertamente. Y para colmo, al cuarto día, el sentido de la orientación me abandonó. Como empezaba a sentir que el punto cardinal opuesto al este era el sur, me compré una brújula en una papelería. Al recorrer a pie, brújula en mano, la ciudad, ésta se me volvía cada vez más irreal. Los edificios empezaron a recordarme el escenario de un estudio fotográfico, y por las calles la gente me parecía cada vez más plana, como siluetas móviles de cartón. El sol se alzaba en un extremo de aquel anodino territorio, para ir a hundirse en el extremo opuesto, describiendo en su trayectoria un arco comparable al de una bala de cañón.

Me bebía siete tazas de café al día, y orinaba cada hora. Poco a poco, fui

perdiendo el apetito.

—¿Y si pusieras un anuncio en el periódico? —me sugirió mi amiga—. Un aviso pidiendo a tu amigo que se ponga en contacto contigo.

—No es mala idea —le dije. Aparte que diera o no resultado, sería mucho mejor que perder el tiempo de aquella manera.

Recorrí las oficinas de cuatro periódicos, donde encargué que en la edición matinal del día siguiente incluyeran el siguiente aviso de tres líneas:

AL RATÓN. URGENTE.
PÓNGASE EN CONTACTO CON
HOTEL DEL DELFÍN, HABITACIÓN 406.

Durante los dos días siguientes, me recluí en la habitación del hotel, a esperar junto al teléfono. Éste sonó tres veces el día que apareció el aviso. La primera llamada provenía de alguien de la ciudad, que me preguntó:

—¿Qué quiere decir eso del Ratón?

—Es el apodo familiar de un amigo —le contesté.

El ciudadano, satisfecho, colgó.

La segunda llamada era de un bromista.

—¡jii, jii, jii! —decía una voz—; ¡jii, jii, jii!

Colgué. En este condenado mundo, no hay paraje más extraño que una ciudad.

La tercera llamada la hizo una mujer, que tenía una voz terriblemente fina.

—Todo el mundo me llama Ratoncito —dijo. En su voz creí sentir los embates del viento sacudiendo a lo lejos el hilo telefónico.

—Le agradezco mucho que se haya molestado en llamar expresamente —le contesté—. Pero la persona que busco es un hombre.

—¡Ya me lo imaginaba! —exclamó—. Sin embargo, como mi apodo es tan parecido, pensé que no estaría de más llamar.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Y ¿ha encontrado a esa persona?

—Todavía no, por desgracia —respondí.

—¡Con lo bien que habría estado que se tratara de mí...! Pero no hay que darle más vueltas, no es así.

—Efectivamente. Lástima.

Se calló. Entretanto, me rasqué el dorso de la oreja con el dedo meñique.

—En realidad —prosiguió—, tenía interés en hablar con usted

—¿Conmigo?

—No sé cómo explicarlo, pero esta mañana, al ver el aviso en el periódico, me quedé perpleja. No sabía si llamarle o no. Temía ser inoportuna...

—Entonces, lo de que la llaman Ratoncito no debe de ser verdad

—En efecto —dijo—, nadie me llama así. No tengo amigos, para ser sincera. Por eso me entraron ganas de hablar con alguien.

Suspiré.

—Bueno. Gracias de todos modos.

—Perdóneme, pero... ¿es usted de Hokkaido?

—Soy de Tokio —le dije.

—Ha venido de Tokio buscando a un amigo, ¿no? —Así es.

—¿Qué edad tiene él, aproximadamente?

—Acaba de cumplir los treinta.

—¿Y usted?

—Dentro de dos meses cumpliré los treinta.

—¿Soltero?

—Sí.

—Yo tengo veintidós. ¿Van mejor las cosas a medida que se cumplen años?

—Verá —le contesté—, eso depende. Unas cosas mejoran y otras no.

—Sería estupendo que pudiéramos seguir esta conversación tranquilamente, tomando algo en un bar, digamos.

—Tendrá que perdonarme, pero debo estar todo el tiempo junto al teléfono.

—Claro —dijo—. Discúlpeme por molestarle.

—De todos modos, gracias por su llamada.

Y así terminé la conversación.

Bien mirado, aquello tenía visos de sutilísima invitación a copular, por parte de una profesional. O tal vez no había que buscar doble sentido a sus palabras: simplemente, una chica solitaria tuvo ganas de hablar con alguien. En cualquier caso, me daba igual. A fin de cuentas, seguía sin hallar la deseada pista.

Al día siguiente sólo hubo una llamada, procedente esta vez de un hombre que parecía majareta.

—Déjenme las ratas, que aquí está el exterminador —me soltó. Y por un buen cuarto de hora me habló de que, durante una estancia en un campo de concentración de Siberia, tuvo que luchar con ratas y ratones. Era curioso escucharle, pero, lo que es como pista, no me servía en absoluto.

Me senté junto a la ventana en un sillón desvencijado, y mientras

esperaba el timbrado del teléfono, me puse a observar la actividad laboral desarrollada en la oficina del edificio de enfrente, planta tercera. Aunque estuve mirando todo el día, no logré adivinar cuál era la índole de aquella empresa. Había una docena de empleados, los cuales, como en un reñido partido de baloncesto, no hacían más que entrar y salir. Uno le pasaba a otro unos papeles, el de al lado les estampaba un sello, el de más allá los metía en un sobre y salía de estampida. A la hora del descanso de mediodía, una oficinista tetuda les sirvió una taza de té. Más tarde, algunos tomaron café, que se hacían traer de un bar. Al verlo, también me entraron ganas de tomar un café, y, tras pedir al recepcionista que ocupara mi lugar a la espera de mensajes, me acerqué a la cafetería vecina a tomarme uno; además, aproveché la salida para comprar un par de latas de cerveza. De nuevo en mi habitación, pude ver que en la oficina sólo quedaban cuatro personas. La oficinista tetuda bromeaba con un joven empleado. Por mi parte, mientras me bebía una cerveza contemplando la actividad que tenía lugar en aquella oficina, mi atención se centró en la mujer.

Se me ocurrió que, cuanto más miraba sus tetas, tanto más descomunales las encontraba. Seguro que usaba un sostén hecho con algo parecido a los cables de acero del Golden Gate, el puente colgante de San Francisco. Tuve la impresión de que más de un joven empleado desearía acostarse con ella. El apetito sexual de aquellos oficinistas se me comunicó a través de una calle y los cristales de dos ventanas. Es una sensación increíble, eso de sentir el apetito sexual de otro. Vas cayendo insensiblemente en la alucinación de que esas ganas de copular son tuyas.

Al dar las cinco, la mujer se cambió de ropa, poniéndose un vestido rojo, y se fue a su casa. Eché las cortinas de la ventana y me puse a ver una película de Bugs Bunny que daban por televisión. El octavo día pasado en el Hotel del Delfín llegó así a su ocaso.

* * *

—¡Estupendo! —exclamé. Esta frasecita se me ha convertido en una muletilla—. Ha pasado ya una tercera parte del mes, y no hemos encontrado nada.

—Verdad —me dijo ella—. ¿Cómo le irá a Boquerón?

Estábamos los dos sentados, descansando después de la cena, en aquel mal sofá de color naranja que se hallaba situado en el salón del hotel. Aparte de

nosotros dos, no había nadie más que el recepcionista de la mano mutilada, quien tan pronto se ocupaba en cambiar bombillas, sirviéndose de una escalera de mano, como en limpiar los cristales de las ventanas o en doblar cuidadosamente los periódicos. Debía de haber otros huéspedes en el hotel, además de nosotros, pero todos parecían estar reclusos en sus habitaciones sin hacer el menor ruido, como momias guardadas en una pirámide.

—¿Qué tal van los asuntos de los señores? —nos preguntó respetuosamente el recepcionista, mientras regaba las macetas.

—Así así —le contesté.

—Al parecer, el señor puso un anuncio en el periódico.

—Efectivamente —respondí—. Busco a cierta persona relacionada con una herencia de terrenos.

—¿Herencia de terrenos?

—Sí. Como resulta que el heredero desapareció sin dejar rastro...

—Ya veo —asintió—. Un trabajo interesante, el suyo.

—No crea...

—Sin embargo, tiene algo del atractivo de *Moby Dick*.

—¿De *Moby Dick*? —pregunté.

—¡Claro! Buscar algo oculto resulta apasionante.

—¿Como buscar un mamut, por ejemplo? —preguntó mi amiga.

—Efectivamente. Da igual lo que se busque —dijo el recepcionista—.

Le puse a este establecimiento Hotel del Delfín porque en *Moby Dick*, la novela de Melville, hay una escena de delfines.

—¡Vaya! —exclamé—. Pero, siendo así, ¿no habría quedado mejor ponerle Hotel de la Ballena?

—Es que las ballenas no tienen tan buena imagen —dijo, con expresión de pesar.

—Hotel del Delfín es un nombre precioso —terció mi amiga.

—Muchas gracias —dijo el recepcionista, con una sonrisa—. Y, a propósito, esta larga estancia con que los señores nos honran en el hotel, es sin duda una feliz circunstancia. Y en prueba de reconocimiento por mi parte, permítanme que los obsequie con una copa de vino

—¡Me encanta! —exclamó mi amiga

—Muchas gracias —dije.

Entró en una habitación interior y al poco rato volvió con una botella bien fría de vino blanco, y tres vasos.

—Bien, brindemos pues; aunque, como estoy de servicio, sólo participaré simbólicamente.

—Por favor, acompáñenos —le dijimos.

Así fue como bebimos juntos. El vino no era ninguna maravilla, pero estaba fresco y pasaba la mar de bien. Incluso los vasos, decorados con racimos de uvas, tenían cierto toque de distinción.

—Por lo visto, le gusta *Moby Dick* —me decidí a preguntarle.

—Sí, por cierto. Desde que era niño deseé ser marinero.

—Y ¿cómo vino a parar a este hotel? —preguntó mi amiga.

—Cuando perdí los dedos tuve que cambiar de oficio —respondió—. Me los pillé en una polea mientras descargaba mercancías de un carguero.

—¡Debió de ser terrible! —exclamó mi amiga.

—Por aquella época lo veía todo negro. Pero, al fin y al cabo, la vida es una caja de sorpresas. Por ejemplo, he llegado a tener este hotel. No es que sea un hotel de primera, pero me permite tirando. Con éste, son ya diez los años que hace que lo tengo.

Así pues, aquel hombre no era sólo el recepcionista, sino también el dueño.

—Es un hotel espléndido, fenomenal —exclamó mi amiga, llevada de su buen corazón.

—Muchísimas gracias —dijo el hombre; y nos llenó por segunda vez los vasos.

—En estos diez años, ¿cómo se lo diría?, el hotel ha llegado a adquirir carácter propio, ¿verdad? —afirmé, sin que se me cayera la cara de vergüenza.

—Ciertamente. Fue edificado justo después de la guerra.

Tuve un poco de ayuda, pero he de reconocer que hice una buena compra.

—Y antes de ser hotel, ¿a qué estaba destinado?

—Era la sede del Centro de Criadores de Ganado Ovino de Hokkaido. Todo tipo de trámites, operaciones de compraventa, etcétera, concernientes al ganado ovino, se realizaban aquí.

—¿Ovino? —le pregunté.

—La cría de carneros —me aclaró.

* * *

—Este edificio perteneció a la Asociación de Criadores de Ganado Ovino de Hokkaido hasta 1967. Pero el bajón que experimentó la cría de carneros en Hokkaido provocó el cierre de la asociación —nos explicó el hombre, que hizo una pausa para beberse un trago de vino—. Por aquel

entonces, ocupaba la presidencia de la asociación mi padre, que no paraba de despotricar contra el hecho de que se cerrara así como así la Asociación de Criadores de Ganado Ovino, por la cual sentía tanto cariño; de modo que, con la expresa condición de que se siguiera conservando aquí la documentación concerniente al ganado ovino, medió para que se vendiera este edificio y el terreno anejo, por parte de la asociación, a un precio bastante razonable. En consecuencia el segundo piso de este edificio está ocupado en su totalidad por el archivo documental del ganado ovino. Aunque, como todo lo que hay allí es material vetusto, no puede decirse que esos documentos sirvan para nada. De todos modos, mi padre está contento y tiene con qué distraerse. El resto del edificio, lo utilizo como hotel. Y así voy tirando.

—¡Qué casualidad! —exclamé.

—¿Casualidad, dice el señor?

—Verá, la persona que busco tiene cierta relación con la cría de carneros. Y mi única pista para encontrarla es la fotografía de un rebaño que me entregaron.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. Si no tiene inconveniente, me gustaría verla.

Saqué del bolsillo la foto, que guardaba entre las páginas de mi agenda, y se la pasé al hombre. Éste fue al mostrador de recepción a buscar sus gafas y, tras volver a nuestro lado, miró la foto detenidamente.

—Este paisaje lo he visto antes —dijo.

—¿Recuerda dónde?

—Desde luego que sí —y tras estas palabras, el hombre tomó la escalera de mano, que estaba debajo de una lámpara, y la apoyó contra la pared opuesta. Se subió, cogió un cuadro enmarcado que colgaba muy cerca del techo, y lo bajó. Tras quitarle el polvo con un paño, lo puso en nuestras manos.

—¿No es este paisaje?

El marco era muy viejo, y la fotografía todavía más, hasta el punto que se había vuelto de color sepia. Era la foto de un rebaño de carneros. Habría unos sesenta. Había una valla, había un bosque de abedules blancos, había montañas. El bosque de abedules era muy diferente del que aparecía en la fotografía del Ratón, pero las montañas del fondo eran sin duda alguna las mismas. Incluso la composición de la fotografía coincidía por entero.

—¡Estupendo! —dije, dirigiéndome a mi amiga—. Hemos estado paseándonos todos los días bajo esta foto.

—Por algo te decía yo que debíamos alojarnos en el Hotel del Delfín —me respondió, como quien no quiere la cosa.

—Entonces, concretemos. —Y, tras retomar el aliento, le pregunté al

hombre—: ¿Dónde está el lugar retratado en esta foto?

—No lo sé —me respondió—. Esta foto lleva colgada en ese mismo sitio muchísimo tiempo, desde que este edificio era la sede de la Asociación de Criadores de Ganado Ovino.

—¡Vaya! —murmuré.

—Sin embargo, hay un medio de saberlo.

—Y ¿cuál es?

—Pregúnteselo a mi padre. Vive en una habitación de la segunda planta, de donde no sale nunca. Permanece recluido en ella, enfrascado en la lectura de todo lo que se refiera a los carneros. Hace ya casi un mes que no le he visto, pero como le pongo la comida ante la puerta, y a la media hora los platos están vacíos, deduzco que sigue vivo.

—Y si le pregunto a su padre, ¿cree que me podrá aclarar el lugar donde fue hecha la fotografía?

—Creo que sí. Como dije antes al señor, mi padre desempeñaba el cargo de presidente de la Asociación de Criadores de Ganado Ovino, y es opinión general que sabe prácticamente todo lo referente a carneros. ¡Figúrese que la gente le conoce por el profesor Ovino!

¡El profesor Ovino! —exclamé, como un eco.

3. DONDE EL PROFESOR OVINO COME A PLACER Y ABRE SU CORAZÓN

Según el relato del dueño del Hotel del Delfín —hijo del profesor Ovino—, su padre había vivido una existencia nada feliz.

—Mi padre nació en Sendai en 1905, y era el hijo mayor de una familia de antiguos samuráis —empezó a explicarnos el hombre—. Voy a referirme a los años según el calendario occidental, si los señores me lo permiten.

—Desde luego, no faltaría más —le dije.

—No es que fuera una familia particularmente próspera, pero contaban con las rentas de varias fincas que tenían alquiladas; antiguamente, había merecido la confianza de un daimio, que le confió la custodia de un castillo. Cuando cayó el shogunato, al final del período Edo, nuestra familia contaba entre sus miembros con un renombrado especialista en agronomía.

Por lo que nos explicó su hijo, desde su más tierna infancia, el profesor Ovino tuvo una cabeza privilegiada para los estudios, y en la ciudad de Sendai todos lo consideraban un niño prodigio. Pero no destacaba sólo en los estudios, sino también como violinista, hasta el punto de que, cuando estudiaba el bachillerato, interpretó para la familia imperial, que a la sazón visitaba la provincia, una sonata de Beethoven; como recompensa por su arte, recibió un reloj de oro.

La familia tenía la esperanza de que estudiara derecho y se abriera camino en la abogacía. Pero él lo rechazó de plano.

—No me interesa el derecho —dijo el joven profesor Ovino.

—Entonces, podrías dedicarte a la música —le dijo su padre—. Estaría bien que hubiera un músico en la familia.

—Tampoco me interesa la música —respondió el profesor Ovino.

Durante un rato, permanecieron callados.

—Así pues —dijo el padre rompiendo al fin el silencio—, ¿qué quieres estudiar?

—Me interesa la agricultura. Me gustaría ser perito agrónomo. —¡Bien! —exclamó el padre tras una pausa.

En realidad, no le quedaba otra salida. El profesor Ovino era un joven dócil y de buen carácter, pero una vez que había tomado una decisión, no era de los que dan su brazo a torcer. Ni siquiera su propio padre le hubiera hecho cambiar de idea.

Así que, al año siguiente, el profesor Ovino ingresó, conforme a sus

deseos, en la Facultad de Agronomía de la Universidad Imperial de Tokio. Su fama de niño prodigio no decayó en su etapa universitaria. Era el blanco de todas las miradas, incluso de las de sus profesores. En sus estudios siempre fue de los primeros, como tenía por costumbre, y además era apreciado por todos. En pocas palabras, era irreprochable, la flor y nata de la universidad. No perdía el tiempo jugando, dedicaba sus ratos libres a leer, y, cuando se cansaba de los libros, se encaminaba al jardín de la universidad, donde tocaba el violín. En el bolsillo de su uniforme de estudiante siempre llevaba aquel reloj de oro.

Se licenció a la cabeza de su clase, y enseguida ingresó en el Ministerio de Agricultura y Bosques. Su tesis de licenciatura trataba de la planificación agrícola conjunta de Japón, Corea y Formosa. Tuvo algunas críticas, pues hubo quien consideró sus propuestas excesivamente teóricas, pero en general fue bien acogida.

Tras un par de años en el ministerio, el profesor Ovino pasó a Corea, donde estudió el cultivo del arroz. Como resultado de sus estudios, publicó un informe titulado «Plan para fomentar la producción de arroz en Corea», que fue adoptado oficialmente.

En 1934 le llamaron a Tokio, donde le presentaron a un joven general del ejército de tierra. Este general, ante la inminente campaña en gran escala que se desarrollaría en el norte de China, le pidió que trazara un plan para conseguir la autosuficiencia en el suministro de lana. Así entró en contacto el profesor Ovino con los carneros. El profesor elaboró un proyecto general de desarrollo de la cría de ganado ovino, referido a Japón, Manchuria y Mongolia, y en la primavera del año siguiente pasó a Manchuria para realizar una inspección sobre el terreno. Aquí empezaron las desgracias del profesor Ovino.

La primavera de 1935 transcurrió en calma. Fue en julio cuando los acontecimientos se precipitaron. Un buen día, el profesor salió a caballo para inspeccionar los rebaños, pero no volvió, y se temió que hubiera desaparecido.

Pasaron los días, y el profesor Ovino no regresaba. Al cuarto día, una patrulla de rescate, formada en gran parte por soldados, se lanzó en su busca por aquellos parajes solitarios, pero fue imposible dar con él. Se pensó que tal vez hubiera sido atacado por los lobos, o secuestrado por nativos rebeldes. Sin embargo, transcurrida una semana, cuando ya se había abandonado toda esperanza, el profesor Ovino volvió al campamento una tarde, a la caída del sol, casi en los huesos. Tenía la cara demacrada y presentaba diversas heridas, sólo el brillo de sus ojos permanecía inalterado. Había perdido, además, el caballo y su reloj de oro. Explicó que se había extraviado por el campo, y que su caballo se lesionó y tuvo que abandonarlo. Nadie puso en duda esta explicación.

No obstante, aproximadamente un mes más tarde, empezaron a circular

extraños rumores por las oficinas estatales: se decía que el profesor había mantenido «estrechas relaciones» con los carneros. Con todo, nadie sabía qué quería decir eso de «estrechas relaciones». Su jefe le llamó a su despacho, para escuchar su versión, pues no se podían desechar alegremente aquellos rumores, sobre todo en una sociedad colonial.

—¿De verdad has mantenido «estrechas relaciones» con carneros?

—Es cierto —contestó el profesor Ovino.

A continuación se detallan los términos del interrogatorio (J.: jefe; P.: profesor).

J.: Esas «estrechas relaciones», ¿implican trato carnal?

P.: No, ni mucho menos.

J.: Explicámelo, pues

P.: Se trata de una compenetración anímica.

J.: Eso no quiere decir nada.

P.: No logro dar con la palabra exacta, pero lo más aproximado que se me ocurre es hablar de una «convivencia espiritual».

J.: ¿Has convivido «espiritualmente» con un carnero?

P.: Así es.

J.: ¿Me estás diciendo que durante la semana en que se te dio por desaparecido mantuviste una «convivencia espiritual» con un carnero?

P.: Así es

J.: ¿y no crees que tal conducta implica descuidar tus obligaciones profesionales?

P.: Mis obligaciones incluyen estudiar a los carneros, señor.

J.: La «convivencia espiritual» no figura entre las cuestiones que has de estudiar. Has de ser más cuidadoso en el futuro. Tienes un brillante historial por tus estudios en la Facultad de Agronomía de la Universidad Imperial de Tokio y por tu espléndida labor desde que ingresaste en el ministerio, y se puede decir que eres la persona destinada a conducir la política agraria en el Asia Oriental. Has de tomar conciencia de ello.

P.: Entiendo, señor.

J.: Y olvídate para siempre de esa «convivencia espiritual». Los carneros son meras bestias.

P.: Sería imposible olvidarlo.

J.: Dame una explicación concreta.

P.: Es que el carnero está dentro de mí.

J.: Eso no quiere decir nada.

P.: No me es posible explicarlo de otro modo.

En febrero de 1936 el profesor Ovino fue enviado de vuelta a Japón, y, tras verse sometido innumerables veces a parecidos interrogatorios, al llegar la primavera fue destinado a los archivos del ministerio, donde se ocupó en inventariar el material y organizar los legajos. En suma, lo expulsaron de aquel círculo selecto destinado a dirigir la política agraria del Asia Oriental.

—El carnero ya ha salido de mí, —le confió un buen día el profesor Ovino a un amigo íntimo—. Sin embargo antes estuvo aquí, en lo más profundo de mi ser.

En 1937 el profesor Ovino se retiró del Ministerio de Agricultura y Bosques y, aprovechando un préstamo personal concedido por dicho ministerio —como parte de un plan para fomentar la cría del ganado ovino en Japón, Manchuria y Mongolia, hasta alcanzar los tres millones de cabezas, plan elaborado en su día por el propio profesor—, se trasladó a Hokkaido, donde se hizo ganadero al adquirir un rebaño propio de 56 carneros.

1939. El profesor Ovino contrae matrimonio. Su rebaño tiene 128 carneros.

1942. Nace su primogénito (el actual dueño y gerente del Hotel del Delfín). Cuenta con 181 carneros.

1946. El ejército de ocupación americano se incauta del terreno donde pasta el rebaño del profesor Ovino, y lo convierte en campo de maniobras. Tiene 62 carneros.

1947. El profesor Ovino ingresa en la Asociación de Criadores de Ganado Ovino de Hokkaido.

1949. Fallece su esposa, de tuberculosis pulmonar.

1950. Es nombrado presidente de la Asociación de Criadora de Ganado Ovino de Hokkaido.

1960. Su primogénito pierde parte de dos dedos en un accidente ocurrido en el puerto de Otaru.

1967. Cierre de la Asociación de Criadores de Ganado Ovino de Hokkaido.

1968. Apertura del Hotel del Delfín.

1978. Entrevista con un joven agente de la propiedad inmobiliaria, que desea informarse sobre cierta fotografía.

Éste era yo, claro.

* * *

¡Estupendo! —me dije.

* * *

—Creo conveniente entrevistarme con su padre —le dije al hombre.

—Por mí, no hay inconveniente. Con todo, como mi padre no me puede ni ver, discúlpenme, pero ¿les importaría ir a visitarlo por su propia cuenta? —preguntó el hijo del profesor Ovino.

—¿Por qué no lo puede ni ver?

—Pues porque perdí parte de dos dedos y me estoy quedando calvo.

—Ya —dije—. Parece una persona extraña, su padre, quiero decir.

—No sé si debería decirlo, siendo su hijo; pero, desde luego, es una persona extraña. Mi padre no es el mismo desde que tuvo aquella relación con el carnero. Se ha convertido en un hombre difícil y, a menudo, cruel. Sin embargo, en lo más hondo de su corazón sigue siendo una persona bondadosa. Se puede apreciar sólo con oírle tocar el violín. Es que el carnero hirió a mi padre y, a través de él, también me hirió a mí.

—Su padre le inspira cariño, ¿verdad? —le preguntó mi amiga.

—Sí, es cierto, desde luego —confesó el dueño del Hotel del Delfín—; sin embargo, no me puede ni ver. Desde que nací, ni una sola vez me ha abrazado. Tampoco me ha dirigido jamás palabras cariñosas. Y desde que me mutilé los dedos y mi cabello empezó a clarear, no pierde ocasión de mortificarme.

—Estoy segura de que lo hace sin querer —apuntó mi amiga a fin de consolarlo.

—También yo lo creo así —dije a mi vez.

—Muchas gracias —respondió el dueño.

—Una cosa, ¿querrá su padre entrevistarse con nosotros? —se me ocurrió preguntarle.

—¡Quién sabe! —respondió el hotelero—. Aunque si tienen en cuenta un par de cosas, no veo por qué no los ha de recibir. La primera es que le

expongan claramente que desean información acerca del ganado ovino.

—¿Y la segunda?

—Que no le digan que han hablado conmigo.

—Entendido —le dije.

Agradecidos, nos despedimos del hijo del profesor Ovino, y subimos escaleras arriba. En el rellano del segundo piso hacía frío, y el aire estaba húmedo. La iluminación era pobre, aunque dejaba ver el polvo acumulado en los rincones. Flotaba en el ambiente un hedor pútrido en el que se mezclaban los olores del papel amarillento y polvoriento y del sudor rancio. Caminamos por un pasillo y, siguiendo las instrucciones del hijo, llamamos con los nudillos a la vieja puerta que había al final. En lo alto tenía pegada una desvaída placa de plástico con las palabras: «Director de la Asociación.» No obtuvimos respuesta. Volví a golpear la puerta con los nudillos. Tampoco respondió nadie. A mi tercera llamada, percibimos dentro una voz malhumorada.

—¡Dejadme en paz! —exclamó aquella voz—. ¡Largo!

—Hemos venido a hacerle unas consultas sobre el ganado ovino.

—¡Por mí, os podéis ir a la mierda! —gritó el profesor Ovino desde dentro de la habitación. Para tener setenta y tres años, su voz era muy firme.

—No pensamos marcharnos sin que nos reciba —vociferé a través de la puerta cerrada.

—Sobre eso ya no hay nada que hablar, ¡estúpidos! —chilló el profesor.

—¡Pero es que tenemos algo que decirle! —rugí—. ¡Se trata del carnero que desapareció en 1936!

Hubo un breve silencio, y de pronto la puerta se abrió bruscamente. El profesor Ovino estaba ante nosotros.

El profesor Ovino tenía los cabellos largos, blancos como la nieve. Sus cejas eran también blancas, y le colgaban sobre los ojos como carámbanos. Medía un metro setenta y cinco, aproximadamente, y su cuerpo parecía firme y vigoroso. Era un hombre corpulento. El perfil de la nariz se le proyectaba hacia fuera en un ángulo retador, semejante al de una pista de slalon.

La habitación apestaba a sudor rancio. Ahora bien, cuando llevábamos un rato dentro, ya no te parecía que olía a sudor, sino más bien a algo que estaba en perfecta armonía con el lugar y con la persona que lo habitaba. Por la amplia habitación se apilaban sin orden ni concierto libros y legajos, hasta el punto que apenas sí se podía ver el suelo. La mayor parte de los libros eran

obras eruditas redactadas en idiomas extranjeros, y todos estaban llenos de manchones. En la pared de la derecha se apoyaba una cama, indeciblemente sucia, y ante la ventana que daba a la calle había una enorme mesa de caoba y un sillón giratorio. Sobre la mesa reinaba un orden relativo, y coronaba todo aquel papelorio un pisapapeles de cristal que representaba un carnero. La iluminación se reducía a una bombilla de setenta vatios que ardía en una lámpara de sobremesa.

El profesor Ovino vestía camisa gris, jersey negro y gruesos pantalones veteados de espigas, que casi habían perdido su forma. La camisa gris y el jersey negro, según las oscilaciones de la luz, hubieran podido pasar por una camisa blanca y un jersey gris. Tal vez fueran éstos sus colores originales.

El profesor Ovino se sentó en el sillón giratorio, ante la mesa, y nos indicó con el dedo que nos sentáramos en la cama. Cruzamos la habitación sorteando los libros, al modo de quien avanza por un campo minado, hasta llegar a la cama, donde nos sentamos. Aquella cama estaba tan llena de mugre, que no pude menos que pensar si mis vaqueros se quedarían para siempre pegados a las sábanas. El profesor Ovino cruzó los dedos y, apoyándolos en la mesa, nos miró fijamente durante un rato. Sus dedos estaban cubiertos de pelos negros, incluso en las articulaciones. Esas vellosidades negras de sus dedos formaban un extraño contraste con sus deslumbradoras canas.

De repente, el profesor Ovino cogió el teléfono y gritó ante el auricular:

—Que me traigan la cena. Deprisa.

—Así pues —dijo volviéndose hacia nosotros—, habéis venido para hablar del carnero que desapareció en 1936.

—Así es —confirmé.

—¡Ejem! —exclamó, y luego se sonó la nariz con un pañuelo de papel en medio de sonoros aspavientos—. ¿Tenéis algo que decirme? ¿O que preguntarme?

—Ambas cosas.

—Bien, pues empezad a hablar.

—Respecto de aquel carnero que huyó de usted en la prima., vera de 1936, tenemos la pista de adónde fue a parar.

—¡Hum! —murmuró el profesor Ovino, con un resuello nasal—. ¿Me estáis diciendo que sabéis algo por cuya búsqueda he renunciado a todo durante cuarenta y dos años?

—Efectivamente, lo sabemos —dije.

—Tal vez todo sean patrañas.

Saqué de mis bolsillos el encendedor de plata y la fotografía enviada por el Ratón, y puse ambas cosas sobre la mesa. El profesor alargó sus peludas

manos, tomó en ellas el encendedor y le foto, y los examinó a la luz de la lámpara durante un buen rato. El silencio flotaba en el aire, como corpúsculos en suspensión. La maciza ventana de doble cristalera amortiguaba los ruidos de la calle, en tanto que el leve crepitar de la vieja lámpara eléctrica subrayaba la pesadez del silencio.

Tan pronto como el anciano terminó de examinar el encendedor y la foto, pulsó el interruptor de la lámpara que se apagó con un clic, y se frotó los ojos con sus gruesos dedos. Era como si estuviese tratando de encajarse a presión los globos oculares en la bóveda craneana. Cuando retiró los dedos, sus ojos estaban cargados y rojizos, como los de un conejo.

—¡Disculpadme! —exclamó el profesor Ovino—. Hace tanto tiempo que estoy rodeado de gente estúpida, que desconfío de todo el mundo.

—No se preocupe —lo tranquilicé.

Mi amiga esbozó una gentil sonrisa.

—¿Podéis imaginaros lo que ocurre cuando alguien tiene en su mente un pensamiento claro y evidente para él, pero es absolutamente incapaz de formularlo con palabras? —preguntó el profesor Ovino.

—Es difícil imaginar una cosa así —le respondí.

—Es el infierno. Es un infierno donde ese pensamiento no para de girar sobre sí mismo. Un infierno en el fondo de la tierra, donde no se ve un rayo de luz ni entra un hilo de agua. Ésa ha sido mi vida durante estos cuarenta y dos años.

—Y todo por el carnero, ¿verdad?

—Así es. Todo a causa del carnero. Él me metió en esto. Ocurrió en la primavera de 1936.

—Así pues, para buscar al carnero cesó en el Ministerio de Agricultura y Bosques, ¿no es cierto?

—Los funcionarios son todos unos imbéciles. Gentes que no tienen ni idea del auténtico valor de las cosas. La importancia del carnero, por ejemplo, nunca la supieron valorar.

Sonó en la puerta la llamada de unos nudillos, seguida de una voz femenina:

—Aquí tiene su cena, señor.

—Déjala ahí —gritó el profesor Ovino.

Se dejó oír el tenue ruido de la bandeja al posarse sobre el suelo y, a continuación, el de unos pasos que se alejaban. Mi amiga abrió la puerta, cogió la bandeja y la llevó hasta la mesa, donde la colocó ante el profesor Ovino. En la bandeja había sopa, ensalada, un panecillo y albóndigas, para el profesor; y dos tazas de café, para nosotros.

—¿Vosotros habéis cenado ya? —preguntó el profesor Ovino.

—Sí, gracias —le respondimos.

—¿Qué habéis comido?

—Ternera al vino —contesté.

—Gambas a la plancha —contestó mi amiga.

—¡Hum! —gruñó el profesor Ovino. Luego empezó a tomarse la sopa y masticó un pedazo de pan—. Disculpadme por comer mientras hablo con vosotros. Pero es que tengo hambre.

—¡No faltaría más! —le dijimos.

El profesor Ovino se concentró en su sopa, mientras nosotros saboreábamos el café. Tenía la mirada fija en el tazón mientras se la iba comiendo.

—¿Conoce usted el paisaje retratado en esa fotografía? —le pregunté.

—¡Claro que lo conozco! Lo conozco muy bien —respondió.

—¿Nos puede indicar dónde está?

—Bueno, un momento —dijo el profesor Ovino, y apartó a su lado el tazón vacío de sopa—. Procedamos con orden, cada cosa su tiempo. Empecemos por lo que ocurrió en 1936. Primero hablaré yo, y luego vendrá tu turno.

Asentí.

—En pocas palabras —dijo el profesor Ovino—, el carnero entró en mí durante el verano de 1935. Yo andaba por las inmediaciones de la frontera entre Manchuria y Mongolia, inspeccionando los pastizales, cuando me perdí; tuve la suerte de encontrar una cueva y me metí en ella a pasar la noche. En sueños se me apareció un carnero, que me preguntó si podía entrar en mí. «¿Y por qué no», le respondí. No le di la mayor importancia a aquel sueño porque sabía que se trataba de eso, de un sueño. —Y el anciano se rió a mandíbula batiente mientras iba dando cuenta de su ensalada—. Aquel carnero era de una raza jamás vista por mí anteriormente. Por mi profesión, tenía conocimiento de todas las razas de carneros existentes en el mundo, pero aquél me resultaba desconocido. Su cornamenta se retorció en un ángulo insólito, tenía las patas cortas y gruesas, el color de sus ojos era transparente, como el del agua salarina de un regato. Su lana era blanca, aunque sobre el lomo le crecían algunos vellones parduscos formando una estrella. Un carnero así no se había visto antes. Por eso precisamente le dije que podía entrar en mí si quería. Como experto en ganado ovino no podía dejarme indiferente aquel ejemplar tan curioso.

—Al entrar el carnero en el cuerpo de una persona, ¿qué sensación experimenta ésta?

—Nada extraordinario. Es, simplemente, la sensación de que el carnero *está* ahí, dentro de ti. La sientes al levantarte por la mañana: «El carnero está dentro de mí.» Es una sensación la mar de natural.

—¿Ha sufrido dolores de cabeza?

—Ni una sola vez en toda mi vida.

El profesor Ovino dio a sus albóndigas un baño uniforme de salsa, y ñam, ñam, se las fue zampando una tras otra.

—El que un carnero entre en el cuerpo de una persona —siguió diciendo— es raro, pero no inhabitual en el norte de China y en los confines del territorio mongol. Entre los nativos de aquellas tierras, el que una persona sea escogida como morada por un carnero se considera un especial regalo divino hacia ella. Así, por ejemplo, en un libro que fue publicado en la época de la dinastía Yuan, hacia el siglo XIII o XIV, se cuenta que «un carnero blanco con una estrella en el lomo» entró en el cuerpo de Gengis Khan. ¿Qué te parece? Interesante, ¿no?

—Mucho.

—El carnero que entra en un cuerpo humano, se vuelve inmortal. Y también se vuelve inmortal la persona que acoge al carnero. Sin embargo, si el carnero sale de ella, la inmortalidad se pierde. Todo depende del carnero: si está a gusto puede quedarse décadas y décadas en un cuerpo; y si no acaba de satisfacerle ¡zas!, lo abandona a toda prisa. Los humanos que han sido abandonados por un carnero son denominados «desheredados» por los manchúes; a ese grupo pertenezco yo.

Ñam, ñam, ñam, el profesor seguía comiendo.

—Después que el carnero entró en mí, me puse a investigar las leyendas y tradiciones populares relativas a los carneros. Me dediqué a recoger relatos orales de los indígenas, a indagar en libros antiguos, etcétera. Paralelamente, se difundió entre los nativos el rumor de que estaba poseído por un carnero, y ese rumor llegó a oídos de mi jefe, a quien aquello no le cayó nada bien. En resumidas cuentas, me colocaron la etiqueta de «trastorno mental», con lo que me enviaron de vuelta a Japón. Mi caso fue considerado un ejemplo más de «adaptación a la vida en las colonias».

Concluidas sus tres albóndigas, el profesor Ovino decidió acabarse el panecillo. Era evidente que su apetito no flaqueaba.

—Uno de los rasgos más lamentables del Japón contemporáneo es que no hemos sido capaces de aprender nada de nuestros intercambios con los otros pueblos asiáticos. Algo semejante es lo que ha pasado con los carneros. El fracaso de la cría del ganado ovino en Japón se debe a que éste ha sido considerado únicamente una fuente autárquica de abastecimiento de lana y

carne. Nuestra manera de pensar no tiene en cuenta para nada la vida diaria. El criterio es siempre obtener el máximo de beneficios inmediatos sin pensar en el futuro. Y así nos han ido las cosas. En suma, que no obramos con sensatez. No tiene nada de extraño que perdiéramos la guerra, desde luego.

—Aquel carnero pasó con usted al Japón, ¿no es cierto? —le pregunté, tratando de volver al tema que me interesaba.

—Así es —dijo el profesor Ovino—. Volví en barco desde el puerto de Pusán. Y el carnero venía conmigo.

—Y ¿qué propósito perseguía el carnero?

—¡Ni idea! —exclamó el profesor Ovino como escupiendo las palabras—. No tengo ni idea. El carnero no me lo reveló. Pero se proponía algo grande, eso sí que pude captarlo. Un proyecto colosal que habría transformado de modo radical a la humanidad y al universo entero.

—¿Un solo carnero pensaba llevar a cabo semejantes designios?

El profesor Ovino asintió, mientras sepultaba en su boca los restos del panecillo. Luego se frotó las manos para desprenderse de las migajas.

—No hay nada de extraño en ello —dijo—. Recuerda la historia de Gengis Khan.

—No le falta razón —concedí—. Sin embargo, ¿por qué resucitó en nuestra época? ¿Por qué elegiría precisamente Japón?

—Tal vez lo desperté. Es probable que el carnero durmiera en aquella cueva un sueño de siglos. Y voy yo, como un idiota, y lo despierto. ¡Qué mala suerte!

—No fue culpa suya —dije para tranquilizarlo.

—Todo lo contrario —dijo el profesor Ovino—. Fue precisamente por mi culpa. Debí haberme dado cuenta mucho antes. De haber sido así, me habría quedado una baza por jugar. Pero el caso es que tardé en comprenderlo, demasiado. Y cuando caí en la cuenta, el carnero ya había salido de mí.

El profesor Ovino permaneció silencioso mientras se restregaba con los velludos dedos aquellas cejas blancas, semejantes a carámbanos. Se diría que el peso de aquellos cuarenta y dos años oprimía como una losa hasta el último poro de su cuerpo.

—Una mañana, al despertarme, ya no había trazas del carnero. Entonces comprendí lo que significaba ser uno de los «desheredados». Es, ni más ni menos, el infierno. El carnero se va, pero deja tras de sí un recuerdo. Un recuerdo que es imposible borrar. Tal es la condición de un «desheredado».

El profesor Ovino volvió a sonarse las narices con un pañuelo de papel.

—Bueno, ahora te toca hablar a ti.

Inicié mi relato a partir del momento en que el carnero había abandonado al profesor Ovino, y le expliqué todo lo que sabía:

Cómo el carnero había entrado en el cuerpo de un joven preso político de ideología derechista. Cómo éste, al salir de la prisión, se había convertido muy pronto en una gran personalidad de la extrema derecha. Cómo pasó luego a la China, donde estableció una red de información, y ganó una fortuna, por añadidura. Cómo en el período posbélico iba a ser juzgado como criminal de guerra, pero se le dejó en libertad a cambio de su red de información en la China continental. Cómo, utilizando la fortuna que amasó en el continente chino, se había hecho con el control del mundo político, económico e informativo durante la posguerra.

—He oído hablar de ese personaje —dijo el profesor Ovino con un gesto de amargura—. ¿Por qué elegiría el carnero a un tipo así?

—Sin embargo, hace unos meses, en primavera, el carnero salió de su cuerpo. Ese hombre se encuentra actualmente en coma, a punto de morir. Mientras el carnero permaneció en su interior, actuó como freno de su tumor cerebral.

—¡Qué suerte ha tenido! Para un «desheredado» ¡cuánto mejor no es la muerte que arrastrar el recuerdo imborrable del carnero!

—¿Por qué lo abandonaría después de poner en pie esa colosal organización a lo largo de tantísimo tiempo?

El profesor Ovino dio un profundo suspiro.

—¿Aún no lo entiendes? El caso de ese hombre coincide en todo con el mío. Simplemente, dejó de serle útil. Toda persona tiene sus límites, y al carnero ya no le servirá una vez que los haya alcanzado. Me imagino que ese hombre no llegó a comprender del todo cuáles eran las pretensiones reales del carnero. La misión que le había asignado no era otra que construir una colosal organización, y una vez coronada esa cima, ya estaba de más; por eso ha quedado descartado, del mismo modo que el carnero me usó como medio de transporte.

—Ya. Y ¿qué habrá sido del carnero desde entonces?

El profesor Ovino tomó la fotografía de encima de la mesa, y dijo, golpeándola con los dedos:

—Debe de andar vagando por Japón, buscando un nuevo individuo de quien tomar posesión. Sospecho que el carnero intentará poner a esa persona al frente de la organización.

—¿Qué es lo que pretende el carnero con todo ello?

—Como ya te dije antes, lamentablemente, no puedo expresarlo con palabras. Digamos que lo que busca el carnero es una encarnación de su mente.

—¿Eso es bueno?

—Para la mente del carnero, claro que sí.

—¿Y para la persona en quien se encarna?

—¡Quién sabe! —exclamó el anciano—. ¡Quién sabe, realmente! Una vez que se marchó de mí el carnero, ya no he sabido hasta dónde llego yo, ni en qué punto empieza su sombra.

—Hace un rato, usted hablaba de «una baza por jugar». ¿A qué se refería con esas palabras?

El profesor Ovino sacudió la cabeza, y me respondió:

—No tengo intención de decírtelo.

De nuevo, el silencio se apoderó de la estancia. Más allá de la ventana, la lluvia empezó a caer con fuerza. Era la primera lluvia que veía en Sapporo.

—Por último, le ruego que me indique el lugar donde fue tomada esa fotografía.

—En los pastizales de la propiedad donde estuve viviendo durante nueve años. Inmediatamente después de la guerra, la finca fue ocupada por el ejército americano, y al serme restituida, se la vendí a un hombre riquísimo que deseaba tener una casa de campo muy tranquila. Por lo que sé, no ha cambiado de dueño.

—¿Aún se crían carneros allí?

—No lo sé. Aunque, a juzgar por la fotografía, parece que sí. En cualquier caso, es un sitio muy alejado de núcleos habitados, y en todo lo que alcanza la vista no se ve ni un solo vecino. En invierno, la finca queda incomunicada. Su dueño puede pasar en ella más allá de dos o tres meses al año. Pero es un sitio realmente tranquilo, y muy hermoso.

—Y durante el tiempo en que su dueño no vive allí, ¿hay alguien al cuidado de la finca?

—Durante la estación invernal, dudo que haya ningún empleado. Prácticamente nadie, excepto yo, querría pasarse allí todo el invierno. El cuidado de los carneros puede confiarse, pagando una módica tarifa, a los pastores que vigilan los rebaños comunales, al pie de la montaña. Las techumbres están construidas para que la nieve caiga por su propio peso al suelo, y tampoco hay que preocuparse por posibles robos. Aun cuando alguien entrara a robar, pasaría grandes apuros, en medio de aquellas montañas, para acarrear el botín hasta la ciudad. Allí las nevadas son tremendas.

—Y ahora, ¿habrá alguien allí?

—¡Vete a saber! Creo que no. La nieve está al caer, los osos merodean por el campo tratando de aprovisionarse para la hibernación... ¿Es que pretendes ir hasta allí?

—No hay más remedio, digo yo. Es la única pista que tengo.

El profesor Ovino permaneció un rato callado. En las comisuras de los labios tenía adherida salsa de tomate de las albóndigas.

—A decir verdad, antes que vosotros vino otra persona a preguntarme por esa finca. Creo que fue este año, por febrero. La edad que aparentaba sería... aproximadamente, como la tuya. Me explicó que, al ver la foto colgada en el salón del hotel, sintió vivo interés. Como me aburro bastante, le di toda clase de informaciones. Me dijo que pensaba aprovechar esas informaciones para una novela que estaba escribiendo.

Saqué del bolsillo una foto en la que estaba retratado con el Ratón, y se la mostré al profesor Ovino. Era una foto que nos había hecho Yei durante el verano de 1970, en su bar. Yo estaba de perfil, fumándome un cigarrillo. El Ratón miraba de frente al objetivo, y levantaba el dedo pulgar. Los dos éramos jóvenes, y estábamos bronceados por el sol.

—Éste eres tú —dijo el profesor Ovino, que encendió la lámpara para ver mejor la foto—. Pareces más joven.

—Es una foto de hace ocho años —le expliqué.

—Y el otro, diría que es ese de quien te estaba hablando. Tenía unos años más que en la foto y se había dejado bigote, pero casi seguro que es él.

—¿Bigote?

—Un bigotito muy fino sobre el labio superior y, en el resto de la cara, una barba de pocos días.

Traté de imaginarme al Ratón con bigote, pero no pude.

El profesor Ovino nos dibujó un plano detallado de la situación de la finca. Había que cambiar de tren en las inmediaciones de Asahikawa para tomar una línea secundaria. Al cabo de unas tres horas de viaje, se llegaba a cierta pequeña ciudad situada al pie de las montañas. Desde allí hasta la finca había tres horas en coche.

—Muchísimas gracias por todo —le dije.

—A decir verdad, creo que cuanto menos gente se relacione con el carnero, tanto mejor. Yo soy un buen ejemplo de lo que digo. Ni una sola persona que tenga tratos con él podrá seguir siendo feliz. Y todo porque, para ese carnero, el valor del individuo como tal no merece la menor consideración. Con todo, si queréis ir en su busca, supongo que tendréis vuestras razones.

—Efectivamente, así es.

—Id con cuidado —nos dijo el profesor Ovino—. Y, por favor, sacad la bandeja de la cena y dejadla ante la puerta.

4. ADIÓS AL HOTEL DEL DELFÍN

Tardamos un día en hacer los preparativos del viaje.

En una tienda de deportes adquirimos equipos de montañismo y raciones de supervivencia, y en unos grandes almacenes compramos impermeables de marino y calcetines de lana. En una librería encontramos un mapa bastante detallado, y, un libro que explicaba la historia de aquella región. También nos procuramos fuertes botas claveteadas, para andar por la nieve, y gruesa ropa interior de lana.

—Diría que este equipo no me será de utilidad en mi profesión —dijo mi amiga.

—Una vez que nos enfrentemos con la nieve, pensarás de otra manera —le contesté.

—¿Tienes intención de que rondemos por allí hasta que caigan las grandes nevadas?

—No lo sé. Pero lo cierto es que las nevadas intensas empiezan a fines de octubre, y no se pierde nada por ir preparados. No sabemos lo que puede ocurrir.

Volvimos al hotel, y comprimimos todo el equipaje en una gran mochila; tras hacer un bulto con lo sobrante del equipaje que nos habíamos traído de Tokio, decidimos confiárselo a la custodia de dueño del Hotel del Delfín. En verdad, casi todo cuanto había venido en la bolsa de viaje de mi amiga era ahora equipaje sobrante: un estuche de cosméticos, cinco libros y seis cintas de casete, un vestido y unos zapatos de tacón alto, una bolsa de papel atiborrada de medias y calcetines, camisetas y pantalones deportivos, un despertador de viaje, un bloc de dibujo y una caja de veinticuatro lápices de colores, papel de cartas con sus sobres, toallas de baño, un pequeño botiquín, un secador de pelo, bastoncillos de algodón...

—¿Cómo es que cargaste con un vestido y unos zapatos de tacón alto? —le pregunté.

—Pues porque si vamos a una fiesta, a ver qué me pongo —me contestó.

—Pero ¿adónde piensas que vamos?

Sin embargo, a fin de cuentas, acabó metiendo su vestido y sus zapatos de tacón dentro de mi mochila, en un empaquetado perfecto. En cuanto a su estuche de cosméticos, lo cambió por uno pequeño, de viaje, que compró en una tienda

El dueño del hotel se quedó de buen grado a cargo del equipaje. Le

aboné nuestra estancia hasta el día siguiente, y le aseguré que en una semana o dos estaríamos de vuelta.

—¿Les ha sido de utilidad mi padre? —nos preguntó con cierta preocupación.

Le contesté que su conversación nos había sido muy útil, desde luego.

—A veces pienso que también debería dedicarme a buscar algo... —dijo el dueño—. Pero la verdad es que no sé qué podría buscar que llenara mi vida. Mi padre siempre ha ido en pos de aquel carnero. Aún sigue obsesionado con esa idea. y yo, como desde pequeño no he dejado de oír de sus labios relatos sobre el carnero blanco que se le aparecía en sueños, he acabado convencido de que es necesario ir en busca de algo que dé verdadero sentido a nuestras vidas. O alguna cosa por el estilo.

El salón del Hotel del Delfín estaba, como siempre, sumido en el silencio. Una empleada de cierta edad subía y bajaba las escaleras con una fregona en la mano.

—Sin embargo, mi padre tiene ya setenta y tres años, y el carnero sigue sin aparecer. A veces me pregunto si el carnero existe realmente, o no. Me da la impresión de que, en resumidas cuentas, la vida de mi padre ha sido muy desgraciada. Me gustaría que, por lo menos a partir de ahora, fuera feliz, pero él sólo piensa en ridiculizarme y no quiere escuchar nada de lo que le digo. Y esto también ha contribuido a que muchas veces piense que mi vida carece de sentido.

—Bueno, pero tiene usted el Hotel del Delfín —le dijo amablemente mi amiga.

—Además —añadí—, su padre ya no tiene que obsesionarse por la búsqueda del carnero, pues nosotros le seguiremos la pista de ahora en adelante.

El dueño se sonrió.

—Si es así, no tengo nada que objetar. Desde ahora, la felicidad debería estar a nuestro alcance.

Se lo deseo de todo corazón —le dije.

* * *

—¿Crees de verdad que podrán ser felices? —me preguntó mi amiga apenas estuvimos solos.

—Tal vez les costará algún tiempo, pero creo que sí. Es evidente que la obsesión del profesor Ovino carece de sentido desde que sabe todo lo ocurrido a partir del día en que fue «desheredado». Por fuerza ha de volver a la realidad. En cambio, a nosotros nos toca ahora seguir las andanzas del carnero.

—Tanto el padre como el hijo me caen muy bien —dijo mi amiga

—También a mí —le respondí.

Tras dejar en orden el equipaje, nos dedicamos a copular durante un rato, y luego nos fuimos al cine. En la película, muchas parejas se dedicaban también a copular. Resulta divertido ver copular a los demás, al menos de vez en cuando.

VIII. LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE (III)

1. DEL NACIMIENTO, DESARROLLO Y DECLIVE DE LA CIUDAD DE JUNITAKI

En el tren que de buena mañana partía de Sapporo con dirección a Asahikawa, y mientras me bebía una cerveza, me puse a leer el grueso libro — enfundado en un estuche de cartón— *Historia de la ciudad de Junitaki*. Decir Junitaki era decir el lugar donde se encontraba la finca que fuera del profesor Ovino. Tal vez leerme todo aquello no me sirviera para maldita la cosa, pero tampoco me iba a perjudicar. El autor, nacido en Junitaki en 1940 y licenciado en literatura por la Universidad de Hokkaido, según decía la solapa del libro era un renombrado especialista en la historia de aquellos lugares. Para tener tanto renombre, sólo había publicado aquel libro, que salió a luz en mayo de 1970. Ni que decir tiene que mi ejemplar era de la primera edición.

Según el libro, los primeros colonos que se asentaron en el territorio de la que hoy es ciudad de Junitaki, llegaron a comienzos del verano de 1881, año 13 del período Meiji. Eran en conjunto dieciocho personas, todas ellas pobres labriegos sin tierras de Tsugaru; puestos a hablar de sus bienes, se reducían a algunos aperos de labranza, su ropa, su ajuar de cama, sus cacerolas y sus machetes.

Al pasar por una aldea de ainus —los aborígenes de Hokkaido— cercana a Sapporo, alquilaron por poco dinero los servicios de un joven ainu como guía; era un muchacho de ojos oscuros, delgado y cuyo nombre, en su lengua, significaba Luna Llena Menguante. (Tal vez porque tuviera tendencias maniáco-depresivas, según conjetura del autor.)

La verdad es que, como guía, aquel joven ainu resultó ser mucho más competente de lo que parecía a primera vista. Aunque no entendía apenas el japonés, se las arregló para conducir hacia el norte, bordeando el río Ishikari, a aquellos dieciocho campesinos, tan miserables como suspicaces. Tenía una idea clara de adónde debía dirigirse para encontrar tierras fértiles.

Al cuarto día, el grupo llegó a un paraje amplio, bien regado y sembrado en toda su extensión de preciosas flores.

—¡Aquí tenéis un buen sitio! —exclamó con satisfacción el muchacho—

. Pocos animales salvajes, terreno fértil, salmones en abundancia.

—Ni hablar —dijo el que llevaba la voz cantante entre los campesinos, sacudiendo la cabeza—. Sigamos.

El joven guía pensó que, dada la mentalidad de aquellos campesinos, para ellos adentrarse más hacia el interior significaba la posibilidad de encontrar mejores tierras. «Vale. Si eso es lo que quieren, adelante, y en paz», se dijo.

El grupo siguió caminando un par de días hacia el norte. Así fue como dieron con un terreno elevado que, aunque no fuera tan fértil como el anterior, ofrecía seguridad frente a posibles inundaciones.

—¿Qué tal? —preguntó el joven—. Este sitio parece bueno. ¿Qué tal?

Los campesinos negaron con la cabeza.

Tras repetirse unas cuantas veces esta escena, los expedicionarios arribaron finalmente a lo que hoy es el río Asahi. Estaban a siete días de viaje desde Sapporo, y habían recorrido ciento cuarenta kilómetros, aproximadamente.

—¿Qué tal aquí? —preguntó sin demasiadas esperanzas el joven guía.

—No, no —contestaron los labriegos.

—Pero es que, a partir de aquí, hay que escalar montañas y Más montañas.

—No nos importa —respondieron la mar de contentos los campesinos.

Así fue como cruzaron el paso de Shiogari.

Había, evidentemente, una razón para que los campesinos rechazaran asentarse en las fértiles tierras de la llanura y buscaran a toda costa terrenos inexplorados. Todos ellos estaban cargados de deudas, y habían abandonado en plena noche su pueblo natal para no tener que pagarlas; por eso procuraban evitar, sin escatimar esfuerzo alguno, las tierras llanas, más expuestas siempre a las miradas indiscretas.

Como es obvio, el joven ainu no sabía nada de todo esto. Y su reacción natural ante la negativa de los campesinos a asentarse en tierras fértiles, y más aún cuando vio su afán por avanzar hacia el norte, fue de sorpresa primero y de aflicción después. Incluso llegó a sentir miedo.

Sin embargo, el joven, dotado al parecer de un carácter excepcional, cuando cruzaron el paso de Shiogari ya se había hecho a la idea de que, por alguna fatalidad incomprensible, su destino era conducir a aquellos labriegos más y más al norte. Eso le llevó a elegir ex profeso caminos ásperos y peligrosos marjales, para así complacer a los campesinos.

Al cuarto día de marcha hacia el norte, después de dejar atrás el paso de Shiogari, la expedición se topó con un río que corría de este a oeste. Tras considerar la situación decidieron continuar hacia el este.

El terreno era ciertamente fragoso, y avanzar resultaba un suplicio. Tuvieron que abrirse camino entre matorrales de bambú que crecían como un mar verde; emplearon media jornada de marcha en atravesar una pradera de hierba, tan alta, que llegaba a cubrirlos; cruzaron terrenos pantanosos sumergidos en lodo hasta el pecho; escalaron montañas rocosas. Pero, sobre todo, avanzaron hacia oriente. Por la noche plantaban tiendas en la ribera del río, y se dormían oyendo aullar a los lobos. Tenían las manos ensangrentadas de abrirse paso entre los matorrales. Los mosquitos no los dejaban ni a sol ni a sombra, y llegaban a metérseles en las orejas para chuparles la sangre.

Siguiendo en su marcha hacia el este, llegaron a un lugar cercado de montañas, más allá del cual era inútil intentar avanzar. Pasado aquel punto ya no era posible la vida humana, manifestó el guía. Así que, finalmente, los campesinos dieron por terminada su marcha en aquel lugar, distante 260 kilómetros de Sapporo. Era el día 8 de julio de 1881, año 13 del período Meiji.

Ante todo, se ocuparon en examinar el terreno, así como la calidad del agua y de los suelos. Y descubrieron que el sitio era sumamente apto para la agricultura. En consecuencia, tras distribuirse el terreno entre las familias, levantaron en el centro una cabaña comunal construida con leños.

El joven ainu se encontró un día con una partida de cazadores de su raza que merodeaba por allí, y se acercó para preguntarles:

—¿Cómo se llama este lugar?

—¿Crees que un rincón perdido como éste puede tener un nombre? —le contestaron.

De modo que, por un tiempo, aquel lugar careció incluso de nombre. Un poblado que está a más de sesenta kilómetros de distancia de cualquier núcleo habitado (y cuyos habitantes además, no desean relacionarse con sus vecinos) puede pasarse sin tener nombre. En 1889, llegó un funcionario del gobierno regional de Hokkaido para hacer un censo general de la población y les dijo a los colonos que era necesario que el poblado tuviera nombre. Pero ninguno de ellos sentía en lo más mínimo esa necesidad. Es más, los colonos se reunieron en la cabaña comunal, y acordaron por unanimidad que «no se le pondría nombre al poblado». El funcionario no vio otra salida que —basándose en el hecho de que el río formaba doce cascadas en su curso por los alrededores del poblado— llamar al lugar poblado de Junitaki (es decir de las doce cascadas). Así lo hizo constar en su informe a la oficina del censo de Hokkaido; y a partir de entonces, el nombre de poblado de Junitaki (más tarde, pueblo de Junitaki)

se convirtió en la denominación oficial de aquella aldea. Todo esto, sin embargo, pertenece a la historia posterior de Junitaki. Volvamos a 1882, año 14 del período Meiji.

El territorio estaba situado entre dos montañas, que se unían formando un ángulo de sesenta grados. Por el centro lo cruzaba el río, que había excavado una profunda barranca. Ciertamente, parecía el último rincón del mundo. Por la superficie de la tierra se enmarañaban los matorrales de bambú, mientras que inmensos bosques de coníferas extendían sus raíces hasta las entrañas del suelo. Lobos, alces, osos, ratas almizcleras y pájaros de todos los tamaños pululaban por doquier en busca de alimento. Las cigarras y los mosquitos abundaban extraordinariamente.

—¿De veras piensan quedarse aquí? —preguntó desconcertado el joven ainu.

—Por supuesto —respondieron los campesinos.

Nunca se ha sabido por qué, pero el hecho es que el joven no volvió a su tierra natal, sino que permaneció junto a los colonos. Quizá se debiera a la curiosidad de ver cómo acababa aquello, según conjetura del autor (el cual, ciertamente, abusaba un poco de las conjeturas). No obstante, de no ser por la presencia del joven, resulta dudoso que los colonos se hubieran bastado a sí mismos para pasar aquel invierno. El muchacho les enseñó a conocer las raíces comestibles, cómo protegerse de la nieve, el modo de pescar en el río helado, el arte de poner trampas para lobos, la manera de hacer huir a los osos en el período previo a su hibernación, la ciencia de predecir el tiempo según soplara el viento, el modo de evitar los sabañones, la técnica culinaria para preparar succulentos asados de raíces de bambú, el truco para conseguir que los abetos cayeran en una determinada dirección al talarlos... A la postre, todos reconocieron su valía, y el joven recuperó la confianza en sí mismo. Andando el tiempo, se casó con la hija de uno de los colonos, tuvo tres hijos e incluso tomó un nombre japonés. Así que Luna Llena Menguante dejó de existir.

No obstante, a pesar de esta denodada lucha del joven ainu contra los elementos, la existencia de los colonos transcurría en medio de gran estrechez. Para el mes de agosto, cada familia había levantado su propia cabaña, la cual no pasaba de ser un burdo ensamblaje de troncos, dispuestos verticalmente, por entre los cuales las ventiscas invernales se infiltraron a placer. Al levantarse por la mañana, no era nada raro encontrarse con un palmo y medio de nieve dentro

de la habitación. Como los colchones y la ropa de casa escaseaban, los hombres solían dormir acurrucados sobre una estera ante el fuego. Cuando se agotaron las provisiones que tenían en reserva, salieron a pescar en el río y excavaron la nieve en busca de helechos o raíces que pudieran servirles de alimento. Con todo, a pesar de ser un invierno particularmente frío, no hubo ni una sola baja en la colonia. Tampoco hubo disputas ni quejas. Aquellas gentes estaban demasiado acostumbradas a la pobreza para quejarse.

Llegó la primavera. Nacieron dos bebés, y la población de la aldea ascendió a veintiuna personas. Las mujeres embarazadas estuvieron trabajando en el campo hasta que empezaron a sentir los dolores del parto, y al día siguiente de dar a luz volvieron a sus tareas. En las tierras que iban roturando plantaron mijo y patatas. Los hombres talaban los árboles y quemaban sus raíces, para convertir los claros resultantes en terrenos de cultivo. Una nueva vida asomó sobre la faz de la tierra: el campo empezaba a dar sus primeros frutos; pero justamente cuando los labradores pensaban que lo peor había pasado, sobrevino una gran plaga de langostas.

El enjambre de langostas llegó de más allá de las montañas. Al principio, semejava una enorme nube negra. Luego, la tierra pareció estremecerse. Nadie sabía qué era aquello, excepto el joven ainu. Este dio órdenes a los hombres para que encendieran fogatas dispersas por los campos. Vertieron hasta la última gota de petróleo sobre todo lo que había en el poblado susceptible de ser quemado, y le prendieron fuego. El ainu dijo a las mujeres que salieran con ollas y cucharones en las manos, y las golpearan sin parar. El joven —como después todo el mundo reconoció— hizo cuanto podía hacerse. Sin embargo, fue en vano. Decenas de miles de langostas se precipitaron sobre los campos y devoraron las cosechas sin dejar ni rastro.

Una vez que las langostas se hubieron marchado, el joven lloró de desesperación, pero ninguno de los colonos derramó una lágrima. Reunieron las langostas muertas y las quemaron. Terminada la quema, se dedicaron con más ahínco si cabe a desbrozar el terreno para dedicarlo al cultivo.

Aquella gente pasó el invierno siguiente comiendo pescado del río, helechos y raíces. Al llegar la primavera, nacieron tres niños más, y los colonos prepararon los campos e hicieron la siembra. En verano volvieron las langostas y arrasaron de nuevo la cosecha. Esta vez, el joven ainu no lloró.

Las invasiones de langostas se acabaron, por fin, al tercer año. Llovió mucho, y el agua pudrió los huevos de las langostas. Claro que las interminables lluvias también dañaron las cosechas. Al año siguiente surgió una inesperada plaga de escarabajos. Y el verano del año que siguió a éste fue inusualmente frío.

Al llegar a este punto, cerré el libro, me bebí otra cerveza, saqué de la bolsa una lata de huevas de salmón, y me la comí.

Mi amiga estaba dormida en el asiento de enfrente, con los brazos cruzados. El sol de aquella mañana otoñal, que entraba por la ventanilla, derramaba sobre sus rodillas un tenue velo de luz. Una polilla solitaria revoloteaba zigzagueando, como un trozo de papel a merced del viento. Repentinamente, se posó sobre el pecho de mi amiga, donde descansó un momento antes de alejarse volando. Cuando se marchó, en mi amiga pareció operarse un cambio casi imperceptible, como si hubiera envejecido un poco.

Tras fumarme un cigarrillo, abrí el libro y reanudé la lectura de la *Historia de la ciudad de Junitaki*.

Al sexto año, la colonia empezó por fin a prosperar. Los campos daban sus frutos, las viviendas mejoraron y la gente se había aclimatado a vivir en aquella región fría. Las cabañas de troncos fueron sustituidas paulatinamente por casas bien construidas de madera; se levantaron hornos; se compraron lámparas de petróleo. Los colonos cargaban sus barcas con lo que sobraba de las cosechas, así como con pescado seco y cornamentas de alce, y lo transportaban —en un viaje de dos días— hasta la ciudad, donde se aprovisionaban de sal, ropa y aceite. Algunos aprendieron a hacer carbón a partir de los árboles talados para desbrozar el terreno. Río abajo se fueron fundando aldeas semejantes, con lo que surgió un incipiente comercio.

A medida que avanzaba la colonización, se hacía sentir cada vez más, como un problema grave, la escasez de brazos. De modo que los lugareños convocaron una asamblea, en la cual, durante dos días, se debatieron diversos puntos de vista; se llegó a la conclusión de que se imponía pedir refuerzos, en forma de nuevos labradores, al pueblo de donde procedían. El problema radicaba en las deudas insatisfechas; sin embargo, unas discretas consultas, realizadas por carta, les hicieron saber que los acreedores habían desistido finalmente de cobrar. Entonces, el de mayor edad entre los colonos escribió cartas a algunos de sus antiguos paisanos en el sentido de «animarlos a venir, a fin de trabajar juntos desbrozando nuevas tierras para el cultivo». Esto ocurrió en 1889, el año en que se llevó a cabo el censo de población que tuvo como consecuencia que un funcionario decidiera dar al poblado el nombre de Junitaki.

Al año siguiente, seis nuevas familias llegaron al poblado, sumándose así

diecinueve personas a los primeros colonos. Se les recibió en la cabaña comunal, adornada para el caso. Hubo lágrimas de alegría por ambas partes, para celebrar el reencuentro. A los nuevos vecinos se les asignaron tierras; y con la generosa colaboración de los pobladores veteranos, labraron sus campos y construyeron sus casas.

En 1893 llegaron cuatro familias más, con dieciséis personas en total. En 1897 llegaron otras siete familias, con veinticuatro personas.

De este modo, la población fue aumentando. La cabaña comunal fue ampliada y se convirtió en un espléndido centro de reuniones, y junto a ella se construyó un pequeño templo sintoísta. El poblado de Junitaki pasó a llamarse pueblo de Junitaki. La base de la alimentación de sus habitantes seguía siendo el mijo, pero ocasionalmente ya se le añadía arroz. Y aunque el servicio de correos era aún irregular, un cartero pasaba por allí de vez en cuando.

Como es natural, no faltaron los tragos amargos. Los funcionarios del Estado se presentaban en Junitaki con cierta frecuencia, para cobrar impuestos y recoger a los mozos que habían de prestar el servicio militar. Esto contrariaba particularmente al joven ainu (que por aquel entonces ya mediaba la treintena), que no podía entender la necesidad de los impuestos y del servicio militar.

—Antes todo iba mejor —solía decir.

El pueblo, con todo, seguía progresando.

Dado que una gran meseta próxima al pueblo era apropiada para el pastoreo, en 1903, bajo los auspicios de la administración regional, se decidió plantar allí un forraje destinado al ganado ovino. Las autoridades enviaron funcionarios que se encargaron de dirigir las obras: levantar vallas, conducciones de agua, construcción de corrales... Luego vino el arreglo del camino que corría a lo largo del río, realizado por condenados a trabajos forzados, y poco más tarde recorrieron ese camino los primeros rebaños de carneros, que los campesinos habían recibido del Estado a precio de costo. Los colonos no acababan de comprender por qué el Estado se mostraba tan generoso. Muchos pensaron que como hasta entonces habían pasado tantas penalidades, no vendría mal gozar de cierta prosperidad.

Como es obvio, el Estado no había cedido los carneros al campesinado porque sí. Resulta que el estamento militar, con vistas a disponer de un suministro suficiente de lana para tejidos de abrigo —necesarios para futuras campañas militares en el continente asiático—, había presionado para que se diera orden al Ministerio de Agricultura y Bosques de promover la cría y desarrollo del ganado ovino; en consecuencia, dicho ministerio había traspasado el encargo a las autoridades locales de Hokkaido. La guerra ruso-japonesa estaba cada vez más próxima.

En Junitaki la persona que más se interesó por la cría de los carneros fue aquel joven ainu. Aprendió de los funcionarios gubernamentales todo lo relativo al pastoreo, y poco a poco se fue convirtiendo en responsable de los rebaños. No se sabe concretamente por qué llegó a interesarse de tal modo por la ganadería ovina. Quizá fuera porque no acababa de acostumbrarse a la vida en aquel pueblo, que se hacía cada vez más compleja a medida que su población aumentaba.

Los carneros llegados a los pastos eran treinta y seis de raza Southdown y veintiuno de raza Shropshire; con ellos llegaron dos perros pastores escoceses de raza Border. El joven ainu pronto se convirtió un en pastor experto, y bajo su cuidado tanto los carneros como los perros fueron aumentando en número. El pastor ainu llegó a querer entrañablemente a los carneros y a los perros. Las autoridades estaban satisfechas. Los descendientes de los dos primeros perros pastores llegados a Junitaki se hicieron famosos por su habilidad para el pastoreo, y eran solicitados desde todos los rincones de la isla.

Nada más empezar la guerra ruso-japonesa, fueron llamados a filas cinco muchachos del pueblo, y se les envió al frente chino. Los cinco fueron adscritos al mismo batallón, y, de resultas de la explosión de una granada enemiga, dos de ellos murieron y otro perdió el brazo izquierdo. Cuando terminó la batalla, tres días después, los dos soldados supervivientes recogieron los restos dispersos de sus compañeros caídos. Uno de ellos era hijo del pastor ainu, y el otro era de una de las primeras familias que llegaron a Junitaki. Al morir llevaban puestos sus gruesos capotes de lana.

—¿Por qué ese afán de hacer la guerra en países extranjeros? —le preguntaba a todo el mundo el pastor ainu. Por aquel entonces, ya contaba cuarenta y cinco años.

Nadie supo responderle. El pastor ainu dejó la ciudad para recluirse en los pastos, donde se pasaba la vida junto a los carneros. Su esposa había muerto cinco años antes, de una pulmonía que se le complicó, y sus dos hijas ya estaban casadas. Como recompensa por su dedicación al ganado, el municipio lo gratificó con la asignación de un modesto jornal y comida.

A raíz de la pérdida de su hijo, se volvió muy huraño. Murió a los sesenta y dos años. El zagal que lo ayudaba descubrió una mañana de invierno su cadáver sobre el suelo de la choza. Había muerto de frío. Dos perros pastores, nietos de aquellos primeros Border escoceses, se habían situado a ambos lados del cadáver con aire de desesperación y lanzaban lastimeros gañidos. Los carneros mascaban su forraje en los corrales, ajenos a lo ocurrido. El ruido que hacían, masca que te mascarás, resonaba en el interior de la silenciosa cabaña

como un concierto de castañuelas.

La historia de la ciudad de Junitaki continuaba, por más que la del joven ainu se hubiera acabado. Me dirigí a los aseos del tren, donde oriné las dos latas de cerveza. De vuelta a mi asiento, vi que mi amiga se había despertado y contemplaba distraída el paisaje a través de la ventanilla. Tras aquella ventanilla se extendían arrozales, interrumpidos de vez en cuando por la estructura vertical de un silo. El río tan pronto se nos acercaba como se alejaba de nosotros. Fumándome un cigarrillo, contemplé a ratos el perfil de mi amiga ensimismada en la contemplación del paisaje. Ella no pronunció una palabra. Cuando terminé mi cigarrillo, volví al libro. Las sombras de un puente metálico pasaron temblorosas sobre sus páginas abiertas.

Concluido el triste relato de la vida de aquel joven ainu que murió siendo un viejo pastor de carneros, la historia de Junitaki se convirtió en un rollo de tomo y lomo. Aparte de que una epidemia de meteorismo acabó con diez carneros en un año, y de que la cosecha de arroz recibió ocasionalmente el castigo de las heladas, el pueblo se fue desarrollando a buen ritmo, y en el período Taisho (1912-1925) recibió la calificación de ciudad. Una ciudad que prosperó y poco a poco fue contando con servicios públicos: se construyó una escuela primaria, un ayuntamiento, una oficina de correos. La época de la colonización de Hokkaido estaba tocando a su fin.

La expansión de la agricultura alcanzó sus límites naturales, y entre los descendientes de aquellos pobres labriegos, hubo algunos que optaron por marcharse de la ciudad para buscar mejores oportunidades en tierras de Manchuria o Sajalín.

Al llegar al año 1937, en el libro había un párrafo relativo al profesor Ovino. El señor X, un investigador de treinta y dos años, conocido por los estudios realizados en Corea y Manchuria como técnico del Ministerio de Agricultura y Bosques, tras cesar en su cargo se había establecido al norte de Junitaki para dedicarse a la cría de ganado ovino. Ésta era la única referencia al profesor Ovino en aquel libro. El renombrado historiador que había escrito aquel rollazo, por lo demás, al llegar a la década de los treinta parecía haber perdido todo interés por la historia de Junitaki, de suerte que su narración se volvió fragmentaria y estereotipada. Incluso el estilo, comparado con el que empleaba al contar la vida del joven ainu, había perdido su deliciosa frescura.

Decidí dar un salto de casi treinta años, de 1938 a 1965, y pasar al capítulo titulado «La ciudad actual». El adjetivo «actual» del libro se refería a 1970, así que de actualidad tenía ya poco. Lo verdaderamente actual era

octubre de 1978. No obstante, al escribir la historia de lo que sea, parece que es indispensable rematarla con un capítulo dedicado a la «actualidad». Y aunque lo actual pierda muy pronto su actualidad, nadie podrá negar el hecho de que la actualidad siempre será actual. Si la actualidad dejara de ser actual, la historia dejaría de ser historia.

Según la *Historia de la ciudad de Junitaki*, en abril de 1969 su población era de quince mil habitantes, lo cual suponía un descenso de seis mil respecto de la de diez años antes; casi toda esa disminución se debía al éxodo rural. Además de los cambios propiciados por un período de alta industrialización, no había que olvidar la poca aptitud climática de Hokkaido para la agricultura a la hora de explicar un éxodo rural de tales proporciones. Siempre, claro, según el autor.

Y bien, ¿qué suerte habían corrido las tierras de labor, una vez abandonadas? Pues habían vuelto a ser bosques. Sobre aquel terreno regado con sudor de sangre por sus antepasados, donde éstos habían conseguido tierras para el cultivo a base de talar los bosques, los actuales habitantes de Junitaki plantaban ahora árboles. Sorprendente, ¿no?

Así pues, la principal industria de Junitaki era en la actualidad la forestal y maderera. En la ciudad había varios talleres de carpintería, donde se fabricaban cajas para televisores, marcos de espejos y recuerdos turísticos —como ositos y figuras tradicionales de la artesanía ainu—. La antigua cabaña comunal fue convertida en museo de la colonización, donde se mostraban al público, entre otras cosas, aperos de labranza, utensilios de cocina y mobiliario de aquellos tiempos. También había recuerdos personales de los jóvenes del pueblo caídos en la guerra ruso-japonesa. Incluso una fiambarrera abollada por la dentellada de un oso. También se conservaban allí, como reliquias, las cartas dirigidas al pueblo natal de los primeros colonos, en las que se pedían noticias sobre las deudas pendientes.

Sin embargo, en honor a la verdad había que decir que Junitaki, en la actualidad, era una ciudad tremendamente aburrida. La gente, en general, al volver a casa del trabajo veía la televisión —un promedio de cuatro horas por persona— y luego se iba a la cama. El porcentaje de votantes era alto en todas las elecciones, pero los vencedores solían estar decididos de antemano. lema de la ciudad: «Vivir con plenitud en plena naturaleza», campeaba en un gran rótulo luminoso en la plaza de la estación.

Cerré el libro con un bostezo, y me quedé dormido.

2. DONDE SE SIGUE EXPLICANDO LA HISTORIA DEL DECLIVE DE LA CIUDAD DE JUNITAKI, Y SE HABLA DE SUS CARNEROS

En las inmediaciones de Asahikawa transbordamos a otro tren, el cual nos condujo hacia el norte atravesando el paso de Shiogari. Era casi la misma ruta recorrida noventa y ocho años atrás por el joven ainu y los dieciocho campesinos sin tierras.

Un sol otoñal brillaba diáfano sobre las últimas reliquias de selva virgen e incendiaba la flamígera fronda roja de los serbales. El aire era todo silencio y claridad. Los ojos llegaban a dolernos, de tanto mirar.

Al principio el tren iba vacío, pero en su marcha se fue llenando de estudiantes de bachillerato camino del instituto, hasta que el vagón quedó atestado. Nos envolvió una barahúnda bulliciosa de voces alegres, de olor a sudor, de charla ininteligible, de apetitos sexuales insatisfechos... Tal situación se prolongó por una media hora, hasta que en una estación del trayecto los estudiantes desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. El tren volvió a quedarse desierto, hasta el punto de no oírse ni una voz.

Mi amiga y yo compartimos una tableta de chocolate; mientras lo masticábamos, contemplábamos el paisaje exterior. Una lluvia de luz se derramaba plácidamente sobre el terreno. Como si miráramos al revés por unos anteojos, distinguíamos nítidamente los objetos más remotos. Mi amiga se puso a silbar por lo bajo retazos desentonados del estribillo de «Johnny B. Goode». Los dos permanecemos silenciosos; hasta entonces, nunca habíamos permanecido tanto rato en silencio mientras estábamos juntos.

Había pasado el mediodía cuando nos apeamos del tren. Al poner los pies en el andén, di un resuelto estirón a mis músculos mientras inspiraba profundamente. El aire era tan puro, que parecía oprimir los pulmones. Los rayos del sol producían una grata sensación cálida sobre la piel, pero la temperatura era, por lo menos, dos grados inferior a la de Sapporo.

A lo largo de la vía férrea se alineaban viejos almacenes de ladrillo, más allá de los cuales se alzaba una pirámide de troncos cuidadosamente apilados, todavía húmedos por la lluvia de la noche anterior. Cuando el tren que nos había traído siguió su camino, no vimos allí ni sombra de una presencia humana. Sólo se movían las caléndulas de los parterres, mecidas por el viento.

Desde el andén se divisaba lo que parecía ser una típica ciudad de provincias. Tenía algunos pequeños comercios, una calle mayor sin grandes pretensiones, una pequeña estación de autobuses, con una docena de líneas, y

una oficina de información turística. A primera vista, resultaba bastante insulsa.

—¿Ya hemos llegado? —me preguntó mi amiga.

—Qué va. Nada de eso. Todavía nos queda otro viaje en ferrocarril. Nuestro destino es una ciudad aún más pequeña.

Tras dejar escapar un bostezo, respiré de nuevo profundamente.

—Aquí sólo hemos de hacer transbordo. En este lugar los primeros colonizadores decidieron tomar el camino del este.

—¿Qué es eso de los primeros colonizadores?

Me senté con ella ante la estufa, apagada, por cierto, de la sala de espera, y, mientras llegaba nuestro tren, le hice un resumen de la historia de la ciudad de Junitaki. Corno me hacía un lío con las fechas, en una página en blanco de mi agenda esboqué una tabla cronológica, basándome en los datos recopilados en el apéndice del libro *Historia de la ciudad de Junitaki*: a la izquierda de la página fui escribiendo los principales acontecimientos de la historia local de Junitaki, y a la derecha, los de la historia general del Japón. Francamente, me salió una espléndida tabla de cronología histórica.

Por ejemplo, en 1905, año 38 del período Meiji, tuvo lugar la rendición de Lushun (o Port Arthur), y el hijo del joven ainu murió en la guerra. Y, si la memoria no me engañaba, aquel año nació el profesor Ovino. La historia iba encajando poco a poco.

—Al mirar esta tabla, se diría que los japoneses hemos vivido siempre en el intervalo entre una guerra y otra —dijo mi amiga al cotejar ambas columnas de la tabla.

—Sí, así es —le contesté.

—¿Podrías explicarme por qué?

—Es un tanto complicado, no puedo explicártelo en cuatro palabras.

—¡Vaya! —rezongó mi amiga.

La sala de espera, como la inmensa mayoría de las salas de espera, estaba vacía y carecía de ambiente y de personalidad. Los bancos eran terriblemente incómodos, los ceniceros estaban repletos de colillas empapadas por la lluvia, y el aire olía a rancio. En las paredes había pegados algunos carteles turísticos y uno de esos avisos de búsqueda con los rostros de una serie de delincuentes. Aparte de nosotros, había solamente un anciano, que vestía un jersey color camello, y una madre con su hijo, de unos cuatro años. El anciano estaba embebido en la lectura de una fotonovela, y permanecía inmóvil, sin alterar ni un milímetro su postura. Con la meticulosidad de quien retira un vendaje, iba pasando las páginas: pasada una, podía trascurrir un cuarto de hora hasta que pasara la siguiente. El grupo formado por la madre y el hijo, por su parte, parecía estar sufriendo una crisis aguda de aburrimiento.

—En resumidas cuentas, al ser la pobreza algo tan general, es probable que mucha gente pensara que la guerra era el único camino para salir de la miseria.

—Es algo parecido a lo que impulsó a aquellos colonos a establecerse en Junitaki —dijo mi amiga.

—Así es. Por eso cultivaban sus campos con tanta energía. Y sin embargo, casi todos los colonos murieron en la pobreza.

—¿Por qué?

—Por las condiciones de la tierra. Hokkaido es una isla fría, a menudo azotada por terribles heladas. Al malograrse las cosechas, los campesinos no tienen comida, y como tampoco tienen dinero, no pueden comprar petróleo, ni semillas y plántones para el próximo año. Así que, con el aval de sus campos, solicitan préstamos, por los que han de pagar un elevado interés. Pero resulta que aquí la productividad agrícola no permite el pago de semejantes intereses. Al final, la mayoría de los agricultores acaban perdiendo sus campos y se convierten en meros arrendatarios.

Y mientras decía esto, pasé ruidosamente las páginas de la *Historia de la ciudad Junitaki* hasta llegar al siguiente párrafo:

«En 1930, la proporción de agricultores propietarios de sus tierras había descendido al cuarenta y seis por ciento en la ciudad de Junitaki. Desde 1926, año en que se inició el período Shoowa, habían sufrido un doble azote: una gran depresión económica, por un lado, y tremendas heladas, por otro.»

—O sea, que después de haberse esforzado tanto y de trabajar tan duramente desbrozando el terreno para conseguir sus propias parcelas, acabaron cayendo en las garras de unos nuevos acreedores, ¿no es así?

* * *

Como todavía nos quedaban unos cuarenta minutos de espera, mi amiga se fue a dar una vuelta por la ciudad. Yo permanecí en la sala de espera, me tomé un refresco y traté de reanudar la lectura de otro de los libros que llevaba conmigo, pero tras diez minutos de intentarlo en vano me lo guardé en un bolsillo. Tenía la cabeza bloqueada, porque la habían ocupado los carneros de Junitaki, que devoraban nada más llegar toda la materia impresa que mis ojos enviaban al cerebro. Entorné los párpados, y respiré hondo. Un tren de mercancías pasó de largo por la estación emitiendo sonoros pitidos.

Diez minutos antes de la salida del tren, mi amiga volvió con una bolsa

de manzanas que había comprado. Nos comimos las manzanas como almuerzo, y nos montamos en el tren.

Aquel tren debería haber sido retirado hacía tiempo del servicio. Las planchas que formaban el suelo del vagón estaban tan desgastadas en los lugares más transitados, que recorrer el pasadizo central equivalía a ir dando tumbos de un lado a otro. La tapicería de los asientos estaba raída y áspera, y los cojines eran tan duros como el pan de un mes atrás. Un olor fétido, en el que se mezclaban el hedor de los servicios con el tufo a aceite, inundaba el interior del vagón. Abrí la ventanilla, tras un forcejeo de diez minutos, y dejé entrar un poco de aire fresco; pero cuando el tren cogió velocidad, una arenilla fina se nos metía en los ojos; así que tuve que cerrarla, tras un forcejeo análogo al que me costó abrirla.

El tren llevaba dos coches, y los pasajeros éramos unos quince en total. Lo único que vinculaba a las personas que viajábamos en aquel tren era el poderoso lazo de la indiferencia y el tedio. El viejo del jersey color camello aún seguía leyendo la revista. Dada su velocidad de lectura, el ejemplar que leía pertenecía seguramente a un número atrasado, quizá de un trimestre antes. Una mujer gorda de mediana edad miraba sin pestañear un punto del vacío con cara de crítico musical que estuviera escuchando una sonata para piano de Scriabin. Procuré seguir furtivamente la trayectoria de su mirada, pero en el vacío no había nada, absolutamente nada.

Incluso los niños permanecían silenciosos. No sólo no alborotaban ni correteaban de un lado para otro, sino que ni siquiera miraban por la ventanilla. Alguno tosía de vez en cuando con un ruido seco, semejante al que emitirían unas pinzas al golpear la cabeza de una momia.

Cada vez que el tren se paraba en una estación, alguien se apeaba, y el revisor bajaba con él, para recoger el billete; luego volvía a subir, y el tren arrancaba. Aquel revisor era un hombre de rostro tan inexpresivo, que hubiera podido atracar un banco a cara descubierta. Ningún viajero más subió al tren.

Más allá de la ventanilla, el río seguía su curso. Las aguas bajaban turbias, a causa de la lluvia, y bajo el sol otoñal parecía un caudal centelleante de café con leche ya asomándose, ya escondiéndose. De vez en cuando se veía algún enorme camión, cargado de madera, avanzando en dirección al oeste; aunque en líneas generales cabía decir que el volumen de tráfico era muy escaso. Los cartelones publicitarios, alineados a lo largo de la carretera, enviaban su propaganda uno tras otro, al vacío más absoluto. Para matar el tedio, me dediqué a mirar aquellos cartelones, que indefectiblemente ofrecían un mensaje elegante y ciudadano. En éste, una chica en bikini la mar de bronceada se bebía un refresco; en aquél, un actor de carácter, de mediana edad, guiñaba el ojo

ante su vaso de whisky; en el de más allá, un reloj sumergible surgía ostentosamente del agua; en el siguiente una modelo se pintaba las uñas en medio de una lujosa habitación. Por lo visto, unos nuevos colonos, llamados agentes publicitarios, aprovechaban enérgicamente la ocasión que se les brindaba para desbrozar aquellas tierras e implantar nuevos cultivos.

El tren llegó a la estación de Junitaki, terminal de la línea, a las dos horas y cuarenta minutos de haber salido. Los dos nos habíamos quedado profundamente dormidos, de modo que se nos pasó por alto, obviamente, el cartel que indicaba la proximidad de la estación. Una vez que la locomotora diesel expulsó el último aliento de sus entrañas, sobrevino un absoluto silencio. Ese silencio, al rebasar sobre mi piel, fue lo que me despertó. Miré a mi alrededor: no quedaba ningún viajero en el vagón, aparte de nosotros dos.

Me acerqué torpemente al portaequipajes de redecilla y bajé nuestros bultos; luego golpeé repetidamente el hombro de mi amiga hasta despertarla, y nos bajamos del tren. El frío viento que barría el andén de la estación anunciaba el fin del otoño. El sol surcaba raudo el cielo hacia su ocaso, y arrastraba por el suelo, como una mancha fatídica, la negra sombra de las montañas. Las dos cadenas montañosas de direcciones encontradas confluían precisamente detrás de la ciudad y, como dos manos que aproximan sus palmas para proteger del viento la llama de una cerilla, la envolvían por entero. El largo andén parecía, por su situación, una débil navecilla que se aprestara a afrontar las enormes olas alzadas ante ella.

Por unos instantes, nos quedamos sin habla contemplando aquel paisaje.

—¿Dónde está la antigua finca del profesor Ovino? —me preguntó mi amiga.

—En lo alto de la montaña, a tres horas de distancia en coche.

—¿Vamos a ir para allá enseguida?

—No —le dije—. Si saliéramos ahora, nos caería encima la noche. Hoy dormiremos aquí, y saldremos mañana temprano.

Delante de la estación se abría una plazuela circular, completamente desierta. No había ni un taxi en la parada, y la fuente situada en medio de la glorieta central, que figuraba un pájaro, no manaba. El pájaro mantenía abierto su pico y, sin decir ni pío, miraba inexpresivo al cielo. Un parterre plantado de caléndulas rodeaba en círculo a la fuente. Eran evidente con sólo pasear la vista que aquella ciudad había decaído mucho en los últimos diez años. Por las calles no se veía a casi nadie, y las escasas personas con que nos cruzábamos reflejaban en sus rostros la misma expresión anémica que caracterizaba en

conjunto a la ciudad.

A la izquierda de la plazuela se alineaba media docena de viejos almacenes, construidos durante la época en que el transporte se hacía por ferrocarril. Eran construcciones de ladrillo al estilo antiguo, de altos techos. Las puertas de hierro habían sido repintadas una y otra vez, hasta que un buen día se cansaron y las dejaron como estaban. Sobre la techumbre se hallaba posada una bandada de grandes cuervos; en fila y silenciosos, escrutaban la ciudad. En una explanada contigua a los almacenes, en medio de altísimas hierbas, había dos coches abandonados, completamente destrozados.

En uno de los extremos de la glorieta se levantaba un tablero de información con un plano de la ciudad. El viento y la lluvia lo habían vuelto ilegible, de tal modo que lo único que podía leerse claramente eran las frases «Ciudad de Junitaki» y «Zona limítrofe septentrional de la producción de arroz a gran escala».

Delante de la plazuela se extendía un pequeño barrio comercial. Era, más o menos, como todos los distritos comerciales que suele haber en las ciudades, pero con la particularidad de que la calle que lo cruzaba era muy ancha y destartalada, lo cual acentuaba aún más la impresión de decadencia que transmitía la ciudad. A cada lado de la ancha calle se alineaba una hilera de fresnos alpestres, cuyas copas lucían el rojo vivo del otoño, aunque no contrarrestaban aquella sensación de decadencia. El declive de Junitaki era como una gélida corriente que arrastrara en sus torbellinos no sólo a la ciudad en sentido físico, sino también a todos y cada uno de sus pobladores en sentido espiritual. Tanto los habitantes de la ciudad como sus irrelevantes acciones de cada día habían sido engullidos por aquella paralizadora corriente.

Con la mochila a la espalda, recorrí de punta a punta aquella calle buscando alojamiento. Pero no había por allí fonda ni pensión alguna. Uno de cada tres comercios, estaba cerrado. En la fachada de una relojería pendía medio caído su rótulo, que oscilaba al compás del viento.

El barrio comercial se acababa bruscamente en un amplio aparcamiento lleno de maleza. En él había estacionados un Honda Fairlady de color crema y un Toyota Celica deportivo, rojo. Tanto el uno como el otro eran nuevos. Resultaba sorprendente, pero esa falta de personalidad que caracteriza a los coches nuevos estaba muy a tono con el ambiente vacío de una ciudad en decadencia.

Más allá de la zona comercial, no había ya casi nada. La anchurosa calle descendía en suave pendiente hasta el río, donde se bifurcaba a derecha e izquierda en forma de T. A ambos lados de la pendiente se alineaban casitas de madera de un solo piso, y los árboles de sus jardines proyectaban contra el

cielo sus recios ramajes polvorientos. Cada árbol mostraba una indefinible excentricidad en la distribución de sus ramas. Todas las casas tenían junto a la entrada un gran depósito de combustible, así como un cobertizo para que el repartidor les dejara la leche. En los tejados no podían faltar las inevitables antenas de televisión, unas antenas altísimas que lanzaban al aire sus extremidades plateadas como desafiando a la cadena de montañas que se erguía tras la ciudad.

—¿Será posible que no haya ninguna fonda? —me preguntó mi amiga con aire de preocupación.

—No te preocupes. En todas las ciudades hay fondas. Por 10 menos, una.

Volvimos a la estación y preguntamos al personal dónde había una fonda. Nos atendieron dos empleados, que hubieran podido ser padre e hijo y que sin duda se morían de aburrimiento, pues nos explicaron la situación de las fondas con una amabilidad inusitada.

—Hay dos fondas —nos informó el empleado mayor—. Una de ellas es relativamente cara, y la otra, relativamente barata. La cara es la que frecuentan las personalidades importantes cuando vienen de visita, así como el lugar donde se dan los banquetes oficiales.

—La comida es buenísima —terció el más joven.

—En cuanto a la otra, es la frecuentada por viajeros de comercio, gente joven y, en general, personas corrientes. Tiene un aspecto muy sencillo pero no está sucia, ni muchísimo menos. Su baño japonés es de lo mejorcito.

—Pero las paredes son muy delgadas —apuntó el empleado.

Siguió una viva discusión entre los dos hombres sobre la delgadez de las paredes.

—Vamos a la fonda más cara —dije. Aún quedaba bastante dinero en el sobre, y no había razón alguna para hacer economías.

El empleado más joven arrancó una página de un bloc de notas e hizo en ella un esbozo del camino que había que seguir hasta la fonda.

—Muchísimas gracias —dije—. Me parece que la ciudad ha perdido habitantes con respecto a la población de hace diez años, ¿no?

—Sí, es verdad —confirmó el empleado mayor—. Las factorías madereras son la única industria destacable. La agricultura va en franco retroceso, y la población ha disminuido mucho.

—Incluso hay dificultades para formar las clases en los colegios, por la falta de estudiantes —añadió el joven.

—¿Qué población hay, más o menos?

—Oficialmente, unos siete mil habitantes —respondió el más joven—,

pero en realidad debe de haber unos cinco mil, más o menos.

—Incluso la línea de ferrocarril corre el peligro de ser suprimida. Resulta que es la tercera línea más deficitaria del país—dijo el empleado mayor.

Lo que de verdad me sorprendió fue que pudiera haber dos líneas de ferrocarril aún más deficitarias que aquélla. Dimos las gracias a los dos hombres y abandonamos la estación.

Para ir a la fonda teníamos que bajar la cuesta que había a continuación del barrio comercial, torcer a la derecha y seguir unos trescientos metros por un paseo a lo largo del río, donde se encontraba aquélla. Era un pequeño parador antiguo y acogedor, que aún conservaba el aire de otros tiempos, cuando la ciudad florecía y estaba llena de vitalidad. Orientado al río, tenía un jardín amplio y bien cuidado. En un rincón, un cachorro de perro pastor hundía su hocico en una escudilla dando buena cuenta de su cena, muy temprana por cierto.

—¿Son montañeros? —nos preguntó la camarera mientras nos guiaba a la habitación.

—Sí, somos montañeros —dije, por ser lo más fácil.

Sólo había dos habitaciones en la segunda planta. Ambas eran espaciosas, y por la ventana del corredor podía verse el mismo río de color café con leche que habíamos contemplado desde el tren.

Mi amiga me dijo que quería tomar un baño japonés, así que decidí darme una vuelta por el Ayuntamiento, que estaba situado en una calle solitaria al oeste de la zona comercial. Resultó ser un edificio mucho más nuevo y mejor acondicionado de lo que me imaginaba.

Allí, en el Negociado de Asuntos Ganaderos, le enseñé al funcionario una de las tarjetas de visita que me había hecho imprimir hacía años, cuando trabajaba para una revista de difusión nacional, y afirmé que deseaba informarme sobre el ganado ovino. Era un poco rara que un semanario femenino se interesara por ese tema, pensé con aprensión, pero lo cierto es que el funcionario se sintió muy complacido y me hizo pasar al interior de su despacho.

—En este municipio tenemos actualmente algo más de doscientas cabezas de ganado ovino, en su totalidad de raza Suffolk. Su destino es la producción de carne, que se distribuye a las fondas y restaurantes de los alrededores y goza de alta estimación.

Saqué mi bloc y fui tomando las debidas notas. Tal vez aquel hombre comprara durante algunas semanas la revista femenina en cuestión; esta idea, al cruzar por mi mente, me ensombreció el ánimo.

—¿Se trata de un artículo sobre gastronomía, tal vez? —me preguntó el

hombre, tras darme prolijas explicaciones sobre la cría de carneros.

—En parte, sí —le contesté—. Sin embargo, para decirlo con más precisión, nos interesaría captar una imagen integral del ganado ovino.

—¿Una imagen integral?

—Quiero decir costumbres, hábitat, ecología, cosas así.

—¡Ah, ya! —exclamó mi interlocutor.

Cerré mi bloc de notas y me bebí la taza de té que me ofrecieron.

—He oído decir que en lo alto de la montaña hay unos viejos pastizales... —insinué.

—Efectivamente, los hay. Antes de la guerra eran unos pastos muy buenos, pero durante la posguerra fueron ocupados por el ejército americano, y hoy día nadie los explota. Unos diez años después de su devolución por los americanos, un forastero muy rico habilitó aquel lugar como casa de campo; pero, como seguramente habrá oído decir, el sitio está mal comunicado, y poco a poco el nuevo dueño dejó de ir por allí, de modo que la casa permanece desierta. Por eso los terrenos fueron arrendados por la ciudad. En realidad, sería conveniente su adquisición, para realizar visitas turísticas, por ejemplo; pero como el municipio es pobre, no hay nada que hacer en este punto. Y además, habría que acondicionar la carretera.

—¿En arriendo, me ha dicho?

—Durante el verano, los pastores municipales llevan unos cincuenta carneros montaña arriba, ya que aquellos pastos son espléndidos y con los pastizales del Ayuntamiento no habría suficiente. A fines de septiembre, cuando empieza a estropearse el tiempo, traen de vuelta al rebaño.

—Oiga, ¿cuánto tiempo están allí los carneros?

—Hay una ligera variación según los años, pero, más o menos desde principios de mayo hasta mediados de septiembre.

—¿Cuántos hombres conducen al rebaño de carneros allá arriba?

—Uno solo. Desde hace diez años se encarga la misma persona.

—Me gustaría hablar con él.

El oficinista cogió el teléfono y llamó a la granja municipal destinada a la cría del ganado ovino.

—Precisamente, ahora está allí —me dijo—. Le llevaré en coche.

Traté de rehusar el favor, pero el funcionario me dijo que no había otro medio de llegar a la granja que no fuera su automóvil. En la ciudad no había taxis ni coches de alquiler, y andando, tardaría hora y media en llegar.

El funcionario del Ayuntamiento conducía un coche pequeño. Pasamos por delante de la fonda y continuamos hacia el oeste. Cruzamos un largo

puede de cemento, dejamos atrás una escalofriante zona pantanosa y fuimos ascendiendo por una carretera que nos llevaba paulatinamente a la montaña. La gravilla de la carretera crepitaba al ser levantada por las ruedas.

—Viniendo usted de Tokio, Junitaki le parecerá una ciudad muerta —me dijo.

Le respondí con vaguedades para salir del paso.

—La verdad es que la ciudad se nos muere. Mientras tengamos ferrocarril, la cosa irá tirando, pero el día que nos quedemos sin él, se nos morirá sin remedio, por muy raro que suene eso de que una ciudad pueda morirse. Referido a las personas, se comprende, pero, ¡decir de una ciudad que se muere...!

—Y si se muere, ¿qué pasará?

—¿Qué pasará? ¿Quién puede decirlo? Creo que nadie llegará a saberlo, porque todos se habrán marchado ya. Si la población, supongamos, cayera por debajo de los mil habitantes, caso que puede darse, desde luego, los funcionarios nos quedaríamos sin trabajo, y seríamos los más indicados para coger el portante y largarnos.

Le ofrecí un cigarrillo, y se lo encendí con el encendedor Dupont que llevaba grabado el emblema del carnero.

—Sí. En Sapporo, me espera un buen empleo. Un tío mío tiene una imprenta y me ha ofrecido trabajo. Hace libros de texto por encargo del Ministerio de Educación, de modo que su estabilidad económica está asegurada. Para mí, sería lo mejor. Ni punto de comparación con quedarme aquí, llevando la cuenta de los carneros y vacas que salen en cada embarque.

—Parece una buena idea —le dije.

—Pero no me decido a dar el adiós definitivo a esta ciudad. Siento añoranza, ¿comprende? Si se va a morir de veras, quisiera ver con mis propios ojos sus últimos momentos, y esos sentimientos acaban prevaleciendo.

—¿Usted nació aquí? —le pregunté.

—Así es —me respondió, y acto seguido se sumió en un profundo silencio.

Un sol teñido de melancolía estaba hundiendo un tercio de su círculo por detrás de la montaña.

A ambos lados de la entrada de la granja municipal se erguían sendos postes, y entre ellos colgaba un cartel con la leyenda: «Granja municipal de Junitaki para la cría de ganado ovino.» Pasado el cartel seguía un camino en cuesta, que se perdía por un bosquecillo cuyo follaje presentaba vivos colores otoñales.

—Pasado el bosquecillo, verá los corrales, y detrás está la vivienda del

pastor. ¿Cómo se las arreglará para volver?

—Como todo es cuesta abajo, volveré andando. Muchísimas gracias.

Cuando dejó de verse el coche, pasé por entre los postes, y subí por el camino en cuesta. Los últimos rayos de sol añadían un tinte naranja a las hojas amarillentas de los arces. La arboleda era altísima. La luz que se filtraba por la fronda del bosquecillo se derramaba formando brillantes manchones movedizos sobre el camino de grava.

Tras cruzar el bosquecillo, pude ver, sobre la ladera de una colina, un corral alargado que desprendía un intenso olor a ganado. La techumbre del corral era abuhardillada y estaba recubierta de planchas de cinc pintadas de rojo. Tenía tres chimeneas, que en realidad eran respiraderos para la circulación del aire.

En la puerta del corral había una caseta para el perro, donde, atado a su cadena, estaba un pequeño perro pastor de raza Border, el cual, al verme, ladró un par de veces. Era un perro viejo, de mirada soñolienta. En sus ladridos no había hostilidad. Le acaricé el cuello y me meneó la cola. Ante la caseta habían colocado dos recipientes de plástico amarillo, donde le echaban la comida y el agua.

El perro, al retirar mi mano, se quedó tan satisfecho de mis caricias, que se metió dentro de su caseta y, juntando las patas delanteras, se tendió en el suelo.

El interior del corral estaba en penumbra, y por allí no se veía a nadie. Un ancho pasillo central, con suelo de cemento, dividía en dos el recinto; a ambos lados del pasillo había cercas para encerrar a los carneros, junto a los cuales discurrían unos canalillos rebajados en el suelo para desaguar los orines de los carneros y el agua de la limpieza. En las paredes, que cubrían planchas de madera, destacaba de vez en cuando una ventana encristalada por la que podía verse la línea aserrada de las montañas. El sol crepuscular teñía a los carneros de la derecha de color rojizo, mientras que sobre los de la izquierda vertía una densa sombra azul.

Al entrar en el corral, los doscientos carneros se volvieron a mirarme. La mitad, aproximadamente, estaba de pie, mientras que el resto permanecía tumbado sobre el heno esparcido por el suelo. Los ojos de los carneros eran de un azul tan intenso que no parecía natural, y semejaban dos pequeños manantiales que les brotaban a ambos lados de la cara. Al recibir la luz de frente, brillaban con viveza, como si fueran de cristal. Me miraban fijamente. Ni uno solo de ellos hizo el menor movimiento. Algunos seguían masca que te mascarás con la boca llena de heno, pero por lo demás el corral permanecía silencioso. Varios carneros habían sacado la cabeza por entre los barrotes de la

cerca para beber, pero en cuanto me vieron levantaron la cabeza y se me quedaron mirando. Aquellos animales daban la impresión de obrar según las órdenes de una mente común. Su pensamiento se había quedado temporalmente en suspenso desde el momento en que puse el pie en la puerta. Todo en derredor se había detenido, y su facultad de juicio se hallaba como aletargada. A medida que fui avanzando, su actividad mental se reanudó. En los ocho compartimientos en que se dividía el cercado, los carneros empezaron a moverse. En uno de ellos, destinado a hembras, éstas se agolparon alrededor del semental, mientras que en los restantes los machos que los ocupaban se aprestaron a repeler un posible ataque tras dar unos pasos hacia atrás como preludeo. Unos pocos carneros, dominados por la curiosidad, no se apartaban de la cerca, y observaban atentos mis movimientos.

Cada carnero, en una de aquellas orejas negras y largas que se proyectaban horizontalmente hacia ambos lados de su cara, llevaba adherida una marca de plástico. Algunos la tenían azul; otros, amarilla; otros, roja. En el lomo todos llevaban pintada una gran marca de color.

Caminé muy despacio, con el fin de no asustar a los carneros. Después adopté el aire más indiferente que pude para aproximarme a la cerca y, alargando la mano, acariciar a un joven macho. Se estremeció, pero no huyó de mí. Los demás carneros, muy suspicaces sin duda, fijaban los ojos alternativamente en su compañero y en mí. El joven macho, como si fuera un enviado del rebaño con la secreta misión de sondearme, se quedó plantado sin apartar de mí los ojos y con el cuerpo tenso.

Los carneros de raza Suffolk son animales realmente pintorescos. Aunque tienen la piel negra, su vellón es blanco. Sus orejas son grandes y, como las alas de una polilla, se proyectan horizontalmente a los lados de la cara. En sus ojos azules, que brillan en medio de las tinieblas, así como en el largo y orgulloso caballete nasal de sus hocicos, hay un indefinible aire de nobleza. No rechazaban mi presencia, pero tampoco la acogían con alborozo; simplemente, la aceptaban como una vivencia más. Algunos carneros meaban estrepitosamente, poniendo en ello toda su energía. Los orines caían al suelo, fluían hacia los canalillos y pasaban corriendo por ellos junto a mis pies. El sol estaba a punto de ocultarse tras los montes. Sombras de un suave añil empezaban a envolver las laderas de la montaña, como tinta diluida en agua.

Salí del corral, acaricié una vez más la cabeza del perro pastor y respiré hondamente. Luego rodeé el corral hasta su parte trasera, y una vez que hube pasado el puente de madera que salvaba un arroyo, me encaminé a la vivienda del pastor. Era ésta una casita de una planta que tenía anejo un gran cobertizo donde se almacenaba el heno, así como los aperos de labranza. El cobertizo era

mucho mayor que la propia casa.

El pastor estaba apilando sacos de plástico, que contenían desinfectante, junto a una pileta rectangular de cemento, de un metro de anchura y un metro de profundidad, situada al lado del cobertizo que servía de almacén. Me echó un vistazo desde lejos mientras me acercaba, pero continuó haciendo su trabajo, sin mostrarse demasiado comunicativo. Cuando llegué a su altura, dio por fin descanso a sus manos y con una toalla, que llevaba liada al cuello, se secó el sudor de la cara.

—Mañana hay que hacer una desinfección total de los carneros —dijo el hombre. De un bolsillo de su mono sacó un cigarrillo arrugado, y tras enderezarlo con el dedo, lo encendió—. Aquí se echa el desinfectante, y se hace nadar a los carneros a lo largo de la pileta. De no hacerlo así, se cargan de parásitos durante el invierno, recludos en el corral.

—¿Y lo hace todo usted solo?

—¡Qué disparate! Vendrán dos ayudantes. Con ellos y el perro hay suficiente. El perro es el que más y mejor trabaja. Entre otras cosas, porque los carneros confían en él. Ningún perro pastor podría cuidar de un rebaño si no contara con la confianza de los carneros.

El hombre era cinco centímetros más bajo que yo, aunque su complexión era más robusta. En cuanto a su edad, andaba entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años. Su pelo, corto y duro, semejaba por su rigidez un cepillo. Se fue quitando los guantes de goma que llevaba puestos para el trabajo tirando de los dedos, como si se arrancara la piel. Tras sacudírselos a golpes en los costados, se los metió en el bolsillo trasero del mono. Más que un pastor de carneros, parecía un sargento encargado de la instrucción de reclutas.

—A todo esto, usted ha venido a hacerme preguntas, ¿no? —Así es.

—Pregunte, entonces.

—¿Lleva mucho tiempo en este trabajo?

—Diez años —dijo el hombre—. Tanto se puede decir que es mucho tiempo, como que no. Ahora bien, en cuestión de carneros, me lo sé todo. Antes estuve en el ejército.

Se enrolló la toalla en torno al cuello y miró al cielo.

—Mientras dura el invierno, ¿pasa aquí todo el tiempo?

—¡Claro! —dijo—. ¿Adónde quiere que vaya? —Y tosió—. Aquí está mi hogar, y, por otra parte, en invierno hay un montón de faenas que hacer. Por esta zona, la nieve puede alcanzar hasta dos metros de altura, y si no se retira, el techo podría venirse abajo y aprisionar a los carneros. También hay que darles de comer, y hay que limpiar el corral, y esto, y lo otro, y lo de más allá.

—Y cuando llega el verano, se lleva la mitad de los carneros montaña

arriba, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Es difícil la marcha, con tantos carneros a su cuidado?

—No, ni mucho menos. Se viene haciendo desde siempre. La estabulación es algo muy reciente, antes tenían los carneros trashumando todo el año. En la España del siglo XVI había caminos exclusivos para la conducción del ganado, caminos que atravesaban todo el país; ni a los reyes les estaba permitido transitar por ellos.

El hombre lanzó un escupitajo y con la suela de una de sus botas lo restregó por el suelo.

—Además, mientras no se espanten, los carneros son animales muy dóciles. Marchan en silencio, sin rechistar, a la zaga del perro.

Saqué del bolsillo la fotografía enviada por el Ratón, y se la pasé al hombre.

—Éste es el pastizal de lo alto de la montaña, ¿no? —le pregunté.

—Sí —me contestó—. No puede ser otro. Y los carneros son los nuestros.

—¿Qué me dice de éste?

Y con la punta del bolígrafo le señalé el carnero bajo y recio que llevaba la estrella marcada en el lomo.

El hombre se quedó mirando un rato la fotografía.

—Este carnero es diferente. No es de los nuestros. Pero ¡qué cosa más rara! No puede haberse colado así como así. Todo el pastizal está circundado de alambrado. Yo mismo llevo la cuenta de los carneros dos veces al día, mañana y tarde. Si entrara algún elemento extraño, el perro lo advertiría, y por otra parte el rebaño se alborotaría. Además, esta raza de carnero no la he visto en mi vida.

—Desde mayo de este año, cuando usted subió a los carneros a la montaña, hasta la vuelta, ¿ocurrió alguna cosa extraña?

—No —dijo el hombre—. Todo fue normal.

—Y usted estuvo solo en la montaña todo el verano, ¿no?

—Solo no. Cada dos días venía un empleado del municipio, y los funcionarios también venían de vez en cuando a inspeccionar. Un día por semana bajaba a la ciudad, pero un sustituto cuidaba los carneros, así como de que todo estuviera en orden.

—Así que no estaba aislado en la montaña, ¿verdad?

—Eso es. Hasta que caen las grandes nevadas, se puede llegar a la finca en hora y media larga, yendo en jeep. No es más que un paseo. Pero, eso sí, en cuanto se amontona la nieve, no se puede pasar ni en jeep y aquello queda

completamente aislado.

—Ahora mismo, no debe de haber nadie allá arriba, en la montaña, ¿verdad?

—Nadie, aparte del dueño de la finca.

—¿El dueño de la finca? He oído que la casa de campo lleva mucho tiempo sin usarse.

El encargado tiró su cigarrillo al suelo, y lo aplastó con el zapato.

—*Llevaba* mucho tiempo sin usarse. Pero ahora está ocupada. De hecho, siempre está a punto para recibir al dueño, pues yo mismo me ocupo en tenerla en condiciones. Tiene luz, gas y teléfono, y no hay un solo cristal roto.

—Un funcionario del Ayuntamiento me dijo que allí no vivía nadie.

—Esos tipos no se enteran ni de la mitad de lo que pasa. Yo, aparte de mi empleo municipal, trabajo para el dueño de esa finca; aunque jamás me voy de la lengua. Me tiene advertido que nada de chismorreos.

El hombre sacó un paquete de tabaco del bolsillo, pero estaba vacío. Saqué mi cajetilla de Lark, que estaba a medias, le agregué un billete de diez mil yenes doblado, y se lo entregué todo. Se quedó unos momentos mirando el obsequio, pero acabó aceptándolo. Tras ponerse un cigarrillo en la boca, se guardó el resto del paquete en el bolsillo de la pechera diciendo:

—Con su permiso. Gracias.

—Así pues, ¿desde cuándo está ahí el dueño?

—Llegó en primavera. Como aún no había empezado el deshielo, sería marzo, sin duda. La última vez que estuvo por aquí fue hace unos cinco años, ¿sabe? No sé sus motivos para venir, pero eso, naturalmente, es cosa suya, y no tengo por qué andar haciendo cábalas. Si me dijo que ni una palabra a nadie, sus razones tendrá. Sea como fuere, desde entonces está ahí arriba. Los alimentos, el combustible y demás provisiones, se los compro yo, sin que nadie se entere, y se los llevo en el jeep. Con todo lo que tiene almacenado, puede vivir allí un año, si quiere.

—Ese hombre, ¿tiene poco más o menos mi edad, y lleva barba?

—¡Ajá! —asintió el pastor—. Me lo está retratando.

—¡Estupendo! —exclamé. Estaba de más mostrarle la foto.

3. LA NOCHE DE JUNITAKI

Llegar a un acuerdo con el pastor fue la mar de sencillo en cuanto le puse dinero en la mano. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, pasaría por la fonda a recogerlos y nos subiría en jeep hasta la finca.

—Si empiezo a mediodía la desinfección de los carneros, antes que anochezca habré acabado —comentó el pastor, hombre dotado, sin duda, de gran sentido práctico—. Con todo, hay una cosa que me preocupa —añadió—. La lluvia de ayer debe de haber reblandecido el terreno, y puede que lleguemos a una zona intransitable para el jeep. Si es así, tendrán que andar un trecho. Pues en ese caso no podré hacer nada.

—De acuerdo —dije.

Mientras hacía andando el camino de vuelta, recordé de pronto que el padre del Ratón tenía una casa de campo en Hokkaido. El Ratón me había hablado de ella más de una vez: en lo alto de la montaña, grandes prados, una antigua casa de dos plantas...

Siempre me acuerdo de las cosas importantes a destiempo. Tenía que haberme acordado al principio, nada más recibir la carta del Ratón. De haberlo recordado entonces, mis indagaciones habrían sido mucho más fáciles.

Mientras desahogaba mi resentimiento contra mí mismo, fui recorriendo en una fatigosa marcha a pie aquel camino de montañas, en medio de una oscuridad que iba creciendo por instantes. En el espacio de hora y media, sólo me encontré con tres vehículos. Dos de ellos eran camiones de gran tonelaje que transportaban madera, y el tercero, un tractor. Los tres iban a la ciudad, pero ninguno se detuvo para invitarme a subir. Ni que decir tiene, que no me sorprendió en absoluto.

Cuando llegué al hotel, eran la siete pasadas y la más cerrada oscuridad se cernía ya sobre la ciudad. Tenía frío. El pequeño perro pastor se asomó a la puerta de su caseta y me dedicó unos cuantos ladridos amistosos.

Mi amiga se había puesto unos pantalones vaqueros azules, y un jersey mío de cuello alto. Me esperaba en la sala de recreo, junto al vestíbulo, absorta en un juego electrónico. La sala de recreo tenía toda la pinta de ser un antiguo recibidor debidamente adaptado, pues conservaba aún una espléndida chimenea con su repisa. Una verdadera chimenea donde se podía encender un fuego de leña.

En la sala había cuatro máquinas de juegos programados y dos para jugar al «millón». Estas últimas, fabricadas en España, eran verdaderas piezas de

museo.

—Me muero de hambre —dijo mi amiga, cansada por la espera.

Encargamos la cena y me metí en el baño japonés. Al salir del baño, me pesé, cosa que no había hecho desde hacía muchísimo tiempo. Setenta kilos. Lo mismo que diez años atrás. Toda la sobrecarga que había acumulado en la cintura se volatilizó durante la última semana, más o menos.

Al volver a la habitación, la cena estaba servida. Mientras iba picoteando los platos entre sorbo y sorbo de cerveza, le conté a mi amiga lo ocurrido en la granja y el acuerdo al que había llegado con el pastor ex sargento. Mi amiga se lamentó de haberse perdido la visita a los carneros.

—Pero bueno, como quien dice, ya estamos pisando la meta.

—¡Ojalá sea verdad! —exclamé.

* * *

Después de ver por televisión una película de Hitchcock, nos embutimos en el edredón y apagamos la luz. El reloj del piso bajo dio once campanadas

—Mañana tenemos que madrugar... —comenté.

No hubo respuesta. Mi amiga había cogido ya el ritmo de respiración de quien está en el séptimo sueño. Puse en hora la alarma del despertador, y a la luz de la luna me fumé un cigarrillo. Aparte del rumor del río, no se oía nada. Toda la ciudad parecía estar sumida en el sueño.

Como no había parado en todo el día, me sentía corporalmente rendido; pero la inquietud que embargaba mi ánimo no me dejaba dormir. El recuerdo de los últimos acontecimientos daba vueltas en mi cabeza.

En la oscuridad silenciosa de la noche, traté de contener el aliento, en tanto que a mi alrededor la ciudad se disolvía en el paisaje. Las casas se derruían una tras otra, la vía del ferrocarril se oxidaba hasta no ser ni sombra de lo que fue y en los campos de labranza brotaban a placer las malezas. La ciudad cerraba el breve ciclo de sus cien años de historia volviendo a sepultarse en la madre tierra. Como una película que se proyectara marcha atrás, el tiempo retrocedía. Alces, osos, lobos... se dejaban ver sobre la faz de la tierra. Enjambres gigantescos de langostas oscurecían el cielo. Un mar verde de matorrales de bambú se encrespaba agitado por el viento de otoño. Y el lujuriente bosque de hoja perenne ocultaba al sol.

Así que, después de borrarse la huella dejada por los hombres, solamente los carneros permanecían allí. En las tinieblas les brillaban los ojos, aquellos

ojos que me contemplaban fijamente. Nada decían. Nada pensaban. Solamente me miraban. Carneros a millares. Con el monótono masca que mascarás de sus mandíbulas cubrían de ruido la faz de la tierra.

Al sonar las dos en el reloj de pared, se esfumaron los carneros.

Y me quedé dormido.

4. UNA CURVA OMINOSA

La mañana estaba muy fresca, entoldada por caprichosas nubes. Compadecí a los pobres carneros, que en un día como aquél tenían que darse un baño frío en líquido desinfectante, y me sentí solidario con ellos. Aunque puede que los carneros no sientan mucho el frío. Quién sabe si a lo mejor ni lo notan.

El corto otoño de Hokkaido iba poco a poco acercándose a su fin. Llegaban densas nubes cenicientas, preñadas de presagios de nieve. Como habíamos volado desde el septiembre de Tokio al octubre de Hokkaido, tenía la sensación de haberme perdido irremediamente el otoño de 1978. Había vivido el principio del otoño y su final, pero no su corazón.

Me desperté a las seis, me lavé la cara y, mientras nos preparaban el desayuno, me senté en el pasillo a ver fluir el río. Su caudal había disminuido algo con respecto de la víspera, y el fango había desaparecido de sus aguas. En la ribera opuesta se extendían campos de arroz, y hasta donde alcanzaba la vista los tallos espigados dibujaban extrañas ondulaciones al antojo del viento matinal. Un tractor atravesaba el puente de cemento con dirección a la montaña. El estrepitoso traqueteo de su motor se oía sin parar, por más que se iba atenuando con la distancia. Tres cuervos pasaron volando por entre un bosque enrojecido de abedules blancos y, tras describir un círculo sobre el río, se posaron en el pretil del puente. Posados allí tenían cierto aire de comparsas en una obra teatral de vanguardia. Pero cansados, al parecer, de representar ese papel, fueron abandonando uno tras otro el pretil para desaparecer en el cielo río arriba.

* * *

Justo a las ocho, el viejo jeep del pastor se detuvo ante la fonda. El jeep tenía una capota que se cerraba en forma de caja. Se notaba que era material de desecho del ejército, pues en los flancos de su carrocería aún podía leerse, no sin dificultad, el nombre de la unidad a la que había pertenecido.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó el pastor en cuanto me vio—. Ayer traté de llamar a la casa, para cerciorarme, simplemente; pero me fue imposible comunicar.

Mi amiga y yo nos montamos en los asientos de atrás. El jeep olía a gasolina.

—¿Cuándo llamó por última vez? —le pregunté.

—Pues sería... el mes pasado. Sobre el día veinte del mes pasado. Después no he tenido contacto. Como me suelen llamar desde allí si necesitan algo..., comida o lo que sea...

—De modo que el teléfono no da ninguna señal.

—Así es. Ni siquiera la de que esté comunicando. Puede que se haya cortado la línea. Pero eso suele ocurrir cuando caen grandes nevadas.

—Todavía no ha nevado.

El pastor miró al techo y giró la cabeza con un crujido de sus vértebras cervicales.

—De todos modos, iremos y echaremos un vistazo. Sólo sabremos lo que pasa si vamos allí.

Asentí en silencio; tenía la cabeza embotada por el olor a gasolina.

El coche cruzó el puente de cemento y, siguiendo la misma ruta del día anterior, se internó en la montaña. Al pasar ante la granja municipal, los tres miramos hacia los dos postes de la entrada y el letrero que sustentaban. La granja se hallaba envuelta en quietud. Los carneros estarían mirando con sus ojos azules el silencioso espacio que se abría ante ellos.

—¿La desinfección la hará a partir de mediodía?

—Seguramente. Aunque no es que sea cosa de vida o muerte. Basta con tenerla hecha cuando empiece a nevar.

—¿Cuándo suele empezar a nevar?

—No tendría nada de raro que nevara ya la semana que viene —dijo el pastor. Y sin dejar de sujetar el volante con ambas manos, inclinó hacia adelante la cabeza y estornudó—. Pero la nieve no empieza a acumularse hasta bien entrado noviembre. ¿Conoce usted el invierno de esta región?

—No —le respondí.

—Una vez que la nieve empieza a acumularse, no para; es como si se hubiera roto un dique. Cuando esto ocurre, ya no hay riada que hacer. Sólo cabe encerrarse en casa, y esperar. Esta tierra es muy poco hospitalaria, ésa es la verdad.

—Con todo, usted vive siempre aquí.

—Porque me gustan los carneros, ¿sabe? Los carneros son animales de buen natural, e incluso su cara recuerda la de las personas. ¡Bueno! Cuando cuidas de ellos, los años pasan en un santiamén. Y el caso es que se trata de un ciclo que se repite una y otra vez. En otoño, el apareamiento; en invierno, esperar que pase; en primavera, la cría; y en verano, el pastoreo. Las crías van creciendo, y en otoño ya se aparean. Todo se repite. Cada año se renuevan los carneros, pero yo soy cada vez más viejo. Y a medida que se cumplen años, va

dando más pereza cambiar de costumbres.

—¿Qué hacen los carneros en invierno? —preguntó mi amiga.

El pastor, sin soltar el volante, se volvió hacia nosotros y la miró a la cara, como si en aquel momento se percatara de su presencia. Por más que estuviéramos en un tramo recto de carretera, y sin que viniera ningún coche en sentido contrario, me resbaló un sudor frío por la espalda.

—Durante el invierno, los carneros se están quietos, recogidos en el corral —dijo el pastor mientras volvía por fin la vista al frente.

—¿Y no se aburren allí? —insistió mi amiga.

—¿Considera usted que su propia vida es aburrida?

—No sé qué decirle —respondió mi amiga.

—Algo así les pasa a los carneros —prosiguió el hombre—. No piensan en esas cosas, y aunque las pensarán, no las sabrían expresar. Comen su heno, hacen sus necesidades, tienen sus grescas, piensan en los carneritos que les van a nacer, y así pasan el invierno.

La pendiente de la montaña se fue haciendo más escarpada, al tiempo que el trazado de la carretera empezaba a describir grandes eses. Las huertas y plantaciones iban desapareciendo gradualmente de la vista, sustituidas por densos bosques, que se enseñoreaban de ambos lados de la carretera. De vez en cuando, por entre los claros del bosque se dejaban ver tierras llanas.

—En cuanto la nieve se acumule, no habrá quien circule por esta zona —dijo el pastor—. Aunque, la verdad, tampoco hay necesidad de hacerlo.

—¿No hay pistas de esquí, cursillos de montañismo, etcétera? —pregunté, a ver qué me decía.

—Nada. Absolutamente nada, ¿sabe? Por eso no vienen turistas. Y por eso también la ciudad va decayendo. Hasta alrededor de 1960, tenía una actividad apreciable, y se la consideraba ciudad modelo por su productividad agrícola en zona fría; pero desde que empezó a haber sobreproducción de arroz, a nadie le da por seguir cultivándolo en el interior de un frigorífico. Bueno, es lógico.

—¿Y qué ha pasado con las serrerías?

—Como faltaba mano de obra, se trasladaron a sitios más céntricos. Aún quedan varias serrerías en la ciudad, pero de pequeñas dimensiones. Los troncos talados en la montaña cruzan la ciudad para ir a parar a Nayori o a Asahikawa. Por eso, mientras la carretera se mantiene en excelentes condiciones, la ciudad se va anquilosando. Un gran camión que lleve enormes neumáticos claveteados no suele tener problemas en una carretera cubierta de nieve.

Inconscientemente, me llevé un cigarrillo a la boca; aunque, preocupado

por el olor a gasolina, lo devolví a su cajetilla. Como remedio, me puse a chupar un caramelo de limón que encontré en uno de mis bolsillos. Dentro de mi boca se mezclaron el aroma del limón y el olor de la gasolina.

—¿Se pelean los carneros? —preguntó mi amiga.

—Suelen pelearse bastante —le respondió el pastor—. Les pasa a todos los animales gregarios. También en una sociedad de carneros hay un delicado orden jerárquico. En un rebaño compuesto de cincuenta carneros, hay desde un número uno hasta un número cincuenta. Y ninguno deja de tener presente su lugar en la jerarquía.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó mi amiga.

—Gracias a eso también resulta mucho más fácil conducirlos.

Cuando se consigue que eche a andar el carnero más importante, el resto lo sigue dócilmente, sin hacerse preguntas.

—Pero, si la jerarquía está definida tan estrictamente, ¿por qué se pelean?

—Porque si un carnero resulta herido y le flaquean las fuerzas, la jerarquía se vuelve inestable. Entonces, un carnero inferior presenta su reto, con ánimo de trepar en la escala social. Por causas así pueden tener combates que duran hasta tres días.

—¡Pobrecillos!

—Bueno, cada uno suele tener lo que se merece. Porque el carnero que ha recibido la patada, cuando era más joven seguramente se la dio a su vez a otro, ¿sabe? Y, por otra parte, a la hora de pasar por el matadero ya no hay número uno ni número cincuenta que valga. En las barbacoas todos los carneros son iguales.

—¡Vaya! —exclamó mi amiga.

—Con todo, el más digno de lástima, si bien se mira, es el macho semental. ¿Saben lo que les ocurre a los machos que señorean un harén?

—No —le respondimos al unísono.

—Cuando se crían carneros, es muy importante supervisar el apareamiento. Por eso se separan los machos de las hembras y se echa un solo carnero al cercado de estas últimas. Suele ser el más fuerte, el número uno. Es natural, porque se supone que es el que tendrá mejor descendencia. Cuando ha cumplido su misión, al cabo de un mes, más o menos, el semental es devuelto al cercado de los machos. Pero en ese intervalo, ya se ha impuesto allí otro orden jerárquico. Como el semental, de tanto aparearse, ha perdido a veces hasta la mitad de su peso, por muy valiente que sea, lleva las de perder. A pesar de ello, tiene que luchar, uno por uno, contra todos sus compañeros. Da pena.

—¿Y cómo luchan los carneros? —preguntó mi amiga.

—Dándose cabezazos mutuamente. Tienen la frente dura como el

hierro, con una cavidad hueca en su interior.

Mi amiga se calló, absorta en sus pensamientos. Tal vez se estaba imaginando la estampa de dos carneros dándose cabezazos.

Pasada media hora de viaje, la capa de asfalto desapareció bruscamente de la carretera, cuya anchura se redujo a la mitad. Los oscuros bosques que se alzaban a ambos lados parecieron precipitarse de repente sobre el coche, acosándolo. La temperatura ambiente dio un bajón de unos cuantos grados.

El camino era horrible, y el coche daba tales botes en los baches que parecía la aguja de un sismógrafo. Un bidón de plástico colocado junto a mis pies, que contenía gasolina, empezó a hacer un ruido siniestro; era como si la materia gris de un cerebro reventara y se esparciera por todo el cráneo. Aquel ruido me causaba dolor de cabeza.

No sé si el trayecto que hicimos en estas condiciones duró veinte minutos o media hora. Ni siquiera podía ver con precisión la hora en mi reloj de pulsera. Mientras duró, nadie habló ni palabra. Me agarré firmemente al cinturón de seguridad adherido al respaldo del asiento, mientras que mi amiga se aferraba a mi brazo derecho, y el pastor concentraba toda su atención en el volante.

—¡A la izquierda! —chilló lacónicamente el hombre rompiendo el silencio.

Sorprendido, dirigí la vista al flanco izquierdo del camino. La pared verdinegra formada por aquel bosque desaparecía de repente, como si la hubieran arrancado, en tanto que el terreno se hundía formando un abismo. Ante nosotros se abría un inmenso valle. El panorama era despejado y espléndido, pero tremendamente triste. En las paredes rocosas, cortada a picos, no había la menor señal de vida, y por si fuera poco, sobre el paisaje circundante flotaba una especie de halo fatídico.

Camino adelante, en el extremo del valle, se alzaba un monte cónico, extrañamente calvo de toda vegetación. Su cima parecía haber sido distorsionada con violencia por una fuerza colosal.

El pastor, agarrando con fuerza entre sus manos el volante, señaló con su barbilla hacia aquel monte, en un gesto de posesión.

—Tenemos que rodearlo, hasta verle la espalda —dijo.

Un recio vendaval, que subía del fondo del valle, acariciaba desde su raíz, pendiente arriba, el herbazal que brotaba en la ladera derecha. En los cristales del jeep repiqueteaba la arenilla levantada por el viento.

Tras salvar una serie de arriesgadas curvas, el jeep se fue acercando a la cima; a medida que el camino ascendía, la ladera de la derecha fue disminuyendo de altura hasta convertirse en un precipicio cortado a pico.

Pronto rodamos por una estrecha cornisa, excavada en una colosal e inexpresiva pared de roca.

El tiempo cambió de repente. El cielo hasta entonces de un sutil color ceniciento, ligeramente teñido de azul, como hastiado de tan volubles matizaciones, acentuó su tinte grisáceo y se ensombreció cada vez más con sucesivas oleadas de negrura. Las montañas circundantes se fueron cubriendo de sombras en un movimiento paralelo.

Alrededor de la montaña el viento se encrespaba en remolinos y alzaba su siniestro ulular, como un resoplido que alguien lanzara acanalando la lengua. Me sequé la frente con el dorso de la mano. A pesar del jersey, mi cuerpo estaba empapado de sudor frío.

El pastor iba tomando una curva que parecía interminable mientras apretaba con fuerza los labios; a la derecha, siempre a la derecha. De pronto, como si hubiera oído un ruido, se echó hacia delante y en esa postura fue aminorando la velocidad del jeep hasta que, en una zona donde la carretera se ensanchaba ligeramente, pisó el freno. Al pararse el motor, nos envolvió un helado silencio. Solamente se oía el viento ululando sobre la tierra.

El pastor, con las manos aún en el volante, se sumió en un largo silencio. Luego bajó del jeep, y pateó repetidas veces el terreno con la suela de sus botas. También yo me apeé del jeep y avancé hasta llegar a su lado. Miré el piso de la carretera.

—Malo, malo, ¡ya lo decía yo! —murmuró el pastor—. Ha llovido mucho más de lo que me imaginaba.

No me pareció que la carretera estuviera mojada, la verdad. Más bien hubiera dicho que estaba dura y relativamente seca.

—Por dentro está húmeda —me explicó—. Son muchos los que se llaman a engaño, juzgando por las apariencias. Esta zona, aunque no lo parezca, es realmente peligrosa.

—¿Peligrosa?

Sin responderme, sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaquetón. Acto seguido, encendió una cerilla.

—Bueno, vamos a ver cómo están las cosas por aquí.

Fuimos andando hasta la siguiente curva, unos doscientos metros más allá. El frío se nos enroscaba al cuerpo. Me subí hasta la nuez la cremallera del anorak, y le volví el cuello hacia arriba. Aun así, tiritaba.

En el punto donde se iniciaba la curva, el pastor se detuvo y, con el cigarrillo pendiente de la comisura de los labios, se quedó mirando fijamente el paredón que se empinaba a nuestra derecha. En su zona central borbollaba un chorro de agua, el cual al caer se convertía en un regato, que cruzaba la carre-

tera. El agua arrastraba barro. Al tocar la parte húmeda de la roca, comprobé que ésta era mucho más frágil de lo que aparentaba, pues se desmenuzó entre mis dedos.

—¡Maldita curva! —exclamó el pastor—. La tierra está reblandecida por todas partes. ¡Y si sólo fuera eso! Hay algo ominoso en esta curva. Hasta los carneros, cuando llegan aquí, se asustan.

El pastor, tras unas cuantas toses, tiró el cigarrillo al suelo.

—Tendrán que disculparme, pero pasar con el jeep sería una locura.

Asentí en silencio.

—¿Podrán hacer el resto a pie?

—El problema no es andar. Lo que me preocupa es si el terreno aguantarán nuestro peso.

El pastor dio otro decidido golpe de bota contra el piso de la carretera. Con un levísimo desfase temporal, se dejó oír cierto ruidito sordo, como un quejido del suelo.

—No creo que se los trague.

Dimos media vuelta hacia el jeep.

—Desde aquí hay unos cuatro kilómetros —dijo el pastor mientras caminaba a mi lado—. Aun yendo acompañado por una mujer, en hora y media estará allí. El camino es todo seguido, sin bifurcaciones ni grandes cuevas que subir. Dispénsenme por no llevarlos hasta el final.

—No se preocupe. Gracias por todo.

—¿Van a quedarse mucho tiempo allá arriba?

—¡Quién sabe! Lo mismo podemos volver mañana que quedarnos una semana. Depende de cómo vayan las cosas.

El hombre se puso otro cigarrillo entre los labios, aunque esta vez tosió antes de encenderlo.

—Más vale que se anden con cuidado. Por el ambiente, diría que este año la nieve llegará pronto. En cuanto empieza a acumularse, no hay modo de escapar de allí.

—No nos arriesgaremos —le dije.

—La llave de la casa está oculta en un saliente de la parte baja del buzón que se levanta junto a la entrada. Si no hubiera nadie, pueden usarla.

Bajo un cielo nublado y sombrío, sacamos nuestros equipajes del jeep. Me quité el anorak y me enfundé en una gruesa parka. Aun así, no pude desterrar aquel frío que se agarraba a mi piel.

El pastor, tras dar varios golpes con el jeep en el paredón, consiguió hacerlo girar sobre la estrecha carretera. Cada vez que chocaba, la pared se desmoronaba un poco y caía en forma de tierra. Terminada la maniobra de

giro, tocó el claxon y agitó la mano. También nosotros lo despedimos agitando la mano. El jeep cogió la curva y desapareció. Nos quedamos solos. Tuve, ni más ni menos, la sensación de que nos habían dejado abandonados en el fin del mundo.

Dejamos las mochilas en el suelo y, en silencio, contemplamos el paisaje. En el fondo del valle que dominaba nuestra vista, un río describía suaves curvas, como una delgada cinta de plata, entre dos riberas cubiertas por el denso verdor de los bosques. Frente al valle, en la lejanía, serpenteaba una cadena de colinas, que mostraba todos los colores del otoño. Y más allá de sus cimas se dejaba ver borrosamente una remota planicie. Varias columnillas de humo se elevaban desde allí; estaban quemando la paja tras cosechar el arroz. El panorama era soberbio, pero, por mucho que lo mirara, no conseguía sentirme a gusto. Todo me resultaba allí frío y ajeno, en cierto modo, como si no perteneciera a mi mundo.

El cielo estaba tapado hasta el horizonte por cenicientas nubes, grávidas de agua, que formaban como un velo inconsútil. Bajo este velo se deslizaban, a escasa altura, grumos de nubes negras. Daba la impresión de que, con sólo alargar el brazo, hubiéramos podido tocarlas con la punta de los dedos. Las nubes se precipitaban hacia el este a una velocidad increíble. Procedentes del continente, sobrevolaban el mar del Japón, atravesaban la isla de Hokkaido y se perdían volando hacia el mar de Ojotsk. Mientras contemplaba inmóvil aquella masa de nubes que iba y venía sin parar, se me hizo evidente lo arriesgado de la situación en que nos encontrábamos. Bastaría con un soplo caprichoso de los elementos para que aquella frágil cornisa pegada al paredón —y nosotros con ella, por supuesto— se precipitara en el vacío del valle que yacía a nuestros pies.

—¡Andando! —dije, y me eché a la espalda la pesada mochila.

Era conveniente salir de aquellos parajes antes de que nos sorprendiera la lluvia o el aguanieve, y, por otra parte, deseaba encontrarme lo más cerca posible de un lugar techado. No resulta agradable quedar empapado en un ambiente tan frío. Con paso rápido, dejamos atrás la siniestra curva. Tal como nos había dicho el pastor, aquella curva tenía algo que daba mal agüero. Mi cuerpo lo advirtió al principio vagamente, pero esa sensación ominosa acabó por repiquetear en algún lugar de mi cerebro como una señal de aviso. Una sensación semejante a la que se siente cuando, al vadear un río, se mete la pierna en un lugar donde el agua tiene una temperatura distinta de la del resto.

Mientras recorríamos aquel medio kilómetro aproximado de curvas, el ruido de nuestras pisadas sobre la tierra despertó muy diversos ecos. Varios regatos de bullente agua fresca cortaron culebreando nuestro camino.

Después de pasada la curva continuamos avanzando a paso rápido, con el fin de distanciarnos todo lo posible de aquel lugar. Por fin, tras una media hora de marcha, la verticalidad de la pared rocosa se fue suavizando, y empezaron a verse algunos árboles. Respiramos aliviados y sentimos relajarse la tensión acumulada en nuestros cuerpos.

Lo más duro había pasado. El camino era cada vez más llano, la aspereza que antes nos rodeaba se fue suavizando y poco a poco nos adentramos en un típico paisaje de meseta. Los pájaros comenzaron a dejarse ver.

Después de otra media hora de marcha, perdimos de vista el extraño monte de figura cónica y nos internamos en una vasta llanura, monótona como una mesa. La llanura estaba rodeada por una cadena montañosa que cortaba el horizonte. Daba la impresión de que la cima de un volcán se hubiera hundido enteramente en el cráter, calmándolo. Un mar de abedules blancos, dorados por el otoño, se extendía sin fin. Entre los abedules crecían arbustos de vivos colores, así como finas hierbas en el sotobosque. De vez en cuando encontrábamos un abedul derribado por el viento, que al pudrirse iba tomando el color de la tierra.

Ahora que habíamos dejado atrás aquella curva ominosa, las cosas parecían tomar mucho mejor cariz.

Un solo camino cruzaba el mar de abedules blancos. Era un camino por el que el jeep hubiera podido circular sin dificultad, y de un trazado tan recto, que llegaba a marear. Sin curvas, sin pendientes abruptas. Al mirar hacia adelante todo confluía en un punto de fuga. Negros nubarrones surcaban el espacio sobre ese punto.

Reinaba un profundo silencio. Incluso el rumor del viento era absorbido por el inmenso interior del bosque. De vez en cuando aparecía un pájaro negro, rechoncho, que sacaba su roja lengua mientras rasgaba el aire con un grito agudo; pero así que el pájaro se ocultaba, el silencio restañaba la herida. Las hojas caídas que sepultaban el camino estaban empapadas de humedad por la lluvia de la víspera. Aparte de los pájaros, nada quebraba el silencio. El bosque de abedules parecía no tener fin, y tampoco parecía tenerlo el rectilíneo camino que lo atravesaba. Incluso aquellas nubes bajas que momentos antes nos habían oprimido tanto, vistas a través del ramaje parecían irreales.

Al cabo de quince minutos de marcha dimos con un riachuelo de agua muy clara, sobre el cual habían tendido un sólido puente ensamblando troncos de abedules blancos; incluso tenía barandas. Al final del puente había un claro en el bosque, y decidimos tomarnos un descanso. Nos quitamos las mochilas y descendimos hasta el riachuelo para beber. Nunca había bebido antes agua tan deliciosa; de sabor un poco dulzón, despedía un agradable olor a tierra y estaba

fresquísima, tanto, que nuestras manos enrojecieron al tocarla.

Las nubes seguían pasando imperturbables; sin embargo, no parecía que fuera a llover. Mi amiga rehizo los lazos de los cordones de sus botas de montaña. Sentado en la baranda del puente, me fumé un cigarrillo. Del curso inferior del río nos llegaba el sonido de una cascada. Una caprichosa ráfaga de brisa, procedente del flanco izquierdo del camino, hizo ondular aquel mar de hojas caídas y se desvaneció por el lado derecho. Cuando, fumado ya mi cigarrillo, lo tiré al suelo para apagarlo de un pisotón, vi otra colilla al lado de la mía. La cogí entre mis dedos y la examiné despacio. Era de un Seven Stars. Como estaba seca, deduje que la había fumado después de la lluvia, probablemente aquel mismo día.

Traté de recordar la marca de cigarrillos que fumaba el Ratón. Pero fue en vano. Ni siquiera estaba seguro de que fumara. Como no saqué nada en claro, tiré la colilla al río. Sus aguas la hicieron desaparecer corriente abajo en un santiamén.

—¿Qué era eso? —me preguntó mi amiga.

—Encontré una colilla reciente —le contesté—. Así que, hace muy poco tiempo, alguien estuvo sentado aquí fumándose un cigarrillo, como yo.

—¿Tu amigo, tal vez?

—¿Quién sabe?

Se sentó a mi lado y se recogió el pelo con ambas manos; hacía mucho tiempo que no me había enseñado las orejas. El murmullo de la cascada se amortiguó en mi conciencia, y después regresó con más fuerza.

—¿Todavía te gustan mis orejas? —me preguntó.

Sonreí, mientras alargaba levemente la mano, y le toqué el lóbulo con la punta de los dedos.

—Sabes muy bien que sí —le contesté.

Al cabo de quince minutos más de marcha, el camino terminaba bruscamente. El mar de abedules, igual que si lo hubieran cortado de un tajo, también se acababa allí. Ante nosotros se extendía una pradera, vasta como un lago.

* * *

Alrededor de la pradera habían hincado estacas cada cinco metros, las

cuales sustentaban un cercado de alambre. Era una alambrada vieja y mohosa. Al parecer, habíamos llegado por fin a la finca. Empujé la barrera de madera, muy desgastada, que cerraba el recinto, la abrí y entramos. La hierba se veía tierna, y la tierra estaba ennegrecida por la humedad.

Sobre la pradera, surcaban el cielo nubes negras. En la dirección a la que apuntaba el curso de las nubes se alzaba una alta línea de montañas, de perfil dentado. Aunque el ángulo de visión no era el mismo, se trataba sin lugar a dudas de las montañas que mostraba la fotografía del Ratón. Ni siquiera tuve que mirarla para asegurarme.

Sin embargo, resulta la mar de sorprendente eso de tener ante los ojos un paisaje que has visto mil veces en fotografía. La perspectiva en profundidad me pareció francamente artificial. Mi impresión fue que aquel paisaje no acababa de ser real, que alguien lo había montado aprisa y corriendo para que estuviera de acuerdo con la fotografía.

Me apoyé sobre la barrera y suspiré. Al fin y al cabo, habíamos dado con lo que buscábamos. Dejando aparte la cuestión de las consecuencias que pudiera tener aquel hallazgo, el hecho en sí no tenía vuelta de hoja.

—¡Hemos llegado! —exclamó mi amiga, apretándome el brazo.

—¡Sí, hemos llegado! —exclamé yo. Cualquier otro comentario estaba fuera de lugar.

Enfrente de nosotros, al otro extremo de la pradera, vimos una vieja casa de madera de dos plantas, al estilo de las casas rurales americanas. Un edificio construido cuarenta años antes por el profesor Ovino, que había comprado luego el padre del Ratón. Al no tener a mano un punto de comparación, el tamaño de la casa, vista de lejos, no podía calcularse con exactitud, aunque era ciertamente una construcción achaparrada e inexpresiva. La pintura blanca de su fachada, bajo aquel cielo nublado, tenía un brillo mate y siniestro. Del centro de la techumbre abuhardillada, de un color mostaza casi herrumbroso, arrancaba una chimenea cuadrada de ladrillo que apuntaba al cielo. La casa no estaba vallada; en cambio, la circundaban numerosos árboles de hoja perenne que extendían su ramaje para protegerla de lluvias racheadas y de ventiscas. La casa daba la sensación, sorprendente hasta cierto punto, de no estar habitada. Una casa extraña, desde todos los puntos de vista. Tal sensación no se debía a que la casa fuera inhóspita o fría, ni a que su arquitectura se saliera de lo común, ni a que estuviera a punto de hundirse. Era, sin más, una casa extraña. Parecía un enorme ser vivo que hubiese envejecido sin poder expresar sus emociones. No porque no supiera cómo expresarse, sino porque no tuviera nada que decir.

El aire olía a lluvia. Parecía prudente darse prisa. Atravesamos el prado

en línea recta hacia la casa. Desde el oeste se nos acercaban gruesas nubes cargadas de lluvia, que ya no tenían nada que ver con los jirones desflecados de unos momentos antes.

La pradera era tan amplia, que llegaba a cansar. Por mucho que apresuráramos el paso, no parecía que avanzáramos lo más mínimo. Se diría que habíamos perdido el sentido de la distancia.

Se me ocurrió que era la primera vez en mi vida que atravesaba a pie una llanura tan extensa. Incluso el ulular del viento en la lejanía parecía estar al alcance de mi mano. Una bandada de pájaros, cruzándose con el flujo de las nubes, cortó el aire sobre nuestras cabezas en dirección al norte.

Cuando, al cabo de un buen rato, llegamos a la casa, ya había empezado a llover. El edificio parecía mucho mayor que visto de lejos, y mucho más viejo. La pintura blanca había saltado en muchos lugares, provocando desconchones, y las porciones desconchadas desde tiempo atrás se habían ido ennegreciendo a causa de la lluvia y la humedad. Tal como estaba aquella casa, para volver a pintarla sería necesario rascar primero la pintura vieja y tapar los desconchones. Sólo de pensar en la magnitud de aquella reparación —y eso que no era asunto mío—, me sentí anonadado. Una casa deshabitada tiende indefectiblemente a desmoronarse. Y la casa de campo que teníamos delante parecía haber rebasado el punto en que hubiera sido posible restaurarla.

En contraste con el envejecimiento de la casa, los árboles que la circundaban se habían desarrollado a placer, y, como ocurría con la cabaña de troncos descrita en *Los Robinsones su xos*, la envolvían por completo. Debido a la prolongada ausencia de poda, las ramas de los árboles crecían sin orden ni concierto.

Considerando lo escarpado y tortuoso de aquella carretera de montaña, no pude por menos que pensar cómo se las arregló el profesor Ovino, hacía ya la friolera de cuarenta años, para transportar hasta aquel lugar los materiales que requería la construcción de semejante casa. No creo errado suponer que allí enterró, literalmente, el resto de sus energías y su fortuna. El recuerdo del profesor Ovino, a quien habíamos visto recluido en aquella oscura habitación de la segunda planta del hotel, en Sapporo, me oprimía el corazón. Si tuviera que proponer un ejemplo de vida humana no recompensada como se merecía, propondría la del profesor Ovino. Alcé los ojos para contemplar el edificio, a pesar de la fría lluvia.

De cerca, al igual que cuando la veíamos de lejos, aquella casa daba la impresión de estar deshabitada. En las contraventanas que protegían las amplias ventanas dobles se habían acumulado sucesivas capas de tierra. La lluvia había dado a ese polvillo formas caprichosas, sobre las cuales se habían

adherido nuevas capas de tierra, que a su vez se habían consolidado por obra de lluvias más recientes, en un proceso siempre renovado.

En la puerta de entrada, y a la altura de la vista, había un ventanillo cuadrado de unos diez centímetros, con un cristal. Por dentro pendía una cortina, que impedía ver el interior de la casa. En los resquicios del pomo también se había acumulado tierra en abundancia, que se desmoronaba y caía al contacto de mi mano. El pomo bailaba como una rueda a punto de ser arrancada, pero la puerta no se abría. Aquella vieja puerta, formada por tres gruesos tablones de roble ensamblados, era bastante más resistente de lo que a primera vista se hubiera pensado. A modo de prueba, la aporreé reiteradamente con los puños, pero no obtuve respuesta. Lo único que conseguí fue hacerme daño en las manos. Las ramas de un gigantesco roble se balanceaban agitadas por el viento por encima de nuestras cabezas, y hacían el mismo estruendo que una duna al derrumbarse.

Tanteé la parte baja del buzón, tal como me dijo el pastor. La llave descansaba en un saliente metálico. Era una llave antigua de latón, muy desgastada por el uso.

—¡Qué falta de precaución! ¡Mira que dejar la llave en un sitio así! — exclamó mi amiga.

—Muy tonto sería el ladrón que se perdiera por aquí —le contesté.

La llave entró en el ojo de la cerradura sin dificultad. Giró, accionada por mi mano, con un grato ruido metálico, y la puerta se abrió.

* * *

Como las contraventanas estaban cerradas, en el interior de la casa reinaba una suave penumbra, un tanto inquietante. Hasta que nuestros ojos se habituaron a ella, transcurrió un buen rato. La penumbra desdibujaba los contornos del salón.

Era un salón amplio: espacioso, tranquilo, con el olor de un viejo granero. Un olor que recordaba de mi infancia. El olor exhalado por muebles viejos u olvidadas esteras. Un olor de viejos tiempos. Cerré la puerta tras de mí, y el ruido del viento se extinguió al punto.

—¡Buenos días! —grité—. ¿Hay alguien aquí?

Naturalmente, estaban de más los gritos. Era obvio que no había nadie. Sólo un reloj de pesas, situado junto a la chimenea, desmenuzaba el tiempo con su tictac.

Por unos pocos segundos, la cabeza me dio vueltas. Allí, en la penumbra, el tiempo pareció correr a la inversa, y muchos recuerdos se agolparon en mi mente. Recuerdos de sensaciones penosas que se desmoronaron como arena reseca. Sin embargo, fue cosa de un momento. Cuando abrí los ojos, las cosas habían vuelto a su sitio. Ante mí se extendía un monótono espacio gris, eso era todo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mi amiga, preocupada.

—No es nada —le dije—. Entremos.

Mientras ella buscaba el interruptor de la luz, traté de examinar en la penumbra el reloj. Tenía tres pesas pendientes de cadenas, que había que subir para darle cuerda. Aunque las tres pesas ya habían tocado fondo, el reloj marchaba aún, apurando sus postreros impulsos. A juzgar por la longitud de las cadenas, el tiempo que tardarían las pesas en bajar del todo debía de ser una semana. Así pues, alguien habían estado allí hacía una semana, alguien que dio cuerda al reloj. Era evidente.

Subí las tres pesas hasta arriba. Luego, me senté en el sofá y estiré las piernas. Era un viejo sofá que parecía datar de antes de la guerra, pero aún resultaba cómodo. Ni demasiado blando, ni demasiado duro; justo lo que pedía el cuerpo. Despedía un leve olor corporal a ser humano.

Tras unos momentos, se oyó un tenue clic y se encendió la luz. Entró mi amiga, procedente de la cocina. Tras escudriñar todos los rincones del salón con curiosidad, se sentó junto a mí y encendió un cigarrillo mentolado. Yo me fumé otro. Desde que empecé a salir con ella, le había ido cogiendo el gusto al tabaco mentolado.

—Tu amigo, por lo que se ve, tenía intención de pasarse aquí el invierno. He echado un vistazo a la cocina, y cuenta con una provisión de combustible y alimentos más que suficiente para sobrevivir un invierno. Un supermercado, ni más ni menos.

—Sí, pero falta él.

—Busquemos en el piso de arriba.

Subimos por una escalera contigua a la cocina. A medio camino, se doblaba en un ángulo extraño. Una vez arriba, la atmósfera parecía completamente distinta de la del salón.

—Me siento un poco mareada —dijo mi amiga.

—¿Te encuentras mal?

—¡Bah! No es nada. No te preocupes. Me pasa a veces.

Había tres dormitorios en el piso alto. A la izquierda del pasillo había una habitación grande, y a la izquierda, dos más pequeñas. Fui abriendo por orden las puertas. Las tres habitaciones contenían muy poco mobiliario y estaban

desiertas y penumbrosas. En la habitación grande había dos camas gemelas y un tocador. Los lechos carecían de colchones y ropa. Allí el tiempo parecía haber muerto hacía mucho.

Sólo en la habitación pequeña quedaba alguna presencia humana. La cama estaba hecha y a punto; la almohada mostraba una leve depresión en el centro, y junto a ella reposaba un pijama de color azul cuidadosamente doblado. En la mesilla de noche había una lámpara antigua y un libro. Era una novela de Joseph Conrad.

Junto a la cama había una sólida cómoda de roble, que guardaba prendas de vestir masculinas: jerséis, camisas, pantalones, calcetines, ropa interior... todo muy bien ordenado. Los jerséis y camisas eran viejos, y estaban rozados y deshilachados, pero eran de buena calidad. Recordé haber visto algunas de aquellas prendas. Eran del Ratón, desde luego. Su talla de camisas y de pantalones coincidía: 37 las camisas, 40 los pantalones. No cabía duda alguna.

Junto a la ventana había una mesa y una silla de diseño sencillo y antiguo, muebles que no se fabricaban desde hacía mucho tiempo. En el primer cajón encontré una estilográfica barata junto a tres cajas de cartuchos de tinta, así como papel de cartas. El papel de cartas estaba por estrenar. En el segundo cajón había un bote de pastillas contra la tos, lleno hasta la mitad, y varias zarandajas. El tercer cajón estaba vacío. No había ni un diario, ni un cuaderno, ni un bloc de notas: nada. Por lo visto, se había desechado toda la morralla para dejar sólo lo indispensable. Era la máxima «Un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio», llevada hasta sus últimas consecuencias. Al pasar el dedo por lo alto de la mesa, la yema me quedó blanca de polvo. Nada del otro mundo, ciertamente. El polvo de una semana.

Haciendo un poco de fuerza, abrí la doble ventana, que daba a la pradera, y abrí luego las contraventanas. El viento soplaba con fuerza agitando el prado, y las negras nubes volaban más bajas. El pastizal se revolvía en surcos zigzagueantes a merced del viento, como un animal inquieto. Más allá, el bosque de abedules blancos; y aún más allá, las montañas. El mismo paisaje de la fotografía excepto por un detalle. Faltaban los carneros.

* * *

Volvimos a la planta baja y nos sentamos de nuevo en el sofá. El reloj de pesas dejó sonar unas campanadas de aviso y dio las doce. Permanecimos en silencio hasta que el último eco de las campanas se extinguió en el aire.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi amiga.

—Parece que no queda otro remedio que esperar —le respondí—. Hasta hace una semana, el Ratón estuvo aquí. No se ha llevado su equipaje. Por lo tanto, piensa volver.

—Pero si caen grandes nevadas antes de que vuelva, tendremos que pasar aquí el invierno, y tu plazo de un mes expirará sin remedio.

Efectivamente, así era.

—¿No captan tus orejas nada especial?

—No. Cuando las alzo, me duele la cabeza.

—Bueno, pues ¡a esperar tranquilamente la vuelta del Ratón! —exclamé.

Y es que no teníamos otra solución.

Mientras mi amiga hacía café en la cocina, me dediqué a recorrer el amplio salón, sin dejar rincón alguno por examinar. En medio de una de las paredes había una amplia chimenea, y aunque, por las trazas, no se había usado recientemente, estaba a punto para ser encendida. Varias hojas de roble se habían colado chimenea abajo. En previsión de días no tan fríos como para quemar leña, había también una gran estufa de petróleo. La aguja indicadora mostraba que el depósito estaba lleno.

Junto a la estufa había una librería empotrada, con puertas de cristal, atestada de libros viejos. Pasé revista a los títulos y hojeé unos cuantos volúmenes; todos eran libros de antes de la guerra, sin interés alguno en su gran mayoría. Geografía, ciencias, historia, ensayo..., bastantes libros de política. Aquello no servía para nada, excepto, tal vez, para investigar el bagaje cultural de una persona instruida de hacía cuarenta años. Por lo que respecta a libros publicados en la posguerra, había algunos, pero en cuanto a interés, estaban al mismo nivel que los otros. Sólo las *Vidas paralelas* de Plutarco, una antología de teatro clásico griego y algunos pocos libros más, sobre todo novelas, habían sobrevivido al paso del tiempo. Tener aquella biblioteca a mano, a pesar de su evidente mediocridad, no vendría nada mal para pasar el invierno. Aunque, para ser sincero, nunca había visto reunido tal conjunto de mamotretos sin valor.

Al lado de la librería había una vitrina, también empotrada, que contenía uno de esos equipos musicales característicos de mediados de los años sesenta: tocadiscos, amplificador y altavoces. También había unos doscientos discos, los cuales, aunque viejos y rayados, no carecían de valor. La música no sufre la erosión del tiempo tanto como las ideas. Accioné el interruptor del amplificador de válvulas y, eligiendo al tuntún un disco, lo puse en el plato del tocadiscos y posé sobre él la aguja. Era Nat King Cole cantando «South of the Border». Parecía que el ambiente de la habitación hubiera regresado a la década de los

años cincuenta.

En la pared de enfrente había cuatro ventanas dobles de casi dos metros de altas, repartidas a intervalos regulares. Desde las ventanas se podía ver la lluvia cenicienta cayendo sobre la pradera. Los chaparrones eran cada vez más intensos y la cadena de montañas del fondo se había diluido en la oscuridad.

El suelo de la habitación era de madera, y en su zona central estaba cubierto por una alfombra de unos tres metros de ancho por cuatro de largo. Sobre la alfombra había un tresillo y una lámpara de pie. Una sólida mesa de comedor, a la que rodeaban media docena de sillas, se alzaba en un rincón de la habitación; el polvo la había cubierto de una pátina blanca.

Era, verdaderamente, una estancia desierta.

En una de sus paredes había una puerta semioculta, la cual daba paso a un cuarto trastero casi tan grande como la alfombra. Almacenaba muebles sobrantes, alfombras, vajillas, un juego de palos de golf, adornos, una guitarra, colchones, abrigos, botas de montaña, revistas viejas..., estaba abarrotado hasta el techo. Había incluso libros de texto para preparar exámenes de grado medio, y un avión guiado por radio. La mayoría de los objetos habían sido fabricados desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta.

En el interior de aquella casa, el tiempo fluía de un modo extraño. Hasta cierto punto, era lo mismo que ocurría con el viejo reloj de pesas del salón. La gente que visitaba la casa le daba cuerda. Mientras las pesas estaban altas, el tiempo transcurría al compás de su tictac. Sin embargo, cuando la gente se iba y las pesas acababan su recorrido, el tiempo se detenía. Y entonces los posos de un tiempo inmóvil se iban sedimentando sobre el suelo en sucesivos estratos de vida descolorida.

Cogí unas cuantas revistas viejas de cine y volví al salón, donde las fui hojeando. Una de ellas ofrecía un reportaje sobre la película *El Alanzo*. Con ella se estrenó John Wayne como director, bajo la supervisión del mismísimo John Ford, según decía la revista. John Wayne manifestaba su deseo de hacer una espléndida película que quedara para siempre en el corazón del pueblo americano. No obstante, el gorro de piel de castor que usaba John Wayne en el filme le sentaba como un tiro.

Entró mi amiga con el café, que nos bebimos el uno al lado del otro. Las gotas de lluvia golpeaban sin tregua las ventanas. El tiempo era cada vez más desapacible, y, mezclándose con la fría penumbra, permeaba la habitación. La luz amarilla de la lámpara se cernía por el aire, como polen.

—¿Estás cansado? —me preguntó.

—Sí y no, ¿sabes? —le respondí distraído, mientras contemplaba el paisaje del exterior—. Hemos buscado sin parar, y de repente hacemos un alto.

Y me cuesta adaptarme, la verdad. Además, después de todo lo que hemos pasado para dar con el paisaje de la foto, ni está el Ratón, ni están los carneros.

—Duerme un rato. Entretanto, prepararé la cena.

Trajo una manta del piso alto y me la echó por encima. Acto seguido, puso a punto la estufa de petróleo, me colocó un cigarrillo entre los labios, y me lo encendió.

—Ánimo. Seguro que todo saldrá bien.

—Gracias —le dije.

Mi amiga se fue a la cocina.

Al quedarme solo, sentí una súbita lasitud por todo el cuerpo. Tras dar dos chupadas al cigarrillo, lo apagué. Me arrebujé en la manta hasta el cuello y cerré los ojos. Pocos segundos transcurrieron antes de que me durmiera.

5. MI AMIGA ABANDONA LA MONTAÑA Y EL HAMBRE SE HACE SENTIR

Cuando el reloj dio las seis, me desperté en el sofá. La lámpara estaba apagada, y densas tinieblas envolvían la habitación. Me sentía embotado, desde la médula hasta la punta de los dedos. Era una sensación indefinible de que las negras tinieblas vespertinas empapaban mi piel y se apoderaban de todo mi cuerpo.

La lluvia había escampado, al parecer, pues a través de los cristales se oían los cantos de los pájaros nocturnos. Sólo la llama de la estufa de petróleo configuraba sobre la blanca pared de la habitación pálidas sombras espectrales. Me levanté del sofá, encendí la lámpara de pie, entré en la cocina y me bebí un par de vasos de agua fría. Sobre el hornillo de la cocina había una olla con un guiso cremoso. La olla todavía conservaba el calor. En el cenicero vi las colillas de dos cigarrillos mentolados de mi amiga, que había apagado aplastándolos allí.

Me di cuenta, instintivamente, de que mi amiga se había ido de la casa. «Ella ya no está aquí», decía mi cerebro.

Me aferré con ambas manos a la mesa de la cocina para tratar de poner orden en mis ideas.

«Ella ya no está aquí», eso era seguro. No se trataba de elucubraciones ni hipótesis, sino de que «ella realmente no estaba». El aire desierto de la casa me lo decía. Aquel aire tan odioso que ya había saboreado en los dos meses largos transcurridos desde que mi mujer abandonó nuestro apartamento hasta que conocí a mi amiga.

Para asegurarme, subí al piso de arriba, donde examiné por orden las tres habitaciones, e incluso abrí los armarios. Ni sombra de mi amiga. Igualmente habían desaparecido su chaquetón y su mochila. Sus botas de montaña, que había dejado en el vestíbulo al entrar, tampoco estaban. Sin lugar a dudas, había cogido el portante y se había marchado. Fui recorriendo uno por uno los sitios donde podía haberme dejado una nota de despedida, pero no la encontré. Dado el tiempo que había pasado, podía estar ya al pie de la montaña.

El hecho de que mi amiga hubiera desaparecido fue para mí un trago muy amargo. Como me había levantado de la siesta hacía un momento, mi cabeza aún no estaba clara, pero incluso suponiendo que funcionara normalmente, me habría resultado imposible tratar de comprender el significado de todos y cada uno de los acontecimientos en que me había visto envuelto últimamente. No me quedaba otra opción, en resumidas cuentas, que dejar que las cosas siguieran su curso.

Sentado como ausente en el sofá del salón, caí de pronto en la cuenta de que tenía un hambre atroz. Sentía un tremendo vacío en el estómago.

Bajé por la escalera que, desde la cocina, conducía a una despensa subterránea, donde descorché una aceptable botella de vino tinto para catarlo. Un punto demasiado frío, pero se dejaba beber muy bien. De vuelta ante la mesa de la cocina, corté unas rebanadas de pan y mondé una manzana. Mientras se calentaba la olla, me bebí tres vasitos de vino.

Una vez caliente el guiso, me lo llevé, junto con el vino, a la mesa de comedor del salón, donde me puse a cenar mientras escuchaba la interpretación que hacía la orquesta de Percy Faith de «Perfidia». Después de cenar me bebí el café que había sobrado y, con una baraja de cartas que encontré en la repisa de la chimenea, me puse a hacer solitarios. Probé suerte con una variedad de este juego que había estado en boga durante cierto tiempo en la Inglaterra decimonónica, pero que cayó en el olvido a causa de su excesiva dificultad. Según cálculos efectuados por un matemático de la época, las posibilidades de éxito parecían ser de una contra doscientas cincuenta mil. Probé suerte tres veces, pero, naturalmente, perdí. Después de recoger la baraja y los platos, me bebí lo que quedaba de la botella de vino.

Más allá de la ventana, el campo estaba envuelto en la oscuridad nocturna. Cerré las contraventanas y, repantigado en el sofá, estuve escuchando viejos discos rayados.

¿Volvería por allí el Ratón?

Tal vez sí. Después de todo, tenía almacenados la comida y el combustible necesarios para pasar el invierno.

Sin embargo, todo dependía de «tal vez». Cabía en lo posible que, cansado de aquella situación, hubiera vuelto a la ciudad. Y podía haberse liado con alguna chica y estar viviendo con ella Dios sabe dónde. Eran posibilidades que no podían descartarse sin más ni más.

En caso de ser cierta cualquiera de aquellas hipótesis, mi situación no sería nada halagüeña. Si no aparecían ni el Ratón ni el carnero, aquel hombre del traje negro se sentiría muy contrariado. Y por más que fuera completamente absurdo hacerme responsable de todo aquello, de gentuza como él no podía esperarse nada bueno.

El mes de plazo que me habían dado llegaba a la mitad. Estábamos en la segunda semana de octubre, la época del año en que la ciudad muestra todo su esplendor. De no haberme visto metido en aquella aventura, ahora me encontraría en un bar cualquiera comiéndome una tortilla entre trago y trago de whisky. Seguro. Un buen momento en una espléndida estación. Y llegado el crepúsculo, tras escampar la lluvia, me tomaría una copa ante una sólida barra

de bar, mientras el tiempo fluía a mi alrededor con la tranquilidad de un río que se remansa.

Distraído con estos pensamientos, se me ocurrió que tal vez tuviera un otro yo en este mundo, el cual muy bien podía estar en algún bar tomándose un whisky tan contento. Esta idea se fue desarrollando de tal modo en mi mente, que llegó un momento en que mi otro yo me pareció más verdadero que mi yo que estaba tumbado en aquel sofá. Había algo que no encajaba, pues mi yo de carne y hueso iba dejando de ser el auténtico.

Sacudí la cabeza para desechar aquellos pensamientos.

Fuera, los pájaros nocturnos proseguían sus arrullos.

* * *

Subí al piso de arriba y, en la habitación pequeña que no había sido usada por el Ratón, me hice la cama. Tanto el colchón como las sábanas y mantas estaban ordenadamente guardados en un armario contiguo a la escalera.

El mobiliario de la habitación era idéntico al del cuarto del Ratón: una mesilla de noche, una mesa, una silla, una cómoda y una lámpara. Objetos viejos por su forma, pero productos de una época en que se buscaba la funcionalidad y la solidez al fabricar las cosas. Sin florituras, ni superfluidades.

Desde una ventana próxima a la cabecera de la cama se dominaba la pradera. La lluvia había cesado por completo, y el denso velo de nubes empezaba a agrietarse aquí y allá. Por esos resquicios mostraba de vez en cuando su faz una hermosa media luna, que con su luz hacía emerger el paisaje del prado. Este semejaba el fondo de un profundo mar, iluminado por un proyector.

Me metí en la cama sin desnudarme, y desde allí estuve contemplando un buen rato aquel paisaje que aparecía y desaparecía. Por unos momentos, se sobrepuso a esa imagen la visión de mi amiga sorteando aquella curva siniestra y caminando montaña abajo; esta escena se borró, e hizo su aparición el Ratón, que estaba fotografiando al rebaño de carneros. Al ocultarse la luna tras las nubes y volver a aparecer, la visión del Ratón se desvaneció.

A la luz de la lámpara, continué la lectura de *Las aventuras de Sherlock Holmes*.

6. DE LO ENCONTRADO EN EL GARAJE, Y DE LO PENSADO EN PLENA PRADERA

Gorjeaban pájaros de especies nunca vistas por mí, posados sobre el roble que había ante la fachada como si fueran adornos de un árbol de Navidad. Bajo la luz matinal, todo centelleaba, húmedo por la lluvia.

Tosté pan en uno de esos entrañables tostadores manuales, sin automatismos; untando de mantequilla la sartén, me preparé un huevo al plato, y me bebí un par de vasos de zumo de uva que encontré en el frigorífico. Sin mi amiga me sentía solo; pero me bastaba con poder sentir mi soledad para encontrarme también un poco aliviado interiormente. No es mal sentimiento, el de la soledad. Algo así como lo que debía de sentir aquel roble cuando se quedó en calma porque los pájaros se marcharon volando.

Tras lavar los platos, me limpié en el aseo las manchas de yema de huevo que tenía en torno a la boca, y durante cinco minutos me lavé a conciencia los dientes. Luego, tras considerar si debía dejarme barba o no, me afeité. En el aseo, junto al lavabo, había un bote de espuma de afeitar y una maquinilla Gillette a punto. Igualmente encontré un cepillo de dientes, pasta dentífrica, jabón de tocador, e incluso una loción para la piel y colonia. En la alacena había hasta diez toallas de diferentes colores, primorosamente dobladas y apiladas. Todo acorde con el carácter metódico del Ratón. Ni en el espejo ni en el lavabo se veía una sola mancha.

En el servicio y en el baño de estilo japonés se advertía la misma limpieza. Las juntas entre los azulejos habían sido frotadas con un cepillo viejo de dientes y líquido limpiador hasta quedar blanquísimas. Algo espléndido, en verdad. Del ambientador colocado en el servicio emanaba un perfume semejante al de la ginebra con lima que puedes degustar en un bar elegante.

Al salir del aseo, me senté en el sofá y me fumé un cigarrillo. En la mochila me quedaban tres cajetillas de Lark; eso era todo. Si me las fumaba, tendría que pasarme sin tabaco. Enfrascado en estos pensamientos me fumé otro cigarrillo. La luz matinal no podía ser más agradable; y el sofá se amoldaba a mi cuerpo como un guante a la mano. De este modo se me pasó una hora sin darme cuenta. El reloj dio despreocupadamente las nueve.

Empecé a comprender por qué el Ratón se ocupaba tanto de tener la casa en orden, por qué dejaba tan blancas las juntas del alicatado del servicio, por qué se planchaba las camisas y se afeitaba aun cuando sabía que no iba a encontrarse con nadie. Simplemente, porque, en un lugar como aquél, de no estar siempre haciendo algo, se llega a perder la noción del tiempo.

Me levanté del sofá y, con los brazos cruzados, di una vuelta alrededor del salón, pero no pude encontrar por el momento cosa alguna en que ocuparme. El Ratón había dejado bien limpio todo aquello que requiriera limpieza. Incluso las señales del humo en el techo habían sido cuidadosamente borradas.

«Bien», pensé. «Ya se me ocurrirá algo.»

Para distraerme, decidí dar un paseo por los alrededores de la casa. Hacía un tiempo maravilloso. Flotaban por el cielo jirones de nubes blancas, como trazados a brochazos, y los trinos de los pájaros se escuchaban por doquier.

A la espalda de la casa había un gran garaje. Ante su vieja puerta de doble hoja había una colilla tirada. Era de un Seven Stars. Esta colilla no era reciente, porque estaba chafada y tenía el filtro reventado. Recordé que en toda la casa no había más que un cenicero. Y, además, no mostraba trazas de haber sido usado desde hacía muchísimo tiempo. ¡Claro, el Ratón no fumaba! Tras contemplar unos momentos el filtro en la palma de mi mano, lo tiré al suelo.

Descorrí el pesado cerrojo y abrí la puerta del garaje. Su interior era espacioso. La luz del sol, que se filtraba por las grietas de las paredes de madera, dibujaba una nítida serie de líneas paralelas sobre la tierra negruzca del suelo. Olía a arcilla y a gasolina.

Había un coche, un viejo Toyota todo terreno. Tanto la carrocería como las ruedas no tenían la menor señal de barro. El depósito de gasolina estaba casi lleno. Palpé el lugar donde el Ratón solía esconder la llave de contacto. Efectivamente, allí estaba. Introduje la llave y probé a girarla. El motor emitió enseguida un runruneo satisfactorio. Muy propio del Ratón eso de tener los coches siempre a punto. Paré el motor y guardé la llave en su sitio. Sin bajarme del asiento del conductor, eché un vistazo a mi alrededor. Dentro del coche no había nada especial que mereciera la pena: un mapa de carreteras, una toalla, media barra de chocolate; eso era todo. En el asiento de atrás había un rollo de alambre y unos grandes alicates. Este asiento trasero, por cierto, estaba bastante sucio, lo cual resultaba extraño, tratándose del coche del Ratón. Abrí una puerta trasera, recogí en la palma de la mano la porquería caída sobre el asiento y, llevándola junto a un resquicio de la pared por donde se filtraba la luz del sol, la contemplé. Tenía aspecto de borra, salida de un cojín. Aunque también podía ser lana de carnero. Saqué del bolsillo del pantalón un pañuelo de papel, envolví aquello, y me lo guardé en el bolsillo del pecho.

¿Por qué el Ratón no se había llevado el coche? Aquello escapaba a mi comprensión. Y el hecho de que el coche estuviera en el garaje hacía suponer que o bien el Ratón se había ido andando montaña abajo, o bien, naturalmente, que no había abandonado la montaña. Una de dos, desde luego; pero ninguna

de estas hipótesis parecía lógica. Por un lado, hasta hacía tres días el camino que bordeaba el precipicio aún debía de ser transitable por el coche, y por otro lado, parecía absurdo que el Ratón dejara su casa para irse a acampar.

Cansado de darle vueltas al tema, cerré la puerta del garaje y salí a la pradera. Por más que me devanara los sesos, era imposible sacar una conclusión coherente de unos hechos que no mantenían la más mínima coherencia.

A medida que el sol ascendía en el cielo, la humedad fue elevándose desde la pradera en forma de vapor. A través de ese vapor, las montañas de enfrente parecían vagamente sumidas en la bruma. Todo en torno a mí olía a hierba.

Pisando la hierba mojada, fui andando hasta el centro del prado. Precisamente allí había un viejo neumático tirado. La goma estaba ya completamente blanquecina y resquebrajada. Me senté encima y eché un vistazo en redondo al panorama. La casa, de la que acababa de salir, parecía desde allí un acantilado blanco destacándose en una costa.

Sentado solo sobre el neumático, en mitad de la pradera, recordé las competiciones de natación en las que había participado de niño. Cuando nadaba de isla a isla, solía detenerme hacia la mitad del trayecto para echar una ojeada al panorama. Esta experiencia siempre me resultaba sorprendente. Por un lado, eso de encontrarme equidistante de dos puntos de tierra me parecía muy extraño, y por otro lado, también me parecía extraordinario que la gente, allá en la remota tierra firme, continuara su vida cotidiana como si tal cosa. Más que nada, la extrañeza se debía al hecho de que la sociedad funcionaba a las mil maravillas sin mí.

Permanecí sentado en el neumático como un cuarto de hora, y luego volví paseando a la casa. Me senté en el sofá del salón y seguí leyendo *Las aventuras de Sherlock Holmes*.

A las dos, vino a visitarme un hombre carnero.

7. DONDE LLEGA DE VISITA UN HOMBRE CARNERO

Inmediatamente después de sonar las dos en el reloj, se oyó en la puerta la llamada de unos nudillos: dos golpes al principio y, tras una pausa de varios segundos, tres golpes más.

Tardé un poco en darme cuenta de que estaban llamando a la puerta. No se me había pasado por la cabeza que alguien pudiera llamar a la puerta de aquella casa. De ser el Ratón, entraría sin llamar, pues por algo era su casa. De ser el pastor, llamaría una sola vez con dos nudillos y entraría sin esperar respuesta. De ser mi amiga... pero no: ella no podía ser. Se habría colado subrepticamente por la puerta de la cocina, y estaría bebiéndose un café; no era de esas personas que llaman a la puerta.

Al abrir la puerta, vi ante mí a un hombre carnero. Éste, sin mostrar el menor interés por la puerta, ni por quien la abría, contemplaba fijamente el buzón —situado a unos dos metros de la puerta— como si fuera algo muy curioso. El hombre carnero era apenas un poco más alto que el buzón. Un metro cincuenta, más o menos. Y para colmo, era algo cargado de espaldas, rechoncho y paticorto.

Y para acabarlo de arreglar, como el suelo que yo pisaba era quince centímetros más alto que la tierra, me encontraba en la posición de quien contempla a otra persona desde la ventanilla de un autobús. Como si quisiera demostrar que no le importaban estas innegables desventajas, el hombre carnero seguía contemplando, absorto, el buzón. En el buzón no había —naturalmente—nada.

—¿Puedo pasar? —me preguntó atropelladamente, sin dejar de mirar al buzón. Por su modo de hablar, se diría que estaba enfadado por algo.

—Adelante, por favor —le dije.

Se inclinó y, con gesto brusco, se desató las botas de montaña. Estaban cubiertas de barro firmemente adherido, como la corteza endurecida de un pan. Luego, golpeó hábilmente ambas botas, la una contra la otra. Densas costras de barro cayeron pesadamente a tierra, como hastiadas de resistirse más. Después, demostrando un buen conocimiento del interior de la casa, se calzó unas zapatillas que había en el vestíbulo, anduvo con paso apresurado hacia el sofá, donde se sentó, y puso cara de satisfacción.

El hombre carnero iba cubierto con una piel de carnero, de la cabeza a los pies. Su complexión achaparrada se adecuaba perfectamente a ese atuendo. El capuchón que le cubría la cabeza también era de retazos de piel cosidos, y de él se elevaban los cuernos —auténticos, por descontado— elegantemente retorcidos. A ambos lados del capuchón, le sobresalían horizontalmente unas

orejas planas, dotadas sin duda de un armazón de alambre. Tanto el antifaz que le cubría la mitad superior de la cara como los guantes y los calcetines, eran de piel negra. Esta indumentaria iba provista de una cremallera desde el cuello hasta la entepierna para facilitar la labor de ponérsela y quitársela. Sobre el pecho tenía un bolsillo, también con cremallera, donde guardaba tabaco y cerillas. Sacó de él un Seven Stars, se lo llevó a los labios, lo encendió con una cerilla, e inspiró profundamente. Me dirigí a la cocina para limpiar el cenicero, y se lo puse al lado.

—Me apetece un trago —dijo el hombre carnero.

Volví a la cocina, y regresé con una botella de Four Roses, dos vasos y hielo.

Nos servimos cada uno nuestro whisky on the rocks, y nos pusimos a beberlo en silencio. Hasta que apuró el primer vaso, el hombre carnero no pasó de decir cosas para sí.

La nariz del hombre carnero era desproporcionadamente grande para su cuerpo, y cada vez que respiraba, la cavidad nasal se dilataba hacia ambos lados, a modo de alas. Sus ojos, que asomaban a través de los agujeros del antifaz, vagaban inquietos por la habitación.

Una vez que dio cuenta de su vaso de whisky, el hombre carnero pareció algo más calmado. Apagó su cigarrillo e, introduciéndose los dedos de ambas manos por debajo del antifaz, se restregó los ojos.

—Se me mete la lana en los ojos —dijo.

No supe qué responderle, de modo que permanecí callado.

—Conque llegasteis ayer, antes del mediodía, ¿eh? —dijo, frotándose los ojos—. Lo he visto todo.

El hombre carnero echó más whisky sobre su hielo semiderretido y, sin agitar el vaso, bebió un buen trago.

—Y por la tarde, la mujer se fue sola.

—¿También has visto eso?

—No es que lo viera. Es que yo mismo le dije que se fuera.

—¿Qué? ¿Tú le dijiste...?

—Ajajá. Asomando el morro por la puerta de la cocina, le soplé: «Más te vale coger el portante.»

—Pero ¿por qué?

El hombre carnero se quedó silencioso, con aire ceñudo. Eso de preguntar «por qué» no era, por lo visto, el modo adecuado de dirigírsele. Pero mientras yo meditaba una pregunta mejor, en sus ojos empezó a brillar una luz distinta.

—La mujer se volvió al Hotel del Delfín —dijo el hombre carnero.

—¿Te lo dijo ella?

—Ella no dijo nada. Simplemente se volvió al Hotel del Delfín.

—¿Y cómo lo sabes?

El hombre carnero se calló. Se puso las manos sobre las rodillas y se quedó mirando el vaso que reposaba en la mesa.

—Así que se volvió al Hotel del Delfín, ¿verdad? —inquirí.

—Ajá. El Hotel del Delfín es un buen hotel. Huele a carnero —dijo mi interlocutor.

Nos quedamos otra vez callados. Al mirarlo con atención, observé que la piel que el hombre carnero llevaba puesta estaba horriblemente sucia, llena de grasa.

—Cuando mi amiga se fue, ¿no te dio ningún encargo, como un mensaje o algo así?

—¡Qué va! —negó el hombre carnero, sacudiendo la cabeza—. La mujer no abrió los labios, y yo tampoco le pregunté.

—¿Quieres decir que, cuando le aconsejaste que se marchara, se fue sin rechistar?

—Eso es. Como estaba deseando irse, le aconsejé que se fuera.

—Vino aquí porque quiso.

—¡Qué sabes tú! —chilló el hombre carnero—. Tu amiga quería irse, pero no acababa de decidirse. Por eso le dije que se fuera. ¡Y es que tú la ofuscaste! —El hombre carnero se incorporó y golpeó la mesa con la palma de su mano derecha. El vaso de whisky dio un salto como de cinco centímetros.

El hombre carnero se mantuvo brevemente en esa postura erguida, hasta que, de pronto, se atenuó el brillo de su mirada y se sentó en el sofá, como desinflado.

—Tú la ofuscaste —dijo, más tranquilo esta vez, el hombre carnero—. Y eso no se hace. No entiendes nada de nada. Vas a la tuya, y punto.

—¿Me estás diciendo que ella no tenía que haber venido?

—Eso mismo. No tenía que haber venido. Sólo piensas en ti.

Hundido en el sofá, bebí un sorbo del whisky.

—Pero bueno, a lo hecho, pecho. Aunque ella se ha acabado para ti, para siempre —sentenció el hombre carnero.

—¿Acabado?

—No volverás a verla.

—¿Por pensar sólo en mí?

—Justo. Por no haber pensado más que en ti. El que la hace, la paga.

El hombre carnero se levantó, se dirigió a la ventana y, con una mano, abrió la pesada hoja. Inhaló el aire del exterior. Andaba más que sobrado de

fuerzas.

—¿Qué es eso de tener las ventanas cerradas en un día tan claro? —dijo.

El hombre carnero recorrió media habitación, se paró ante la librería y se puso a contemplar los lomos de los libros, con los brazos cruzados. En el trasero de su indumentaria ovina había incluso una pequeña cola. Visto así, de espaldas, parecía realmente un carnero alzado de manos.

—Estoy buscando a un amigo —le dije.

—¡Vaya! —exclamó el hombre carnero, que siguió dándome la espalda y no mostró el menor interés.

—Ha estado viviendo aquí hasta hace muy poco tiempo, menos de una semana.

—No sé nada de eso.

El hombre carnero, de pie ante la chimenea, se puso a jugar con la baraja que había sobre la repisa.

—También ando buscando a un carnero que lleva la marca de una estrella en el lomo —le dije.

—No lo he visto en mi vida —manifestó el hombre carnero.

Era evidente, con todo, que sabía algo del Ratón y del carnero. Su indiferencia era demasiado estudiada. El tiempo que se tomaba para responder era más breve de lo que parecía adecuado, y su voz sonaba artificial.

Cambiando de estrategia, fingí haber perdido todo interés en mi interlocutor: bostecé y, tomando un libro de encima de la mesa, me dediqué a hojearlo. El hombre carnero volvió al sofá, un tanto picado, al parecer. Por unos momentos se quedó mirándome sin decir nada.

—¿Te lo pasas bien con ese ladrillo en las manos? —me preguntó al fin.

—¡Claro! —asentí, con aire indiferente.

El hombre carnero, ante esto, mostró cierto desconcierto. Seguí enfrascado en el libro, como si tal cosa.

—Hice mal en gritarte hace un momento —dijo el hombre carnero en voz baja—. A veces ocurre que mi parte ovina y mi parte humana andan a la greña, y me pongo como me pongo. Pero no es que esté de malas, entiéndeme. Y si encima vienes tú echándome la culpa...

—Dejémoslo estar —le dije.

—Incluso me da lástima que no vuelvas a ver a esa mujer. Pero no soy yo quien ha tenido la culpa.

—Ya.

Saqué de la mochila las tres cajetillas de Lark que me quedaban, y se las di al hombre carnero. Éste pareció sorprendido.

—Gracias. Nunca había fumado este tabaco. Pero ¿no te harán falta?

—He dejado de fumar —le respondí.

—¡Hum! Haces bien —asintió el hombre carnero con gesto grave—. Desde luego, fumar es pernicioso.

El hombre carnero se guardó ceremoniosamente el tabaco en un bolsillo adosado al brazo. Su piel lanuda se hinchó rectangularmente en aquel lugar.

—Tengo que dar con mi amigo, sea como sea. Con ese propósito he venido desde muy lejos..., lejísimos.

El hombre carnero asintió.

—Y lo que digo de mi amigo, vale igual para el carnero.

Asintió de nuevo.

—¿Seguro que no sabes nada de ellos? —insistí.

El hombre carnero movió tristemente la cabeza a un lado y a otro. Sus orejas artificiales se agitaban, distendidas. Sin embargo, ahora no negaba con tanta energía como antes.

—Buen sitio, ¿eh? —dijo de repente cambiando de conversación—; bonito paisaje, aire sano... Te encontrarás a gusto, si no me equivoco.

—Sí, es buen sitio —dije.

—En pleno invierno, todavía es mejor. No hay más que nieve y hielo. Los animales se echan a dormir, y no viene ningún hombre.

—¿Vives aquí siempre?

—Ajá.

Decidí no hacerle más preguntas. El hombre carnero era como todos los animales: si te acercabas, te rehuía, pero si le rehuías, se te acercaba. Si andaba por los alrededores, tampoco había prisa. Disponía de tiempo para ir sonsacándole información.

El hombre carnero empezó a quitarse con la mano izquierda el guante de la derecha, tirando ordenadamente de sus puntas a partir del dedo pulgar. Tras unos cuantos tirones sucesivos, el guante le salió del todo, dejando al descubierto una mano negruzca y áspera. Una mano pequeña, pero carnosa; desde la raíz del dedo pulgar hasta mediado el dorso se extendía la cicatriz de una antigua quemadura.

El hombre carnero contempló fijamente el dorso de su mano, y luego, volviéndola, miró la palma. Se trataba de un ademán característico del Ratón. Pero era imposible que fueran una misma persona: que el Ratón estuviera actuando como hombre carnero. Había una diferencia de estatura superior a los veinte centímetros.

—¿Vas a quedarte aquí mucho tiempo? —me preguntó el hombre carnero.

—No. Si encuentro a mi amigo o bien al carnero, a cualquiera de los dos,

me iré. Porque para eso he venido, ¿sabes?

—Aquí en invierno se está muy bien —insistió el hombre carnero—, todo es blanco y resplandeciente. Entonces todo se hiela.

El hombre carnero se rió entre dientes para sí, lo que hizo dilatarse las grandes aletas de su nariz. Al abrir la boca, le asomaban unos dientes sucios. Le faltaban dos incisivos. El ritmo del pensamiento del hombre carnero tenía la curiosa propiedad de hacerse patente dilatando y contrayendo la atmósfera del salón.

—Bueno, tengo que irme —dijo de pronto el hombre carnero—. Muchas gracias por el tabaco.

Le contesté moviendo afirmativamente la cabeza.

—Ojalá encuentres pronto a tu amigo y a ese carnero.

—Gracias —respondí—. Y si te enteras de algo relacionado con ellos, no dejes de decírmelo.

—Ajá. Vale. Te lo diré —me contestó el hombre carnero con expresión dubitativa, como si se encontrara incómodo.

Capté lo ridículo de la situación, aunque me aguanté la risa. El hombre carnero no podía dárselas, desde luego, de hábil embustero.

El hombre carnero se puso el guante, y se incorporó.

—Volveré por aquí —dijo—. No sé cuándo, pero volveré. —Y su mirada se ensombreció mientras añadía—: Si no es molestia.

—Nada de eso —dije, sacudiendo la cabeza en gesto de asentimiento—. Serás bien recibido.

—Bueno, ya vendré —concluyó el hombre carnero. Se marchó y cerró la puerta de golpe. No se cogió la cola de milagro.

Me puse a mirar por las rendijas de las contraventanas, y pude ver que, al igual que cuando llegó, se detenía ante el buzón y se quedaba mirando aquella caja blanquecina, despintada. Luego hizo unas cuantas contorsiones para adaptarse mejor la indumentaria al cuerpo. Sus orejas, que se proyectaban horizontalmente a ambos lados, se le movían como trampolines de piscina. A medida que el hombre carnero se alejaba, se iba convirtiendo en un vago punto blanco; terminó perdiéndose entre los troncos de los abedules, de igual coloración que él.

Durante mucho rato después de desaparecer de mi vista el hombre carnero, no quité el ojo de la pradera y del bosque de abedules blancos. Y cuanto más miraba, menos seguro estaba de haber hablado con él hacía unos momentos en aquella habitación.

No obstante, sobre la mesa quedaban la botella de whisky y las colillas de Seven Stars. Y enfrente, en el sofá, unas hilachas de lana se habían adherido a

la tapicería. Las comparé con las que había encontrado en el asiento trasero del todo terreno. Eran idénticas.

* * *

Después que el hombre carnero se fue, y como ejercicio mental encaminado a poner en orden mis ideas, me dirigí a la cocina para prepararme una hamburguesa. Corté por menudo una cebolla y la sofréi en la sartén. En tanto se hacía, convertí en picadillo una chuleta de ternera previamente descongelada.

La cocina era sencilla, pero estaba equipada con toda clase de utensilios y condimentos. Sólo con que asfaltaran debidamente la carretera, se podría montar con aquélla un restaurante al estilo de los refugios de montaña. No estaría nada mal sentarse aquí a comer y, por las ventanas abiertas, contemplar los rebaños de carneros y el cielo azul. Las familias visitantes podrían dejar que sus niños jugaran en el prado con los carneros, mientras que los enamorados podrían darse achuchones por el bosque de abedules blancos. Seguro que se ponía de moda.

El Ratón llevaría la administración y yo haría de cocinero. También el hombre carnero tendría su papel. Tratándose de un restaurante de montaña, su excéntrica indumentaria gozaría de gran aceptación. Asimismo, y en calidad de pastor, podíamos contar con la colaboración de aquel hombre práctico que se encargaba del rebaño municipal. Nunca está de más la presencia de un hombre práctico. Y el perro, que no falte. Incluso el profesor Ovino se dejaría caer, sin duda, por allí para recordar viejos tiempos.

Mientras sofréi las cebollas, iba pensando en estas cosas.

De repente, recordé, como si me hubieran dado un mazazo, que tal vez había perdido para siempre a mi amiga la de las maravillosas orejas. Tal vez el hombre carnero tuviera razón. Quizá debí venir solo. Quizá yo... Sacudí la cabeza. Me puse a pensar en lo del restaurante.

¿Y qué tal Yei? Si él accediera a venir..., un montón de cosas nos saldrían a pedir de boca. Todo giraría en torno a él; sería la figura central. Central para la tolerancia, para la ternura, para la acogida...

Mientras se enfriaban las cebollas, me senté junto a la ventana y volví a mirar la pradera.

8. EL CAMINO DEL VIENTO

Pasaron luego tres días anodinos. No ocurrió nada. El hombre carnero no se dejó ver. Preparaba la comida, me la tomaba, leía libros, al anochecer me bebía un whisky y me iba a la cama. Por la mañana me levantaba a las seis, daba una carrera por el prado describiendo una media luna, y luego me duchaba y me afeitaba.

El aire matinal de la pradera era más fresco cada día. El follaje vivamente enrojecido de los abedules se hacía más y más escaso, a medida que los primeros vendavales del invierno se metían entre las ramas secas y barrían la meseta hacia el sudeste. En medio de mi carrerita, me paraba hacia el centro del prado y creía percibir con toda claridad lo que proclamaban aquellos vientos: «No hay vuelta atrás.» El breve otoño se había ido para no volver.

Por la falta de ejercicio y la abstinencia del tabaco, engordé dos kilos en los tres primeros días, aunque luego con las carreras matinales perdí un kilo. No poder fumar representaba cierto sacrificio, pero al no haber un mal estanco en treinta kilómetros a la redonda, no me quedaba más remedio que aguantarme. Cada vez que me entraban ganas de fumar, me ponía a pensar en mi amiga y en sus orejas. En comparación con aquella pérdida, no poder fumar era algo insignificante. Y verdaderamente, era la mejor manera de tomárselo.

Teniendo a mi disposición tanto tiempo libre, probé a cocinar gran variedad de cosas. Incluso, valiéndome del horno, me hice un asado de buey. Descongelé un salmón y, una vez reblandecido, me lo preparé en adobo. Como escaseaban las verduras, busqué en el prado hierbas de aspecto comestible y las cocí con ralladuras de bonito seco. Hice, por probar algo fácil, calabaza en escabeche. También preparé varias clases de aperitivos para cuando el hombre carnero viniera a echar un trago. Sin embargo, mi insólito vecino no se dejó ver.

Me pasaba la mayoría de las tardes contemplando la pradera. Después de contemplarla durante largo rato, no era raro que tuviera la alucinación de que alguien asomaba de pronto entre los abedules blancos del bosque y, sin vacilar, atravesaba la pradera para venir hacia mí. Ese alguien solía ser el hombre carnero, aunque otras veces era el Ratón, y otras, mi amiga. Incluso en algunas ocasiones era el carnero de la estrella en el lomo.

Sin embargo, a la hora de la verdad, no había nadie. Sólo el viento atravesaba el prado con su soplo. Aquel lugar venía a ser algo así como el camino del viento, que, como si llevara a cabo una misión trascendental, cruzaba corriendo la pradera, sin mirar atrás, como diciendo: «Lo mío es volar siempre adelante.»

Al séptimo día de mi llegada, cayó la primera nevada. Ese día, el viento estuvo extrañamente ausente, mientras unas pesadas y sombrías nubes de color plomo se enclaustraban por el cielo. A la vuelta de mi carrerita, me duché, y mientras me tomaba el café escuchando un disco, la nieve empezó a caer. Era una nieve dura, extrañamente consistente. Cuando daba en los cristales de las ventanas, repiqueteaba estrepitosamente. El viento, que había empezado a soplar, precipitaba los copos sobre la tierra describiendo un ángulo de treinta grados. Mientras la nieve era escasa, esa línea inclinada recordaba el dibujo del papel con que suelen envolver los regalos en los grandes almacenes. Pero cuando empezó a nevar sin tregua, todo, de ventanas afuera, se tiñó de blanco, y tanto la montaña como el bosque y los prados dejaron de verse. No era una de esas lindas nevaditas que de vez en cuando nos visitan en Tokio, sino la auténtica nevada de un país nortño. Una nieve que lo cubría todo enteramente, capaz de helar las entrañas de la tierra.

A poco de estar mirando caer la nieve, empezaron a dolerme los ojos. Eché la cortina, y me senté a leer un libro junto a la estufa de petróleo. Al terminarse el disco, y retirarse automáticamente la aguja, todo a mi alrededor se sumió en un silencio ominoso. Un silencio de tumba, así como suena. Dejé el libro y, sin una razón concreta, me dediqué a hacer un recorrido metódico por la casa. Del salón pasé a la cocina, y de allí sucesivamente al trastero, al cuarto de baño, al cuarto de aseo, a la despensa subterránea... Lo fui examinando todo. Abrí las puertas de las habitaciones de arriba a ver qué encontraba. Pero no había nadie. Únicamente el silencio, que se había infiltrado, como aceite, por todos los rincones de los cuartos. Ahora bien, según la amplitud de las habitaciones, el silencio reverberaba en cada una de ellas con un eco ligeramente distinto.

Estaba solo; jamás, desde que nació, me había sentido tan solo. Nunca había deseado fumar con tanta vehemencia como durante los dos últimos días. Pero, naturalmente, no había tabaco.

Para consolarme, bebía whisky solo. De pasarme así un invierno entero, tal vez hubiera acabado alcohólico perdido. Pero en la casa tampoco no había la suficiente cantidad de bebida para volverme alcohólico. Sólo había, en total, tres botellas de whisky, una de coñac y doce cajas de cerveza enlatada. Tal vez al Ratón le habían rondado los mismos pensamientos que a mí.

¿Y mi socio? ¿Seguiría bebiendo sin parar? ¿Se las habría arreglado para dejar en orden la empresa y reconvertirla, según nuestros planes, en la pequeña agencia de traducciones que había sido? Tal vez anduviera metido en esos berenjenales. Tal vez se las arreglara para salir adelante sin mí. En cualquier caso, se había acabado la etapa de colaboración mutua. Seis años juntos, para

tener que volver al punto de partida.

Pasado el mediodía, cesó la nevada. Se fue de repente, lo mismo que había venido. Las espesas nubes se resquebrajaban a capricho, como pellas de barro. Por entre sus grietas penetraba el sol en magníficas columnas de luz que iluminaban alternativamente toda la pradera. Un espléndido panorama.

Salí a contemplarlo. Grumos de nieve endurecida estaban esparcidos sobre el terreno, como el azúcar sobre los dulces. Aquellos montones de nieve pugnaban por convertirse en hielo, como pretendiendo evitar derretirse. No obstante, cuando el reloj dio las tres, la nieve se había fundido por completo. El terreno estaba empapado, y un sol cercano al crepúsculo bañaba la pradera con su tenue luz. Los pájaros se echaron a cantar, como estrenando libertad.

* * *

Una vez que di cuenta de mi cena, me permití coger en préstamo dos libros de la habitación del Ratón: *Cómo hacer pan*, se titulaba uno de ellos; el otro era una novela de Joseph Conrad. Me senté en el sofá, y los fui leyendo. Cuando había leído aproximadamente un tercio de la novela, di con unas páginas donde el Ratón había metido un recorte de periódico de diez centímetros cuadrados como punta de lectura. No se podía leer fecha alguna; pero, visto el color del papel, resultaba obvio que se trataba de un periódico relativamente reciente. El contenido del recorte eran noticias locales: la apertura de un simposio sobre el envejecimiento de la sociedad, que se celebraba en el hotel de Sapporo; la convocatoria de una gran carrera a campo traviesa en los arrabales de Asahikawa; un curso de conferencias sobre la crisis de Oriente Medio. Nada, en resumen, que pudiera incitar el interés del Ratón, ni tampoco el mío. El reverso era un trozo de la sección de anuncios por palabras. Cerré el libro con un bostezo, calenté en la cocina un resto de café, y me lo bebí. Aquel fragmento de periódico me hizo caer en la cuenta de que llevaba una semana entera al margen del acontecer mundano. Ni radio, ni televisión, ni periódicos, ni revistas. Ahora, en este mismo instante, Tokio podía haber quedado destruida por un ataque de misiles nucleares; una epidemia podía haberse cebado con el mundo entero; los marcianos tal vez hubieran ocupado Australia. Con todo, no tenía medio alguno de enterarme. Si me llegaba al garaje, podría oír la radio del todo terreno, pero tampoco sentía especiales ganas de hacerlo. Si podía vivir sin saber lo que ocurría en el mundo, era porque no me hacía ninguna falta saberlo. Y, en cualquier caso, bastante

tenía ya con el cúmulo de preocupaciones que me había tocado en suerte.

Sin embargo, me quedaba algún cabo por atar. Me olía que algo se me había escapado cuando trataba de ordenar mis ideas.

Algo que se había cruzado con mi campo visual. Y que había dejado impresa en mi retina la inconsciente memoria de su paso. Metí en el fregadero mi taza de café, regresé al salón y, volviendo a coger el recorte de periódico, lo miré, a ver. Allí estaba, en su reverso, lo que andaba buscando.

AL RATÓN. URGENTE.
PÓNGASE EN CONTACTO CON
HOTEL DEL DELFÍN, HABITACIÓN 406.

Devolví el trozo de papel a su lugar en el libro, y me hundí en el sofá.

¡Así que el Ratón sabía que lo estaba buscando! Quedaba la duda de cómo diablos habría llegado a dar con el anuncio. Tal vez en alguno de sus viajes al pueblo compró aquel periódico por pura casualidad. Aunque si iba tras la pista de algo, podía ser muy bien que leyera los periódicos metódicamente.

Fuera como fuese, él no se había puesto en contacto conmigo. Claro que a lo mejor, cuando le llegó a las manos el anuncio, yo ya me había despedido del Hotel del Delfín. O no pudo llamarme porque se había cortado la línea telefónica.

No, esto no era posible. No es que el Ratón no hubiera podido comunicarse conmigo: es que no había querido. Si sabía que yo estaba en el Hotel del Delfín, tuvo que prever que acabaría llegando a la finca; por tanto, de haber querido verme, o bien me habría esperado, o bien me habría dejado una nota antes de irse.

En resumidas cuentas, que el Ratón, por quién sabe qué motivos, no quería verme. No obstante, tampoco podía decirse que me hubiera rechazado. En el supuesto de que no quisiera que llegara a la finca, dispondría, a buen seguro, de medios para cerrarme el camino. Porque aquélla era su casa, no había que olvidarlo.

Con este dilema agitando mi espíritu, contemplé el caminar de las agujas del reloj. Con todo, aquella contemplación no aclaró ni un ápice mis ideas.

El hombre carnero sabía cosas. Eso era seguro. Si había descubierto nuestra llegada a aquel lugar, no podía haber ignorado la presencia del Ratón, que vivió allí durante casi medio año.

Cuantas más vueltas le daba a aquella cuestión, más claro veía que la conducta del hombre carnero era fiel reflejo de las intenciones del Ratón. El hombre carnero hizo que mi amiga abandonara la montaña y me dejara solo.

Era de temer que su aparición en escena no fuera otra cosa que un aviso. Ciertamente, en torno a mí se estaba urdiendo algo. ¡Ojalá se despejara el ambiente de una buena barrida, para que pudiera saber lo que estaba pasando!

Apagué la luz, me fui al pasillo de arriba y, metiéndome en la cama, contemplé la luna, la nieve y la pradera. Por entre los desgarrones de las nubes se veía la fría luz de las estrellas. Abrí la ventana para respirar el olor de la noche. Mezclándose con el ruido que producía el roce de las hojas en la arboleda, se oía un indefinible gemido en la distancia. Era un extraño gemido, que no parecía proceder de ninguna bestia.

De este modo transcurrió mi séptimo día en la montaña.

* * *

Me desperté, di mi carrera por el prado, tomé una ducha y me desayuné. Era una mañana igual que las otras. El cielo estaba como el día anterior, vagamente nublado, aunque la temperatura había ascendido un poco. Escasa probabilidad de nevadas.

Me puse unos vaqueros azules y un jersey, me enfundé en una chaquetilla, me calcé unas zapatillas de deporte y crucé el prado. Luego, más o menos por donde había desaparecido el hombre carnero, entré en el bosque que quedaba al este, y merodeé por su interior. No había caminos, ni tampoco huellas de pasos. De vez en cuando encontraba un viejo abedul blanco caído. El terreno era llano, aunque de trecho en trecho había una zanja de un metro de anchura, con aspecto de ser el lecho seco de un río, o bien restos de trincheras. La zanja serpenteaba durante varios kilómetros por el interior del bosque. A veces era profunda, a veces somera, y en su fondo se acumulaban hojas caídas hasta la altura del tobillo. Siguiendo la zanja, llegué casi sin darme cuenta a un camino que seguía la línea de cimas entre dos vertientes, como el espinazo de un caballo. A ambos flancos del camino descendían suaves laderas hasta unos pequeños valles muy secos. Pájaros gordezuelos, del color de las hojas otoñales, cruzaban ruidosamente el camino para ir a perderse entre los matorrales pendiente abajo. Macizos de azaleas silvestres, rojas como fieras llamaradas, se destacaban aquí y allá en el bosque.

Cuando llevaba como una hora andando, perdí todo sentido de la orientación. Así no había quien encontrara al hombre carnero. Seguí caminando por uno de los secos valles hasta oír ruido de agua. Y al dar con un riachuelo, continué mi camino por la ribera, aguas abajo. Si la memoria no me

traicionaba, tenía que toparme por allí con una cascada, cerca de la cual pasaba el camino que habíamos recorrido a pie al venir.

Tras una buena caminata, oí el rumor de la cascada. El curso del riachuelo zigzagueaba, como repelido por las rocas, y de vez en cuando se estancaba en un remanso gélido. No había trazas de peces, aunque en la superficie de los remansos se arremolinaban las hojas caídas, describiendo lentos círculos. Fui saltando de roca en roca, bajé a la par que la cascada y, trepando luego por la resbaladiza pendiente, salí al camino ya conocido.

A un lado del puente estaba sentado el hombre carnero, contemplándome. Llevaba a su espalda una gran bolsa de lona, rebosante de leña.

—Con tantas vueltas arriba y abajo, acabarás topándote con un oso — me dijo—. Parece que uno anda perdido por aquí. Ayer por la tarde encontré su rastro. Si, de todos modos, te empeñas en merodear por esta zona, tendrías que ponerte campanitas en los lomos como yo.

Y el hombre carnero hizo tintinear unas campanitas que llevaba cogidas con imperdibles a la altura de los lomos.

—Te andaba buscando —le dije, tras recuperar el aliento.

—Lo sé —respondió—. Se te notaba.

—Bien, pues... ¿por qué no me diste una voz?

—Creí que querías encontrarme por ti mismo. Por eso permanecí callado.

El hombre carnero sacó un cigarrillo del bolsillo del brazo y se puso a fumarlo la mar de contento. Me senté cerca de él.

—¿Vives por aquí?

—Ajajá —asintió—. Pero no se lo digas a nadie. Porque nadie lo sabe.

—Pero mi amigo te conoce, ¿no?

Silencio.

—Lo que te voy a decir es importante.

Silencio.

—Si eres amigo de mi amigo, se supone que tú y yo también somos amigos.

—Quizá, ¿verdad? —dijo cautelosamente el hombre carnero—. Sin duda así ha de ser.

—Y si eres mi amigo, no me vas a mentir, ¿vale?

—¡Ejem! —carraspeó, con aire preocupado, el hombre carnero.

—¿No me vas a hablar, como amigo...?

Se lamió los labios.

—No puedo hablarte —dijo—. De veras lo siento, pero no puedo

decirte. De hacerlo, cometería una falta.

—¿Qué te impide hablar?

El hombre carnero permaneció callado. El viento susurraba entre los árboles desnudos.

—Nadie nos oye —insistí.

El hombre carnero me miró a los ojos.

—Tú no sabes nada de estas tierras, ¿verdad?

—No.

—Vale. Este lugar es único. Más te vale no olvidarlo.

—Pero tú decías hace poco que éste es un buen lugar.

—Para mí, sí —aclaró el hombre carnero—. Fuera de aquí, no hay ningún lugar donde pudiera vivir. Si me echan de aquí, no tendré adónde ir.

El hombre carnero se calló. Parecía poco menos que imposible sacarle una palabra más. Me quedé mirando su bolsa de lona, repleta de leña.

—Para calentarte en invierno, ¿no?

Asintió en silencio.

—Pero no he visto humo por ninguna parte.

—Todavía no enciendo el fuego. Hasta que se acumule la nieve, ¿sabes? Pero aunque la nieve se acumule y yo encienda el fuego, no verás el humo. Sé cómo hacer fuego.

El hombre carnero, al decir esto, sonreía fríamente, un tanto engreído.

—¿Cuándo empezará a nevar de verdad?

Levantó la vista hacia el cielo, y luego me miró a la cara.

—Este año la nieve va a ser más temprana que nunca. Dentro de diez días, más o menos.

—¿Dentro de diez días el camino estará helado?

—¡Ojalá! Nadie podrá subir, nadie podrá bajar. Una estación magnífica.

—¿Siempre vives aquí?

—Siempre —contestó el hombre carnero—. Y desde hace mucho.

—¿Y de qué te alimentas?

—De raíces, de helechos, de bayas y de frutos, de pajaritos, y a veces de pececillos y cangrejos que pescó.

—¿No pasas frío?

—El invierno siempre es frío.

—Si necesitas cualquier cosa, creo que podemos compartir todo lo que hay en la casa.

—Muchas gracias. De momento, no necesito nada.

El hombre carnero se levantó de pronto y echó a andar, camino de la pradera. También yo me incorporé, y lo seguí.

—¿Cómo has llegado a hacer esta vida, tan escondida?

—Seguro que te vas a reír —me contestó.

—Creo que no —le respondí. Me intrigaba qué podía ser lo que me diera risa.

—¿No se lo vas a decir a nadie?

—A nadie.

—Pues porque no quería ir a la guerra.

Dicho esto, los dos caminamos un rato en silencio. Mientras caminábamos juntos, la cabeza del hombre carnero se movía a la altura de mi hombro.

—¿La guerra contra qué país? —inquirí.

—No lo sé —dijo entre toses el hombre carnero—. La cosa es que no quiero ir a la guerra, y por eso hago de carnero. Mientras sea un carnero, nadie me sacará de aquí.

—¿Naciste en la ciudad de Junitaki?

—Ajajá. Pero no se lo digas a nadie.

—No lo diré —le respondí—. ¿No te gusta la ciudad?

—¿Esa de ahí abajo?

—Ajá.

—No, está llena de soldados... —Y tosió de nuevo—. Y tú, ¿de dónde has venido?

—De Tokio.

—¿Has oído hablar de la guerra?

—¡Qué va!

Con esto, el hombre carnero pareció perder todo interés por mí. Ya no hablamos hasta llegar al prado.

—¿No quieres pasarte por casa? —le pregunté.

—Tengo que hacer los preparativos para el invierno, y ando muy ocupado —se excusó—. Otro día será.

—Tengo ganas de ver a mi amigo. Necesitaría verlo en el plazo de una semana.

El hombre carnero agitó tristemente la cabeza. Las orejas se le movieron.

—Lo siento pero, como te dije antes, no puedo intervenir en ese asunto.

—Basta con que me digas lo que puedas, si se da el caso.

—¡Ajá! —murmuró el hombre carnero, como asintiendo.

—Muchísimas gracias —le dije.

Con esto, nos separamos.

—Cuando salgas a pasear, no te olvides por nada del mundo de la campanita —insistió mientras se alejaba.

Volví a la casa mientras el hombre carnero se perdió, como la otra vez, por entre el bosque del este. La pradera, con su silencioso verdor sumido en los tintes del invierno, nos separaba al uno del otro.

* * *

Aquella tarde, me puse a hacer pan. El libro *Cómo hacer pan*, que encontré en la habitación del Ratón, era un manual primorosamente escrito; en su portada iba la siguiente recomendación: «Si sabes leer lo escrito, también tú podrás hacer pan con toda facilidad». Y en verdad, así era. Siguiendo las indicaciones del libro, con facilidad —de veras— logré hacer pan. El fragante olor a pan inundó la casa, atemperando gratamente su atmósfera. En punto a sabor, tampoco la prueba quedaba nada mal, para un principiante. En la cocina había harina de trigo y levadura en abundancia, de modo que en el caso de que hubiera de estar allí todo el invierno, podría pasarlo sin preocuparme por el pan, al menos. También había arroz y espaguetis en cantidad.

Por la tarde tomé pan, ensalada y huevos con jamón. Como postre de la cena, melocotón en almíbar.

A la mañana siguiente cocí arroz, y me hice un arroz frito guarnecido con salmón en conserva, verduras tiernas y setas.

Al mediodía descongelé una tarta de queso, y me la tomé acompañada de un té con leche, bastante cargado.

A las tres merendé, helado de avellanas con un chorrito de Cointreau.

A últimas horas de la tarde asé al horno un muslo de pollo, y me lo comí para cenar con sopa enlatada Campbell.

* * *

De nuevo iba engordando.

* * *

A primeras horas de la tarde del noveno día, cuando echaba un vistazo a

los libros de la estantería, descubrí un viejo libro que, por las trazas, parecía haber sido leído recientemente. Por encima estaba singularmente limpio de polvo, y su lomo sobresalía un poco de la fila.

Lo saqué de su estante, me lo llevé a una butaca, y me puse a hojearlo. Era un libro publicado durante la guerra, y titulado *La estirpe del ideal panasiático*. Su papel era tremendamente malo, y al pasar las páginas despedía olor a moho. El contenido, como cabía esperar según la fecha de su publicación, era pura propaganda. A cada tres páginas invitaba a bostezar, de aburrido que era. Con todo, en algunas páginas alguien le había metido el lápiz, con ánimo de censura. Sobre el intento de golpe de Estado del 26 de febrero de 1936 no había una sola línea.

Mientras hojeaba, más que leía, el libro, me llamó la atención un papel blanco que estaba metido entre sus páginas finales. Después de haber estado viendo tanto papel amarillento, la visión de aquel trozo de papel blanco tenía cierto aire de milagro. En la página de la derecha del lugar marcado por el papel había un apéndice recopilador; en él se reseñaban datos de todos los personajes habidos y por haber —famosos o desconocidos— del ideal panasiático: nombre, fecha de nacimiento, lugar de residencia habitual. Al irlos recorriendo con la vista de arriba abajo, hacia el centro me di de manos a boca con el nombre del jefe. Era el mismísimo jefe, el poseído en tiempos por un carnero, que había sido la causa de mi venida a estos lugares. Su lugar de residencia habitual: Junitaki, Hokkaido.

Con el libro aún abierto sobre mis rodillas, me quedé por un momento con la mente en blanco. Pasó un largo rato hasta que las últimas palabras leídas se asentaron en mi cabeza. Era como si alguien me hubiera golpeado en la nuca con algo sin pensárselo dos veces.

Tenía que haberme dado cuenta. Desde el principio, tenía que haberme dado cuenta. Cuando llegó a mis oídos que el jefe procedía de una familia campesina de Hokkaido, tenía que haber tomado buena nota de ello. Por mucha habilidad que el jefe pusiera en juego para borrar su pasado, tenía que haber a la fuerza algún sistema de investigarlo. Aquel secretario del traje negro no habría tenido inconveniente en hacer las pesquisas oportunas.

Pero ¡qué disparate!

Sacudí desengañado la cabeza.

Resulta inconcebible pensar que el secretario no hubiera investigado el asunto. No era tan tonto como para descuidar una cosa así. Aun cuando un detalle pareciera de lo más nimio, no podía permitirse dejar cabos sueltos. Bien que los tenía todos atados a la hora de enfrentarse con mis posibles acciones y reacciones.

Él estaba previamente enterado de todo.

Era absurdo pensar otra cosa. Y encima, se impuso expresamente la tarea de persuadirme, o —mejor dicho— de amenazarme, para conseguir atraerme a aquel lugar. ¿Por qué? Tratándose de ejecutar cualquier misión, él se hallaba, desde luego, en una posición infinitamente mejor que la mía para salir airoso del lance. Si por el motivo que fuera, tenía necesariamente que utilizarme, habría podido comunicarme desde el principio un dato tan simple como era el nombre del lugar.

Al calmármese el torbellino de la confusión, le tocó el turno a la irritación, que empezó a hacer presa de mí. Me sentía acosado por un conjunto de circunstancias ridículas y erróneas. El Ratón sabía, seguramente, cosas. Y a su vez, aquel hombre del traje negro también sabía cosas. Solamente a mí me tenían casi en ayunas de lo que ocurría, plantado en medio del lío como un pasmarote. Era evidente que mis especulaciones siempre resultaban erróneas y que mis actos raramente conseguían lo que se proponían. Había ocurrido a lo largo de toda mi vida y seguramente seguiría ocurriendo, de modo que no podía echar las culpas a nadie más que a mí mismo. A pesar de todo ello, ellos no tenían por qué utilizarme de tan mala manera.

Pero me habían utilizado, me habían exprimido, habían abatido el último arresto de energía que me quedaba, el último, realmente, por tierra.

Me entraron ganas de abandonar mi misión y lanzarme monte abajo sin más dilaciones. Pero tampoco eso conducía a nada. Estaba demasiado metido en aquel asunto para zafarme de él sin más. El recurso más fácil sería echarme a llorar dando voces, pero llorar tampoco conducía a ninguna parte. Puestos a llorar, había cosas que merecían más lágrimas, como bien sabía.

Fui a la cocina por una botella de whisky y un vaso. Ya en el salón, me serví un buen vaso. Fue la única idea que se me ocurrió.

9. DE LO QUE SE VE EN EL ESPEJO, Y DE LO QUE NO SE VE

En la mañana del décimo día, me resolvía a olvidarlo todo. Ya había perdido con creces todo lo que tenía que perder.

Aquella mañana, en plena carrerita por el campo, empezó a caer la segunda nevada. Una pegajosa aguanieve, que se tomó decididamente en granizo; y una nieve opaca, por fin. Lejos de la ligereza de la nieve anterior, esta de ahora se apelmazaba desagradablemente en torno al cuerpo. Desistí de la carrera, volví a la casa, y calenté agua para el baño japonés. Y mientras se iba calentando, permanecí sentado ante la estufa; pero no se me atemperaba el cuerpo. Una húmeda gelidez se me había infiltrado hasta la médula. Aun quitándome los guantes, no podía doblar las últimas articulaciones de mis dedos, y mis oídos parecían ir a estallar de un momento a otro en jirones ardientes de dolor. Por todo el cuerpo sentía una aspereza comparable a la del papel de estraza.

Después de pasarme media hora metido en el baño, y de beberme un té con su buena copa de coñac disuelta, el cuerpo se me puso por fin en condiciones, aunque durante dos horas todavía me sobrevenían de vez en cuando tiritones intermitentes. Había llegado pues, el invierno a la montaña.

La nieve siguió cayendo hasta el anochecer, y la pradera se vio cubierta por un manto blanco. Cuando las tinieblas de la noche envolvían el panorama, la nevada cesó, y acudió de nuevo, como neblina, un profundo silencio. Un silencio que no estaba en mi mano frenar. Puse el tocadiscos en funcionamiento, con el dispositivo de repetición automática, y escuché las «Navidades blancas» de Bing Crosby veintiséis veces.

Naturalmente, la nieve amontonada duró mucho tiempo. Tal y como había predicho el hombre carnero, todavía había una tregua hasta que la tierra se helase. Al día siguiente el horizonte estaba claro, y el sol se dejó ver tras su larga ausencia para ir derritiendo, lentamente y sin prisa alguna, la nieve. La nieve se hizo escasa sobre la pradera, y los rimeros que allí quedaban reverberaban cegadores bajo la luz solar. En la techumbre la nieve formaba grandes cúmulos, que resbalaban por la pendiente para venir a romperse sobre la tierra con estruendo. El agua proveniente de la nieve derretida caía en goterones más allá de las ventanas. Todo brillaba distintamente. Los robles resplandecían, como atesorando en la punta de cada una de sus hojas una gota de agua.

Metí las manos en los bolsillos y, de pie ante una de las ventanas del salón, me quedé contemplando fijamente aquel paisaje. Todo en él se desarrolla con plena indiferencia hacia mi persona; sin tener nada que ver con mi

existencia; sin tener que ver con la existencia de nadie. Todo fluye, simplemente. La nieve cae, la nieve se derrite.

Mientras oía la nieve derretirse y desplomarse, me puse a hacer la limpieza de la casa. Pues, por un lado, me sentía el cuerpo embotado y falto de ejercicio a causa de la nieve; y por otro lado, desde el punto de vista de la cortesía, yo no era más que un huésped que me había colado en casa ajena, y no estaba de más que me empleara en algo tan trivial como la limpieza. No soy yo persona, además, que haga ascos a meterse en la cocina y a limpiar suelos.

Sin embargo, esto de dar una buena limpieza a todo un caserón era una faena más pesada de lo que me pareciera al principio. Una carrera de diez kilómetros sería más llevadera. Tras dar una intensa batida, desempolvando a golpes de sacudidor todos y cada uno de los rincones, fui pasando la gran aspiradora eléctrica para erradicar el polvo. Di un agua al piso de madera y, una vez limpio, le fui dando cera, todo el tiempo inclinado sobre el suelo. Mediada esta faena, me faltó el aliento. No obstante, como había dejado el tabaco, tampoco este sofoco era como para rendirme; ni, por supuesto, me trajo aquella ingrata carraspera de antes. En la cocina tomé mosto frío, y, una vez recuperado el aliento, abordé de un tirón el resto de aquella tarea, que quedó acabada para mediodía. Abrí de par en par las ventanas y las entreventanas, y, gracias a la cera, los suelos se veían resplandecientes. Un entrañable olor a tierra mojada se mezcló agradablemente con el aroma de la cera.

Lavé los seis trapos que había usado para encerar el suelo, y los puse a secar al sol. Luego, herví agua en la olla para cocer espaguetis. Huevas de bacalao con abundante mantequilla, vino blanco y salsa de soja completaron el menú. Fue un almuerzo relajado y placentero, como no había tenido ocasión de tomar en mucho tiempo. Desde el bosque próximo llegaba el reclamo de los pájaros carpinteros.

Me zampé los espaguetis y demás. Lavé los platos, y retomé la labor de la limpieza doméstica. Limpié la bañera y el lavabo, así como la taza del excusado, y saqué brillo a los muebles. Gracias a que el Ratón también se había preocupado por todo esto, la suciedad no era tan terrible. Así que con un aerosol limpia-muebles todo quedó enseguida primoroso. Luego saqué una larga manguera por el exterior de la casa, y dejé limpias de polvo las ventanas con sus contraventanas. Con eso, la casa quedó, de arriba abajo, como la patena. Volviendo a entrar, fregué y enjuagué los cristales de las ventanas por dentro, con lo que se concluyó la limpieza. Las dos horas aproximadas que quedaban hasta el crepúsculo, las pasé escuchando discos.

Cuando, ya anocheciendo, me dirigía a la habitación del Ratón para tomar un nuevo libro en préstamo, me percaté de lo sucio que estaba un espejo

de cuerpo entero que colgaba al pie de la escalera. Lo froté con un trapo y un aerosol limpiacristales, aunque por mucho que frotara, la mugre no se le iba. ¿Por qué diablos el Ratón había dejado sin limpiar aquel espejo? Ni idea. Traje un cubo de agua tibia, y con un cepillo fregué el espejo; tras quitarle la grasa que tenía acumulada, lo volví a frotar con un trapo limpio. El espejo estaba tan sucio, que dejó negra el agua del cubo.

Al fijarme en su elaborada moldura, vi que se trataba de un espejo antiguo, de innegable valor. Cuando di por terminada su limpieza, no le quedaba ni rastro de mugre. Sin un mal rasguño ni irregularidad alguna en su superficie, el espejo reflejaba fielmente la imagen del cuerpo entero, desde la coronilla hasta la punta de los pies. Plantado ante él, me dediqué un rato a mirar mi figura de cuerpo entero. No había nada especialmente nuevo en ella. Allí estaba yo, con esa expresión más bien boba que suelo llevar encima. Sólo que la imagen del espejo era aún más nítida de lo deseable. Le faltaba la típica monotonía bidimensional que caracteriza a las imágenes de los espejos. Más que estar yo allí contemplando mi imagen reflejada en el espejo, era cabalmente como si yo fuera esa imagen misma reflejada y ese yo del espejo estuviera contemplando a este yo de la realidad convertido a su vez en imagen reflejada de dos dimensiones. Levanté la mano derecha y me la puse ante la cara, y probé a limpiarme los labios con el dorso de la mano. El yo de dentro del espejo hizo el mismo gesto. Sin embargo, tal vez había sido un gesto propio de ese yo del espejo, que yo a mi vez había repetido. A estas alturas, no podía estar seguro de si aún me quedaba verdadera libertad de elección para limpiarme los labios con el dorso de la mano.

Tras archivar dentro de mi cabeza la palabra «libertad», me cogí una oreja con el índice y el pulgar de mi mano izquierda. El yo del espejo realizó la misma acción. A juzgar por las apariencias, también él estaba archivando, como yo, la palabra «libertad» dentro de su cabeza.

Cansado de mirarme, me aparté del espejo. También él se apartó de mí.

* * *

A los doce días, cayó la tercera nevada. Cuando me desperté, ya estaba nevando. Era una nieve tremendamente callada. Sin nada de dureza, ni de humedad pegajosa. Bajaba danzando despaciosamente del cielo, y se derretía antes de llegar a amontonarse. Esa nieve reposada, que invitaba a cerrar los ojos.

Del cuarto trastero saqué una vieja guitarra, que logré afinar no sin

esfuerzo. Probé unos rasgueos, interpretando viejas melodías. Luego me puse a practicar a los sonos de «Air Mail Special», de Benny Goodman; y en éstas, se hizo mediodía. Así que eché mano al pan de producción casera, duro ya como una piedra, y cortando una gruesa loncha de jamón, me hice un bocadillo, que me tomé con una lata de cerveza.

Tras media hora más de rasguear la guitarra, se presentó el hombre carnero. La nieve seguía cayendo mansamente.

—Si molesto, me voy, y ya vendré en otro momento —dijo ante la puerta de entrada, que acababa de abrir.

—Nada de eso. Puedes pasar. Me estaba aburriendo —dije mientras ponía la guitarra en el suelo.

El hombre carnero, conforme a su proceder de la otra vez, golpeó las botas para quitarles el barro, y subió los escalones de la entrada, a fin de penetrar en la casa. En medio de la nieve, su gruesa indumentaria debía de irle a las mil maravillas. Se sentó frente a mí en el sofá, donde posó sus manos en el apoyabrazos, y movió su cuerpo unas cuantas veces para acomodarse.

—¿Aún no cuaja la nieve? —le pregunté.

—Aún no —me respondió—. En cuestión de nieve, la hay que cuaja, y la hay que no cuaja. Ésta es de la que no cuaja.

—Ya.

—La que cuaja caerá la semana que viene.

—¿Qué tal una cerveza?

—Gracias. Pero, si puede ser, prefiero coñac.

Fui a la cocina a buscar el coñac y la cerveza, que llevé al salón junto con bocadillos de queso.

—Estabas tocando la guitarra, ¿verdad? —dijo con admiración—. La música me gusta mucho. Pero no sé tocar ningún instrumento.

—No es que yo sepa mucho. No he tocado nada desde hace casi diez años.

—No importa. ¿No querías tocar algo para mí?

Por no disgustarle, toqué de corrido la melodía de «Air Mail Special», y luego la emprendí con un canto coral y una especie de improvisación. Al final me equivoqué de ritmo y de compás, y opté por abandonar.

—Fenomenal —me alabó el hombre carnero con expresión muy sincera—. Debe de ser divertido eso de saber tocar, ¿no?

—Si se sabe tocar bien, desde luego. Pero para llegar a hacerlo bien hay que educar el oído, y una vez educado el oído, tienes que practicar muchísimo.

—¡Qué cosas! —exclamó.

Se sirvió coñac y lo fue bebiendo a pequeños sorbos. Abrí la lata de

cerveza, y bebí directamente de ella.

—No he podido transmitir el mensaje —me dijo.

Asentí en silencio.

—He venido expresamente a decírtelo.

Miré un calendario que pendía de la pared. Hasta la fecha límite, marcada por mí con un rotulador rojo, no quedaban más que tres días. Pero ¿qué más daba ya?

El hombre carnero callaba, con el coñac entre sus manos.

Cogí la guitarra por el clavijero y, sin pensármelo dos veces, golpeé el dorso de su caja contra los ladrillos de la chimenea. La guitarra se rompió, mientras las cuerdas chirriaban desafinadas. El hombre carnero dio tal bote, que se cayó del sofá. Le temblaban las orejas.

—También yo tengo derecho a enfadarme —exclamé. Era como si me lo estuviera diciendo a mí mismo. Efectivamente, también a mí me asistía el derecho al enfado.

—Lo que siento de veras es no poder echarle una mano —dijo el hombre carnero—. Pero quiero que me entiendas. Te aprecio sinceramente.

Nos quedamos en silencio por unos momentos, contemplando las nubes. Caía una nieve suave, justo como si las nubes se desgarraran para caer a jirones sobre el suelo.

Me dirigí a la cocina por otra lata de cerveza. Al pasar por delante de la escalera, reparé en el espejo. También el otro yo iba de camino en busca de una cerveza. Nosotros —los dos— nos miramos entonces mutuamente a la cara, y suspiramos. Viviendo ambos en mundos diferentes, compartíamos sentimientos parejos. Cabalmente como los hermanos Marx, Groucho y Harpo, en *Sopa de ganso*.

Se reflejaba el salón a mi espalda. O bien, era que el salón real estaba ante el del espejo. El salón que yo tenía a mi espalda y el que él tenía ante mí, eran el mismo salón. Asimismo, el sofá, la alfombra, el reloj, los cuadros, la librería..., todas y cada una de las cosas eran las mismas. Un salón que no estaba mal en cuestión de confort, aunque no rayara a la misma altura en cuestión de gusto. No obstante, había algo distinto. O, al menos, esa impresión daba.

Saqué del frigorífico una lata de cerveza, y al pasar de nuevo ante el espejo en mi camino de vuelta, cerveza en mano, miré el salón interior del espejo, y luego miré el salón real. El hombre carnero seguía sentado en el sofá, contemplando distraídamente la nieve.

Miré de nuevo al espejo para asegurarme de que el hombre carnero estaba reflejado en él. Pero el espejo no reflejaba la imagen del hombre carnero. En el salón no había nadie, pues el tresillo estaba vacío. En el mundo

interior del espejo, yo estaba solo. Un escalofrío estremeció mi espina dorsal.

* * *

—Tienes mala cara —me dijo el hombre carnero.

Me senté en el sofá y, sin decir palabra, abrí la lata de cerveza y le di un buen sorbetón.

—Seguro que te has resfriado. Este invierno es muy crudo para la gente no acostumbrada. También hay humedad en la atmósfera. Más te valdrá acostarte temprano.

—¡Quiá! —exclamé—. Hoy no me voy a acostar. Voy a quedarme aquí, esperando a mi amigo.

—¿Es que sabes que va a venir hoy?

—Lo sé —respondí—. Vendrá esta noche, a las diez.

El hombre carnero se quedó mirándome, sin decir nada. En sus ojos, que asomaban tras el antifaz, no había la más mínima expresión.

—Esta noche preparo el equipaje, y mañana me voy. Si te lo encuentras, díselo. Aunque creo que no va a hacer falta.

El hombre carnero asintió, como dando a entender que estaba de acuerdo.

—¡Qué pena que te vayas! Te echaré de menos, aunque supongo que no hay nada que hacer. A propósito, ¿puedo llevarme un bocadillo de queso?

—Claro.

El hombre carnero envolvió el bocadillo en una servilleta de papel, y se lo metió en el bolsillo. Acto seguido, se puso los guantes.

—Ojalá nos volvamos a ver —me dijo al despedirse.

—Nos volveremos a ver —le dije.

El hombre carnero se marchó por la pradera, hacia el este. En un abrir y cerrar de ojos, el velo blanco de la nieve lo envolvió por entero. Luego, no hubo más que silencio.

Eché un dedo bien cumplido de whisky en el vaso del hombre carnero, y me lo bebí de un trago. Me ardió la garganta y, a poco, me ardía el estómago. Pasado medio minuto, mi cuerpo se calmó del repentino temblor. Sólo el tictac del reloj de pared, desmenuzando el tiempo, resonaba dentro de mi cabeza.

Tal vez me hacía falta dormir.

Del piso de arriba bajé mantas al salón, y me quedé dormido en el sofá. Me encontraba rendido, como un niño que durante días ha estado recorriendo

bosques. Al instante de cerrar los ojos, ya estaba dormido.

Tuve un sueño desagradable. Muy desagradable. Tanto, que me resisto a recordarlo.

10. Y EL TIEMPO, QUE NO PARA

Densas tinieblas se me infiltraron por el oído, con fluidez de aceite. Alguien trataba de romper la helada tierra con un inmenso martillo. El martillo golpeó ocho veces exactamente, pero la tierra no se rompía. Apenas se le abrieron algunas grietas.

Las ocho. Las ocho de la tarde; ya era de noche.

Me despertó una sacudida de mi cabeza. Tenía el cuerpo acorchado, y la cabeza me dolía. Alguien, al parecer, me había echado en una coctelera con hielo, donde me había agitado a lo loco. Nada hay tan desagradable como despertarse en plenas tinieblas. Uno se siente como teniendo que volver a poner en pie todo desde el principio. A poco de despertarse, la primera sensación es de que está uno viviendo alguna vida que no es ciertamente la suya propia. Hasta que esa vivencia entra en engranaje con la vida propia, pasa cantidad de tiempo. Contemplar la vida propia como ajena es de lo más insólito. Llega a parecer mentira el hecho mismo de que quien está pasando por eso siga con vida.

Me lavé la cara, valiéndome del grifo de la cocina. Y a continuación, me bebí un par de vasos de agua. El agua estaba fría como el hielo, pero aun así no se llevó el ardor de mi cara. Me volví a sentar en el sofá, y en plenas tinieblas y pleno silencio fui recogiendo poco a poco los pedazos de mi vida. No es que se recogiera gran cosa, pero ésa, al menos, era mi vida. Entonces, fui volviendo con calma a mi ser propio. Lo de que yo sea yo mismo me resulta inexplicable de cara a los demás; aparte de que, ¿a quién le va a interesar el tema?

Me sentía observado por alguien, aunque tampoco le di mayor importancia al hecho. Cuando te encuentras solo y aislado en una gran habitación, es la sensación que sueles tener.

Traté de pensar en las células. Como mi mujer había dicho, a fin de cuentas no hay nada que se pierda. Incluso uno mismo sigue ese camino. Presioné tentativamente mi mejilla con la palma de mi mano. Mi propia cara, que yo palpaba en medio de las tinieblas con el cuenco de la mano, no la sentía como mi cara. Era la cara de otro, que había adoptado la forma de la mía. Incluso la memoria me traicionaba. Los nombres de todo lo imaginable se disolvían absorbidos por las tinieblas.

En plena oscuridad, resonó la campanada de las ocho y media. La nieve había cesado de caer, aunque las densas nubes de siempre velaban el cielo. La negrura era cerrada. Estuve mucho rato hundido en el sofá, mordiéndome las uñas. Ni siquiera alcanzaba a verme las manos. Como la estufa estaba apagada, en la habitación hacía un frío glacial. Me arrebujé en la manta y miré, como sin

pretenderlo, tinieblas adentro. Me encontré agazapado en el fondo de un insondable pozo.

Pasó el tiempo. Corpúsculos de tiniebla configuraban diseños maravillosos en mi retina. Los diseños así formados se desmoronaban al poco tiempo sin ruido, para dar paso a nuevos diseños. Sólo las tinieblas deslizándose, como mercurio, por el espacio tranquilo.

Frené el curso de mis pensamientos y dejé fluir el tiempo. El tiempo seguía arrastrándome en su flujo. Nuevas tinieblas venían a dibujar nuevos diseños.

El reloj dio las nueve. Al desvanecerse lentamente en la oscuridad la novena campanada, el silencio se precipitó a colmar la grieta.

—¿Puedo hablarte? —preguntó el Ratón.

Adelante —le dije.

11. LOS QUE PUEBLAN LAS TINIEBLAS

—Adelante —le dije

—Me he presentado una hora antes de lo convenido —dijo el Ratón con ánimo de disculpa.

—No importa. Como ves, me paso el tiempo sin hacer nada.

El Ratón se rió en silencio. Estaba detrás de mí. Me sentía como en esas confrontaciones en que la gente se da la espalda.

—Parece, en cierto modo, que no hubiera pasado el tiempo —dijo el Ratón.

—La verdad es que nosotros no podemos encontrarnos para hablar en serio, a menos que nos sobre tiempo —le repliqué.

—Eso parece, verdaderamente.

El Ratón sonrió. Aun dándonos la espalda en medio de una nebrura como de laca, su sonrisa no se me escapó. Hay cosas que se captan sólo con un reflujo del aire ambiente. Nosotros éramos antiguos amigos; aunque de tiempo atrás, tan lejano, que ya ni me acordaba de cuándo.

—Pero alguien ha dicho que un amigo con el que se pasa el rato es un verdadero amigo, ¿no? —insinuó el Ratón.

—¿No fuiste tú quien dijo eso?

—Tú, como siempre, con tu sexto sentido a punto. Así es, precisamente. Suspiré.

—Sin embargo, con todo este alboroto que se ha armado últimamente, mi sexto sentido está por los suelos. Es para morirse. Y con todas las pistas que habéis puesto en mi camino...

—Es inevitable. Pero te has portado bien.

Nos quedamos en silencio. Daba la impresión de que el Ratón estaba otra vez mirándose las manos.

—Te las he hecho pasar negras. De veras lo siento —se disculpó—. Pero es que no había más remedio. No había nadie en quien pudiera confiar, aparte de ti. Como te escribí en la carta, ¿eh?

—A propósito de eso, quería preguntarte algo. Porque no puedo aceptar las cosas como van viniendo.

—¡No faltaría más! —exclamó—. Aquí estoy para hablar, naturalmente. Pero ante todo, bebamos una cerveza.

Traté de incorporarme, pero el Ratón me lo impidió.

—Yo voy por ella —me dijo—. Al fin y al cabo, es mi casa, ¿no?

Mientras yo oía en plena oscuridad caminar al Ratón como por su casa hasta la cocina, donde cogió del frigorífico cuantas cervezas enlatadas podía

abarcas entre sus brazos, me dediqué a cerrar y abrir intermitentemente los ojos. El matiz de las tinieblas de una habitación a oscuras no es el mismo que el de las que se forman al cerrar los ojos.

El Ratón volvió con las cervezas y puso sobre la mesa varias latas. Agarré una a tientas, y tras tirar de su anilla abrelata, me la bebí hasta la mitad.

—Como no se ve nada, tampoco parece cerveza —comenté.

—Tienes que disculparme, pero si no estamos a oscuras, la cosa me iría fatal.

Por unos momentos, bebimos cerveza sin decir nada.

—Bien —exclamó el Ratón, y carraspeó como aclarándose la garganta.

Puse mi cerveza vacía sobre la mesa de nuevo, y esperé quieto, envuelto en mi manta, que él se lanzara a hablar. Sin embargo, ninguna palabra siguió a aquel carraspeo. En plena oscuridad, lo único que se oía era el gesto del Ratón agitando a derecha e izquierda su lata de cerveza, para comprobar cuánto le quedaba. Una manía suya de siempre.

—Bien —repetió el Ratón. De un trago se acabó el resto de su cerveza, y con un golpe seco colocó la lata sobre la mesa—. Voy a empezar contándote, antes que nada, cómo vine a parar aquí. ¿Te parece bien?

No le contesté. Tras comprobar que no tenía intención de responderle, el Ratón prosiguió su charla.

—Mi padre compró este terreno en 1953, cuando yo tenía cinco años. No sé por qué se empeñó en comprar tierras en un sitio como éste. Seguramente había conseguido un buen precio aprovechando alguna relación con el ejército americano. Como tú mismo has visto, este sitio está pésimamente comunicado, y, aparte del período de verano, una vez que nieva de verdad no se puede disfrutar de esto. Las fuerzas de ocupación planeaban, al parecer, acondicionar la carretera y utilizar este lugar como estación de radares o algo así; pero, a fin de cuentas, tras calcular el trabajo y los gastos, desistieron del proyecto. La ciudad, por su parte, es pobre y no puede sufragar el arreglo de la carretera. Tampoco el arreglarla le reportaría mayores beneficios. Por todo ello, esta tierra está predestinada al abandono.

—Y el profesor Ovino, ¿no ha querido volver por aquí?

—El profesor Ovino vive enclaustrado en sus recuerdos. No quiere ir a ninguna parte.

—Sí, tienes razón —dije.

—Bébetes otra cerveza —trató de animarme el Ratón.

No se la acepté. Con la estufa apagada, estaba a punto de helarme hasta el tuétano. El Ratón destapó otra cerveza, y se la fue bebiendo.

—A mi padre le gustaba cada vez más esta tierra, y arregló por su cuenta

en varias ocasiones la carretera, y también la casa. Le costó un ojo de la cara, según creo. Pero gracias a eso, teniendo coche, se puede vivir aquí perfectamente, al menos en verano. Hay calefacción, agua corriente, ducha, conducción de aguas fecales, teléfono, y hasta un generador eléctrico de emergencia, ¿eh? No puedo imaginarme cómo se las arreglaría para vivir aquí antes el profesor Ovino.

El Ratón emitió un sonido que ni era un suspiro ni eructo.

—Desde 1955 hasta aproximadamente 1963 veníamos en cuanto comenzaba el verano: mis padres, mi hermana mayor y yo, con una chica de servicio. Bien pensado, esa época fue la mejor de mi vida. Como arrendamos los pastos al municipio, en cuanto empieza el verano esto se llena de carneros. Hay carneros hasta rebosar. Por eso, al hablar de mis recuerdos de verano, van siempre ligados a los carneros.

Yo no entendía bien qué era eso de tener una casa de campo. Tal vez no lo entienda en lo que me quede de vida.

—Sin embargo, desde mediados los años sesenta, mi familia dejó prácticamente de venir. En cierto modo, porque ya teníamos otra casa de campo más bien situada, y también porque mi hermana se casó, y porque yo no me llevaba bien con la familia, y porque la empresa de mi padre atravesó malas rachas y por un montón de cosas más. El caso es que con tantos avatares, esta tierra volvió al abandono. La última vez que vine fue hacia 1967, si mal no recuerdo. Entonces vine solo. Viví aquí un mes en soledad.

El Ratón se calló al llegar aquí como si tratara de recordar.

—¿Y no te sentías solo? —le pregunté.

—Nada de eso. De haber sido posible, me hubiera gustado quedarme aquí para siempre. Pero no podía ser. Al fin y al cabo, era la casa de mi padre, y no me gusta ir por la vida como hijo de papá.

—Eso también ocurre ahora, ¿no?

—Así es —respondió el Ratón—. Por eso es el último sitio al que hubiera querido venir. Pero cuando en el salón del Hotel del Delfín vi por casualidad la foto de este lugar, me entraron ganas de volver a echarle un vistazo. Digamos que fue por un motivo sentimental. También a ti te pasa de vez en cuando, ¿no?

—Sí —asentí. Y me acordé de mi mar, ahora convertido en tierra.

—Allí fue donde oí la historia del profesor Ovino. Esa historia del carnero que se aparecía en sueños, con la marca de la estrella sobre el lomo. Sabes de qué va, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Vamos a resumir lo que sigue —dijo el Ratón—. Al oír aquel relato,

me entraron ganas de venir a pasar el invierno aquí. Era un deseo que no podía desterrar por ningún medio de mi mente. Otras cosas, como el tema de mi padre, pasaron a segundo término en aquellos momentos. De modo que hice mis preparativos y me planté aquí. Es indudable que había algo que me atraía a mi pesar.

—Y una vez aquí te encontraste con el carnero, ¿no?

—Efectivamente —confirmó el Ratón.

* * *

—Lo que ocurrió luego me resulta muy duro de contar —dijo el Ratón—. Creo que aunque te lo explique no lo acabarás de entender.

Y el Ratón hundió el dedo pulgar en su segunda lata de cerveza, ya vacía.

—Preferiría que, en lo posible, seas tú quien me vaya haciendo preguntas. Te has hecho una idea bastante clara del asunto, ¿no?

Asentí en silencio.

—El orden de las preguntas quizá sea un poco inconexo, pero si no te importa... —le dije.

—¡Qué me ha de importar!

—Estás muerto, ¿no?

La respuesta del Ratón tardó en llegar. Quizá se tratara de escasos segundos, pero para mí fue una eternidad. Tenía la boca reseca y pastosa.

Así es —dijo con toda calma el Ratón—. Estoy muerto.

12. EL RATÓN DA CUERDA AL RELOJ

—Me colgué de una viga de la cocina —dijo el Ratón—. El hombre carnero me enterró junto al garaje. El hecho de morir no me resultó demasiado penoso, por si eso te quita un peso de encima. Pero en realidad eso importa poco.

—¿Cuándo fue?

—Una semana antes de vuestra llegada.

—Entonces le diste cuerda al reloj, ¿no?

El Ratón se rió.

—La cosa tiene gracia. Eso de que remates treinta años de vida dándole cuerda a un reloj. ¿Por qué alguien que va a morir pierde el tiempo dándole cuerda a un reloj?, digo yo. ¡Qué cosa más extraña!

Al callarse el Ratón, reinó el silencio a nuestro alrededor, sólo interrumpido por el tictac del reloj. La nieve absorbía cualquier otro ruido. Era como si solamente quedáramos nosotros dos en el vasto universo.

—Y si...

—Déjate ya de eso —me interrumpió el Ratón—. Se acabaron los «y si...». Te imaginas por qué, ¿no?

Sacudí la cabeza. No lo entendía.

—Si, por ejemplo, hubieras llegado aquí una semana antes, yo habría muerto igual. Sólo que a lo mejor nuestro encuentro habría tenido un marco más luminoso y cálido. Pero da lo mismo. Eso no cambia que yo tenía que morir. Sólo habría hecho más penoso el trance, mucho más de lo que yo pudiera soportar; seguro.

—Y ¿por qué tenías que morir?

En medio de las tinieblas, oí que se frotaba las palmas de las manos.

—No me gusta hablar de eso. A fin de cuentas, se convierte en una autodefensa. Es de mal gusto que un muerto se excuse a sí mismo, ¿no te parece?

—Pero si tú no me lo cuentas, nadie lo podrá hacer.

—Toma un poco más de cerveza.

—Está muy fría —le dije.

—Ya no está tan fría.

Abrí la lata tirando de la anilla con mano temblorosa, y me bebí un trago de cerveza. Al tragarla, no me supo tan fría, la verdad.

—Te lo resumiré. Pero me has de prometer que no se lo contarás a nadie.

—Aunque lo contara, ¿quién me iba a creer?

—En eso tienes razón —dijo riéndose el Ratón—. Seguro que nadie se lo iba a creer. La cosa es delirante, desde luego.

El reloj dio las nueve y media.

—¿Qué tal si paro el reloj? —me preguntó el Ratón—. ¡Qué latazo de ruido!

—Puedes pararlo si quieres. Es tuyo.

El Ratón se levantó, abrió la puertecita del reloj de pesas y detuvo el péndulo. El ruido y el tiempo se borraron de la faz de la tierra.

—En pocas palabras, morí con el carnero dentro de mí—explicó el Ratón—. Esperé a que estuviera dormido como un tronco, y até una soga a la viga de la cocina, de la que me colgué. No tuvo tiempo de escapar, el condenado.

—¿Tuviste que recurrir a eso?

—Sí, no había otro remedio. De haberme retrasado un poco, el carnero me habría dominado por completo. Era mi última oportunidad.

El Ratón se frotó las palmas de las manos una vez más.

—Quería encontrarme contigo siendo todavía plenamente yo. Con mi propia memoria y con mis propias debilidades. Por eso te mandé la fotografía como si fuera un mensaje cifrado. Esperaba que si el azar te traía por estas tierras, tal vez podría salvarme.

—¿Y te salvaste, por cierto?

—Sí —dijo sin inmutarse el Ratón.

* * *

—El punto clave es la debilidad —dijo el Ratón—. Todo arranca de ahí. No sé si comprendes lo que te quiero decir.

—Todo el mundo tiene algún punto débil.

—Ése es un principio general —dijo el Ratón chasqueando una y otra vez los dedos—, y por muchos principios generales que esgrimamos, cada hombre será un caso concreto. Lo que te voy a contar es totalmente personal.

Me quedé callado.

—La debilidad es algo que se pudre dentro del cuerpo. Como la gangrena, precisamente. Lo he venido sintiendo desde los quince años, más o menos, hasta ahora. De ahí que siempre haya sido irascible. ¿Sabes acaso qué es tener dentro de ti algo que se va pudriendo sin remedio, y que esa sensación no te abandone ni de día ni de noche?

Yo callaba, envuelto aún en mi manta.

—Tal vez no te hagas la idea —prosiguió el Ratón—. Tu carácter no tiene esa faceta. Pero, de todos modos, eso es la debilidad. Es como una enfermedad hereditaria. Por muy bien que entiendas el caso, no puedes curarte a ti mismo. No es de esas cosas que se solucionan con una palmada. Y con el tiempo, empeora.

—¿Y hacia qué es esa debilidad?

—Hacia todo. Debilidad hacia la moral, debilidad de conciencia, debilidad para vivir, en una palabra.

Me reí francamente.

—Puestos a hablar así, no hay un ser humano que no sea débil.

—Dejémonos de principios generales, como te dije antes. Naturalmente, todos los seres humanos tienen su debilidad. Sin embargo, la verdadera debilidad escasea tanto como la verdadera fortaleza. Tú no sabes lo que es esa debilidad que te arrastra sin cesar a las tinieblas. Pero tal cosa existe, verdaderamente, en este mundo. No se puede reducir todo a generalidades.

Guardé silencio.

—Por eso precisamente me largué de la ciudad. No quería que la gente me viera caer aún más bajo. Y al decir «la gente», te incluyo a ti. Me perdía por tierras desconocidas, al menos no os causaría molestias. En resumidas cuentas... —Y tras estas palabras el Ratón se quedó momentáneamente sumido en oscuro silencio—. En resumidas cuentas, que no pudiera escapar a la influencia del carnero, se debe a esa misma debilidad. No podía volver por ningún medio a ser yo mismo. Aun en el caso de que hubieses acudido enseguida, creo que tampoco habría habido nada que hacer. Aunque me hubiera resuelto a bajar de la montaña, y así lo hubiera hecho, habría dado lo mismo. Seguro que acabaría por volver. La debilidad es así.

—¿Qué deseaba de ti el carnero?

—Todo, en realidad. Todo, de cabo a rabo: mi cuerpo, mi memoria, mi debilidad, mis contradicciones... Al carnero le encantan esas cosas. El condenado tiende sus tentáculos y te absorbe igual que tú chupas un zumo de frutas con una pajita. ¿No tienes escalofríos sólo de pensarlo?

—Y todo eso, ¿a cambio de qué?

—Por algo tan estupendo, que es hasta demasiado. Y no es que el carnero me lo mostrara en forma concreta. Yo sólo he intuido una ínfima parte. Y aun así...

El Ratón se calló.

—Y aun así —prosiguió al cabo—, me sentí absorbido por ello. Casi sin posible escapatoria. No se puede explicar con palabras. Es justamente como un

crisol que se lo tragara todo. Tan hermoso, que te hace perder el sentido, pero al mismo tiempo lleno de la más horrible maldad. Si te hundes en su seno, todo se extingue: la conciencia, el juicio los sentimientos, las penalidades... Todo se extingue. Es algo remotamente comparable a la energía con que se debió de manifestar en algún punto del universo la fuente de la que procede la vida.

—Pero tú la rechazaste, ¿no?

—Efectivamente. Todo eso quedó sepultado con mi cuerpo. Y si se lleva a cabo una operación más, aún no realizada, quedará enterrado para toda la eternidad.

—¿Una operación más?

—Una más. Luego te confiaré esa misión. Pero dejemos ese tema, de momento.

Bebimos cerveza al unísono. El cuerpo se me fue atemperando poco a poco.

—El quiste sanguíneo debe de ser como una especie de azote, ¿no? —le pregunté—, para que el carnero pueda manejar a su huésped.

—Así es, en efecto. Una vez que el quiste se ha formado, no hay quien escape del carnero.

—Y ¿qué objetivo perseguía el jefe?

—Se volvió loco. Sin duda, no pudo soportar la perspectiva de verse metido en el crisol. El carnero lo utilizó para construir una fuerte maquinaria de poder. Por eso lo abandonó cuando ya no lo necesitaba. Desde el punto de vista intelectual, el famoso jefe era una nulidad.

—Así que, cuando el jefe muriera, tú serías aquel de quien se iba a valer el carnero para continuar manipulando esa maquinaria de poder: el predestinado.

—Así es.

—¿A qué tenía que conducir todo esto?

—Vendría un reino de total anarquía mental, donde toda confrontación se resolvería en unidad. En su centro estaría yo, es decir, el carnero.

—¿Y por qué rehusaste?

El tiempo agonizaba. Sobre aquel tiempo agonizante se acumulaba la nieve.

—Es que me gusta mi propia debilidad. También me gustan las penalidades y trabajos de la vida. Y la luz del verano, y el aroma del viento, y el canto de las cigarras, y... —El Ratón, en este punto, se tragó lo que fuera a decir—. Y ¡yo qué sé!

Busqué las palabras adecuadas, pero no las encontré. Envuelto en la manta, miré hacia la entraña de las tinieblas.

—Nosotros, por lo que se ve, nos las hemos arreglado para construir una cosa totalmente distinta a partir de los mismos materiales —dijo el Ratón

—¿Crees que el mundo va a mejor?

—¿Quién sabe lo que es bueno ni lo que es malo? —Y el Ratón se rió—. Desde luego, si existiera el país de los principios generales, tú allí serías el rey.

—Vale, pero sin carnero.

—Sin carnero, por supuesto. —Y el Ratón agotó de un trago su tercera cerveza, tras lo cual dejó la lata vacía sobre el suelo, de un golpe.

—Más te valdría coger cuanto antes el camino, montaña abajo, no sea que la nieve te deje aislado. No tendrás ganas de pasarte aquí un invierno, ¿verdad? Me temo que dentro de cuatro o cinco días la nieve empezará a acumularse y cuajará. Y recorrer los caminos de montaña helados es muy peligroso.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

El Ratón sonrió, complacido sin duda, en medio de las densas tinieblas.

—Para mí ya no hay frases tales como «de aquí en adelante». A lo largo de este invierno que empieza me iré apagando, y en paz. No sé si este invierno será largo o corto, pero, de todos modos, un invierno no es más que un invierno. Me ha alegrado verte. Me habría gustado que nos viéramos en un sitio, a ser posible, más cálido y alegre; pero, en fin...

—Yei me encargó que te diera recuerdos.

—Dáselos de mi parte cuando lo veas; no te olvides, ¿eh?

—También hablé con ella.

—¿Cómo estaba?

—Bien. Trabajando todavía en la misma empresa.

—Entonces, ¿no se ha casado?

—No —le respondí—. Tenía ganas de saber por ti mismo si todo había acabado o no.

—Todo ha acabado —contestó el Ratón—. Aunque no he sido capaz de acabarla yo mismo, el hecho es que la cosa se acabó. Mi vida era una vida sin sentido. Aunque, echando mano, una vez más, de tus queridos principios generales, diría que toda vida humana carece de sentido. ¿De acuerdo?

—Sí —confirmé—. Para terminar, me quedan dos preguntas. —De acuerdo. Adelante.

—La primera es sobre el hombre carnero.

—Es un tío fenomenal.

—El hombre carnero que vino aquí eras tú, ¿no?

El Ratón giró el cuello haciendo sonar las vértebras cervicales.

—Efectivamente —dijo—. Tomé su cuerpo prestado. Te lo imaginaste,

¿no?

—Al cabo de un rato —le respondí—. Al principio no se me ocurrió.

—Para serte sincero, me impresionó que te cargaras la guitarra a golpes. Nunca te había visto tan enfadado; y, por otra parte, era la primera guitarra que había comprado en mi vida. No era muy cara, pero, en fin...

—Lo siento de veras —me disculpé—. Sólo pretendía amedrentarte, para ver si te quitabas la máscara.

—Bueno, dejémoslo estar. Mañana, todo se esfumará —dijo el Ratón—. La segunda pregunta es acerca de tu amiga, ¿no?

—Eso es.

El Ratón estuvo callado bastante rato. Oí cómo se frotaba las manos, y a continuación respiraba hondo.

—No quería hablar de ella, a ser posible. Es que era una pieza extraña en el juego.

—¿Una pieza extraña?

—Sí. Concebí esto como algo entre tú y yo, y esa chica se metió por medio. No teníamos por qué implicarla en esto. Como bien sabes, esa chica está dotada de maravillosos poderes. Un poder que ejerce sobre las cosas para atraerlas hacia ella. Pero no tenía que haber venido. Éste es un sitio que desborda con mucho el alcance de sus poderes.

—¿Qué ha sido de ella?

—Está a salvo, y se encuentra bien —respondió el Ratón—. Sólo que ya no tendrá atractivo alguno para ti. Es una lástima, pero...

—Y eso ¿por qué?

—Se esfumó. Ese algo que había en ella, se esfumó por completo.

Me hundí en el silencio.

—No creas que no te entiendo —prosiguió el Ratón—. Pero eso, en realidad, tenía que esfumarse antes o después. En ti, en mí, en tantas chicas que hemos conocido, hay un algo que acaba esfumándose. Sabes que es así.

Asentí.

—Ya va siendo hora de que me vaya —dijo el Ratón—. No puedo quedarme más. Seguramente, nos volveremos a encontrar en algún sitio.

—Así lo espero —le contesté.

—De ser posible, en un sitio un poco más alegre, y durante el verano. ¡Ojalá! Una cosa, para terminar: mañana por la mañana, a las nueve, quiero que pongas en hora el reloj de pesas y que empalmes unos hilos que hay detrás: el hilo verde con el verde, y el rojo con el rojo. Y a las nueve y media quiero que te marches de aquí monte abajo. A las doce vendrá un visitante a tomar el té, ¿sabes?

—Descuida.

—Me he alegrado mucho de verte.

El silencio nos rodeó por un instante.

—¡Adiós! —exclamó el Ratón.

—Hasta la vista —le dije.

Arropado aún en mi manta, cerré los ojos y traté de afinar el oído. El Ratón atravesó el salón con un ruido seco de zapatazos, y abrió la puerta. Un frío helado penetró en la casa. No era viento, sino el más glacial de los fríos, que se infiltraba con exasperante lentitud.

El Ratón se entretuvo algún tiempo en la entrada, con la puerta abierta. Parecía estar mirando algo, pero no era el paisaje exterior, ni el interior de la habitación, ni mi persona, sino algo completamente distinto. Daba la impresión de que estuviera mirando el pomo de la puerta, o tal vez la punta de sus zapatos. Después, como si se cerraran las puertas del tiempo, la puerta se cerró con un leve chasquido.

Luego, solo quedó el silencio. Nada más que silencio.

12. HILO VERDE, HILO ROJO, GAVIOTAS HELADAS

Pasado un rato tras la marcha del Ratón, me sobrevino un tremendo escalofrío. Varias veces intenté vomitar en el lavabo, pero no me salía nada, aparte de mi aliento rancio.

Subí al piso de arriba, donde me quité el jersey y me metí en la cama. Los escalofríos y los accesos de fiebre se sucedían. La habitación se ensanchaba y se estrechaba alternativamente. La manta y la ropa interior se empaparon de sudor, lo que me hizo sentir un frío húmedo y gélido.

—A las nueve, dale cuerda al reloj —me susurraba alguien al oído—. Hilo verde con hilo verde; hilo rojo con hilo rojo. A las nueve y media, márchate de aquí...

—No hay ningún problema —decía el hombre carnero—. Todo saldrá bien.

—Las células van reemplazándose entre sí —dijo mi mujer. Llevaba una combinación blanca en su mano derecha. Todo mi cuerpo temblaba.

—Hilo rojo con hilo rojo; hilo verde con hilo verde...

—Tú no entiendes nada de nada, sabes —me echaba en cara mi amiga. Efectivamente, no entendía nada.

Se oyó un clamor de olas. Pesadas olas de invierno. Un mar color de plomo, orlado de espuma blanca. Gaviotas heladas.

Estaba en el salón de exposiciones, herméticamente cerrado, del gran acuario. Allí había expuestos varios penes de ballena macho. Hacía un calor bochornoso, sofocante. Alguien tenía que abrir las ventanas.

—No hay nada que hacer —dijo el chófer—, pues una vez abiertas no se pueden volver a cerrar. Y si pasa eso, todos moriremos sin remedio.

Alguien abrió la ventana. Hacía un frío terrible. Se oía el gemido de las gaviotas. Sus voces agudas me desgarraban la piel.

—¿Recuerda el nombre del gato?

—Boquerón —respondí.

—No, no es Boquerón —dijo el chófer—. Ya ha cambiado de nombre. Los nombres cambian muy de prisa. ¿No es cierto que usted ya no se acuerda del suyo?

Terrible frío. Con su cortejo de gaviotas, demasiadas gaviotas.

—La mediocridad recorre un larguísimo camino —dijo el hombre del traje negro—. El hilo verde va con el rojo; el rojo, con el verde.

—¿Has oído algo acerca de la guerra? —preguntó el hombre carnero.

La orquesta de Benny Goodman empezó a interpretar «Air Mail Special». Charlie Christian la emprendió con un largo solo. Llevaba un sombrero flexible

color crema. Era la última imagen que recordaba haber visto.

14. VISITA DE VUELTA A LA CURVA OMINOSA

Cantaban los pájaros.

La luz del sol, tamizada por las rendijas de las contraventanas, llovía en forma de franjas sobre la cama. Mi reloj de pulsera, caído por el suelo, indicaba las siete y media. La manta y la chaqueta del pijama estaban empapadas, como si las hubieran rociado con agua.

Mi cabeza aún estaba confusa y abrumada, pero la fiebre había desaparecido. Más allá de la ventana, se extendía un panorama de nieve. Bajo la nueva luz matinal, la pradera resplandecía como plata. Era un frío que sentaba bien a la piel.

Bajé al piso bajo, y me di una ducha caliente. Mi cara estaba asquerosamente blanquecina, y las mejillas se me habían quedado chupadas en una sola noche. Me unté de crema de afeitar, tres veces más de lo ordinario, y me fui rasurando con cuidado: Luego, oriné una meada increíblemente larga.

Tras dar fin a esta operación fisiológica, me quedé tan postrado que tuve que echarme sobre el sofá un buen cuarto de hora, en alboroz.

Los pájaros seguían cantando. La nieve comenzaba a derretirse, y se oía gotear desde los aleros. De vez en cuando llegaba un agudo gemido desde la lejanía.

Pasadas las ocho y media, me tomé dos vasos de mosto, y me comí una manzana a mordiscos. Luego me puse a hacer el equipaje. Decidí coger de la despensa subterránea una botella de vino blanco, una gran tableta de chocolate y dos manzanas.

Una vez listo el equipaje, un aire de tristeza se cernía por el salón. Todo, sin excepción, presagiaba su final.

Tras asegurarme por mi reloj de pulsera de que eran las nueve, subí las tres pesas del reloj y giré sus manecillas hasta las nueve. Luego, deslizando el pesado reloj, empalmé los hilos que le salían por detrás. El verde con el verde. Y el rojo con el rojo.

Los hilos salían por cuatro agujeros, abiertos con un taladro en la tabla trasera: dos arriba, para un juego de hilos, y dos abajo, para el otro. Los hilos iban sujetos a la caja del reloj mediante un alambre igual al que había dentro del todo terreno. Tras devolver el reloj a su posición anterior, me dirigí al espejo y, de pie ante él, me despedí de mí mismo.

—Ojalá haya suerte —le dije.

—Ojalá haya suerte —me dijo.

Igual que cuando había venido, atravesé en diagonal el prado. A mis pies crujía la nieve. La pradera, sin una sola huella de pasos, semejaba un lago volcánico de plata. Al volverme, mis pisadas dejaban un rastro que se continuaba hasta la casa. Las pisadas zigzagueaban sorprendentemente. No siempre es fácil caminar en línea recta.

Una vez que me encontré lejos de la casa, ésta me pareció un ser vivo. Al debatirse entre sus cuatro paredes, la casa se sacudía la nieve de su techumbre abuhardillada, haciéndola caer. Los cúmulos de nieve se deslizaban por la pendiente del tejado y, precipitándose sobre el terreno, se despedazaban.

Seguí andando y crucé la pradera. Luego dejé atrás el interminable bosque de abedules blancos, crucé el puente, rodeé el pie del monte cónico y salí a la odiosa curva.

La nieve amontonada en la curva aún no había cuajado, por fortuna. Pero no lograba desterrar el aciago presentimiento de que, por muy firme que pisara, me vería arrastrado sin remedio al abismo infernal. Agarrándome a aquel paredón que se desmoronaba, logré salir por mi pie de la maldita curva. Me corría el sudor por los sobacos. Justamente como en las pesadillas de mi infancia.

A la derecha vi extenderse una llanura, la cual estaba también cubierta de nieve. Por medio de ella corría el río Junitaki, entre brillos cegadores. Un silbato de vapor parecía oírse en la remota lejanía. El tiempo era espléndido.

Me detuve para retomar el aliento. Me eché la mochila a la espalda, y fui bajando por la suave pendiente. Al doblar el próximo recodo, vi un jeep nuevo que estaba parado.

Ante él estaba de pie el secretario del traje negro.

15. EL TÉ DE LAS DOCE

—Te estaba esperando —dijo el hombre del traje negro—, aunque no más de unos veinte minutos, ésa es la verdad.

—¿Cómo es que estaba al corriente?

—¿En lo concerniente al sitio?, ¿o al tiempo?

—Lo digo por el tiempo —expliqué, quitándome la mochila.

—¿Cómo te crees que he llegado a ser secretario del jefe? ¿Por mi esfuerzo? ¿Por mi coeficiente intelectual? ¿Por mi eficiencia? ¡Qué disparate! La única razón es porque tenía capacidad. Sexto sentido, en una palabra, según diría la gente como tú.

El hombre vestía una chaqueta deportiva de color beige y pantalones de esquiador; llevaba gafas de sol con cristales verdes antirreflectantes.

—Entre el jefe y yo había varios puntos comunes. Puntos que entrarían en conflicto, por ejemplo, con la racionalidad, la lógica y la moral al uso, desbordándolas.

—¿Cómo que *había*?

—El jefe murió hace una semana. Fue un funeral magnífico. Ahora mismo Tokio anda de cabeza, en el trance de elegir un sucesor. Una tropa de mediocres no hace más que dar vueltas a mil pamplinas. Un esfuerzo inútil.

Suspiré. El hombre sacó una pitillera dorada del bolsillo de la chaqueta. Extrajo de ella un cigarrillo sin filtro y lo encendió.

—¿Quieres fumar?

—No, gracias —le respondí.

—Desde luego, te has portado bien. Por encima de toda esperanza. Hablando con franqueza, estoy sorprendido. Tenía la intención, por supuesto, de irte dando pistas poco a poco, en caso de que llegaras a un callejón sin salida. Pero ese encuentro por las buenas con el profesor Ovino fue algo genial. Tanto que, si fuera posible, me gustaría que trabajaras para mí.

—Así que desde el principio, usted conocía este lugar, ¿no?

—Naturalmente. ¿Quién, si no, podía conocerlo?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante —dijo el hombre, de buen talante—, aunque sé breve.

—¿Por qué no me habló de este lugar desde el principio? —Porque quería que vinieses aquí espontánea y libremente. Y que consiguieras hacerlo salir de su madriguera.

—¿Madriguera?

—Una madriguera mental. Cuando alguien llega a estar poseído por un carnero, cae en una enajenación temporal. Es algo así como el síndrome de la

almeja, ¿eh? Lograr sacarlo de ahí era tu cometido. Aunque para infundirle confianza en ti, tenías que ser como un papel en blanco. Ahí estaba el detalle. ¿Qué tal? ¿Todo fácil?

—Eso parece.

—Abriendo la semilla, todo lo demás viene por sí mismo. Poner en pie el programa es lo más duro. Pues los ordenadores no alcanzan a tomar en consideración el margen de vaivén imputable a los sentimientos humanos. Esto supone más trabajo a mano, como si dijéramos. Aunque si luego ese programa, elaborado con tanto esfuerzo, es llevado a la práctica según lo esperado, no hay alegría mayor.

Me encogí de hombros.

—Bien, pues —prosiguió el hombre—. La caza del carnero se encamina a su desenlace. Gracias a mis cálculos y a tu habilidad. Ahora me haré con él, ¿no es así?

—Eso parece —apostillé—. Lo está esperando. Me ha dicho que tomarán el té a las doce.

El hombre y yo miramos a la vez nuestros respectivos relojes de pulsera. Eran las once menos diez.

—Voy a tener que irme —dijo el hombre—. Estaría mal hacerle esperar. No te vendría mal que el jeep te lleve hasta allá abajo. Y, por supuesto, aquí tienes tu recompensa.

El hombre sacó del bolsillo interior de su chaqueta un cheque, y me lo entregó. Me lo metí en el bolsillo, sin mirar siquiera la cantidad.

—¿No vas a mirarlo?

—No creo que haya necesidad.

El hombre sonrió, complacido.

—Ha sido un placer trabajar contigo. Y otra cosa: he disuelto la empresa de tu socio. Y eso que las perspectivas eran favorables. La industria publicitaria se extenderá más y más a partir de ahora. Puedes trabajar por tu cuenta.

—¿Está usted loco? —le dije.

—Nos volveremos a ver —dijo el hombre.

Y echó a andar por la curva, camino de la meseta.

* * *

—Boquerón se encuentra estupendamente —dijo el chófer, al volante del jeep—. Está gordito como una bola.

Yo iba sentado al lado del conductor. Parecía ser una persona distinta de la que conducía aquella monstruosa limusina. Me habló de cosas como el funeral del jefe y el cuidado del gato, pero yo casi no lo escuchaba.

Cuando el jeep llegó a la estación, eran las once y media. La ciudad estaba tranquila, como muerta. Un viejo apartaba a paletadas la nieve de la plazoleta situada ante la estación. Un perro flacucho estaba junto a él, meneando el rabo.

—Muchas gracias —le dije al chófer.

—De nada —me respondió—. Y a propósito, ¿ha probado de llamar al teléfono de Dios?

—No. No he tenido tiempo.

—Tras la muerte del jefe, siempre comunica. ¿Qué habrá ocurrido?

—Seguro que está la mar de ocupado —le dije.

—Tal vez sea eso —asintió el chófer—. Bien, pues, a conservarse, señor.

—Adiós —le dije.

* * *

El tren salía a las doce en punto. En el andén no había nadie, y los pasajeros del tren, incluido yo, éramos cuatro. Aun así, me reconfortó ver gente después de tanto tiempo. Sea como fuere, había vuelto al mundo de los vivos. Y por más que sea un mundo mediocre y lleno de aburrimiento, sigue siendo mi mundo.

Mientras masticaba el chocolate, oí el silbato de partida. Al extinguirse su silbido, y cuando sonó la sacudida de arranque del tren, se oyó el estrépito de una explosión en la lejanía. Empujé decididamente la ventanilla para abrirla, y saqué el cuello al exterior. Hubo una nueva explosión diez segundos después de la primera. El tren estaba en marcha. Unos tres minutos más tarde, en la zona del monte cónico, vi ascender una columnilla de humo.

Hasta que el tren se metió en una curva, estuve mirando el humo.

EPÍLOGO

—Todo se acabó -dijo el profesor Ovino—. Todo se acabó.

—Todo —apostillé.

—Sin duda alguna, debería darte las gracias.

—Y he perdido tantas cosas...

—¡Quiá! —me contradijo el profesor Ovino—. ¿No te das cuenta de que has salvado la vida?

—Tal vez sí.

Cuando salí de su habitación, el profesor Ovino se desplomó sobre la mesa y, sofocando la voz, se puso a llorar. Lo había despojado de su pasado, simple y llanamente. Aún sigo sin saber si aquello estuvo bien o no.

* * *

—Su amiga se marchó —dijo el dueño y gerente del Hotel del Delfín—. No dijo adónde iba. No parecía encontrarse bien.

—Ya. Gracias.

Me hice cargo de mi equipaje, y me alojé en la misma habitación de la otra vez. Desde la ventana volví a contemplar el funcionamiento de aquella empresa que me intrigó. No vi, sin embargo, a la chica tetuda. Dos hombres jóvenes trabajaban juntos, y fumaban. Uno leía cantidades y el otro dibujaba un gráfico de líneas quebradas con ayuda de una regla. Debido a la ausencia de la chica tetuda, la empresa parecía otra, totalmente distinta de la que había observado durante mi estancia anterior. Lo único que no había cambiado era que no tenía idea de a qué se dedicaba aquella empresa. Al dar las seis, todos salieron, y el edificio quedó a oscuras.

Encendí el televisor y miré el noticiario. No hubo comentarios acerca de un accidente acompañado de explosión por la zona del monte cónico. Claro que ¿no había sido ayer cuando tuvo lugar la explosión? ¿Dónde había estado aquel día, y qué había hecho? La cabeza me dolía al intentar recordarlo.

De todos modos, había transcurrido un día.

Paso a paso, día a día, me iré distanciando de los recuerdos. Hasta que un día vuelva a oír aquella remota voz llamándome al seno de las tinieblas, más negras que la laca.

Apagué el televisor y, sin descalzarme, me eché en la cama. En mi soledad, contemplé el techo, lleno de manchas. Las manchas del techo me

trajeron el recuerdo de muchas personas desaparecidas. Y olvidadas de todo el mundo.

Luces de neón de variadas coloraciones alteraban la tonalidad del cuarto. Próximo a mi oído, se podía escuchar mi reloj de pulsera. Me lo quité y lo dejé caer al suelo. Señales acústicas, procedentes del claxon de los coches, se superponían suavemente unas a otras. Intenté dormir, pero no pude. Con tan encontrados sentimientos pugnando en mi pecho, no había lugar para el sueño.

Me puse por encima un jersey, eché a andar por la ciudad y me metí en la primera discoteca que me salió al paso. Y allí, al son de unos espirituales negros, me bebí tres whiskys dobles. Eso me volvió un poco a la normalidad. No hay más remedio que volver a ella. Es lo que todo el mundo espera ver en mí: un ser normal.

Al volver a Hotel del Delfín, el dueño estaba sentado en el sofá viendo el último noticiario televisivo.

—Me voy mañana a las nueve —le dije.

—¿Se vuelve a Tokio?

—No —le respondí—. Antes tengo que ir a otro sitio. Despiérteme a las ocho, por favor.

—De acuerdo —me dijo.

—Gracias por todo.

—De nada, señor —dijo, con un suspiro—. Mi padre no come —añadió—; si sigue así, se va a morir.

—Ha recibido un golpe muy duro.

—Lo sé —exclamó el dueño con pena—. Pero mi padre no me cuenta nada.

—Seguro que todo cambiará y será mejor —le dije—. Es cuestión de darle tiempo al tiempo.

* * *

El almuerzo del día siguiente lo tomé a bordo del avión. El aparato hizo escala en el aeropuerto de Haneda, en Tokio, y prosiguió su vuelo. A su izquierda brillaba continuamente el mar.

Yei estaba como siempre, pelando patatas. Una chica, empleada por horas, se dedicaba a cambiar el agua de los floreros, limpiar las mesas, etcétera.

Recién llegado, como estaba, de Hokkaido a aquella ciudad, me encontré con que aún era otoño: la montaña que se veía desde la ventana del bar de Yei mostraba bellos tonos rojizos.

Me había sentado a la barra y bebía una cerveza antes de que el bar abriera al público. Con la mano izquierda rompía la cáscara de los cacahuets, que emitían un agradable crujido.

—¡Menudo trabajo te has tomado, para venir a comerte unos cacahuets!
—dijo Yei.

—¡Ejem! —mascullé, con la boca llena de cacahuets a medio masticar.

—Y a todo esto, ¿otra vez de vacaciones?

—Lo he dejado.

—¿Que has dejado tu trabajo?

—Es largo de contar.

Yei, una vez peladas todas las patatas, las metió en un gran colador para irlas lavando. Luego, cerró el grifo.

—Bien, ¿qué vas a hacer a partir de ahora?

—Ni idea. Recibiré un poco de dinero por la disolución de la sociedad y la venta de sus instalaciones. No será nada del otro mundo, pero en Y además, tengo esto.

Saqué del bolsillo el cheque y, sin mirar la cantidad, se lo entregué a Yei. Éste, al verlo, sacudió la cabeza.

—Esto es un montón de dinero. Me da en la nariz que su origen no es nada claro.

—Has dado en el clavo, ciertamente.

—Pero será largo de contar, ¿no?

Me reí.

—Te lo voy a dejar en depósito. Mételo en la caja fuerte del establecimiento.

—¡Como si yo tuviera caja fuerte!

—Basta con que lo guardes en la caja registradora.

—Te lo guardaré en mi caja de seguridad del banco —dijo Yei, algo turbado—. Pero, ¿qué vas a hacer con esto?

—Dime, Yei: cuando te mudaste a este local, gastaste mucho dinero, ¿no?

—Muchísimo.

—¿Tienes deudas?

—Claro.

—Con lo que hay en el cheque, ¿podrías cancelarlas?

—Y sobraría algo. Pero...

—¿Qué te parece si por esa cantidad nos haces al Ratón y a mí socios honorarios? No tienes que darnos dividendos ni intereses. Basta con el nombre.

—Pero yo no podría consentirlo.

—Venga, déjate querer. A cambio, cuando el Ratón o yo tengamos algún problema, basta con que entonces nos des refugio.

—¿No lo he venido haciendo siempre, hasta ahora? Me quedé mirando fijamente a Yei, sin soltar mi vaso de cerveza.

—Lo sé —le dije—. Pero quiero hacerlo así.

Yei se rió, y se metió el cheque en el bolsillo del delantal.

—Todavía recuerdo tu primera borrachera. ¿Cuántos años hará de eso?

—Trece años.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo?

Yei, cosa rara en él, se pasó media hora hablando del pasado. Cuando empezaron a entrar clientes, desperdigadamente todavía, me incorporé.

—¡Pero si no has hecho más que llegar! —exclamó Yei.

—Los niños bien educados no dan la lata más de la cuenta —le respondí.

—Te encontrarías con el Ratón, ¿no?

Apoyadas en la barra mis dos manos, respiré muy hondo. —Me lo encontré.

—También eso será largo de contar.

—Más largo que nada que hayas oído contar en tu vida.

—¿Y no me lo podrías resumir?

—Es que, con un resumen, te ibas a quedar en ayunas.

—¿Estaba bien?

—Estupendamente.

—Volveré a verle, ¿verdad?

—Claro que sí. Sois socios en el negocio, ¿no? Ese dinero lo hemos reunido entre los dos, el Ratón y yo.

—Me has dado un alegrón.

Bajé del taburete junto a la barra e inhalé el aire entrañable del local.

—A propósito, ya que soy tu socio, me gustaría ver por aquí máquinas tragaperras y gramolas.

—La próxima vez que vengas, ya estarán instaladas —respondió Yei.

Anduve bordeando el río hasta su desembocadura, y al llegar a los últimos cincuenta metros, ya de playa, me senté. Estuve llorando durante dos horas. No había llorado tanto desde que nací. Tras esas dos horas de llanto, conseguí incorporarme. No sabía adónde ir, pero me puse en pie y sacudí la arena que se me había adherido al pantalón.

Ya había oscurecido. Al echar a andar, escuché a mi espalda el murmullo de las olas.

* * *

fin

Con esta novela presentamos al escritor japonés Haruki Murakami, «uno de los más excitantes escritores que han aparecido en la escena internacional en los últimos años», en palabras del crítico norteamericano Alan Ryan.

El narrador, un desencantado treintañero, superviviente de su propia juventud, tiene, con un socio más o menos alcohólico, una pequeña agencia de publicidad y traducciones. Se ha divorciado y ha conocido a otra mujer — una modelo publicitaria *de orejas*, prostituta ocasional y correctora tipográfica— que le seduce precisamente por la perfección absoluta de sus orejas.

En una de sus campañas publicitarias ha publicado una fotografía aparentemente sin importancia: un rebaño de ovejas con un idílico fondo de montañas nevadas, y entre ellas, un carnero. Pero esta imagen banal pondrá al protagonista en el punto de mira de un poderosísimo grupo industrial, verdadero imperio económico y también político. El emblema de ese grupo es precisamente el carnero de la imagen, pero éste es un animal que no puede aparecer en ninguna fotografía tomada de la realidad, porque no existe. Y a partir de aquí, el narrador, acompañado por su amante, se verá lanzado a una ardua investigación, digna de las mejores novelas policíacas americanas: antes de un mes debe encontrar el lugar donde fue hecha la fotografía y el animal que aparece en ella. Si no lo hace no sólo llevarán a la ruina a su pequeña agencia; también le convertirán en un paria en su propia sociedad. El grupo del carnero es lo bastante poderoso como para poder aniquilarle económica y socialmente. Y corresponde al lector internarse, junto con los protagonistas de la fascinante novela de Murakami, en esta contemporánea búsqueda de un Grial nada santo, el carnero mítico que, cuando es mirado por alguien a quien él elige, posee al desprevenido espectador, convirtiéndole en su morada y su instrumento. Un carnero que —dice la leyenda— se apoderó de Gengis Khan y que tal vez no sea más que la encarnación del poder absoluto.

«Murakami coge una intriga de novela policíaca, personajes de cómic, elementos de la política contemporánea, reflexiones sobre la ecología, la urbanización forzada y los modos de vida tradicionales, y lo combina todo en un cóctel violentísimo» (Gérard Meudal, *Libération*). «Haruki Murakami es uno de los creadores de mitos del milenio, uno de los sabios profetas de las jóvenes generaciones» (Ann Arensberg, *The New York Times Book Review*).

«Un libro maravillosamente absorbente, irónico y perverso. Leer esta novela es como pasar un fin de semana con los cuatro Raymonds: Chandler, Carver, Massey y Queneau. (Frederick Barthelme). «Murakami es, de largo, el más prestigioso y leído novelista japonés primer escritor que rompió con "la vieja escuela" y galvanizó el narrativa de su país.